

**P. Alfredo Sáenz, S. J.**

# **Arquetipos cristianos**

**Fundación GRATIS DATE**

Pamplona 2005

## Introducción

# Los arquetipos y la admiración

En nuestro tiempo se hace más necesario que nunca resaltar la importancia de los arquetipos en la vida de los individuos y naciones, destacar la fuerza insustituible de los paradigmas en la forja de las sociedades y de las personas particulares.

## I. Una escuela sin arquetipos

No hace mucho Antonio Caponnetto publicó un notable libro bajo el título de *Los arquetipos y la historia*, en el cual nos inspiraremos para algunas de las reflexiones que siguen. Dicho autor señala hasta qué punto la escuela no cumple su oficio verdadero de religar las inteligencias con la Verdad y la Sabiduría, sino que se ha ido convirtiendo en una institución pragmatista, limitándose a asegurar salidas laborales, basada en el utilitarismo: la acción, el éxito y la eficacia. El alumno deberá capacitarse tan sólo para comprender el mundo económico y social en que habrá de insertarse, interesado únicamente en el provecho que pueda alcanzar en la vida. El ideal concebido es el de un *homo faber*, industrial, productor y consumidor. A este propósito ha escrito Delgado de Carvalho que «la finalidad de la generación actual no es formar caballeros medievales, sino proponer hombres eficientes en sus profesiones». Por cierto que una escuela semejante no quiere saber nada de arquetipos. Aborrece los modelos, los destierra del horizonte de los alumnos. Esos colegios buscan la llamada integración del chico en la sociedad tal cual es, sobre la base del horror a lo singular, sustituyendo el ideal del *arquetipo* por la inserción en la *muchedumbre*. El reino de la cantidad necesariamente aplasta a los auténticos modelos. Se busca formar a un chico que se adhiera a la vida cotidiana, la vida del hombre común, con la escala de valores predominante, que cambia según los vaivenes de la opinión pública.

Este tipo de formación educativa se basa en la exaltación del igualitarismo. En homenaje a él, el colegio deberá obviar la presentación modélica de personalidades excepcionales, los jefes, los santos, los genios, porque tales personajes son *anormales*. Los arquetipos se ven inmolados en aras de un igualitarismo informe. Recuerdo lo que decía el querido y recordado Anzoátegui en la época en que Kruschev, durante el período de su *perestroika*, fustigaba duramente la política de Stalin por haber fomentado el culto a su persona:

«La condenación del culto de la personalidad es una de las más bajas abominaciones modernas. Importa el triunfo del culto de la mediocridad, la democratización de los valores humanos, la abolición de la facultad de admirar, de rendir pleito –homenaje al ser superior– que es facultad inherente a la naturaleza del hombre. Stalin fue un criminal. Enjuiciémoslo como tal. Pero no por el delito de no haberse conducido como un mediocre. Porque es preferible admirar al Diablo antes que no admirar a Dios ni al Diablo. Lo primero es diabolismo, que tiene el remedio del exorcismo; lo segundo es *eunuquismo*, que no tiene remedio».

Terrible aquella expresión de Victor Hugo: «*Egalité, traduction politique du mot envie*». Quizás la inspiración remota del principio político de la igualdad absoluta no sea otra que la tentación demoníaca a nuestros primeros padres en el paraíso: «Seréis como dioses», pecado de envidia mezclado con soberbia, anhelo prometeico de igualarse a Dios, rechazo de toda superioridad, de todo arquetipo. No en vano afirmaba La Rochefoucauld que los espíritus mediocres condenan de ordinario todo lo que está más allá de su alcance. Lo confirmaba Nietzsche al escribir:

«Hoy en Europa, donde sólo los animales de rebaño usurpan los honores y los distribuyen, donde la igualdad de derechos se convierte en igualdad de injusticia, en hacer la guerra a todo lo raro, extraño y privilegiado, al hombre superior, al alma superior, al deber superior, a la responsabilidad superior, al imperio de la fuerza creadora, al ser aristócrata».

Es el triunfo de la tibieza, la victoria de los hombres castrados, en cuya boca ponía el mismo Nietzsche estas palabras del burgués satisfecho: «Nosotros hemos colocado nuestra silla en el medio mismo, a igual distancia de los gladiadores moribundos que de los cerdos cebados». Y comenta: «Pero eso no es moderación, eso es mediocridad».

El proyecto igualitarista de nuestro tiempo es la expresión más cabal de una civilización decadente, que considera imposible la voluntad de ser alguien, que diluye irremediamente el *pathos* de las distancias. La presunta justicia a través de la igualdad es de hecho la injusticia para con los mejores, y por tanto para con todos, privados de la libertad de los mejores. Ya en el siglo pasado, Alexis de Tocqueville había profetizado un espectáculo de este género:

«Quiero imaginar bajo qué rasgos nuevos el despotismo puede producirse en el mundo: veo una multitud de hombres semejantes e iguales, que dan vuelta sin descanso sobre sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres de los que llenan su alma».

Trátase, indudablemente, de una nivelación por lo bajo, de una contagiosa propagación de la estulticia, según aquello de la Escritura: *amicus stultorum similis efficitur* –el amigo de los tontos se hace semejante a ellos– (Prov. 13,20). Es allí donde conduce la actitud de aquellos que se proclaman, como dicen, «respetuosos de las igualdades», cuando lo que correspondería es ser «respetuoso de las desigualdades». A este nefasto igualitarismo conduce la formación que se da actualmente en la mayor parte de los colegios, una suerte de borreguización generalizada. Pero cuidando formar borregos que sigan al rebaño a dondequiera que se dirija, acabando por «trasquilarles» las ideas, las pocas ideas que se les haya podido inculcar.

## II. La enseñanza de la historia

En el ámbito de las escuelas y colegios es advertible el rumbo antimodélico que toma la enseñanza de la historia, la materia que más se presta para la exaltación de los arquetipos.

«Nunca se llegará a la comprensión histórica –escribe Huizinga– si no visualizamos la imagen de los individuos que fueron los primeros en concebir los pensamientos, que cobraron ánimo para obrar, que arriesgaron y salieron victoriosos donde otros muchos se entregaron a la desesperación».

En este sentido, Hesíodo y Homero, a pesar de que no fueron historiadores, en sentido estricto, sino más bien poetas, resultaron auténticos educadores a través de la historia, porque al exponer las hazañas de los héroes, enseñaban implícitamente el deber-ser del ciudadano de la *polis*.

«No es el conocimiento de lo cotidiano —escribe Caponnetto—, de suyo variable y pasajero, lo que perfecciona las almas, sino el detener la mirada en los gestos, en los actos, en los pensamientos que han vencido la fugacidad diaria, que han conquistado un sitio en la historia y por eso se han vuelto actuales, es decir, permanentes, de interés constante.

«Homero es nuevo esta mañana y el diario de hoy ha envejecido ya», decía Péguy aludiendo a esa contemporaneidad de lo superior, en contraste con la caducidad de los sucesos ordinarios». Bien escribía Chesterton: «Tradicón no quiere decir que los vivos están muertos sino que los muertos están vivos».

Hoy se prefiere otro tipo de enseñanza de la historia, adecuada a la superficialidad del ambiente. Una historia no comprometida, profesionalista y descriptiva, químicamente pura, sin adjetivos, y, si es posible, sin sustantivos, en última instancia, una historia amorfa, informe e incapaz de formar. Es lo que propiciaba Latreille: «La explicación histórica debe evitar los juicios de valor, sean intelectuales o morales». A eso le llaman *objetividad*. Lo que se esconde detrás de dicho método es una adhesión incondicional al movimiento, al continuo devenir histórico, sobre la base filosófica de la ambigüedad sustancial de las cosas humanas.

Así, se va creando una generación de relativistas, que no se exponen por nada, porque nada merece la pena. Cada generación, se dice, tiene que volver a escribir la historia a su manera; en el caso de la historia argentina, ayer se nos la enseñó destacando la filiación hispanocatólica, hoy nuestra procedencia iluminista, y mañana podremos elegir la que queramos o preferir no tener ninguna. Así han concebido la historia los liberales y también los marxistas; se sabe cómo cada cierto tiempo Stalin ordenaba escribir de nuevo los textos de historia, exaltando y degradando personajes, según las conveniencias del momento.

Una enseñanza de la historia de este tipo no deja sitio para el misterio, por cuanto margina toda huella de supratemporalidad. Pero he aquí que el tiempo es ininteligible si no se lo considera a la luz de la eternidad. Así lo entendía San Agustín, para quien la historia sólo resultaba comprensible sobre el telón de fondo de la Divina Providencia y de la suprahistoria; sólo se volvía inteligible cuando se la consideraba no sólo con un punto de partida y un punto de llegada, ambos extratemporales, sino también con un centro de gravitación, en la plenitud de los tiempos, que no era otro que el Verbo encarnado, preparado a lo largo del Antiguo Testamento, revelado en el Nuevo, y conduciendo a la humanidad rescatada hacia un fin sin fin. Una historia que se desarrollaba al modo de una conflagración entre dos ciudades que se enfrentaban en el curso de los siglos.

Semejante manera de entender la historia es desconocida o burlada. La enseñanza de dicha asignatura actualmente en boga se encierra en lo inmanente, como el topo se esconde debajo de la tierra ignorando el panorama amplio y azul del firmamento. Es el grave error del historicismo, que vicia toda auténtica docencia de la historia, ya que castra al hombre al cortar sus religaciones metahistóricas. Sólo queda el fenómeno, en el sentido kantiano de la palabra.

«No creo en la Divina Providencia —decía Edward Carr—, ni en otra cualquiera de las abstracciones a que se ha atribuido algunas veces el gobierno del rumbo de los acontecimientos». De ahí que «los historiadores serios —agrega— no pueden pertenecer a la escuela de Chesterton y Belloc».

El historicismo se nos presenta así como la proyección en el campo histórico del camino secularizante que viene tomando todo el saber científico desde los comien-

zos de la modernidad. Al obviar la Providencia, y cualquier perspectiva suprahistórica, los historiadores sedicentes *realistas* se ven obligados a recurrir a sucedáneos de la Providencia, por ejemplo el evolucionismo, pero sobre todo el mito del progreso indefinido. Croce vio bien al decir:

«No se le puede ocultar a nadie el carácter religioso de toda esta nueva concepción del mundo, que repite en terminología laica los conceptos cristianos... el Dios laico del paraíso terrenal».

Tal es la historia que hoy se quiere enseñar. Una historia que destierra la profecía, la previsión del futuro, con base en los elementos que ofrece la tradición. Pero que también destierra la memoria. Solzhenitsyn ha denunciado el siniestro plan que en su momento elaboró el régimen marxista para destruir la memoria de su patria mártir en aras de la gestación del «hombre nuevo». Bien señala Caponnetto que «la historia es la memoria de los pueblos, y una nación sometida al reemplazo sistemático de su memoria acaba en el olvido».

La preterición de las raíces y de los arquetipos fundacionales, no tiende sino a engendrar aquellos «ciudadanos del mundo» que propicia la política educativa de la UNESCO, sobre la base de la abdicación de lo nacional y en orden a la consolidación de un mundo homogeneizado. La enseñanza de una historia sin raigambre se torna indispensable para llevar adelante el proyecto de la factoría próspera y aséptica. Hacer de cada país un peón de ajedrez en el tablero del Nuevo Orden Mundial.

### III. Arquetipo e individuo

Pero el tema de los modelos no afecta sólo a las naciones y, consiguientemente, al estudio de la historia universal y patria, sino que tiene que ver también con el hombre individual. Son dos aspectos que se conectan entre sí. Porque la inmanentización de la visión histórica tiene como colofón que la significación de los hechos se inicie y se agote en el hombre, un hombre hecho a imagen y semejanza de sí mismo. Es el drama del antropocentrismo contemporáneo, de un hombre sin referencias ni religaciones que lo trasciendan.

El hecho es que así como no hay enseñanza verdadera de la historia sin atingencia a los paradigmas, tampoco hay realización del hombre sin contemplación de sus arquetipos. Cabe ahora decir algo sobre el significado de la palabra *arquetipo*, cuyo origen se remonta a la tradición cultural del mundo griego. *Typos*, primitivamente, significaba golpe, ruido hecho al golpear, marca dejada como consecuencia de un golpe. *Arjé* agrega el sentido de principalidad, originalidad. Por tanto: *golpe o marca original*. El arquetipo es así una suerte de modelo original que golpea al hombre y lo atrae por su ejemplaridad, un primer molde —inmóvil y permanente—, una forma o idea concretada en una persona, que tiende a marcar al individuo, instándole a su imitación.

El Arquetipo supremo es Dios mismo, el ejemplar sumo, o mejor, el que contiene en sí las ideas ejemplares de todas las cosas. En lo que respecta al hombre, es Él quien originalmente le ha dado un toque, le ha puesto su marca, lo ha modelado al modo de un artesano, haciéndolo su icono, su imagen, su reflejo.

Universalizando la materia, podemos decir que la causa ejemplar es aquella a cuya imitación obra el agente, el paradigma o forma ideal que éste se propone al realizar una obra; su virtualidad causal consiste propiamente en ser imitada, en suscitar una semejanza no casual ni espontánea, sino pretendida, buscada.

«Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra», dijo Dios al crear al hombre. Los Padres de la Iglesia enseñaban que la imagen es algo ontológico en el ser humano, algo imperdible; la semejanza, en cambio, es más bien ética o moral; si la imagen es el ser, la semejanza es el quehacer. Todo el sentido de la vida del hombre consiste en ir de la imagen a la semejanza, acercándose así al Arquetipo original. En lenguaje de Scheler: «ser, en el sentido pleno de la palabra, es ser capaz de seguir en pos del Arquetipo». O, como escribe Caponnetto, «al hombre le corresponde el tránsito del deber-ser ideal y normativo al ser real, hacer que su esencia valiosa tenga existencia plena concreta».

La sabiduría griega logró atisbar esta vocación modélica que oculta el hombre en sus mismas entrañas. Especialmente Platón, en su célebre alegoría de la Caverna, donde lo que en definitiva se propone es convocar a los cautivos para que emerjan a la superficie y renuncien a lo rastrero, de modo que, superando su estado de extrañamiento, se eleven hacia la contemplación esplendente de las formas ideales. En el pensamiento de Platón, el descubrimiento de lo que debe ser el hombre normal, no es, como para nuestros contemporáneos, el resultado de una compulsión estadística que nos da la media aritmética, el *uomo qualunque*, sino que lo normal es lo normativo, y por tanto lo superior y ejemplar. Esta idea cautivó al mundo griego y se reflejó hasta en las artes. A Fidias se le ha comparado con Sócrates, porque en sus mármoles uno, y en sus enseñanzas el otro, ofrecieron las pautas de un elevado deber-ser, siempre en dependencia de los modelos arquetípicos.

#### IV. El hombre, una vocación a la trascendencia

Resulta curioso, pero el hombre es un ser esencialmente inestable. Está hecho para trascenderse, tiene la vocación de la trascendencia. No puede reducirse a permanecer en los límites de un humanismo clausurado en sí mismo: o se trasciende elevándose, o se trasciende degradándose; o se trasciende para arriba o se trasciende para abajo. Según Scheler, el núcleo sustancial del hombre se concentra en este impulso, en esta tendencia espiritual a trascenderse. Thibon lo ha expresado a su modo:

«El hombre sólo se realiza superándose; no llega a ser él mismo más que cuando traspasa sus límites. Y, a decir verdad, no tiene límites, sino que puede, según que le abra o cierre la puerta a Dios, dilatarse hasta el infinito o reducirse hasta la nada».

Extraño este sino del hombre. O se eleva endiosándose, como han hecho los santos, o se degrada animalizándose, como el hijo pródigo que, tras renunciar a su filiación ennoblecedora, acabó apacentando cerdos. La decisión es intransferiblemente personal.

Siempre nos ha repugnado aquella expresión: «cada cual debe aceptarse como es». Los arquetipos y modelos se proponen a nuestra consideración precisamente para que no nos aceptemos como somos, sino que nos decidamos a trascendernos. «Somos viajeros en busca de la patria –decía Hello– tenemos que levantar los ojos para reconocer el camino». Cuenta Cervantes que los rústicos que escuchaban al Quijote en las ventas terminaban arrobados por su discurso. Es que aquellas palabras encendidas les permitían reencontrarse con lo mejor de ellos mismos, elevando sus corazones por encima de la trivialidad cotidiana.

La existencia banal –ha escrito Heidegger– está hecha de abdicación y termina en el hastío y en la angustia, reclamando algo más que la colme y la sacie. Es Dios quien ha puesto en nosotros esa atracción hacia lo subli-

me, esa necesidad ontológica de superarnos, de ser distintos y mejores de lo que somos, ese anhelo de quebrar el círculo estrecho de las apetencias menores. Sólo tendiendo a lo superior, llegamos a ser auténticamente nosotros mismos; sólo accediendo a la atracción de las alturas, salimos de nuestra subjetividad y nos hacemos capaces de poner nuestra vida al servicio de Dios y de los demás.

La Declaración de los Derechos del Hombre, tal como brotó del espíritu de la Revolución Francesa, contribuyó a crear en los hombres una conciencia de acreedores exigentes, eclipsando el recuerdo de la gran deuda de servicio que sobre todos pesa.

Por cierto que no han faltado malentendidos en este tema de la superación del hombre. Por ejemplo el de Hegel, que acabó subsumiendo y diluyendo al hombre en su Espíritu Absoluto. O el de Nietzsche, con su arquetipo del superhombre. Nietzsche comenzó bien, rebelándose contra un mundo que llevaba en su frente los signos de la mediocridad y la decadencia, la pusilanimidad y el pacifismo, la rutina y el hedonismo burgués; denunció con vehemencia la vida muelle, la laboriosidad del hormiguero, el gregarismo de «las moscas de la plaza pública», la cifra-promedio y el seguir la corriente; entendió con claridad los riesgos del triunfo de la medianía como norma, del mediocre como paradigma y de la cantidad como calidad. Su reivindicación casi desesperada de los valores de la jerarquía y de la auténtica autoridad hizo que autores como Thibon vieran en él una especie de místico frustrado, según este último explicó detalladamente en su magnífico libro *Nietzsche o el declinar del espíritu*.

Sin embargo no hay que engañarse. Nietzsche equivocó el diagnóstico; mezcló irreverentemente las causas del mal, lanzando acusaciones demolidoras contra el Cristianismo, cuya sublimidad y belleza no llegó a percibir. Quiso que el hombre se trascendiera, sí, pero sobre la tumba de Dios. El hombre se convertiría en superhombre si primero se hacía deicida. Mas su propia experiencia le enseñó amargamente que sin Dios y contra Dios, el hombre se extingue, anonada su ser justamente cuando pretende elevarlo de manera prometeica. Su superhombre es casi «bestial», sin sombra de compasión ni de piedad. ¿No es otra manera de llegar a la animalización? Hay algo de satánico en su grito dionisíaco: «Dios ha muerto, viva el hombre», un eco de la promesa del demonio en la tentación a nuestros primeros padres: «Seréis como dioses». En última instancia, Nietzsche es deudor del error antropocéntrico: matar a Dios para divinizar al hombre.

Otro falso atajo, sin salida, hacia la trascendencia es el que nos propone Jung, una pretendida trascendencia de orden psíquico, en el ámbito de las fabulaciones oníricas o de las reminiscencias fantásticas. Dice Caponnetto que Jung sintió la nostalgia del mar insondable, pero se quedó en las aguas de una jofaina, con sus patologías y sus reduccionismos psiquiátricos. En una palabra, redujo toda la realidad a lo psicológico, limitando a su vez lo psicológico a la hipertrofia del inconsciente.

Hegel, Nietzsche y Jung. He ahí tres escapatorias fallidas para el anhelo de trascendencia ínsito en el hombre. En los tres casos se trata de una suerte de autotranscendencia: la del hombre que se pierde en el Espíritu Absoluto, la del hombre que se extravía en un hipotético superhombre, y la del hombre que busca trascenderse en el surrealismo. Tres falsas trascendencias que, en última instancia, no son sino *trascendencias*.

Pero volvamos a la auténtica trascendencia, al endiosamiento verdadero del hombre, convocado a ser como Dios, no a fuerza de músculos, según sugirió Satanás a nuestros padres, sino en virtud de la gracia, que nos impele suavemente a levantar vuelo. Pues bien, son justamente los arquetipos y los modelos los que ayudan a lanzarse a las alturas, los que verticalizan el espíritu, plasmando almas y forjando metas, tanto en el orden natural cuanto en el sobrenatural.

Es preciso distinguir, como agudamente lo ha hecho Scheler, entre un jefe y un modelo. El primero actúa desde afuera, el segundo influye recónditamente, en la interioridad del ser. «El jefe exige de nosotros un obrar, el modelo exige una manera de ser». Por eso la penetración de este último es más honda. El modelo o paradigma tiene todo el atractivo del ideal, del ser superior, bueno y perfecto, cuya presencia o recuerdo estremece el alma con particular vehemencia. Jefes y modelos no son, por cierto, categorías excluyentes. Los jefes pueden ser modelos, y éstos, a su vez, ejercer cierta jefatura espontánea e implícita. Por lo demás, según sean nuestros modelos, nuestros sueños ideales y normativos, así serán los jefes que elijamos o que aceptemos gustosamente.

El arquetipo se comporta, pues, al modo de un imán que verticaliza los espíritus, estableciendo algo así como una ley de la gravedad invertida. Cuán acertadas aquellas reflexiones de Aristóteles en su *Metafísica*:

«No hay que prestar atención a los que aconsejan, con el pretexto de que somos hombres, no pensar más que en cosas humanas y, con el pretexto de que somos mortales, renunciar a las inmortales; sino por el contrario, hacer lo posible para vivir conforme con la parte más excelente de nosotros mismos, pues el principio divino, por muy débil que sea, aventaja en mucho a cualquier otra cosa por su poder y valor».

Esa «parte más excelsa de nosotros mismos», ese «principio divino» es justamente el que se extasía frente al arquetipo, viendo en él una suerte de encarnación de su anhelo más profundo, el de trascenderse a sí mismo. Bien afirma Caponnetto que:

«La autoridad del Arquetipo surge, en síntesis, como una imperiosa y esencial necesidad del hombre, que de este modo viene a quebrar lo que pudiera darse de nivelación, de igualitarismo o de sujeción a la uniformidad gregaria. La autoridad del Arquetipo, su presencia refulgente, aglutinante y directriz, es un reclamo natural del espíritu, es un silencioso pedido que emana de la vocación jerárquica del hombre, de la perentoriedad por subordinarse a un Orden y a un Ordenador, en una obediencia que es la clave de la verdadera libertad».

He aquí por donde pasa la decisión radical en la vida de cada hombre: o sucumbir a la mediocridad, dejándose encandilar por el brillo de las cosas que le son inferiores, o proponerse una existencia vertical, con su inevitable cuota de renuncia y de sacrificio, una existencia orientada hacia la contemplación del Arquetipo y la emulación de sus virtudes. La verdadera *paideia* no es, en última instancia, sino la preocupación constante por encauzar al educando hacia la mimesis del paradigma.

## V. Los diversos arquetipos

¿Y cuáles son, concretamente, estos arquetipos, para nosotros, los cristianos?

Como dijimos más arriba, el Arquetipo por antonomasia es Dios, nada menos que Dios, del cual derivan todos los aspectos estimulantes de los otros arquetipos – los paradigmas humanos –. En una de sus humoradas, Cristo nos dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Decimos que es una humorada porque jamás nos será posible igualar la perfección infinita de Dios. Lo que se nos quiere expresar es que, en el

camino del progreso espiritual, la medida es sin medida, que no hay «bastas» que valgan. El único «basta» lo pronuncia la muerte.

Más cercana a nosotros se nos ofrece la figura de Cristo como Modelo Supremo, el Verbo que se hizo carne para divinizar nuestra carne, el Hijo de Dios que se hizo Hijo del hombre para que los hijos de los hombres llegásemos a ser hijos de Dios. He aquí un auténtico y fascinante Arquetipo, puesto a nuestra consideración para que, imitando sus virtudes, nos trascendamos ilimitadamente. El mismo que se proclamó *camino*, nos invita a seguir su huella. «Venid en pos de mí», «aprended de mí», «os he dado ejemplo para que vosotros hagais como yo he hecho»... Todo el cristianismo puede ser considerado a la luz del seguimiento de Cristo. Este seguimiento no es una acción a distancia, es una mimesis de Cristo que conduce a la identificación con Él, a poder decir un día con el Apóstol: «ya no vivo yo sino que es Cristo el que vive en mí».

Seguimiento de Cristo, decíamos, pero también de aquéllos que, habiendo imitado a Cristo con espíritu magnánimo, participan más de cerca de su ejemplaridad. Nos referimos a los Santos. En cada uno de ellos se revela algún aspecto peculiar del Cristo polifacético. No deja de ser revelador el drama que representa para los protestantes su rechazo de la veneración de los santos. Acertadamente señaló Jung que la historia del protestantismo es una historia de continua iconoclastia, y por tanto de divorcio entre la conciencia de los hombres y los grandes arquetipos. Advirtamos que no siempre los santos son modélicos porque sus virtudes y cualidades hayan resultado o resulten agradables al espíritu de una época determinada. Con frecuencia atraen a pesar de no coincidir con los gustos predominantes en una sociedad dada; más aún, atraen precisamente en el grado en que contrarían y corrigen los errores del tiempo en que vive el que los admira. Bien señalaba Chesterton:

«La sal preserva a la carne, no porque es semejante a la carne, sino porque le es desemejante. De ahí que cada generación es convertida por el santo que más la contradice».

Dios, Cristo, los Santos. Pero también son paradigmáticos los Héroes. Cuando García Morente buscó el mejor modo de explicar la Hispanidad, encontró en el caballero cristiano, concretamente en el Cid Campeador, el arquetipo más apropiado y de alcances más hondos. Vale la pena recordar los motivos de dicha elección:

«Lo que necesitamos para simbolizar la Hispanidad es un tipo, un tipo ideal, es decir, el diseño de un hombre que, siendo en sí mismo individual y concreto, no lo sea sin embargo en su relación con nosotros. Un hombre que, viviendo en nuestra mente con todos los caracteres de la realidad viva, no sea sin embargo ni éste ni aquél..., un hombre, en suma, que represente como en la condensación de un foco, las más íntimas aspiraciones del alma española, el sistema típicamente español de las preferencias absolutas, el diseño ideal e individual de lo que en el fondo de su alma todo español quiere ser».

Estos modelos no podrán ser hombres banales, trivializados por la cotidianeidad, sino hombres superiores, héroes o mártires, hayan triunfado o no en sus empeños. La elección del arquetipo es fundamental para el individuo, por lo que decía San Agustín:

«*Nemo est qui non amet, sed quaeritur quid amet. Non ergo admonemur ut non amemus, sed ut eligamus quid amemus* –Nadie hay que no ame, de lo que se trata es de saber qué ama. No se nos dice que no amemos, sino que elijamos lo que amemos».

Pero también dicha elección es fundamental para las naciones. Por lo que el mismo San Agustín escribió en su obra *De Civitate Dei*:

«*Ut videatur qualis quisque populus sit, illa sunt intuenta quae diligit* –Para ver cómo es cada pueblo, hay examinar lo que ama–».

Porqué, en definitiva, como escribe Caponnetto, es en la elección de sus modelos, y en la proporción con que esos modelos elegidos y predilectos reflejan la ejemplaridad divina, como se puede medir el esplendor o la decadencia de una comunidad histórica determinada.

En una sociedad como la que vivimos, tantos falsos paradigmas, de tantos ídolos creados por la propaganda y por los llamados *formadores de opinión*, se hace más apremiante que nunca destacar la necesidad de un reencuentro con el tiempo áureo y sus paradigmas. Ello significará muchas veces remar contra la corriente. Pero es el único camino.

No hace mucho, nuestro recordado poeta Leopoldo Marechal, refiriéndose a aquel famoso texto de Hesíodo acerca de las cuatro edades del mundo y del movimiento descendente de la humanidad desde la Edad de Oro a la de Hierro en que ahora nos encontramos, movimiento que se traduce por un oscurecimiento progresivo a medida que el hombre se va alejando de la luz primordial, decía sin tapujos de sí mismo:

«Yo soy un retrógrado... Pues bien –proseguía– siendo yo un *hombre de hierro*, y tras de realizar, como lo hice, las posibilidades cada vez más oscuras del siglo, mi alma en experiencia vino descartándolas gradualmente hasta cruzarse de brazos en la correntada que seguía y sigue descendiendo hacia su fin. Naturalmente, como la inmovilidad es imposible a toda criatura forzada por la condición temporal y sometida, por ende, al movimiento, sólo me quedaban dos recursos: o morir –abandonar la corriente del siglo en un gesto suicida–, o nadar contra la corriente, vale decir, iniciar un *retroceso* en relación con la marcha del río. Para lograrlo es indispensable oponer una fuerza de *reacción* a la fuerza descendente que nos arrastra, tal como lo están haciendo, en el campo de la física, los productores de cohetes y de aviones a retropropulsión. Y es que hay analogía entre las leyes del mundo físico, del mundo psíquico y del mundo espiritual: El surubí le dijo al camalote: / no me dejes llevar por la inercia del agua. / Yo remonto el furor de la corriente / para encontrar la infancia de mi río... Soy un *retrógrado* pero no un *oscurantista*, ya que voy, precisamente, de la oscuridad hacia la luz».

## VI. La admiración y el deseo

Los arquetipos son ineludiblemente dignos de admiración, son simplemente *admirables*. La admiración es el sentimiento que brota del alma cuando el hombre percibe sea la belleza física de alguien, sea su grandeza moral o su bondad, realizadas en un grado eminente. Suele comportar un matiz de asombro o de estupor. El Cardenal de Bérulle describía así dicho sentimiento:

«Los que contemplan un objeto raro y excelente se encuentran felizmente sorprendidos de extrañeza y de admiración... esta extrañeza da fuerza y vigor al alma... que se eleva a una gran luz».

Es conocido aquel juicio de Aristóteles según el cual la admiración se encuentra en el origen de toda investigación de las causas, especialmente de la filosofía. Mas el asombro no es sólo el comienzo de la actividad filosófica. Los Padres griegos lo consideraban también como el principio de la actividad teológica, teórica y práctica. Gustaban decir que no fue sino el asombro que experimentaron los discípulos ante la gloria reverberante del Cristo transfigurado en el Tabor, lo que les permitió, rebosantes de gozo y estupor, trascender la humanidad de Jesús y acceder a la contemplación de su divinidad.

La admiración se opone en particular a una cierta superficialidad que a veces parece afectar a nuestras facultades espirituales, y por consiguiente a la indiferencia o a la rutina que son su consecuencia. *Assueta vilescunt*, dice un viejo adagio, las cosas reiteradas se envilecen. La capacidad de admiración supone siempre *ojos nue-*

*vos*, una nueva y original mirada sobre el objeto o la persona que asombra. Como ojos nuevos necesitaron los apóstoles para poder contemplar al Cristo transfigurado. La admiración tiene que ver, pues, con la inteligencia, que se extasía ante la verdad, al percibir su carácter inefable, pero también influye en la voluntad, excitando el amor, según aquello que decía San Francisco de Sales, «que el amor hace fácilmente admirar, y la admiración amar». E incluso inspira al sentimiento, suscitando la poesía. De ahí lo que afirmaba Santo Tomás: «El motivo por el que el filósofo se asemeja al poeta es porque los dos tienen que habérselas con lo maravilloso».

La admiración, que impregna los actos más importantes de la vida religiosa, como la adoración, la alabanza, la reparación, la acción de gracias, es un eco de la inefabilidad del misterio. Por eso la liturgia, escuela de admiración, incluye, si bien con extrema sobriedad, algunas expresiones de asombro, según puede observarse en las antífonas del Oficio Divino llamadas en O, que preparan la Navidad: *O Sapientia, O admirabile commercium*, etc., así como en el lírico texto del *Exsultet* o pregón pascual: *O mira circa nos tuae pietatis dignatio* –¡oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros!–.

Asimismo la Escritura, leída con espíritu sapiencial, suscita inevitablemente el impulso admirativo. Cuando Bossuet, en sus *Elevaciones sobre los misterios*, comenta el prólogo del evangelio de San Juan, aquel apóstol al que la tradición llamó *el águila de Patmos*, deja trasuntar la admiración que se despierta en su alma, culminando en una especie de éxtasis literario: «Ay, me pierdo, no puedo más, no puedo decir sino Amén... ¡Qué silencio, qué admiración, qué asombro!».

La admiración entra incluso en los grados más elevados de la vida espiritual, particularmente en la contemplación. «La primera y suprema contemplación –dejó escrito San Bernardo– es la admiración de la majestad. Requiere un corazón purificado que fácilmente se eleve a lo superior». Para Ricardo de San Víctor, el paso de la meditación a la contemplación se opera por un acto de admiración prolongada; más aún, la admiración impregna la misma contemplación y en cierta, forma la abre al éxtasis: «Por la meditación el alma se eleva a la contemplación, por la contemplación a la admiración, por la admiración al éxtasis».

Santa Teresa, en su descripción de los estados místicos, se refiere varias veces a la admiración. Allí afirma que el asombro del alma, tras haberse ido acrecentando incesantemente, acaba por apaciguarse en una especie de acostumbramiento, no ciertamente de índole rutinaria, sino de carácter superior, de familiaridad con los esplendores divinos, propio del estado de matrimonio espiritual.

Podemos así concluir con San Francisco de Sales: «No menos que la admiración ha causado la filosofía y atenta investigación de las cosas naturales, también ha causado la contemplación y la teología mística». Hasta estas cumbres nos conduce la admiración, hasta el *entusiasmo*, palabra quizás la más elevada que nos legaran los griegos, a la que es preciso rescatar del ámbito de la psicología en que ha sido recluida, para volver a descubrir su sentido original: entusiasmo viene de *Theos* –Dios–, significando propiamente el *endiosamiento* de una persona.

La admiración arrastra a la imitación de lo admirado. El ejemplo de la conversión de San Ignacio es clásica: «Si Santo Domingo lo hizo, si San Francisco lo hizo, ¿por qué no yo...?». De ahí la importancia de la admira-

ción en la vida personal y social. Daniélou dejó escrito que «el hombre moderno ha perdido el sentido de esa forma eminente de la admiración que es la adoración». Desde otro punto de vista se advierte que el hombre de nuestro tiempo, sobre todo en el campo intelectual, se va inhabilitando para todo tipo de admiración ennobecedora en el grado en que pone, en la base de todo conocimiento, la duda en lugar del asombro. Digamos, sin embargo, en un sentido más general, que a veces la gente no se admira porque no encuentra mucho que admirar. Afirmaba Dostoievski que «es una grave enfermedad de nuestros tiempos no saber a quién respetar».

Juntamente con la admiración, exaltemos el valor del deseo, de los deseos. Cuando un candidato pretendía ingresar en la Compañía de Jesús, San Ignacio quería que le preguntasen si tenía deseos de perfección; en el caso de que dudase, había de preguntársele si al menos tenía «deseo de tener deseos». Es que el deseo es ya el comienzo del camino, el comienzo de la imitación del arquetipo. Cada uno es, de alguna manera, lo que admira, cada uno es, de algún modo, al menos potencialmente lo que desea. De ahí lo que escribía Santa Teresa:

«Conviene mucho no apocar los deseos... Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo y llega a mucho».

El deseo y la admiración son sentimientos hermanados en pos del arquetipo. Por algo enseñaba San Buenaventura que el camino de la perfección pedía «el asentimiento de la razón... la mirada de la admiración... y el deseo de semejanza».

\*\*\*

Por las páginas de este libro irán desfilando diversas figuras paradigmáticas, santos y héroes. Entre los santos incluimos orientales y occidentales, hombres y mujeres, contemplativos y abocados al apostolado. En la galería de los héroes desfilan sacerdotes y laicos, polemistas y hombres de estado. Algunos capítulos fueron publicados anteriormente en forma de artículos. Los restantes reproducen conferencias pronunciadas aquí y allá. Tal es la razón por la cual algunos de ellos tienen más aparato crítico, mientras que los que provienen de conferencias, prescinden de ello.

Cada capítulo es cerrado por una poesía, que aporta el elemento lírico, especialmente apto para elevar los corazones –y no sólo las inteligencias– a la belleza de la verdad. O mejor, para confirmar la Verdad por la belleza. Agradecemos a sus autores, particularmente a nuestro querido amigo Antonio Caponnetto, autor de varios de esos poemas, escritos especialmente para este libro.

Quiera Dios que al hilo de la lectura de la presente obra, se vaya despertando en los lectores el noble sentimiento de la admiración, el deseo de imitar, en la medida de sus posibilidades, y en las actuales circunstancias, a los héroes y a los santos cuyas vidas y obras se exponen. Esperamos que se sientan impulsados a la grandeza, contagiados de magnanimidad, que es la apertura del espíritu a lo sublime, la tensión del alma a las cosas grandes.

En una época de tanta decadencia, de tantas felonías, de tanta frivolidad, de tantos falsos arquetipos, es fácil contagiarse y apuntar bajo, no vuelo de águila sino vuelo de gallina. «Qué difícil es / cuando todo baja / no bajar también» –escribió Antonio Machado–. ¿No es acaso advertible entre nosotros una terrible caída del ideal? ¿Cuáles son nuestros paradigmas, individuales o sociales?

Levantemos, pues, la bandera de los arquetipos, de los ideales. Enarbolemos la cruz a que alude Marechal, esa cruz formada por dos líneas:

«la horizontal, con la marcha fogosa de sus héroes abajo, y la vertical, la levitación de sus santos arriba. La intersección de los dos travesaños: la vertical del santo, la horizontal del héroe, he ahí el gozne de nuestra esperanza».

Si no vivimos de ideales, no viviremos las realidades. El ideal es la forma sublime de la realidad. Pocas veces se alcanza el ideal, pero si por esta experiencia lanzamos los ideales por la borda, nos hundiremos más debajo de las realidades. Impregnémonos de deseos elevados, dando rienda suelta a la admiración. Y sobre el telón de fondo de la imagen venerable de Cristo, el Arquetipo más excelso en esta tierra, contemplemos a los santos y a los héroes, y por sobre ellos contemplemos a María Santísima, la Reina de los santos y la Heroína por antonomasia, a la que no en vano las letanías lauretanas llaman *Mater admirabilis*.

1

## San Pablo

El mejor lugar para comenzar la contemplación de la figura de San Pablo es sin duda el camino de Damasco. Allí Saulo fue herido por la flecha del amor divino, que lo arrojó al mismo tiempo de su caballo y de su orgullo. Allí fue cambiado en otro hombre, lo fue en un instante y para siempre. «Señor, ¿qué quieres que haga?» (Hch 22,10) fue su pregunta, la que lo comprometió de por vida.

Decía Hello que por esta radicalidad del cambio operado en el corazón del Apóstol, el camino de Damasco dejó de ser un mero lugar geográfico para convertirse en una locución proverbial. Su conversión fue radical, en el sentido etimológico de la palabra: sus raíces, antes hundidas en la tierra farisaica, se arrancaron de ese *humus*, pero no para permanecer al aire libre, sino para encontrar una nueva tierra de arraigo, Jesucristo. Y aquel hombre que había perseguido al Señor dijo que en adelante ya nada lo separaría de El.

A lo largo de estas páginas vamos a ir delineando las distintas facetas de esta rica personalidad y lo haremos recurriendo casi exclusivamente a sus propios textos. Porque en sus epístolas, Pablo, que no en vano fue llamado «el Apóstol por antonomasia», nos ha dejado, sin pretenderlo, una semblanza de lo que debe ser el apóstol de Cristo.

### I. Llamada al apostolado

Numerosos son los textos paulinos que indican el alto concepto que el Apóstol tenía de su propia vocación, la

indignidad de su persona en relación con una misión tan excelsa y el vigor de su confianza en Aquel que lo eligió.

### 1. Segregado por Dios

La caída del caballo significó para el Apóstol el punto de partida de su consideración del gran misterio de la redención. A partir de allí iría penetrando progresivamente en la profundidad del misterio de la Iglesia, en la que cada cual tiene su propia y específica vocación.

«A cada uno de nosotros –escribirá a los efesios– ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo... El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo; y Él constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a éstos, evangelistas; a aquéllos, pastores y doctores, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la estatura que corresponde a la plenitud de Cristo» (Ef 4,7.10-13).

El misterio de la Iglesia será uno de sus temas predilectos. La concibe como un gran cuerpo, trabado y unido por diversos ligamentos, que son las operaciones de cada uno de sus miembros (cf. Ef 4,16). Pues bien, esas operaciones no quedan libradas al azar, o a la preferencia de cada miembro, sino que desde toda la eternidad han sido decididas por Dios como el aporte de cada uno de los cristianos al conjunto de la Iglesia. La misión específica que Pablo ha recibido es la de ser

«ministro en virtud de la dispensación divina a mi confiada en beneficio vuestro, para llevar a cabo la predicación de la palabra de Dios, el misterio escondido desde los siglos y desde las generaciones y ahora manifestado a sus santos» (Col 1,25-26).

La conciencia de tal vocación está siempre presente en los escritos de San Pablo. Baste, para comprobarlo, el conjunto de todas sus cartas donde, casi a modo de presentación o tarjeta de identidad, dice que es apóstol, «no de parte de los hombres, ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y por Dios Padre» (Gal 1,1); «Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios» (Col 1,1); «Pablo, siervo de Jesucristo, llamado apóstol, segregado por el Evangelio de Dios» (Rom 1,1).

Su vocación no es el fruto de un arranque de su corazón generoso, ni de una decisión que haya dependido de la carne o de la sangre. Su vocación es algo que lo trasciende infinitamente, algo que se entronca en el corazón mismo de Dios, en la eternidad de Dios.

«Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo –escribe a los efesios–, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto en Él nos eligió antes de la constitución del mundo» (Ef 1,3-4).

Pablo ha sido constituido en «heraldo, apóstol y doctor» del eterno designio de Dios, encarnado en la persona de Cristo Jesús (cf. 2 Tim 1,9.11). A la luz de esa grandiosa perspectiva cobra todo su sentido el hecho milagroso de Damasco:

«Cuando plugo al que me segregó desde el seno de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, anunciándole a los gentiles, al instante, sin pedir consejo a la carne ni a la sangre...» (Gal 1,15-16).

### 2. En favor de la gentilidad

El llamado de Pablo al apostolado tuvo un carácter específico y propio suyo: «Se me había confiado –dice– el evangelio de la incircuncisión» (Gal 2,7). El corazón de Pablo, ensanchado por Dios a la medida de su vocación, acabó por ser un corazón católico como pocos. Se le hubiera hecho imposible limitarse al reducido marco del pueblo de la circuncisión. Dios le había infundido la necesidad de romper la estrechez de esos marcos e ir más allá: «Me he impuesto el honor de predicar el Evangelio donde Cristo no había sido nombrado» (Rom 15,20).

En esta decisión tomada por la voluntad del Apóstol, en un todo coherente con el designio de Dios sobre él, ha de haber tenido un influjo decisivo la consideración del carácter universal de la redención de Cristo. Nada más lejos de él que la pretensión de limitar a un solo pueblo el abrazo católico y universal de Cristo.

«Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos; testimonio dado a su tiempo, para cuya promulgación he sido yo hecho heraldo y apóstol –digo verdad en Cristo, no miento–, maestro de los gentiles en la fe y en la verdad» (1 Tim 2,5-7).

Bien sabe, sin embargo, que la catolicidad de su decisión no es el fruto de un mero acto de su voluntad, por generosa que sea. En el fondo de tal vocación late el llamado expreso de ese Dios que lo ha elegido desde toda la eternidad.

«A mí, el menor de todos los santos –escribe a los efesios–, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo, e iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la Iglesia» (Ef 3,8 10).

### 3. En la humildad de la confianza

Jamás San Pablo olvidaría su origen, jamás olvidaría que un día fue Saulo. Ya en pleno ejercicio de su ministerio no temerá llamarse a sí mismo «un aborto...», el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios» (1 Cor 15, 8-9). Toda su vida no es sino un canto de gratitud a la misericordia del Dios que lo sacó de su miseria:

«Gracias doy a nuestro Señor Cristo Jesús, que me fortaleció, de haberme juzgado fiel al confiarme el ministerio a mí, que primero fui blasfemo y perseguidor violento mas fui recibido a misericordia, porque lo hacía por ignorancia en mi incredulidad; y sobreabundó la gracia de nuestro Señor con la fe y la caridad en Cristo Jesús. Ciertamente es, y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores de los cuales yo soy el primero. Mas por esto conseguí la misericordia, para que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su longanimidad y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en Él para la vida eterna» (1 Tim 1,12-16).

Sobre tan sublime comienzo, todo él producto de un acto gratuito de Dios, se fundaría la solidez del edificio de su apostolado. Pablo se gloria de haber sido escogido desde la nada, nada de sí y nada de méritos propios. No es extraño, ya que Dios se complace en elegir la necesidad según el mundo para confundir a los sabios, lo que no es nada para anular lo que es, de modo que nadie pueda gloriarse de su vocación ante el Señor (cf. 1 Cor 1,27. 29.31).

«Llevamos este tesoro en vasos de barro –escribe a los corintios– para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra» (2 Cor 4,7).

Tal certeza le permite caminar con la seguridad de que todo lo que haga de positivo en el campo de su misión no provendrá últimamente de sí mismo, ya que «nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Cor 3,5). Y si bien en ninguna cosa se considera inferior a los más eximios apóstoles, a Pedro o a Juan, no teme afirmar que «nada soy» (2 Cor 12,11) La pregunta que dirigiría a los corintios, se la había dirigido primero a sí mismo: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias, como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4,7).

A lo largo de toda su misión apostólica tendrá siempre presente la nada original de su vocación junto con la omnipotencia de Aquel que sabe sacar cosas de la nada. Sin duda ha de haber quedado muy impresionado cuando, en cierta ocasión, pidiéndole a Dios le quitara «el



aguijón de su carne», que lo empujaba hacia abajo, oyó que el Señor le decía: «Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder». A lo que el Apóstol agrega: «Muy gustosamente, pues, continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo» (2 Cor 12,9).

La confianza de que podrá realizar su gran misión apostólica, soñada por Dios desde toda la eternidad, se funda así sobre la roca sólida de la humildad. Nunca tendrá temor de lanzarse a las más arduas y peligrosas empresas; resonará en su interior aquella hermosa expresión suya: «Sé en quién me he confiado» (2 Tim 1,12).

La gracia de su vocación sacerdotal y apostólica no es para Pablo un don transeunte, sino algo que le acompaña en todo su ministerio, un don permanente, que él recibiera directamente de Cristo, así como sus sucesores lo recibirán por la imposición de manos.

Vale, pues, también para ellos lo que recomienda a su discípulo Timoteo, a quien ordenara de sacerdote: «Te amonesto que hagas revivir la gracia de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos» (2 Tim 1,6). Eso es la vocación: un fuego, una brasa, que a veces puede irse apagando y es necesario reavivar. «No descuides la gracia que posees» –le dirá a Timoteo en otra ocasión (1 Tim 4,14). La gracia del apostolado es un don pero es también un acicate.

## II. Enamorado de Jesucristo

El designio eterno de Dios es la razón última de la vocación de Pablo al apostolado. Posiblemente el lector habrá advertido en no pocos de los textos que ya hemos citado el lugar que ocupa la figura de Cristo en ese designio divino: «en El nos eligió» (Ef 1,4). La vocación de Pablo se hace pues incomprensible si no la consideramos a la luz del misterio de Cristo.

### 1. La contemplación de Cristo

Si, al decir de Santo Tomás, el apostolado es entregar a los demás lo que previamente se ha contemplado, pocos como San Pablo han sido apóstoles de manera tan cabal.

«Si es menester gloriarse, aunque no conviene –les escribe a los corintios– vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, tampoco lo sé, Dios lo sabe fue arrebatado hasta el tercer cielo; y sé que este hombre si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir» (2 Cor 12,1-4).

El apóstol de la evangelización ha debido ser primero el contemplador de lo inefable. En el orden de la misión evangélica no es posible hablar con eficacia si anteriormente no se ha entrevisto la inefable sublimidad del mensaje que hay que transmitir. San Pablo ha penetrado como nadie en el corazón de Dios, en el corazón de Cristo. En carta a los efesios, les comunica su propia experiencia, deseándoles

«que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, de modo que arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef 3,17-19).

Se trata, al parecer, de una mutua inhesión: Pablo ha penetrado en el corazón de Cristo, ha sondeado sus abismos, se ha encendido en ese horno ardiente de caridad, ha mensurado la inconmensurabilidad del amor encarnado, por una parte; pero por otra, ese Cristo ha penetrado en su corazón humano y lo ha ensanchado a la medida de su corazón divino, para hacerlo capaz de contemplar lo que no se puede ver.

Cada santo capta con más intensidad un aspecto particular de la polifacética riqueza de Cristo. Porque el misterio de Cristo es inagotable. Quizás el aspecto que contempló mejor San Pablo y se apoderó de él sea la misión recapitulativa de Cristo, su señorío y su realeza eterna y temporal. Según la visión paulina, Dios se propuso un plan en Cristo, para que fuese realizado al cumplirse la plenitud de los tiempos, «recapitulando todas las cosas en El, las del cielo y las de la tierra» (Ef 1,10). Todo lo puso bajo sus pies, y a El lo puso por cabeza de todas las cosas, en la Iglesia, que es su cuerpo (cf. Ef 1,22-23), «para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil 2,10-11).

La totalidad de] apostolado de San Pablo no brotará sino de la contemplación de este misterio, que será el *leit motiv* de su diario trajinar: a la realeza de Cristo debía ordenarse la universalidad de las cosas.

«Ya el mundo, ya la vida, ya la muerte; ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro les decía a los corintios; y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor 3,21-23).

De esa intuición, que va al centro del misterio de Cristo, deduciría el Apóstol todas las consecuencias para su vida interior y para su trabajo apostólico, sabiendo que Dios «nos ha de dar con El todas las cosas» (Rom 8,32).

### 2. La identificación con Cristo

El intenso amor que Pablo experimenta por Cristo no es sino el eco del amor que Cristo el primero le tuvo a él. Impresiona el uso sereno del pronombre personal en primera persona: «Me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20). El mismo Pablo, que con acentos tan encendidos predicara el amor universal del Redentor, sabe bien que dicho amor no se diluye en el anonimato de un rebaño numeroso sino que se vuelca con toda su fuerza infinita sobre cada uno de los fieles, concretamente sobre él: «me amó». Este amor es un amor de amistad, fundado en la gracia, la vida divina que corre por las venas del cuerpo de Cristo y por las venas del alma de Pablo.

Se produce como una suerte de transfusión de sangre, de vida, de ideas, de voluntades, desde Cristo a su apóstol amado. No resulta, pues, petulante la afirmación de San Pablo: «Nosotros tenemos el pensamiento de Cristo» (1 Cor 2,16). Es que se ha hecho uno con el Amado, como lo dejó expresado tan admirablemente en la catequesis bautismal que incluye en su carta a los romanos, cuando dice que por el bautismo hemos sido injertados en Cristo, hemos muerto con El y con El hemos resucitado (cf. Rom 6,5-9); los adjetivos que emplea precedidos por la conjunción griega *syn* = con (co-muertos, co-resucitados) implican una intimidad profunda, casi metafísica. No exagera lo más mínimo cuando en su carta a los gálatas afirma llevar en su cuerpo «los estigmas del Señor» Tras haber dicho: «Jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gal 6,14).

Pablo no aspira a otra cosa que al acrecentamiento de esta identificación. Lo único que anhela es que Cristo sea glorificado en su cuerpo, ya sea viviendo, ya muriendo, «que para mí la vida es Cristo, y la muerte, ganancia» (Fil 1,21). Se trata de un proceso de identificación progresiva, que poco a poco va extinguiendo todo lo que en Pablo no es asimilable por Cristo, hasta llegar a una especie de transustanciación mística, que le permitirá decir: «Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,19,20).

Ha vencido el más fuerte; el más débil ha hecho suyos los pensamientos, los afectos, las voluntades de Cristo. Esto y no otra cosa es la amistad consumada. Ya nadie podrá distanciar lo que Dios ha unido.

«¿Quién nos separará del amor de Cristo? –exclama, arrebatado, en carta a los romanos– ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Según está escrito: Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, somos mirados como ovejas destinadas a la muerte. Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó. Porque persuadido estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8,35-39).

### 3. El apostolado en Cristo

Pablo ha quedado definitivamente polarizado en Cristo. En adelante sabe que ya coma, ya beba o ya haga cualquier otra cosa, lo hará todo para la gloria de Dios en Cristo (cf. 1 Cor 10,31). «Si vivimos, dice, para el Señor vivimos; y si morimos, morimos para el Señor. En fin, sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos» (Rom 14,8). Es el lenguaje del enamorado.

Propio es de la amistad amar todo lo que el amado ama. Una amistad que no llegara hasta allí estaría radicalmente falseada; no será sincera ni íntegra. Pues bien, Pablo sabe que Cristo no sólo «lo amó» a él, personalmente, sino que también dio su vida por toda la humanidad, como lo expresara en apretada frase: «Cristo nos amó y se entregó por nosotros en ofrenda» (Ef 5,2). Ese mismo Jesús le había enseñado que El se identificaba con los cristianos cuando Pablo, entre anheloso y deslumbrado, le preguntara, en el camino de Damasco, al caer del caballo: «¿Quién eres, Señor?» y El le respondiera: «Soy Jesús a quien tú persigues» (Hch 9,5).

Perseguir a los cristianos no era otra cosa que perseguir a Jesús. A partir de ese momento, el Apóstol comprendió que no podría amar a Jesús de veras si excluía de su amor a aquellos por los cuales el Señor no había trepidado en darse hasta su último aliento. La llama de su apostolado se ha encendido en el corazón generoso de Cristo, horno ardiente de caridad. Al evangelizar, será Cristo quien a través de él evangelice: «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Cristo os exhortase por medio de nosotros» (2 Cor 5,20; cf. también 2 Cor 4,5). El enamorado ha encarnado la persona del amado.

## III. Consumido de celo

Si Cristo, al amarnos, nos amó hasta el fin, hasta la dación suprema de su propia vida, parece obvio que el apóstol, al encarnar el amor del Amor encarnado, se sienta movido a la ofrenda total de su propio ser para la salvación de las almas.

### 1. La urgencia de la acción apostólica

San Pablo es todo lo contrario de un espíritu mediocre. Cuando entiende que la causa es buena, se lanza en su prosecución sin dar cabida a vacilación alguna. En la época que antecedió a su conversión, lo vemos enérgico en la lucha contra la naciente «herejía cristiana», combatiendo «con exceso», como él mismo lo reconoce, a la primitiva Iglesia, «aventajando en el celo por el judaísmo a muchos de los coetáneos de mi nación y mostrándome extremadamente celador de las tradiciones paternas» (Gal 1,13-14). Su paso era como un torbellino devastador; «perseguí de muerte esta doctrina, encadenando y encarcelando a hombres y mujeres» (Hch 22,4); obligaba a blasfemar a los prisioneros, y acosaba a los

cristianos incluso en ciudades alejadas (cf. Hch 26,10-11). Sería precisamente a sus pies donde los testigos depositaron los mantos del protomártir Esteban, mientras él aprobaba su muerte (cf. Hch 7,58-60).

Una vez convertido, su celo cambia de sentido, o mejor, encuentra su verdadero sentido. Ahora su corazón se enciende en ardor apostólico, deseoso de reparar, y con creces, el mal anteriormente perpetrado. El corazón del Apóstol vibra de santa indignación al ver cómo el Amor no es correspondido, o es preterido. San Lucas relata que, en una ocasión, esperando Pablo a los suyos en Atenas, se consumía su espíritu al ver la ciudad llena de ídolos (cf. Hch 17,16). Su caridad se hace apremiante. La evangelización se le impone como una necesidad. «¡Ay de mí si no evangelizare!» –les dice a los corintios– (1 Cor 9,16). Y en frase tajante: «La caridad de Cristo nos urge» (2 Cor 5,14).

### 2. Gastarse y desgastarse

El celo es como un ardor del alma. Siente celo el esposo que se considera traicionado; y en cierta manera el amigo del esposo puede compartir dicho celo. En este contexto se hace inteligible la estupenda frase del Apóstol: «Os celo con celo de Dios, pues os he desposado a un solo marido para presentaros a Cristo como casta virgen» (2 Cor 11,2).

Ante el espectáculo de tantas almas esposas de Cristo que abandonan al Esposo divino y se unen en adulterio por el pecado, Pablo arde en celo, e imitando al Buen Pastor, abandonará el refugio de su comodidad y se lanzará por las avenidas del mundo en busca de la oveja perdida. Lo afirmaría él mismo con frase que aún hoy parece conservar el calor de la brasa original:

«Siendo del todo libre, me hago siervo de todos para ganarlos a todos, y me hago judío con los judíos para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la Ley me hago como si yo estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que están bajo ella. Con los que están fuera de la Ley me hago como si estuviera fuera de la Ley, para ganarlos a ellos, no estando yo fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo. Me hago débil con los débiles para ganar a los débiles; me hago todo a todos para salvarlos a todos» (1 Cor 9,19-22).

A quienes lo quieran imitar, el Apóstol no promete descanso alguno. Sólo fatiga, y más fatiga, ya que «el labrador ha de cansarse antes de percibir los frutos» –escribe a Timoteo, su discípulo en el apostolado– (2 Tim 2,6). Tal es la sabiduría de un apóstol: vivir «redimiendo el tiempo», como dice en expresión pletórica de densidad (cf. Ef 5,16). A su discípulo dilecto no le desea otra cosa que cansarse por Cristo: «Comparte las fatigas, como buen soldado de Cristo Jesús» (2 Tim 2,3).

Únicamente así merecerá que, al fin de su vida, la Iglesia pida para él la paz eterna, el reposo eterno, que descanse en paz. Sólo tendrá derecho a «descansar quien previamente se haya cansado», luchando incesantemente por la extensión del Reino de Cristo. En el pensamiento de San Pablo eso es lo único necesario, sin importarle demasiado que su trabajo sea apreciado, ni siquiera por parte de aquellos que constituyen la causa de sus desvelos: «Yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré por vuestras almas, aunque, amándoos con mayor amor, sea menos amado» (2 Cor 12,15).

### 3. Forma gregis

El apostolado de San Pablo nada tiene que ver con lo que podría ser un activismo superficial, sin ejemplaridad alguna. El pastor debe ser *forma gregis* y modelo de su rebaño. En caso contrario correría el peligro de «haber corrido en vano y haberse afanado en vano» (Fil 2,16).

Por eso dice el Apóstol que castiga su cuerpo y lo mortifica, no sea que habiendo sido para los demás el heraldo de la fe, resulte él mismo descalificado (cf. 1 Cor 9,26-27).

San Pablo sabe por experiencia que no hay mejor predicación que la del propio ejemplo, debiendo ser nada menos que una suerte de «molde de Cristo». Esta ejemplaridad no es algo que debe acompañar el apostolado sino parte constitutiva del mismo. Ninguna escondida soberbia se oculta, pues, en la repetida invitación paulina: «Os exhorto a ser imitadores míos» (1 Cor 4,16); «sed, hermanos, imitadores míos y atended a los que andan según el modelo que en nosotros tenéis» (Fil 3,17; cf. también 1 Tes 1,6).

En este sentido se podría decir que el apostolado de San Pablo hace escuela, y escuela tradicional, es decir, basada en una transmisión de doctrina y de vida, que se comunica de generación en generación, casi como por ósmosis. «Lo que de mí oíste ante muchos testigos –le escribe a Timoteo–, encomiéndalo a hombres fieles capaces de enseñar a otros» (2 Tim 2,2).

Pablo se nos muestra como el formador perfecto. Jamás se precipitará «en imponer las manos a nadie» (1 Tim 5,22). Jamás pondrá freno a los que trabajan seriamente en la predicación y la enseñanza, según aquella expresión bíblica que hizo suya: «No pondrás bozal al buey que trilla» (1 Tim 5,18). Y así podrá gloriarse de las almas que ha engendrado para Cristo, al ver su fe viva y su caridad ardorosa, al comprobar su paciencia y su fe en las tribulaciones (cf. 2 Tes 1,3-4), se gozará al ver cómo sus hijos son cual lirios en medio de una generación mala y perversa «como antorchas en el mundo, llevando en alto la palabra de vida» (Fil 2,15-16)

Ninguna alegría parece más legítima para el Apóstol que la que se deriva de su satisfacción al contemplar los frutos de su trabajo, al constatar que sus hijos han entendido que su palabra no era palabra humana sino palabra de Dios (cf. 1 Tes 2,13), al ver como la gracia que en favor de muchos se le había concedido, sea de muchos agradecida por su causa (cf. 2 Cor 1,11). «¿No sois vosotros mi obra en el Señor? Si para otros no soy apóstol, a lo menos para vosotros lo soy, pues sois el sello de mi apostolado en el Señor» (1 Cor 9,12). Y así como Pablo recibe la admiración de los hijos de sus entrañas, así puede también él admirar la obra de sus manos: «somos vuestra gloria, como sois vosotros la nuestra» (2 Cor 1,14).

#### IV. Sobrenaturalmente fecundo

San Pablo se siente inextricablemente ligado con sus hijos en el espíritu. Enamorado como está de Jesucristo, no le resulta posible despreocuparse de aquellos por los que Cristo entregó la última gota de su vida. Tal es el consejo que les da a los presbíteros de Éfeso: «Mirad por vosotros y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que El adquirió con su sangre» (Hch 20,28). Un precio demasiado caro para dejar indiferente a un corazón ardoroso como el del Apóstol.

##### 1. Entrañas paternas

San Pablo fue, evidentemente, un maestro, un jefe. Sin embargo su relación con sus fieles no es tanto la del doctor con sus alumnos, ni la del caudillo con sus súbditos, sino la del padre con sus hijos: «Pues aunque tenéis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres, que quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo» (1 Cor 4,15).

Sin duda que no deja de ser cautivante esta analogía de la paternidad. Pero aun ella le resulta demasiado débil para expresar la intensidad de su amor. Quiere ser más que un padre, quiere llegar a ser madre de sus fieles. «¡Hijos míos, les dice, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros!» (Gal 4,19). La expresión tan vigorosa, nos trae el recuerdo de la Santísima Virgen que, aun cuando sin dolores, engendró físicamente al Cristo que Pablo seguirá engendrando místicamente en el alma de los creyentes.

Pero la *maternidad* paulina no termina en la gestación de Cristo:

«Mientras vivimos estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal. De manera que en nosotros obre la muerte; en vosotros, la vida» (2 Cor 4,11-12).

Como una madre a la que se le extrae sangre para transfundírsela a su hijo, al tiempo que ve cómo éste recobra vida y color, ella va empalideciendo y debilitándose. Lo dice el Apóstol en otro lugar: «Nos gozamos siendo nosotros débiles y vosotros fuertes. Lo que pedimos es vuestra perfección» (2 Cor 13,9).

Es oficio propio de los padres no sólo engendrar a sus hijos sino también alimentarlos. Por eso, dice el Apóstol,

«aun pudiendo hacer pesar sobre vosotros nuestra autoridad como apóstoles de Cristo, nos hicimos como pequeñuelos y como nodriza que cría a sus niños; así, llevados de nuestro amor por vosotros, queremos no sólo daros el Evangelio de Dios, sino aun vuestras propias vidas: tan amados vinisteis a sernos» (1 Tes 2,7-8).

Sólo un padre o una madre sabe el alimento que necesitan sus hijos. Lo mismo acaece en el orden sobrenatural: a veces se necesitan alimentos sólidos, a veces alimentos tiernos. Los corintios, por ejemplo, hijos tan amados de San Pablo, eran aún demasiado débiles:

«Y Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no os di comida, porque aún no la admitáis» (1 Cor 3,1-2).

Todas las exhortaciones que el Apóstol dirige a los destinatarios de sus cartas no brotan sino de sus entrañas paternas. Así lo dice expresamente a los tesalonicenses (cf. 1 Tes 2,11-12). Su actitud es la que especifica al apóstol que quiera de veras ser tal: «No busco vuestros bienes, sino a vosotros; hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos» (2 Cor 12,14).

##### 2. La correspondencia del amor

El Apóstol no esconde la ternura que experimenta por aquellos a los que ha engendrado en el Señor. Sus hijos son para él como una carta escrita con su propia mano, una carta de Cristo escrita en su corazón (cf. 2 Cor 3,2). Sus hijos son su esperanza, su gozo, su corona de gloria ante Cristo (cf. 1 Tes 2,19-20). Cuando Pablo está prisionero, dice estarlo por amor de sus hijos (cf. Ef 3,1).

«Así es justo que sienta de todos vosotros, pues os llevo en el corazón; y en mis prisiones, en mi defensa y en la confirmación del Evangelio, sois todos vosotros participantes de mi gracia. Testigo me es Dios de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús» (Fil 1,7-8).

Por las epístolas de San Pablo advertimos en cuán alto grado sus hijos correspondían al amor del padre. Pablo no disimula que esperaba esa devolución de amor. Nada tiene ello de denigrante, ni mucho menos. Un padre o una madre tienen derecho a que su amor sea correspondido. «Dadnos cabida en vuestros corazones –les dice– ... ya antes os he dicho cuán dentro de nuestro corazón estáis para vida y para muerte» (2 Cor 7,2-3). Un apóstol no puede ser insensible al amor de sus hijos, si bien no

debe hacer que su entrega a ellos dependa del agradecimiento que pueda recibir. En ese sentido San Pablo es tajante:

«Grande fue mi gozo en el Señor desde que vi que habéis reavivado vuestro afecto por mí. En verdad sentíais interés, pero no teníais oportunidad para manifestarlo. Y no es por mi necesidad por lo que os digo esto, pues aprendí a bastarme con lo que tengo. Sé pasar necesidad y sé vivir en la abundancia; a todo y por todo estoy bien enseñado a la hartura y al hambre, a abundar y a carecer. Todo lo puedo en aquel que me conforta. «Sin embargo, habéis hecho bien tomando parte en mis tribulaciones» (Fil 4,10-4).

Aun cuando Pablo está dispuesto a desgastarse, a agotarse por sus hijos, incluso en el caso de no esperar de ellos retribución alguna, sin embargo su corazón humano no deja de acusar recibo del eco que su amor suscita en el corazón de sus hijos: «Yo mismo testifico –les dice a las gálatas–, que de haberos sido posible, los ojos mismos os hubierais arrancado para dármelos» (Gal 4,15).

### 3. Presencia y memoria

Las cartas de San Pablo son todas ellas producto de su amor apostólico. «Ved con qué grandes letras os escribo de mis propias manos!», les dice casi infantilmente a los gálatas (Gal 6,11). Pero más allá de la unión que entabla la correspondencia epistolar, el Apóstol ansía ver físicamente a sus hijos lejanos. «Hermanos –les escribe a los tesalonicenses–, privado de vosotros por algún tiempo, visualmente, aunque no con el corazón, quisimos ardentemente volver a veros cuanto antes» (1 Tes 2,17). Y no ocultaba su consuelo cuando recibía la visita de alguno de sus hijos, no sólo por el gusto de volver a verlo, sino también por las noticias que le traía de los demás (cf. 2 Cor 7,6-7).

A veces se piensa que el sacerdote debe ser un hombre frío, y que cualquier expresión de calor humano sería en él un signo de sensiblería, Pablo, el apóstol de hierro, el hombre marcial y aguerrido, no cree rebajarse al escribir a los romanos: «Espero veros al pasar, cuando vaya a España, y ser allá encaminado por vosotros, después de haberme llenado primero un poco de vosotros» (Rom 15,24).

Y si no le es posible ver a sus hijos, al menos los quiere tener siempre presentes en la memoria. Cómo se encuentran, con qué paciencia soportan las tribulaciones; tales o semejantes pensamientos parecieran estar constantemente en la mente del Apóstol.

«No pudiendo sufrir ya más –escribe a los tesalonicenses–, he mandado a saber de vuestro estado en la fe, no fuera que el tentador os hubiera tentado y se hiciese vana nuestra labor. Ahora, con la llegada de Timoteo a nosotros y con las buenas noticias que nos ha traído de vuestra fe y caridad, y de la buena memoria que siempre tenéis de nosotros, deseando vernos lo mismo que yo a vosotros, hemos recibido gran consuelo por vuestra fe en medio de todas nuestras necesidades y tribulaciones. Ahora ya vivimos, sabiendo que estáis firmes en el Señor. ¿Pues qué gracias daremos a Dios en retorno de este gozo que por vosotros disfrutamos ante nuestro Dios, orando noche y día con la mayor instancia por ver vuestro rostro y completar lo que falte a vuestra fe?» (1 Tes 3,4-10).

Para un sacerdote es siempre consolador recorrer, postrado ante el sagrario, la lista de sus hijos, presentes o ausentes, y hacer memoria de ellos en la presencia del Señor, uno por uno, pensando en sus necesidades, en las pruebas por las que estarán pasando, sufriendo con sus sufrimientos y gozándose con sus victorias. Así lo hacía San Pablo:

«Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros y recordándoos en vuestras oraciones, haciendo sin cesar ante nuestro Dios y Padre memoria de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestra caridad, y de la perseverante esperanza en nuestro Señor Jesucristo, sabedores de vuestra elección hermanos amados de Dios» (1 Tes 1,2-4).

Lo repite en diversas ocasiones: señal de que en él era un hábito. Testigo me es Dios dice por ejemplo a los romanos, «que sin cesar hago memoria de vosotros» (Rom 1,9). Y en sus cartas no desdeña aludir a personas concretas, como a Febe a Prisca y Aquila, a Andrónico, sus primicias en Cristo (cf. Rom 16,1-16).

Tal presencia mutua del Apóstol y de sus hijos, presencia física o presencia por la memoria, va creando una verdadera comunidad sobrenatural de sentimientos entre el padre y los hijos. Por eso San Pablo escribe con tanta frecuencia a las comunidades que ha engendrado, sobre todo cuando él está en medio de alguna gran tribulación o ansiedad, «para que conozcáis el gran amor que os tengo» (2 Cor 2,4); «pues si somos atribulados es para vuestro consuelo y salud; si somos consolados, es por vuestro consuelo» (2 Cor 1,6). Su fórmula de llorar con los que lloran, de alegrarse con los que se alegran (cf. Rom 12,15), enuncia una de las características de su estilo apostólico «pues mi gozo es también el vuestro» –les escribe a los corintios– (2 Cor 2,3); «¿Quién desfallece que yo no desfallezca? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?» (2 Cor 11,29).

San Pablo ha querido expresar la intensidad de su amor engendrante, recurriendo a una expresión verdaderamente atrevida cuando dice que desearía ser él mismo anatema de Cristo por sus hermanos (cf. Rom 9,3). Su amor a Cristo y su amor a los miembros del cuerpo de Cristo tironeaban al Apóstol en direcciones aparentemente contrarias.

Siglos más adelante diría San Martín de Tours, al ver que se acercaba la hora de su muerte, que si bien le gustaría morir para unirse con Cristo, sin embargo, si aún era necesario al pueblo de Dios, no se rehusaba al trabajo. Algo semejante encontramos en San Pablo:

«Y aunque vivir en la carne es para mí trabajo fructuoso, todavía no sé qué elegir. Por ambas partes me siento apretado, pues de un deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor, por otro, quisiera permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros» (Fil 1, 22-24).

## V. Maestro de la Verdad

Repetidas veces se refleja en las epístolas paulinas la predilección del Apóstol por la tarea evangelizadora, especialmente a través de la predicación y de la docencia. Abordemos este aspecto de su fisonomía apostólica.

### 1. Fidelidad al depósito

El Apóstol tiene clara conciencia de que su enseñanza lo trasciende. La doctrina cristiana no es el producto de una elaboración puramente humana

«Os hago saber, hermanos –escribe a los gálatas–, que el evangelio por mí predicado no es de hombres, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo» (Gal 1,11-12).

Eso es lo que los hombres deben ver en los apóstoles: ministros de Dios y dispensadores de los misterios trascendentes de Dios. Y «lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles» (1 Cor 4,1-2). Por eso San Pablo recomienda insistentemente a su discípulo Timoteo que permanezca en lo que ha aprendido y le ha sido confiado, considerando de quién lo aprendió (cf. 2 Tim 3,14), y que guarde con cuidado el buen depósito (cf. 2 Tim 1,14).

El Apóstol juzga con extrema severidad a quienes, pretendiéndose apóstoles de Cristo, en vez de adherirse más y más a la doctrina del Señor, enseñan otras cosas de su propia cosecha, suscitando en el cuerpo de la Iglesia toda clase de contiendas, blasfemias y suspicacias; tal es la huella que dejan los hombres «privados de la verdad» (cf. 1 Tim 6,3-5). A los gálatas, que parecían apartarse de la doctrina que Pablo les había enseñado, les escribe estas duras frases:

«Me maravillo de que tan pronto, abandonando al que os llamó en la gracia de Cristo, os hayáis pasado a otro evangelio. No es que haya otro; lo que hay es que algunos os turban y pretenden pervertir el evangelio de Cristo. Pero aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase otro evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema. Os lo he dicho antes y ahora de nuevo os lo digo: Si alguno os predica otro evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema» (Gal 1,6-9).

## 2. El oficio del sabio: exponer y refutar

Enseña Santo Tomás que la misión propia del que posee la sabiduría es enseñar la verdad y refutar el error. La mera exposición de la verdad sin la refutación de los errores a ella contrarios no resulta suficiente, pues en tal caso frecuentemente el discípulo quedaría inerme frente a las objeciones que se le presentan, con el consiguiente detrimento de la doctrina que ha aprendido.

### A. Exponer la verdad

San Pablo es un apóstol lleno de sabiduría. Lo veremos, pues, ejerciendo el primer cometido del sabio: la enseñanza de la verdad. Cristo no lo ha enviado tanto para la administración de los sacramentos cuanto para la evangelización de los pueblos, les dice a los corintios (cf. 1 Cor 1,17). El celo que lo devora es la causa de su actividad magisterial. Sabe esto por lógica perfecta: «Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Pero, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? Y ¿cómo creerán en aquel del cual no han oído hablar? Y ¿cómo oirán si nadie les predica?» (Rom 10,13-14).

Su exposición de la doctrina no es sino la redundancia de esa fe viva que anida en sus entrañas: «Creí, por eso hablé» (2 Cor 4,13). No es la predicación paulina una predicación basada en la sublimidad de la elocuencia de la que, al parecer, carecía el Apóstol; mejor así, pues entonces quedaría bien en claro que la fe de sus hijos no se «apoyaba en sabiduría humana alguna sino sólo en el poder de Dios» (cf. 1 Cor 2,1-5).

Sin embargo, y con ironía verdaderamente divina, afirma que sus palabras contienen una sabiduría superior, que trasciende toda presunta sabiduría humana.

«Hablamos entre los perfectos una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, abocados a la destrucción; sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida.... que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo» (1 Cor 2,6.8).

Las dialécticas profanas y seculares sólo sirven para desvirtuar la cruz de Cristo; porque la doctrina de la cruz es locura para los impíos (cf. 1 Cor 1,17-18).

Para predicar de este modo, que es como San Pablo quiere que prediquen sus hijos sacerdotes (cf. 1 Tim 4,13-16) es menester nutrirse en la verdad, o como le dice a Timoteo, «en las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido» (1 Tim 4,6). Nada de oscuridades, so pretexto de una presunta profundidad. Lo importante es la fidelidad a la doctrina y el valor para no retacear su integridad.

Así debe ser el predicador cristiano, un hombre lleno de coraje, franqueza y libertad. Pablo pide a los efesios

que rueguen por él para que «al abrir mi boca, se me conceda la palabra para dar a conocer con franqueza el Misterio del Evangelio, del que soy embajador encadenado para anunciarlo con toda libertad y hablar de él como conviene» (Ef 6,19-20). Nada más lejos del apóstol que la *vergüenza mundana* del tímido y del cobarde (cf. 2 Tim 2,15).

¡Cuán sintomático de un estilo semejante, cuán solemne aquel momento en que, entrando Pablo en el Areópago de Atenas, sede de la *inteligencia* de su tiempo, ocupada en oír la última novedad, anuncia valientemente *el Dios desconocido!* (cf. Hch 17,19-23). Conocían todas las novedades, menos la Buena Nueva...

### B. Refutar el error

Porque, como dijimos antes, no basta con exponer la verdad. Bastaría, si en el mundo la verdad no fuese contradicha. Pero bien sabemos que está lejos de ser así. Lo que San Pablo predica acerca de los últimos días, de esos tiempos difíciles en que aparecerán falsos doctores «que siempre están aprendiendo sin lograr llegar jamás al conocimiento de la verdad» (2 Tim 3,7) es una realidad que se verifica en todos los tiempos. Siempre habrá gente satisfecha con sentirse *en búsqueda* y juzgando que todo *hallazgo* es un acto de soberbia intelectual. De ahí la solemnidad con que San Pablo le dice a su discípulo Timoteo:

«Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su aparición y por su reino: Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, vitupera, exhorta con toda longanimidad y doctrina, pues vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes, por el prurito de oír, se amontonarán maestros conforme a sus pasiones y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas. Pero tú sé circunspecto en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (2 Tim 4,1-5).

Nada peor para un apóstol que intentar conformarse «a este siglo» (Rom 12,2). El apóstol deberá tener el coraje fruto de la caridad de corregir a los que faltan o yerran, incluso, si fuese menester, «delante de todos para infundir temor a los demás» (1 Tim 5,20). Deberá prevenir a sus fieles para que no se dejen engañar con falacias barnizadas de filosofías, fundadas en elementos mundanos y no en Cristo (cf. Col 2,8);

«para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el juego engañoso de los hombres, que para seducir emplean astutamente los artificios del error, sino que, al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad» (Ef 4,14-15).

Deberá prevenir a sus hijos contra los falsos apóstoles, esos obreros engañosos que se disfrazan de apóstoles de Cristo, que hablan con un vocabulario religioso y teológico pero vaciado de contenido, secularizado, «pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (cf. 2 Cor 11,13-14). Deberá controlar que no se infiltren en su rebaño los sembradores de errores (cf. 1 Tim 1,3-6). Deberá proclamar con claridad y valentía que no hay consorcio posible entre la justicia y la iniquidad, entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial, entre el templo de Dios y los ídolos (cf. 2 Cor 6,15-16). Deberá, incluso, tener la caridad de corregir fraternalmente a las autoridades religiosas, cuando obran de manera reprensible, por el mal que su comportamiento puede provocar en los fieles (cf. Gal 2,11-13).

En el fondo de un hombre de este temple, que no ante el poder en apariencia avasallante del error, palpita un alma fuerte, sólida y vibrante, capaz de clamar: «No me avergüenzo del evangelio» (Rom 1,16). Un alma de apóstol, que sabe que no es el mundo el que ha de juzgar a los

santos, sino que son los santos los que han de juzgar al mundo (cf. 1 Cor 6,2); y por tanto su lenguaje no será el de «Sí y No» a la vez, porque Cristo no ha sido «Sí y No», sino puro «Sí» (cf. 2 Cor 1,18-20). «De este modo, desechando los tapujos vergonzosos, no procediendo con astucia ni falsificando la palabra de Dios, manifestamos la verdad» (2 Cor 4,2), porque «no somos como muchos, que trafican la palabra de Dios» (2 Cor 2,17). Un apóstol así es un señor, un varón que «predica con gran libertad al Señor» (Hch 14,3), a pesar de todas las oposiciones que la verdad le suscitará. Porque, como genialmente diría San Agustín, la verdad necesariamente engendra el odio.

De ahí que San Pablo estuviera tan lejos de toda demagogia. El no buscaba el favor de los hombres sino el favor de Dios, sabiendo que si buscase agradar a los hombres, ya no sería servidor de Cristo (cf. Gal 1,10). Por eso no teme contrariar a los corintios diciéndoles que no se engañen; que si alguno cree que es sabio según este siglo, se haga necio para llegar a ser realmente sabio, «porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios» (1 Cor 3,19). Nada, pues, de acomodados. Ya pueden los judíos pedir señales, ya pueden los griegos buscar sabiduría; Pablo no vacilará en predicar a Cristo crucificado, «escándalo para los judíos, locura para los gentiles» (1 Cor 1,23).

La historia de la Iglesia nos enseña que muchas veces los apóstoles de Cristo han querido caer bien a los hombres, halagándoles sus instintos. Y así a los ricos les hablaban contra los pobres, a los pobres contra los ricos, a las mujeres sobre la liberación femenina, etc. También en esto la docencia de San Pablo es perdurable, Al marido le dirá, sí, que es cabeza de la mujer, pero al mismo tiempo le dirá que debe imitar a Cristo y amar a su mujer como Éste amó a su Iglesia (cf. Ef 5,23.29.32). A la mujer le dirá que debe someterse a su marido, como a Cristo. A los hijos les dirá que obedezcan a sus padres, y a los padres, que no provoquen a ira a sus hijos; a los sirvientes, que obedezcan a sus señores; a los patronos, que den a sus sirvientes lo justo (cf. Ef 6,1.4.9; Col 3,18-22; 4,1; 1 Tim 6,17-19).

«Así hablamos, no como quien busca agradar a los hombres sino sólo a Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nunca, como bien sabéis, hemos usado de lisonjas ni hemos procedido con propósitos de lucro. Dios es testigo; ni hemos buscado la alabanza de los hombres, ni la vuestra, ni la de otros» (1 Tes 2,4-6).

## VI. Corazón magnánimo

Una de las características más relevantes del corazón de San Pablo es la magnanimidad. Desde su juventud, el orgullo había penetrado hasta la médula de sus huesos. Y éste fue el hombre elegido. Porque Dios rechaza a los tibios. Pablo no era tibio ni mediocre. Las naturalezas grandes poseen recursos grandes, y cambian según son; son enteras, y cambian enteramente. Su orgullo, vaciado por la humildad, se transformó en magnanimidad.

### 1. Visión grande del Cristianismo

A veces los apóstoles de Cristo tienen una visión estrecha y raquílica del cristianismo, que quieren achicado a la medida de su corazón mezquino. No deja de ser admirable cómo San Pablo, aun escribiendo sus epístolas a cristiandades que vivían en torno a pequeñas polémicas, propias de almas pusilánimes, jamás se dejó atrapar por ellas sino que siempre se elevó al nivel de la grandeza.

Así, escribiendo a los colosenses, se remonta, por encima de toda minucia, a una visión propiamente divina de la historia de la salvación: «Porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y

de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fije creado por Él y para Él. Él es antes que todo y todo subsiste en Él. Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; Él es el principio, el primogénito de, los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas. Y plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo todas las cosas en Él, pacificando con la sangre de su cruz así las de la tierra como las del cielo» (Col 1, 16 20),

Y en carta a los corintios:

«Cómo en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados. Pero cada uno en su propio rango: las primicias, Cristo; luego, los de Cristo, cuando El venga; después será el fin, cuando entregue a Dios Padre el reino, cuando haya destruido todo principado, toda potestad y todo poder. El último enemigo destruido será la muerte, pues ha puesto todas las cosas bajo sus pies. Pues preciso es que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. Cuando dice que todas las cosas le están sometidas, es evidente que con excepción de Aquel que le sometió todas las cosas; antes cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se someterá a quien a El todo se lo sometió, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1 Cor 15, 22-28; cf. también 15, 55-57).

Pareciera que estuviese siempre mirando la historia y sus acontecimientos, grandes o pequeños, desde el punto de vista de Dios, con los ojos de Dios. Jamás el Apóstol se perderá en el detalle. Aun las cosas más nimias, las considerará dentro de una perspectiva grandiosa. Su visión va del Génesis al Apocalipsis, abarcando todo el designio de Dios. Cumple de veras aquello que recomendaba a los colosenses, de buscar las cosas de arriba, donde está Cristo, como Señor de la historia, sentado a la diestra de Dios (cf. Col 3,1).

Su corazón, ensanchado a la medida del corazón de Cristo, vive en el éxtasis de la grandeza: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!... Porque de Él, y por Él, y para Él son todas las cosas» (Rom 11,33.36). Se comprende que moviéndose en un ámbito tan excelso haya experimentado con tanto verismo el *contemptus mundi*, menospreciando todo lo que los hombres reputan por ganancia: «Todo lo tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo» (Fil 3,7 8).

El Apóstol siente que no puede estar en lo pequeño, en lo trivial, ya que en sus manos ha sido puesto algo grande, todo el misterio de Cristo, todo el designio de Dios, que por Cristo ha reconciliado a la humanidad: «Nos ha confiado el misterio de la reconciliación... puso en nuestras manos la palabra de reconciliación» (2 Cor 5,18.19).

### 2. Expresiones de magnanimidad

Los escritos del Apóstol rebosan de este espíritu contagiosamente grande. Grande y agrandante de sus oyentes o lectores.

«Os abrimos, ¡oh corintios, nuestra boca, ensanchamos nuestro corazón; no estáis al estrecho en nosotros, lo estáis en vuestras entrañas; pues para corresponder de igual modo, como a hijos os hablo; ensanchaos también vosotros» (2 Cor 6,11 13).

La palabra «abundancia» brota con frecuencia de su corazón exuberante: así como abundó el pecado, sobreabunda la gracia (cf. Rom 5,20); «abundancia en toda buena obra» –escribe a los corintios– (2 Cor 9,8). Una abundancia a la que no obsta el hecho de que nada hayamos traído al mundo y nada podamos llevarnos de él... fuera de Cristo y de su gracia (cf. 1 Tim 6,7-8). Ese espíritu de abundancia sobrenatural vence a la misma decrepitud natural, producto necesario de los años, «por lo cual no desmayamos, sino que mientras nuestro hom-

bre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día» (2 Cor 4,16).

Porque en Cristo todo se ha hecho nuevo, nada queda en el fiel de la vejez ruinosa (cf. 2 Cor 5,17), salvo la antigüedad que añeja el espíritu, como al vino lo hace exquisito. El Apóstol, ensanchado en su corazón exuberante, abundoso, siempre joven aunque cada vez más añejo, alcanza así la perfecta libertad, ya que Cristo lo ha hecho libre de toda servidumbre (cf. Gal 5,1), sólo súbdito de la grandeza de su misterio.

Quisiéramos destacar una de las manifestaciones más hermosas del espíritu magnánimo que caracterizó a San Pablo: lo que él llama «la solicitud de todas las iglesias» (cf. 2 Cor 11,28). Desde su conversión supo que el Señor lo destinaba a llegar lejos, hasta los confines del mundo: «Yo quiero enviarte a naciones lejanas» (Hch 22,21); «te he hecho luz de las naciones (Hch 13,47). Se sabe el apóstol no de una facción sino de la totalidad, apóstol católico, universal, que se debe tanto a los griegos como a los bárbaros, a los sabios como a los ignorantes (cf. Rom 1,14); sabe que ha recibido la misión del apostolado en orden a promover la obediencia de la fe, para gloria del nombre de Cristo, en todas las naciones (cf. Rom 1,5). «Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús... Desde Jerusalén hasta la Iliria y en todas direcciones lo he llenado todo del evangelio de Cristo» (Rom 15,17.19).

Pablo sufrió lo que Pemán llamara, refiriéndose a San Francisco Javier, «la impaciencia de los límites». Su espíritu de fuego está volcado no tanto a la consideración de lo que ya ha hecho, sino de lo que queda por hacer, está volcado hacia adelante: «Dando al olvido a lo que ya queda atrás, me lanzo tras lo que tengo delante, hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús» (Fil 3,12-14) ejos de toda pusilanimidad

La grandeza de sus miras y aspiraciones en modo alguno lo inclinó a vivir en la abstracción de lo irreal, de la utopía. El hombre que exploró las medidas del corazón de Cristo, el que subió hasta el tercer cielo y oyó palabras inefables, es el mismo que recomienda a Timoteo no beber agua sola sino mezclar un poco de vino, porque su discípulo sufre del estómago (cf. 1 Tim 5,23), el que escribe a los tesalonicenses pidiéndoles que cuando alguno de ellos lo visite le traiga el capote y los libros que olvidó en Tróade, en casa de Carpio (cf. 2 Tim 4,13), el que escribe a los efesios pidiéndoles que no se embriaguen con vino... sino que se llenen del Espíritu (cf. Ef 5,18). Tales nimiedades en manera alguna lo apartaban del panorama magnífico que lo había seducido.

La magnanimidad del Apóstol lo llevó a evitar a todo trance que sus hijos, que tanto lo amaban, se polarizasen en torno a él. No quería que dijese:

«Yo soy de Pablo, mientras otros decían: Yo soy de Apolo. Yo planté, Apolo regó; pero quien dio el crecimiento fue Dios. Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. El que planta y el que riega son iguales; cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo. Porque nosotros sólo somos cooperadores de Dios, y vosotros sois arada de Dios, edificación de Dios. Según la gracia de Dios que me fue dada, yo, como sabio arquitecto, puse los cimientos, otro edifica encima. Cada uno mire cómo edifica, que cuanto al fundamento, nadie puede poner otro sino el que está puesto, que es Jesucristo» (1 Cor 3,4-11).

Lo único importante, lo único grande es Cristo. Haciendo eco a la frase del Bautista, «conviene que El crezca y que yo disminuya, Pablo no pretenderá para sí otra cosa que diluirse, de modo que también los demás se centren y se apoyen en solo Cristo, la única roca. Obrar de otra manera sería querer estrechar lo que es grande.

Y Cristo es demasiado grande, no se divide (cf. 1 Cor 1,12-15). Por desgracia esta actitud es poco frecuente ya que, como constataba el Apóstol, «todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo» (Fil 2,21).

No hay cosa que achique más el corazón de un apóstol que el sumergirse en minucias bobas, creyendo que se trata de cosas serias e importantes. San Pablo nos ha dejado preciosas enseñanzas a este respecto. A los judaizantes los juzga como empequeñecedores del cristianismo, que debe ser grande, católico. Jamás entraría en ese juego (cf. Gal 2,4). Y a Timoteo le recomienda insistentemente no ocuparse en disputas vanas (cf. 2 Tim 2,14), evitar las parlerías que son como una gangrena (cf. 2 Tim 2,16 17), desechar las fábulas profanas y «los cuentos de viejas» (1 Tim 4,7), huir de las cuestiones necias y tontas, que engendran altercados (cf. 2 Tim 2,23).

El apóstol que da importancia a lo que no es importante, estrecha su corazón, lo mezquina. Otra actitud que achica el espíritu es la del apóstol que, impresionado por la experiencia del mal, cuyo triunfo es evidente en un número tan grande de personas, queda tan decaído que empieza a dudar de la victoria final del bien. A tal apóstol, tan semejante a los discípulos de Emaús, le dice San Pablo: «No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien» (Rom 12,21). Sólo así será vigoroso. No sumergiéndose en nimiedades, ni dejándose impresionar por la aparente supremacía del mal, valorando más un gramo de gracia que una tonelada de pecados, sólo así el apóstol llegará a ser sostén para los demás. Porque «los fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles» (Rom 15,1).

## VII. Combatiente de Cristo

El apostolado paulino es un apostolado con todas las características de la milicia. San Pablo es un apóstol militante. Sus cartas semejan a veces partes de guerra. El temple de su alma es el de un soldado al servicio de la Realeza de Cristo. Los enemigos de Cristo son sus propios enemigos. Su espiritualidad pareciera preludiar la que, siglos después, animaría a los caballeros de las Cruzadas.

### 1. El buen combate

No deja de ser sintomático el lugar que ocupa el vocabulario castrense en las instrucciones que Pablo envía a su hijo predilecto, el obispo Timoteo. La doctrina que le ha enseñado, le dice, merece su defensa, «pues por esto penamos y combatimos» (1 Tim 4,10). La dedicación a la milicia apostólica es excluyente: «El que milita para complacer al que lo alistó como soldado, no se embaraza con los negocios de la vida» (2 Tim 2,4).

El apostolado incluye un elemento agonial, y parece exigir el esfuerzo que requiere el competir en un estadio, donde sólo es coronado el que compite con energía (cf. 2 Tim 2,5). «Te recomiendo –le dice a Timoteo– que sostengas el buen combate» (1 Tim 1,18), «combate los buenos combates de la fe» (1 Tim 6,12). Para lo cual necesitará una buena dosis de fortaleza, esa virtud tan amada por el Apóstol: «No te avergüences jamás del testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero; antes conlleva con fortaleza los trabajos por la causa del Evangelio, en el poder de Dios» (2 Tim 1,8); «tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia de Cristo Jesús» (2 Tim 2,1).

En realidad, San Pablo considera que todo cristiano está llamado a tomar parte en esta lucha, por lo que escribe a los corintios: «Velad y estad firmes en la fe, obrando varonilmente y mostrándoos fuertes» (1 Cor 16,13).

Pero de una manera muy particular lo está el que ha sido especialmente convocado para llevar adelante los combates del Señor, el sacerdote de Cristo.

¿Luchar contra quién? Ante todo contra sí mismo, contra las propias pasiones desordenadas, ya que el apóstol de Cristo debe irse haciendo otro Cristo y por ende ir muriendo progresivamente a sí mismo. Si «los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus concupiscencias» (Gal 5,24), cuánto más el llamado a dirigir esa misma lucha en sus hijos espirituales. Pero, como siempre, la visión de San Pablo es también aquí visión de águila. Más allá del enemigo interior apunta al Enemigo personificado, al Malo, «que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires» (Ef 6,12).

Como antaño Cristo en el desierto, Pablo es un atleta que ha resuelto enfrentarse personalmente con Satanás. El demonio bien lo sabía. A este respecto, no deja de ser encantador un episodio que se nos relata en los Hechos de los Apóstoles. Estaba Pablo en Efeso, haciendo numerosos milagros. Entonces unos judíos, que estaban por allí de paso, queriendo imitarlo, se acercaron a los endemoniados e intentaban exorcizarlos diciendo: «Os conjuro por Jesús, a quien Pablo predica». Pero el espíritu maligno les respondió: «Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero vosotros ¿quiénes sois?» (cf. Hch 19,13-15).

Frente al enemigo interior y exterior sabe el Apóstol que es preciso armarse. Frecuentemente exhorta San Pablo a fortificarse en el Señor y en la fuerza de su poder, a vestirse con la armadura de Dios para poder vencer las insidias del diablo (cf. por ej. Ef 6,10-11). Las armas de esta milicia tan peculiar no pueden ser carnales; éstas no alcanzarían para derribar las fortalezas levantadas por el Enemigo con sus sofismas y altanería contra la sabiduría de Dios y la obediencia de Cristo (cf. 2 Cor 10,4-5).

«Tomad, pues, la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y, vencido todo, os mantengáis firmes. Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. Embrazad en todo momento el escudo de la fe, con que podáis apagar los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios...» (Ef 6,13-17).

En última instancia, la armadura del apóstol combatiente no es otra que el mismo Dios, el Fuerte, quien deberá revestirlo de una fortaleza verdaderamente divina. Porque «si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom 8,31).

Visión militar de la vida cristiana, particularmente del apostolado, visión hecha de escudos, espadas, fortalezas... Realmente Pablo ha visto en la analogía militar una ejemplaridad excelente para explicar que la vida cristiana, y sobre todo la misión apostólica, tienen el carácter de una milicia. Al modo de un comandante en jefe escribía, sostenía, consolaba, fortificaba, alimentaba, animaba e inflamaba a los romanos, a los corintios, a los efesios, a los gálatas, Aquel hombre tuvo derecho a decir: «He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe» (2 Tim 4,7).

## 2. La persecución

La vida del Apóstol estuvo toda ella signada por la persecución. Era para él la garantía de su ortodoxia y de su fidelidad: ser perseguido por los enemigos de Cristo. Quien

con tanto entusiasmo había antaño acosado a los cristianos, ahora desafiaba decididamente a todos sus perseguidores. Su conversión fue como una señal para el universal furor de los hombres y de los elementos. Todas las tempestades de la creación se desencadenaron a la vez en su contra. El mismo nos relata, casi como de paso y cual si se tratara de algo obvio para un apóstol, la sucesión de tales persecuciones. «Llegados a Macedonia –les escribe a los corintios– no tuvo nuestra carne ningún reposo, sino que en todo fuimos atribulados, luchas por fuera, por dentro temores» (2 Cor 7,5); «en Damasco, el etnarca del rey Aretas puso guardias en la ciudad de los damascenos para prenderme, y por una ventana, en una espuerta, fui descolgado por el muro, y escapé a sus manos» (2 Cor 11,32-33). Pero en modo alguno se lamenta de tales padecimientos. Lejos de ello, constituyen para él una prueba de que efectivamente ha sido llamado al apostolado. Así lo deja entrever en carta a los corintios:

«¿Son ministros de Cristo? Hablando locamente, más yo; en trabajos, más; en prisiones, más; en azotes, mucho más; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos; muchas veces en viajes me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos, trabajos y fatigas en prolongadas vigiliadas muchas veces, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez...» (2 Cor 11,23-27).

La persecución está, pues, en el programa de todo apóstol. Más aún, de todo cristiano que de veras quiera ser tal: «Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones» (2 Tim 3,12). El apóstol no busca quedar bien, ni espera ser premiado por el mundo. Los Hechos de los Apóstoles nos cuentan una aventura por la que pasaron Pablo y Bernabé cuando llegaron a Listra, y que no deja de ser aleccionadora para nuestro propósito. Allí, tras hacer un milagro, la multitud fue hacia ellos creyendo que eran dioses en forma humana, llamando a Bernabé Zeus, y a Pablo Hermas, porque éste era el que llevaba la palabra. El mismo sacerdote del templo de Zeus les trajo toros con guirnaldas para ofrecerles un sacrificio. Pablo los detuvo, diciéndoles que eran tan hombres como ellos. Se les ofrecía el honor, el vano y sacrílego honor del mundo y ellos lo rechazaron.

Entonces todo cambió de un golpe, pues precisamente en este momento «judíos venidos de Antioquía e Iconio, sedujeron a las turbas, que apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, dejándole por muerto» (cf. Hch 14,18-19). Y así pasaron de los honores a las piedras. Es que el Apóstol no buscaba el agrado de los hombres ni el éxito mundano sino la complacencia de Dios ya que, como bien dice en otro lugar, «no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2,12).

Lo primero que debe hacer un apóstol es ofrecer lo que más valora: su propia vida. Tras este ofrecimiento al martirio, todas las ulteriores inmolaciones no serán sino juego de niños. Así lo entendían los primeros cristianos respecto de Pablo, como se evidenció cuando, al enviarlo para una misión difícil, lo presentaron diciendo que era un «hombre que ha expuesto la vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Hch 15,26).

¿Qué puede atemorizar a alguien que ya ha ofrecido lo mejor que tiene? San Pablo es, en este sentido, un hombre arrojado, dispuesto a evangelizar en medio de las mayores contrariedades (cf. 1 Tes 2,2-3): «Pronto estoy,



no sólo a ser atado sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús» (Hch 21,13). Podría decirse que vivía en permanente disposición para el martirio: «Os aseguro, hermanos, por la gloria que en vosotros tengo en Cristo Jesús, nuestro Señor, que cada día estoy en trance de muerte» (1 Cor 15,31). Sobre tal presupuesto, se lanza a los mayores peligros, a los escenarios donde lo esperan cadenas y tribulaciones, ya que «yo no hago ninguna estima de mi vida con tal de acabar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús de anunciar el evangelio de la gracia de Dios» (Hch 20,24).

No es la persecución lo que teme el Apóstol; lo que teme es, por el contrario, la complacencia del enemigo de Cristo. Y así considera el martirio continuado como parte de su vocación:

«Porque, a lo que pienso, Dios a nosotros, los apóstoles, nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, pues hemos venido a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres... Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez, somos abofeteados, y andamos vagabundos, y penamos trabajando con nuestras manos; afrentados, bendecimos; y perseguidos, lo soportamos; difamados, consolamos; hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo, como estropajo de todos» (1 Cor 4,9.11.13).

San Pablo, perseguido por los gentiles y por los judíos, incluso por las autoridades religiosas del judaísmo, se siente inundado de gozo pues ello le permite asemejarse más a Cristo, condenado por Pilatos, por el Sane-drín y por la multitud. ¡Cuán admirables resuenan estas palabras suyas:

«En todo apremiados, pero no acosados; perplejos, pero no desconcertados; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, pero no aniquilados, llevando siempre en el cuerpo el [suplicio] mortal de Cristo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Cor 4,8-10)!

Podrá ser encadenado como un malhechor, pero se alegra sabiendo que la palabra de Dios no queda por ello encadenada (cf. 2 Tim 2,8-9). Podrá ser condenado a muerte, pero ello acrecentará su esperanza en el Dios que resucita a los muertos y le impedirá confiar en sí mismo (Cf 2 Cor 1,8.10). «Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en los aprietos, por Cristo, pues cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Cor 12,10).

Pablo sabe que si padece con Cristo, también vivirá con El; si sufre con Cristo, con El reinará (cf. 2 Tim 2,11). A semejanza del Redentor, sus padecimientos sirven asimismo para bien de sus hijos: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24). Merced a la reversibilidad de los méritos en el cuerpo de la Iglesia, los sufrimientos del Apóstol redundan en sus hijos espirituales, a los que tales sufrimientos sirven también de ejemplo. «Os ha sido otorgado no sólo creer en Cristo –escribe a los filipenses–, sino también padecer por El, sosteniendo el mismo combate que habéis visto en mí y ahora oís de mí» (Fil 1,29-30).

No deberán los efesios entristecerse al ver a su padre sufriendo y atribulado, «pues mis tribulaciones son vuestra gloria» (Ef 3,13). Y de sus hijos no espera sino que lo imiten:

«Portaos de manera digna del Evangelio de Cristo –les escribe a los filipenses–, para que, sea que yo vaya y os vea, sea que me quede ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, luchando a una por la fe del Evangelio, sin aterraros por nada ante los enemigos, lo que es para ellos una señal de perdición, mas para vosotros señal de salvación, y esto de parte de Dios» (Fil 1,27-28).

Y en carta a los tesalonicenses les dice que se han hecho imitadores de los cristianos de Judea pues han padecido de sus conciudadanos lo mismo que aquéllos de los judíos, quienes dieron muerte a Jesús y a los profetas, y a él lo persiguen con odio (cf. 1 Tes 2,14-16). Es evidente que una concepción semejante de la persecución y del martirio hace que tales ataques hayan constituido para Pablo un motivo de exultación.

«Nos gloriamos en las tribulaciones –escribe a los romanos–, sabiendo que la tribulación produce la paciencia, la paciencia la virtud probada, y la virtud probada la esperanza, y la esperanza no quedará defraudada» (Rom 5,3-5).

Es que sabe con absoluta certeza que todos los padecimientos del tiempo presente, por acerbos que sean, no son nada en comparación con la gloria que le espera (cf. Rom 8,18). Y, en última instancia, sabe «que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman» (Rom 8,28).

### 3. La alegría

San Pablo no es un combatiente amargado, decepcionado por las deficiencias que ve a cada paso, abatido ante el número de los enemigos que, uno tras otro, van apareciendo en horizonte de su vida. Nada más horrible que un apóstol triste, amargado de su sacerdocio.

San Pablo tuvo vocación de víctima, pero sin poner cara de víctima. Por eso se alegra en sus sufrimientos, que son para él un motivo de gloria, «reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Cor 7,4) y, si bien abunda en padecimientos por Cristo, así por Cristo abunda – ¡otra vez el verbo «abundar»! – en consolación (cf. 2 Cor 1,5), sabiendo que en cambio de una momentánea y ligera tribulación le espera un peso eterno de gloria incalculable. Y él no detiene sus ojos en las cosas visibles, que son transeúntes, sino en las invisibles, que son eternas (cf. 2 Cor 4,17-18). «Nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo» (Rom 5,11).

Podría decirse que su epístola a los filipenses es la gran carta de la alegría cristiana. En ella aparece casi como un *leit motiv* la frase: «Alegraos siempre en el Señor, de nuevo os digo: alegraos» (Fil 4,4; también 3, 1, etc). Alegría, pero en el Señor, y que, por tanto, puede ir unida con tristezas en los hombres. La alegría es profunda, las tristezas son periféricas. De ahí que las mismas tribulaciones, en vez de convertirse en causa de desánimo, constituyan para él motivo de gozo.

En esa misma carta les cuenta a los filipenses que está preso y encadenado, pero que gracias a esas cadenas y a la noticia de su prisión, Cristo ha sido más conocido que antes; asimismo muchos de sus hijos, alentados por sus cadenas, sienten más coraje para dar testimonio de Dios. Es cierto, les agrega, que algunos predicán a Cristo, aunque por espíritu de envidia y competencia, no queriendo ser menos que él, pensando que con eso añadirán tribulaciones a sus cadenas. «Pero ¿qué importa? De cualquier manera, sea por pretexto, sea sinceramente que Cristo sea anunciado, yo me alegro de ello y me alegraré» (Fil 1, 18). En su corazón no anida ni la más mínima pizca de envidia, ese defecto que hace estragos cuando se apodera de algún apóstol de Cristo.

Les dice, finalmente, que quizás será llevado a la muerte desde su prisión, pero entonces se convertirá en libación sobre el sacrificio de la fe de sus hijos filipenses. Se esconde acá una idea delicada. Pablo miraba la fe que esos hijos suyos habían recibido de él como un sacrificio agradable a Dios, y aludiendo a una costumbre que había en los rituales antiguos de ofrecer, juntamente con la víc-

tima que se inmolaba, algunas libaciones de vino, por ejemplo, decía que si a él le llegaba la hora de tener que morir y ser como la libación que acompaña a aquel sacrificio de sus hijos, «me alegraría y me congratularía con todos vosotros. Alegraos, pues, también vosotros de esto mismo y congratulaos conmigo» (Fil 2,17-18).

En el corazón de un apóstol semejante, jamás podrá anidar la tristeza según la carne. Porque no toda tristeza es mala; Pablo incluso, cuando escribe a los corintios, les dice que es posible que su epístola los entristezca, pero que no se duele de ello, porque en ese caso se tratará de una tristeza según Dios, que es causa de penitencia saludable y no de una tristeza según el mundo, que lleva a la desesperación (cf. 2 Cor 7,8-10). Sin embargo insiste más en el gozo espiritual. «Vivid gozosos en la esperanza», les dice a los romanos (Rom 12,12), y a los corintios: «Dios ama al que da con alegría» (2 Cor 9,7); les promete ir a visitarlos pero esta vez no en tristeza (cf. 2 Cor 2,1), «porque queremos contribuir a vuestro gozo por vuestra firmeza en la fe» (2 Cor 1,24).

Ningún texto nos parece más adecuado para cerrar este trabajo que una cita donde se resume toda la espiritualidad apostólica de San Pablo:

«En nada demos motivo alguno de escándalo, para que no sea objeto de burla nuestro ministerio, sino que en todo nos acreditemos como ministros de Dios, con mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en apremios, en azotes, en prisiones, en tumultos, en fatigas, en desvelos, en ayunos, en santidad, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en caridad sincera, en palabras de veracidad, en el poder de Dios, en armas de justicia ofensivas y defensivas, en honra y deshonor, en mala o buena fe; cual seductores, siendo veraces; cual desconocidos, siendo bien conocidos; cual moribundos, bien que vivamos; cual castigados, mas no muertos; como contristados, aunque siempre alegres; como mendigos, pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, poseyéndolo todo» (2 Cor 6,3-10).

### San Pablo

*¿Dónde se oculta el caballero ardiente,  
el que ostenta una rosa por espada?  
Lleva en su pecho un sol para occidente  
y un cielo nuevo lleva en su mirada.  
Decidle que hay un alma adolescente:  
detenida en la verde encrucijada.  
Decidle que me busque entre mi gente:  
por señal una tórtola dorada.  
Pero ya sube al cielo el caballero  
que no me ha de querer por escudero  
y aquí me quedo balbuciendo idiomas  
entre el Dragón y el Ángel que me cuida,  
mientras no llega el Águila encendida  
que agranda el corazón de las palomas.*

**Luis Gorosito Heredia**

2

## San Bernardo

La figura de San Bernardo es estelar en la Iglesia, y sin duda la más representativa de la época de la Cristiandad medieval.

Nació en el año 1091, cerca de la capital de Borgoña, de padres de ilustre prosapia. Su educación, propia de las familias de su estirpe, fue esmerada, incluyendo la gramática, la retórica y la dialéctica, juntamente con la lectura y explicación de autores clásicos tales como Cicerón, Virgilio, Horacio, etc. Bernardo era un joven robusto, de frente amplia, ojos azules y penetrantes. Todos sus contemporáneos coinciden en afirmar que brotaba de él un prestigio singular.

Un día comprendió que Dios le llamaba para seguirlo de cerca como religioso. Su padre se opuso terminantemente. Pero entonces comenzó a manifestarse aquella capacidad de seducción que durante toda su vida habría de emanar de su persona. Uno tras otro, todos sus hermanos, sin excepción, hicieron suya la decisión de Bernardo. Comentando este poder de atracción contagiosa, escribe René Guénon en el tan breve como precioso estudio que dedicara a nuestro santo:

«Hay ya en ello algo de extraordinario, y sería sin duda insuficiente evocar el poder del «genio», en el sentido profundo de esta palabra, para explicar semejante influencia. ¿No vale mejor reconocer en ello la acción de la gracia divina que, penetrando en cierta manera toda la persona del apóstol e irradiando fuera por su sobreabundancia, se comunicaba a través de él como por un canal, según la comparación que él mismo emplearía más tarde aplicándola a la Santísima Virgen?».

Personalidad riquísima, polifacética; tratemos, en cuanto nos sea posible, de delinear sus principales rasgos.

### I. El Abad

En razón de diversas actitudes que Bernardo tomara en el curso de su agitada vida, a las que luego nos iremos refiriendo, para muchos de sus contemporáneos —e incluso ahora— pudo parecer un hombre cortante, irascible y agresivo. Se olvida una faceta de su personalidad que le es esencial, la paternidad. Porque Bernardo, más allá de ser monje, fue sobre todo padre de monjes, que eso significa *Abad*. Como se sabe, fue él quien hizo florecer la Orden del Cister, que se extendería por toda Europa. Él se consideraba el padre de todos. Pero de manera particular de los monjes del monasterio que fundara y presidiera durante tantos años, el de Claraval, que tanto amó.

En los monjes que tenía a su cargo veía a sus hijos predilectos. Su principal cuidado era, tras haberlos impulsado a la vida religiosa, ofrecerles un alimento espiritual sustancioso, una doctrina espiritual sólida. Así lo

hizo mediante espléndidos sermones que todavía hoy podemos admirar, algunos de ellos elaborados en el curso de la noche, y en los que les descubría el sentido de los misterios sobrenaturales, como una madre descascara las nueces y las prepara para sus hijos, según él mismo lo dijera en uno de esos sermones.

Entrañas paternas las de este abad, que aun en los momentos en que se siente abrumado por acuciantes problemas que le han propuesto desde fuera del monasterio, a veces de parte de los reyes o del mismo Papa, no vacila en *distraerse* tres o cuatro veces, interrumpido por los golpes discretos de sus hijos en la puerta de su celda, debiendo escuchar sus penas pueriles, sus preocupaciones triviales. Porque no sólo les dio su enseñanza sino también su afecto. En cierta ocasión, en que los padres de un joven le manifestaban por carta su aflicción a raíz del ingreso de su hijo en Claraval, a quien así creían haber perdido para siempre, él respondió: «Nosotros lo adoptamos por hijo, y nosotros os adoptamos por padres... Yo seré su padre, su madre, su hermano, su hermana». Esta frase de Bernardo nos recuerda aquella de San Agustín: «Como obispo soy vuestro padre, como cristiano soy hermano vuestro». Así era Bernardo, padre y hermano.

Pero Bernardo sabía ser también amigo, uno de esos grandes amigos que no es fácil encontrar. Conocida es su estrecha amistad con diversos contemporáneos suyos como Guillermo de Saint-Thierry, Aelredo de Rievaulx, y tantos otros. Este último, precisamente, inspirándose en la persona y las enseñanzas de San Bernardo, haría la exposición teórica de la amistad en su libro *Speculum Caritatis*, donde entre otras cosas se lee esta frase, típicamente bernardiana: «La amistad viene de Dios, y Cristo es el lazo que une a los amigos».

Inmensa era, sin duda, la capacidad de afecto de San Bernardo, no sólo con sus hijos religiosos, sino también con laicos que en una u otra forma se relacionaban con él. Dio la razón de ello en una de sus cartas: «Todos están al servicio de un mismo Señor, militan bajo un mismo Rey; la misma gracia de Dios vale en la plaza pública y en el claustro –*et in foro et in claustro gratia Dei eadem valet*–». Bernardo no era «clerical», ni creía que sólo en el claustro el hombre llega a su plenitud. Cada uno tenía su propia vocación y en ella debía alcanzar la perfección respectiva. Religiosos y laicos eran necesarios a la Iglesia, son una misma realidad, decía, *unum sunt*. Por eso no le parecía una *sustracción* de su vida monástica, *perder tiempo* escribiendo a amigos y dirigidos espirituales, incluso sobre temas aparentemente nimios:

A Matilde, condesa de Blois, que se quejaba de la ligereza de su hijo, le aconseja ser indulgente con aquel joven: «Tu hijo puede olvidar a veces que es hijo, pero una madre no puede ni debe olvidar que es madre». A otra Matilde, Reina de Inglaterra, se toma la libertad de escribirle, comunicándole que había encomendado a Dios el nacimiento difícil de su hijo, el príncipe Enrique: «Tomad el mayor cuidado del hijo que acabais de poner en el mundo; me parece, sea dicho sin herir al rey, vuestro esposo, que yo soy también un poco su padre». En carta a Ermengarda, duquesa de Bretaña, le dice: «Si pudiérais leer en mi corazón lo que el dedo de Dios se ha dignado escribir allí con motivo de mi afecto por vos... El que os ha inspirado amarme así y elegirme para director de vuestra salvación, me ha inspirado un sentimiento igual, para que pueda retribuir vuestro afecto».

Un afecto, por cierto, que no se queda entre los límites de lo natural. «Dios se encuentra entre los amigos...», la única razón de amar a los amigos es Dios», afirma en una carta a Thibaud de Champagne. Y en otra, a un abad como él: «Jesucristo es el vínculo entre los amigos». Su discípulo Aelredo de Rievaulx escribiría en su tratado al que acabamos de aludir: «La amistad humana es una

participación en la Amistad que está en Dios, porque Dios es Amor, y es también Amistad». En carta a Suger, el famoso abad de Saint-Denis, Bernardo le diría: «Las amistades sólo serán verdaderas si el nudo de la verdad las consolida».

Mas, como dijimos antes, su capacidad de afecto la volcó especialmente sobre los monjes que eran sus hijos espirituales preferidos. Hablando en una carta de uno de ellos que él había recibido en el monasterio y que acababa de morir, escribe:

«Fue mío durante su vida, y lo será después de su muerte, y lo reconoceré como tal en la patria. Sólo aquel que sea capaz de arrancarlo de la mano de Dios logrará separarlo de mí».

¿Agresivo Bernardo, intratable? Fue, por cierto, duro, pero sólo cuando había que serlo. Bien describió el primero de sus biógrafos el estilo de su gobierno monacal: «El más humano posible por el afecto que en ello ponía, pero el más intratable donde la fe estaba en cuestión». Este hombre del que se nos da la imagen de un hombre severo hasta la obstinación y austero hasta la tristeza, fue el que dijo en un sermón: *implentur omnia feruore spiritus et jucunda deuotione* –todo se llena con el fervor del espíritu y la entrega gozosa–. Bernardo predileccionó el adjetivo *jucundus*, palabra cercana a *jocus*, juego. Los filólogos nos enseñan que conviene no tanto al hombre que es feliz, cuanto a aquel que es causa de alegría para los demás. La *jucunditas* es el encanto del alma, la capacidad de regocijarse a los que integran el entorno, la alegría comunicativa, el espíritu eutrapélico. Un encanto que invade todo. Y así habla de *jucunda meditatio*, *jucunda contemplatio*, y cuando explique el Cantar de los Cantares, en el primer sermón calificará tres veces el diálogo entre el Esposo y la Esposa como de *jucundum eloquium*.

Sus monjes destacaban el encanto de su «sonrisa», no la sonrisa del bobo sino la del hombre que ha alcanzado la plenitud de la serenidad; *multos hilarabat*, escriben, alegraba a muchos. La vocación al claustro, a pesar de las terribles renunciaciones y exigencias que implica, era para él una vocación al gozo. «Yo os quiero alegres», exhortaba a los suyos. Y a un grupo de jóvenes decididos a entrar en su monasterio les diría:

«Yo os lo afirmo en nombre de la verdad que es Dios, y creed a mi experiencia: este camino cuya entrada parece tan difícil, y tan estrecha, se vuelve cada vez más gozoso y feliz, *laetior et jucundior*».

No se trata, por cierto, de alegrías puramente sensibles. Los apóstoles, les explicaba, gozaron de la presencia de Cristo, de la visión de su cuerpo. Pero era ése un gozo sensible. Cristo les sería quitado, primero en la cruz y luego en su Ascensión. Y, sin embargo, sólo entonces comprendieron aquello del Señor: «Os conviene que yo me vaya... Me voy y os alegraréis». Lo importante no era contemplarlo con los ojos corporales. Pedro, viéndolo en carne, lo traicionó, y careciendo de su vista, después de la Ascensión, murió gozosamente por Él. Tal es la alegría espiritual, profunda y sobria, la que dilata el corazón. Cuando escriba la vida de San Malaquías, a quien había conocido personalmente, entre los rasgos admirables de dicho santo incluirá su capacidad de reír, «porque el reír es caridad, puesto que ésta es buen humor: una caridad gozosa, no relajada».

## II. El poeta

Bernardo quiso que en el Cister se hermanasen perfectamente la *lectio divina* y el rezo del Oficio Divino con el trabajo de las manos y la labranza de los campos. Particular predilección experimentó por la Sagrada Escritura, paladeando cada una de sus frases. Nos cuentan sus biógrafos que conservaba fidelísimamente en su memoria las palabras reveladas que había aprendido en su celda, y

después las iba rumiando en sus ocupaciones y faenas agrícolas, de donde vino a decir más adelante que la soledad del bosque, las hayas y las encinas, habían sido sus principales maestros. Así lo leemos en la primera *Vida* que de él se escribió:

«El sentido de las Escrituras, lleno de conocimientos espirituales, lo había encontrado, si hay que creer en sus propias palabras, meditando y rezando en los bosques. A menudo decía bromeando a sus amigos que jamás tuvo otros maestros que las hayas y los robles».

Un santo que aprende del bosque no puede sino ser un poeta. Bernardo contempló la naturaleza, no sólo la inanimada sino también la animada, con mirada penetrante, viendo en ella lo que los demás eran incapaces de observar; ante sus ojos las cosas se transformaban, se transfiguraban, ya que las contemplaba con los ojos de Dios, cuya luz, pasando por él, embellecía los objetos que alcanzaban sus sentidos. Era la mirada de un santo y de un poeta.

Algunos han afirmado que Bernardo era también músico. Incluso se le atribuye una reforma del canto cisterciense. No es un dato seguro. Pero lo que sí resulta indudable es que hay música en su estilo, *escuchaba* resonar lo que escribía. Los oficios litúrgicos que compuso nos revelan el dominio de la métrica de los himnos, de la estructura de los responsorios, etc. ¿Compuso melodías? No lo sabemos. Lo cierto es que creía firmemente en los efectos de la música sobre el corazón y la inteligencia:

«Si hay canto –escribe al abad de Montiéramey– que sea lleno de gravedad, no lascivo, ni tosco. Que sea suave sin ser superficial, que encante el oído para emocionar el corazón. Que alivie la tristeza, que calme la cólera. Que no vacíe el texto de su sentido, sino que lo fecunde».

Destaquemos esta última frase. Semejante declaración sobre la «fecundación de la letra» por la belleza nos dice mucho de los quilates del alma del abad de Claraval.

Es cierto que San Bernardo fue objetado por la posteridad como si hubiese sido perjudicial para el arte, en razón de una polémica que mantuvo con uno de los abades de Cluny por el tipo de arte que propagaban los cluniacenses. El asunto merece alguna explicación. En aquel tiempo, Cluny dominaba la Cristiandad. Sus monjes constructores trabajaban por todas partes, entendiendo que la belleza alentaba la oración y alababa a Dios en sus formas. Allí donde construían aquellos monjes o sus discípulos, los capiteles de las iglesias se poblaban de representaciones de la flora. y de la fauna, y en sus portadas una abundante estatuaria de Reyes y de Santos cubría los dinteles y los tímpanos. Los interiores se enriquecían con frescos, las cruces se adornaban con esmaltes y piedras preciosas. La obra maestra de aquel arte glorioso fue la basílica de Cluny, la iglesia madre, construida por San Hugo, gigantesco templo de siete campanarios.

Pues bien, San Bernardo en su *Apología* protestó contra aquel lujo que le parecía inadmisibles en hombres que habían renunciado a las glorias del mundo y a los goces de los sentidos. Condenaba

«la inmensa altura de las iglesias, su extraordinaria longitud, la inútil anchura de sus naves, la riqueza de sus materiales pulimentados, las pinturas que atraían las miradas. Vanidad de vanidades, más insensata aún que vana».

Se ha dicho que tal actitud no era sino una expresión de su ascética espiritual transpuesta al ámbito de la estética. ¿El resultado de dicha posición fue en detrimento de la auténtica belleza? Responden a esta pregunta las admirables abadías cistercienses diseminadas por Occidente, con su sobria belleza, su escueta elegancia, su

despojo sensible, sus naves de líneas perfectas, sus piedras ennoblecidas por la pura solidez de las formas, sus oleadas de luz nacarada a través de los vitrales monocromos... Todo parece responder a aquella sobria embriaguez que quería San Bernardo para la vida interior.

Señala Daniel-Rops que quizá el arte cisterciense, al negarse a lo fastuoso, contuvo al Gótico en la pendiente de lo excesivo y de lo redundante, por la cual, de hecho, habría de deslizarse más tarde, para convertirse en el Flamígero.

Lo cierto es que las ideas de San Bernardo en este campo sólo se aplicaron a los edificios conventuales, en la inteligencia de que el *arte episcopal* –por oposición al *arte monástico*– debía «hablar a los ignorantes», como una cátedra muda de la fe católica. Lejos de ser un menospreciador de la estatuaria y de los vitrales, San Bernardo los fomentó, pero no allí donde el primado de la espiritualidad desnuda debía dominar a las almas. Por lo que podemos concluir que, muy lejos de haber sido un enemigo de arte, San Bernardo fue uno de sus animadores. Y en este punto, como en tantos otros, inscribió profundamente su huella en la Cristiandad.

El abad de Claraval se nos revela como es: poeta, artista, músico y pensador. Todos estos talentos confluyeron en su estilo literario, reflejo de su inteligencia y de su buen gusto. Como bien dice Gilson, Bernardo «renunció a todo excepto al arte de escribir bien». Uno de sus biógrafos asegura que redactó personalmente sus sermones hasta el fin de su existencia, tachando y corrigiendo como un orfebre de la palabra. Todavía en su lecho de muerte, seguiría dictando a sus discípulos.

No es este el momento de analizar detalladamente sus recursos literarios. Fueron, por cierto, admirables. En uno de sus sermones sobre el Cantar, digámoslo a modo de ejemplo, se entrega a un juego de variaciones en tomo a los prefijos que entran en la composición de los derivados del verbo *spirare*; es una especie de sinfonía sobre la historia de la obra de Dios en favor del hombre: un sostenido crescendo nos eleva desde el día de la creación –*dies inspirans*– al de la gloria que aspira –*dies adspirationis*–, pasando por el del pecado –*dies conspirans*–, de la muerte espiritual –*dies expirans*–, de la vida nueva –*dies inspirans*–, y de la renovación pascual –*dies respirans*–.

Bernardo no sólo se preocupó por enseñar la doctrina, sino que consideró necesario revestirla de belleza, de esa belleza que, como se sabe, no es sino el *esplendor de la verdad*. Por eso trabajaba y pulía cada texto hasta llegar a la última perfección, que es la que nosotros conocemos. Durante los últimos cinco años de su vida, el viejo abad, a pesar de todos sus compromisos, se preocupará por revisar él mismo, párrafo por párrafo, sus obras mayores, en orden a preparar una edición revisada, con el deseo de dejar a la posteridad escritos cuya belleza fuese menos indigna de los misterios de Dios.

### III. El último de los Padres

Bernardo fue el hombre de la Biblia. De tal manera la asimiló al tejido mismo de su psicología que la utilizaba espontáneamente, a veces quizás sin darse cuenta. Su vocabulario es en gran parte bíblico, tomado sobre todo de los evangelios, de San Pablo, de los Salmos y del Cantar. Con frecuencia sus citas no corresponden al texto conocido en su tiempo, el de la Vulgata, sino de acuerdo a como las encontraba en los Padres de la Iglesia y sobre todo en la liturgia. Según señala Jean Leclercq, resulta evidente que lo que se imprimió en su memoria fueron

las partes cantadas en el Oficio Divino. Ello muestra hasta qué punto entendió la Biblia más que como un libro, como una expresión vital de la fe. Recibió la Escritura de la Tradición. La Biblia era para él la palabra de Dios viva en la Iglesia.

Uno de sus temas predilectos, en el campo bíblico, fue la concordia de los dos Testamentos. Siempre que se le presentaba la ocasión, mostraba el paso de las figuras a la verdad, de las profecías a sus realizaciones, de las sombras a la luz. Todo culminando en Cristo, como en las fachadas de las catedrales románicas.

También aquí Bernardo descubre su veta poética. Observa el mismo Leclercq que es propio del poeta en la Iglesia, hacer suyas las palabras de Dios, para repetírselas enseguida con toda espontaneidad, y servirse de ellas con entera libertad. Bernardo se ejerció amorosamente en este juego sagrado, sea agotando los significados de una palabra, sea comentando su etimología, sea agregando en torno a una palabra clave otras explicaciones que la explican y la amplían, como vimos lo hizo con la palabra *spirare*. La Escritura era para él más que un estudio una plegaria: había que *gustar, sentir, saborear* cuán suave es el Señor. Bernardo emplea con gusto el vocabulario de los sentidos espirituales. Porque si la caridad de Dios está en el origen de la revelación, debe también estarlo en su término.

Pero insistamos sobre todo en el sentido bíblico-litúrgico de su predicación. En ella encontramos lo que se podría llamar un *subsuelo bíblico* –ese cúmulo de textos escriturísticos que constituyen, por así decirlo, la materia prima de sus sermones–, y un *telón de fondo litúrgico*, a modo de atmósfera, de clima, que confiere al conjunto su colorido cultural.

Con todo, no olvidemos lo que hemos dicho más arriba, es a saber, que si su Biblia es litúrgica, es también patristica. Porque Bernardo fue un enamorado de los Padres. De Lubac ha detectado puntos de semejanza entre San Bernardo y diversos Padres como Orígenes, San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio de Nyssa. Sabemos que hizo copiar para su monasterio de Claraval una serie muy vasta de obras patristicas. No pretendía sino una cosa: ser el testigo de la doctrina de los Padres.

Diversos autores lo han llamado *Padre de la Iglesia*, el último de los Padres. ¿De dónde le viene esta denominación, este eminente privilegio que no le disputará, un siglo más tarde el genio de un Tomás de Aquino? Porque, como se sabe, la era patristica terminó en el siglo VIII, con la muerte de San Isidoro de Sevilla en el Occidente y de San Juan Damasceno en el Oriente. Lo que se quiere decir es que en su persona la edad patristica, dormida desde hacía 300 años, se despertó súbitamente, y lanzó un nuevo retoño, digno de la antigua grandeza.

Guillermo de Saint-Thierry, al comienzo de su *Vita* del abad de Claraval, dice que Bernardo fue elegido por Dios para que en el siglo XII refloreciera la gracia de los tiempos apostólicos. Habiéndose puesto en la escuela de los comentaristas natos de la Escritura, cuales fueron los Padres, llegó a impregnarse de su espíritu y hasta de su lenguaje, al modo de un brote renacido de aquel magnífico árbol de la tradición. Por lo que se puede afirmar, juntamente con Guillermo, quien lo conocía tan bien, que si ha sido considerado *Padre de la Iglesia*, y no solamente *discípulo de los Padres*, a la manera de tantos otros, es porque surcando *los arroyos* de los Padres, supo remontarse hasta *la fuente* donde éstos abrevaron.

Especialmente frecuentó a San Ambrosio y San Agustín. Pero de manera particular, como señala Gilson, se dejó

impregnar por la teología de los Padres griegos, principalmente de San Gregorio de Nyssa. Más aún, el logro esencial de su obra fue realizar una notable síntesis entre la teología griega y la teología latina, el pensamiento de Orígenes y el de Agustín. La traducción de la *dupla modelo-imagen*, familiar a los Padres griegos, en términos de *creador-creatura*, familiar a los latinos, significó para el Occidente una revolución teológica cuyas consecuencias fueron incalculables. Tal fue uno de los méritos de San Bernardo, «el último de los Padres y el igual de los más grandes», al decir de Mabillon.

#### IV. El místico

Por sobre todo lo que hemos dicho hasta acá, el abad de Claraval se destaca por sus quilates místicos. Es, indudablemente, uno de los grandes doctores de la mística católica. Nos detendremos un tanto en la consideración de este aspecto de su personalidad espiritual.

##### 1. Mística trinitaria y divinización

Bernardo vivía en la fascinación de Dios, que era a sus ojos el gozne de todo lo creado. En su obra *De Consideratione*, especie de carta-tratado que dirigió al Papa, le decía:

«¿Quién es Dios, Santo Padre Eugenio, quién es Dios? Para todo lo que existe es el fin; para los elegidos la vida eterna. ¿Qué es para sí mismo? El lo sabe, *ipse novit*... El es aquel que ha creado las almas para darse a ellas; que las incita para hacerse desear por ellas; que las dilata para que puedan acogerlo».

No se trata, por cierto, de un Dios difuso, sino de un Dios en tres Personas concretas, cada una de las cuales mantiene con él una relación singular. Particularmente se siente penetrado por el Verbo, a quien, por el hecho de haberse encarnado, lo experimenta tan cercano.

«Tolerad un instante mí locura –confiesa en una de sus páginas– ... El Verbo ha venido a mí y más de una vez. Si allí ha entrado frecuentemente, no siempre he tomado conciencia de su ingreso. Pero lo he sentido en mí y me acuerdo de su presencia. He subido a la parte superior de mí mismo y más alto aún reina el Verbo. Explorador curioso, he descendido al fondo de mí mismo, y lo he encontrado más bajo todavía. He mirado afuera y lo he percibido más allá de todo. He mirado adentro, y me es más íntimo que yo mismo... Cuando entro en mí, el Verbo no traiciona su presencia por ningún movimiento, por ninguna sensación; sólo lo descubre el secreto temblor de mi corazón. Mis vicios huyen, mis afectos carnales son dominados; mi alma se renueva; el hombre interior se restaura, y está en mí como la sombra misma de su esplendor».

Bernardo concibe el proceso de la redención al modo de una gran curvatura que va desde la animalidad, en que nos dejó el pecado, hasta la divinización que produce en nosotros la acción de las tres personas de la Trinidad. Originalmente el hombre fue creado en un estado sublime, a imagen y semejanza de Dios. «La grandeza –dice Bernardo– es la forma del alma». Mas al pecar, se degradó. El pecado enturbió la Imagen y desfiguró la Semejanza. Si el alma sigue siendo grande en su caída, perdió su rectitud, y encorvada hacia la tierra tomó la semejanza de las bestias, según aquello del salmo 48: «Se hizo semejante a ellas».

Pero Dios descendió hasta el tremedal de nuestra miseria, nos tomó de la mano, no sólo para evitar que nos condenásemos, sino para elevarnos a alturas insospechadas. La cumbre de la vida espiritual es la divinización, en la embriaguez del éxtasis, enseña Bernardo en su *Comentario al Cantar de los Cantares*, su obra mística por excelencia. Entonces, no amando ya en sí sino la semejanza de Dios, no amando ya a Dios mismo sino con un amor absolutamente desinteresado, el alma adhiere sin reservas al Esposo divino.

Bernardo, tras las huellas de los Padres griegos, destaca el papel peculiar del Espíritu Santo. Porque si el Padre es el autor primero de esta elevación suprema, como lo es de todo don, si el Verbo encarnado es su término, compete especialmente al Espíritu su realización. Es El quien incita al hombre a la empresa inaudita de «hacer del alma la Esposa de Dios»; El es quien da acceso a esta vía propiamente espiritual, en el sentido fuerte de la palabra, que deja al margen cualquier vana tentativa de presunción; El es quien conduce «a la imagen creada de claridad en claridad» hasta «convertirse y permanecer semejante a Dios».

Tal es la tarea propia del Espíritu Santo en el alma, para constituir la esposa de Cristo, lo que se cumple no sólo en los niveles superiores de la vida mística sino también en la existencia común de todos los cristianos; en efecto, la vida mística no es esencialmente diferente de la vida cristiana ordinaria, sino por una mayor elevación en la gracia y la caridad, y a veces una cierta anticipación de la gloria. Todas las obras de justificación suponen la presencia del Espíritu Santo en el alma. «Si los movimientos de la vida corporal –escribe el santo– prueban la habitación del alma en el cuerpo, la vida espiritual prueba la inhabitación del Espíritu en el alma». El Espíritu, que es «el beso mutuo del Padre y del Hijo, su lazo firme, sú único amor, su unión indivisible», al penetrar en nosotros se hace amor y don nuestro a Dios. En otras palabras, Dios se ama en sí mismo cuando el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo; se ama en nosotros y se hace amar por nosotros cuando el Padre envía a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo.

Por cierto que no somos del todo pasivos en este amor que el Espíritu Santo viene a inspirarnos. El alma debe dejarse hacer por Dios, respondiendo generosamente a la gracia divina, lo cual es también fruto de la gracia. Dicha respuesta es para San Bernardo inescindible de la imitación del Verbo encarnado. A ella alude con uno de aquellos juegos de palabras que tanto ama: Cristo es la *forma* a la que el hombre *deformado* debe *conformarse* para ser *reformado*. Tras esta fórmula de aparente ingenuidad se perciben las huellas de la Escritura, singularmente de San Pablo y de San Juan, así como de los Padres de la Iglesia, sobre todo griegos, y de la Liturgia. Advertimos aquí los esbozos de su piedad cristológica. San Bernardo ha querido habitar en las llagas de Cristo; como la paloma del Cantar, hizo su nido en los orificios de la piedra. ¿Acaso no es la Piedra uno de los nombres místicos de Cristo?

«¿Dónde puede haber un abrigo sólido, seguro y tranquilo para mi debilidad sino en las llagas del Salvador? El mundo se estremece, el cuerpo me agobia, el demonio me tiende redes; no caigo porque me has establecido sobre la piedra firme».

Como puede verse, la mística de San Bernardo es claramente trinitaria. Cada una de las personas divinas juega en ella su propio papel.

«¿Hay entre vosotros un alma –dice en su *Comentario al Cantar*– que sienta a veces en el secreto de su conciencia el Espíritu del Hijo que clama: Abba, Padre? Aquélla sí, aquélla puede creerse amada de un afecto paterno, cuando se siente colmada del mismo Espíritu que el Hijo. Ten confianza, quienquiera seas, ten confianza, y no te agites: en el Espíritu del Hijo, reconóctete como Hija del Padre, Esposa del Hijo o su Hermana... Ella es, en efecto, su Hermana, porque nacida del mismo Padre; su Esposa, porque unida a El en un mismo Espíritu. Porque, si el matrimonio carnal establece dos seres en una sola carne, ¿por qué la unión espiritual no uniría más aún a dos seres en un solo y mismo espíritu?».

Y así se completa la inmensa curva, que va desde donde nos dejaron nuestros padres –el mundo de la animalidad– hasta el seno mismo de Dios. El alma, mode-

rándose siempre más sobre la voluntad divina, haciéndose cada vez más una con él por el amor, va realizando su retorno a Dios, su *repatriación*, según dice Bernardo, retomando una expresión que viene del neoplatonismo. Como la gota de agua que se pierde en el vino; como el trozo de hierro que se mete en el fuego y se hace fuego él mismo, así el alma se pierde, se vuelve ignea en la voluntad divina. Hela ahí deificada –*sic affici, deificari est*–, exclama San Bernardo gozoso.

## 2. Mística eclesial

Todo lo que acabamos de decir respecto del alma y de su deificación, Bernardo lo aplica originariamente a la Iglesia. El alma, en efecto, no es esposa del Verbo sino en la medida en que integra la Iglesia.

Retomando las fórmulas de San Pablo en su epístola a los efesios, nuestro santo afirma que el Verbo experimenta por la Iglesia el amor peculiar de un Esposo. Su Encarnación es el beso puro del Verbo a la Iglesia, ese beso por el que suspiraron los justos del Antiguo Testamento. Así como Eva nació del costado de Adán, así del costado del nuevo Adán dormido en la Cruz, la Iglesia nace y a la vez es rescatada. «¿Podría desde entonces no reconocer en su esposa, el hueso de sus huesos, la carne de su carne, y más aún, en cierta manera, el alma de su alma?».

Este tema es predileccionado por Bernardo. A él se refiere por doquier, ya en sus cartas, ya en sus tratados y sermones, y muy particularmente en su Comentario al Cantar, donde en 57 ocasiones sus pláticas terminan explícitamente con una solemne alabanza a Cristo Esposo de la Iglesia. Bernardo se solaza con la sola mención de este desposorio místico.

«La Iglesia, animada del sentido y del espíritu de Dios, su Esposo, posee a su Bienamado y reposa en su seno, mientras ella misma tiene y conserva para siempre el primer lugar en su corazón. Es que ella ha herido el corazón de su Esposo; ella ha hundido el ojo de la contemplación hasta el abismo profundo de los secretos divinos; Él ha puesto para siempre su eterna morada en el corazón de ella y ella en el de Él».

La Iglesia ha abrazado estrechamente a su Esposo divino, dejándose impregnar de los perfumes que brotan de Él. Los perfumes simbolizan las riquezas con que el Esposo colma a su Amada: la fe, la esperanza, la caridad, los sacramentos, pero sobre todo el Don por excelencia, el Espíritu Santo. Unión que llega hasta el extremo de la identificación: *caput et corpus unus est Christus* –la cabeza y el cuerpo son un solo Cristo–. En fórmula atrevida, llega a decir que Cristo ama a su cuerpo que es la Iglesia más que a su propio cuerpo físico: «todo el mundo sabe que para preservarla de la muerte sacrificó el otro cuerpo».

Nuestro santo relaciona estrechamente a la Iglesia con el Espíritu Santo. No en vano ella es el reflejo terreno de aquel eterno beso místico intratrinitario. Principio de su existencia, el Espíritu es igualmente para la Iglesia el principio de su fecundidad divina, ya que de él vienen todas las plantas y las flores que crecen en la Iglesia, él es quien activa esa vegetación lujuriente que florece en el jardín del Esposo, el nuevo paraíso. Y no sólo asegura la fecundidad de la Madre, sino también la indefectible fidelidad de la Esposa; «en adelante jamás la fe faltará en la tierra ni la caridad en la Iglesia». Finalmente, al término de la historia, la Iglesia recibirá, también del Espíritu, la consumación y el esplendor de su gloria. Y «¿cómo entonces Cristo no reconocerá en ella la carne salida de su carne, y sobre todo... el espíritu salido de su Espíritu?».

De Lubac ha destacado el paralelismo que traza San Bernardo entre el amor de Cristo y de su Iglesia y la unión del Verbo con el alma, de que acabamos de tratar. Cristo se desposa a la vez con el alma y con la Iglesia.

«Ninguno, de nosotros se anima a llamar a su alma esposa del Señor —escribe el santo—, pero como nosotros somos de la Iglesia, que se gloria del nombre y de la real cualidad de esposa, con justicia reclamamos participación en ese glorioso privilegio. Lo que plena y completamente poseemos todos juntos, lo tenemos indiscutiblemente de manera individual».

Y también: «Decir el Verbo y el alma, o Jesucristo y la Iglesia, es lo mismo, con una diferencia, es a saber, que el nombre de Iglesia no designa una sola alma, sino la unidad o, mejor, la unanimidad de numerosas almas». Entre la Iglesia y el alma hay, pues, una relación constante, pero todo lo que se dice del alma no le es atribuido sino por la participación de ésta en la Iglesia.

A partir de tales presupuestos se hace inteligible desde ahora cuál será la actitud de Bernardo: «Quienquiera que se dice amigo del Esposo no podrá fallarle a su Esposa». No hay asunto religioso que no le concierna: «Es la causa de Cristo, o mejor, Cristo mismo está en causa —*Causa est Christi, immo Christus est in causa*». La historia de Bernardo va a confundirse con la de la Iglesia.

### 3. Mística mariana

La Santísima Virgen ocupa un lugar insoslayable en la mística del abad de Claraval. En ella ve el camino por el que el Verbo llega a nosotros y por el que nosotros nos remontamos hacia El. Bernardo desarrolló esta idea por medio de una comparación encantadora, la del acueducto, cuyo extremo superior toca el cielo y el inferior la tierra. «El Hijo escuchará a la Madre, y el Padre escuchará al Hijo», escribe San Bernardo.

Es el misterio de las mediaciones. El término de «Medianera universal» es el que expresa mejor el pensamiento del santo. Nuestra Señora no es simplemente la Madre de Jesús, no es simplemente un instrumento pasajero de elección, del que Dios se ha servido para llevar a cabo la Encarnación; ella es mediadora por estado, por vocación; tal es su razón de ser, su función siempre actual. María es la bisagra indispensable que anuda lo humano a lo divino, y esto por la libre voluntad de Dios «que quiso que nosotros no tuviésemos nada que no pasase por las manos de María», como afirma el santo en uno de sus sermones de Navidad.

María no esperó la visita del ángel para entrar en su papel de mediadora. Entre ella y el dragón, la oposición fue absoluta desde el comienzo de su vida, desde su misma concepción. San Bernardo la imagina orando incansablemente, de día y de noche, suplicando la Encarnación. Gracias a su fervor, sus plegarias, su virginidad, su ruego llegó hasta lo más alto de los cielos, hasta el corazón del Padre, tomando allí contacto con la fuente de agua viva para luego derivarla en favor de los hombres. Tal fue el anhelo que polarizó todos los momentos de su existencia previa a la Encarnación; *invenisti gratiam* —dice el Evangelio—, encontraste la gracia, señal de que la había buscado. En una de sus homilias dedicadas al misterio de la Anunciación leemos estas inspiradas palabras:

«Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino del Espíritu Santo. El ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que le envió. Esperamos también nosotros, Señora, esa palabra de misericordia. He aquí que se pone en tus manos el precio de nuestra salud; al punto seremos liberados, si consientes. Por la palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y con todo eso morimos, mas

por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos, para no volver a morir. Esto te suplica, piadosa Virgen, el triste Adán desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abraham, esto David, con todos los otros santos Padres tuyos, los cuales están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo postrado a tus pies... Da, Virgen, rápidamente la respuesta... A quien agradaste por tu silencio, agradecerás ahora mucho más por tus palabras, pues Él te habla desde el cielo diciendo: «Oh hermosa entre las mujeres, haz que oiga tú voz. ¿Por ventura no es esto lo que buscabas, por lo que gemías, por lo que orando suspirabas día y noche?... Responde una palabra, y recibe la Palabra; pronuncia la tuya, y concibe la divina; emite la transeúnte, y admite la sempiterna—*responde verbum, et suscipe Verbum; profer tuum, et concipe divinum; emitte transitorium, et amplectere sempiternum*».

En el momento de la Encarnación, el Espíritu «sobreviene», fecundando a María con su sombra bienhechora. Entonces ella se ve llena para ella, y desbordante para nosotros —*plena sibi, superplena nobis*. Recibe una gracia personal, singular, pero al mismo tiempo una gracia plenaria, general, universal.

Bernardo destaca la identidad de la carne de Jesús con la de María. La carne del Hijo no ha sido creada nueva en el seno de Nuestra Señora, sino extraída de su sustancia virginal. María es la nueva Rebeca que reviste al nuevo Jacob de una piel hirsuta, velluda y rugosa, como la de Esaú: es nuestra piel, la piel del género humano, y ello conviene, puesto que para nosotros solicita Cristo la bendición del Padre.

María se muestra, así, mediadora entre Dios y los hombres. He ahí su primera función. Pero también es mediadora entre Cristo y la Iglesia. Trátase de un aspecto, no diferente, pero sí complementario de aquél. Encontrarnos expresada dicha doctrina en el sermón llamado de las *Doce Estrellas*, que es un verdadero tratado de la mediación marial, en base a la visión de San Juan que se consigna en Apocalipsis 12, 1. La luna, colocada bajo los pies de la mujer, designa a la Iglesia que recibe su luz de Cristo, sol de justicia, a través de Nuestra Señora.

«Oh madre de misericordia —ora San Bernardo—, la Luna, es decir la Iglesia, prosternada a tus pies, te suplica en nombre de tu corazón purísimo, a ti, su mediadora junto a Cristo, sol de justicia, para que en tu luz vea la luz —*ut in lumine tuo videat lumen*».

Enamorado de Nuestra Señora, místico de María. Con razón Dante recurrió a Bernardo, el teólogo de la unión con Dios, el contemplador que asume la función de psicopompo o conductor de almas. Por algo Dante eligió a San Bernardo para introducirlo en el Paraíso, haciéndole recitar una de las más bellas oraciones a la Santísima Virgen jamás escritas:

*Vergine Madre, figlia del tuo Figlio,  
Umile ed alta più che creatura,  
Termine fisso d'eterno consiglio,  
Tu se colei che l'umana natura  
Nobilitasti, sí, che'l suo fattore  
Non disdegnò di farsi sua fattura.  
Donna, se 'tanto grande e tanto vali,  
Che qual vuol grazia, ed a te non ricorre,  
Sua disianza vuol volar senz'ali.*

Mística trinitaria, mística cristológica, mística mariana. Si bien hay elementos místicos en todas sus obras, podríase decir que la mística encuentra su lugar teológico privilegiado en su magnífico *Comentario al Cantar de los Cantares*. De Santo Tomás se cuenta que pocos días antes de morir en la abadía cisterciense de Fossanova, habiendo sido invitado por los monjes a comentar el Cantar, «así como San Bernardo lo había hecho anteriormente», habría respondido: «Denme el espíritu de San Bernardo, y yo retomaré su comentario».

## V. El apóstol

Nos extraña ver al místico lanzado a la acción. Es cierto que durante más de cuarenta años se obstinó en gustar de su celda, cumpliendo estrictamente los deberes del claustro. Y, sin embargo, lo vemos recorriendo Europa, pacificando príncipes cristianos, triunfando sobre el cisma terrible que dividió a la Iglesia, lanzando la Cristiandad a las cruzadas. Pero jamás hubiera hecho todo esto sino bajo la presión de las circunstancias. Cuando el pedían que actuase en algún problema, primero se mostraba reticente, dudaba, esperaba, reflexionaba, se hacía explicar minuciosamente por qué recurrían a él. Y si al fin aceptaba, era para obedecer a las órdenes de un superior –en ocasiones el mismo Santo Padre–, o por caridad hacia sus hermanos y hacia la Iglesia, o por fidelidad a la verdad y a la justicia.

No hay, pues, escapismo alguno en su apostolado. El amaba lo que llamó *el paraíso claustral*, lo amaba de manera entrañable.

«Felices aquellos a quienes el Señor ha escondido en su tabernáculo –escribió en una carta a los cartujos–; durante los días malos, esperan a la sombra de sus alas que, por fin, los días malos pasarán. En cuanto a mí, pobre, desgraciado y miserable, la pena es mi suerte; me veo como un pajarito, sin plumas, casi continuamente fuera de su nido, expuesto al viento y la tempestad».

Porque para él lo supremo no era su recogimiento en el claustro. Lo primero sería siempre Dios y su gloria. En una ocasión lo confesó con entera claridad: «No lamentaré jamás haber interrumpido una meditación apacible si veo germinar en un alma el grano de la Palabra».

### 1. La conciencia de la sociedad

No se puede sino destacar con admiración el feliz encuentro entre el genio de San Bernardo y el reconocimiento de la sociedad que lo rodeaba. Porque con frecuencia la historia ha sido testigo de la existencia de hombres superiores que en su momento no fueron reconocidos como tales. Acá, felizmente, se produjo el encuentro enriquecedor. Este hombre, dotado de tan eminentes cualidades, fue venerado por la sociedad de su tiempo, lo que permitió entre ambos un activo intercambio espiritual. El hecho de que sus contemporáneos lo apreciaban en tal forma que escuchasen sus consejos y se enmendasen al oír sus reprensiones, constituye una muestra acabada de cómo la Edad Media supo valorar, más aún que a los *especialistas* de la política, la diplomacia o la economía, a los santos y a los místicos.

Por eso San Bernardo se permitió intervenir en tantas cuestiones aparentemente ajenas a la vida monástica. «Los asuntos de Dios son los míos –exclamó un día–; nada de lo que a El se refiere me es extraño». Y en carta al canciller Heimeric: «Yo soy demasiado pequeño para tener en estos asuntos intereses personales, pero ¿cómo los podría tener por extraños, desde que son asuntos de Dios?». Ofender a Dios era ofenderlo a él, y por eso se erguía decididamente cuando estaban en juego *los asuntos de Dios*.

Dice Daniel-Rops que San Bernardo concebía *los asuntos de Dios* de dos maneras. Por una parte se atentaba contra el Señor cuando se violaba su ley, cuando sus preceptos eran burlados; con lo que el santo se situó en el corazón mismo de aquella gran corriente de *reforma* que constituiría una fuerza de incesante renovación en la conciencia de la Iglesia durante la Edad Media. Pero Dios era también afectado cuando se amenazaba a su Iglesia en su libertad, en su soberanía, o en el respeto que se le debía.

El género epistolar se avenía especialmente con su temperamento apasionado y tan personal en su manera de expresarse. A veces entusiasta, otras indignado, sus cartas son una radiografía de su modo de ser. El amor, la ternura, la irritación encuentran con facilidad los términos adecuados, por lo general no carentes de elegancia. Muchas de esas cartas se dirigen a las autoridades eclesiásticas y a los poderes civiles. Lo notable es que tanto los obispos como los políticos aceptaran las interferencias de este monje y con frecuencia le hicieran caso. Pongamos algunos ejemplos:

«Os mostrais odioso, intratable, a punto tal que yo había resuelto no hacer nada más por vos. De antemano desanimáis a los que os defienden y promovéis a vuestros propios acusadores. En todas las circunstancias no conocéis otra ley que vuestro placer, no obráis sino como déspota, sin pensar jamás en Dios, sin experimentar su temor». ¿A quién se dirige esta reconvención? A un arzobispo.

«Me hubiera gustado encerrarme en el silencio y el retiro; no por eso la Iglesia entera murmuraría menos contra la corte de Roma, mientras ella siga en sus extravíos actuales». ¿A quién envía esta advertencia? Al mismo Papa.

Por cierto que amaba y veneraba al Papa, pero precisamente en razón de ello lo quería santo y sabio, a la altura de su inmensa responsabilidad. Cuando veía que el círculo que lo rodeaba era incompetente o vicioso, que su Curia estaba lleno de *empleados* carentes de espíritu sobrenatural, con qué virulencia estigmatizaba a aquellos funcionarios. «¡Que el Papa escoja gente mejor, que elija en todo el universo a quienes debían juzgar el universo!».

En cierta ocasión, uno de sus hijos cistercienses subió a la Sede de Pedro con el nombre de Eugenio III. Bernardo le dirigió un espléndido tratado bajo el nombre de *De Consideratione*, dividido en cinco libros, donde alterna los consejos propiamente espirituales con la consideración de los deberes pastorales del Papa. El santo lo hace atendiendo a una cuádruple reflexión: el Papa mismo (*te*), la Iglesia (*quae sub te*), su entorno (*quae circa te*), Dios y las cosas divinas (*quae supra te sunt*).

Preocupóse también por salir al paso a algunas herejías que se cernían en el horizonte, particularmente la herejía cátara o albigense, aparecida en el sur de Francia, heredera del viejo dualismo maníqueo. Este error se fue extendiendo más y más, poniendo en peligro a la entera Cristiandad. «¡Las basílicas están sin fieles, los fieles sin sacerdotes, los sacerdotes sin honor; no quedan más que cristianos sin Cristo!»; gimió el gran cisterciense cuando llegó al Languedoc. He aquí uno de los «asuntos de Dios». Y se lanzó intrépidamente a la acción, predicando por doquier, e instalando monasterios del Cister en las provincias más contaminadas.

Intervino asimismo, y de manera decidida, en las luchas doctrinales de su tiempo. Sintomática fue su contienda con Abelardo, aquel hombre devorado por la pasión de razonar, precursor de cierta mentalidad racionalista que atenta contra la misteriosidad de la fe. Entendiendo que su silencio le favorecía, Bernardo entró en escena. Para dirimir la disputa, Abelardo solicitó la convocatoria de un Concilio. Ya desde el comienzo del mismo se mostró hasta qué punto la actitud de ambos era diferente. Abelardo se sentía seguro de sí, de su capacidad dialéctica, considerando el Concilio como una especie de palestra donde lucir su inteligencia; Bernardo era un santo, un hombre lleno de Dios.

El hecho es que antes que Abelardo abriese la boca, Bernardo comenzó a atacarlo, arguyendo que los temas que pretendía discutir no eran temas sujetos a discusión, porque rozaban el orden de la fe. Y lo abrumó con un



diluvio de citas tomadas de las Escrituras y de los Padres, identificándolo con Arrio, Nestorio y Pelagio. Totalmente desconcertado, Abelardo apeló del Concilio al Papa. Y se encaminó hacia Roma. Pero no tuvo tiempo de llegar... ni valía ya la pena hacerlo porque al arribar a Cluny le alcanzó la condena romana. Advertido del hecho, y enterándose de que su adversario se encontraba indispuerto, Bernardo acudió inmediatamente al lecho del enfermo y le dio el ósculo de paz.

## 2. Monje-Caballero

Como lo hemos reiterado, San Bernardo fue antes que nada y por sobre todo un monje. Aun en medio de sus viajes, de sus mediaciones político-religiosas, de sus debates doctrinales, siguió siendo siempre monje. Sin embargo, no fue un monje común. Detrás de su cogulla monacal se escondía el yelmo del caballero.

La iconografía ha conservado aquella imagen del monje blanco que, predicando desde el elevado atrio de la iglesia de Vézelay, el día de Pascua de 1146, a una inmensa multitud, volvió a encender en ella el entusiasmo que había decaído, y lanzó a la Cristiandad a la segunda Cruzada para la recuperación del Santo Sepulcro.

Habían pasado casi cuarenta años desde que Godofredo de Bouillon conquistara Jerusalén. Pero el enemigo, que era abrumador, había logrado retomar la iniciativa, y la nobleza europea ya no vibraba por la causa de las Cruzadas, como en el siglo pasado. Bernardo sufría ante esta situación, y entonces se dirigió al Papa, que era por aquel tiempo Eugenio III, al que nos referimos recientemente, solicitándole su intervención.

Con la Bula del Papa en sus manos, Bernardo entró en acción, consiguiendo en Vézelay resultados excepcionales, ya que las multitudes, profundamente conmovidas, reclamaban el honor de cruzarse allí mismo. Relatan las crónicas que faltó tela para las cruces, que todos querían coser sobre sus hombros. Hasta el manto de Bernardo sirvió para ello. Pero tal éxito no satisfizo del todo al santo, quien desde Vézelay se lanzó por los caminos de Europa para seguir enrolando nuevos combatientes. Sólo en Alemania logró levantar un ejército de más de 100.000 cruzados, a cuyo frente se puso el emperador Conrado III, a pesar de que al principio se había mostrado sumamente reacio para alistarse en la noble empresa.

Enardecido con tan resonantes éxitos, el abad de Claraval concibió el proyecto de extender a todo el Occidente la predicación de la Cruzada, a fin de conseguir que se alistaran en ella Inglaterra, España, Italia, Hungría, Bohemia, Baviera, Moravia, Polonia y Dinamarca, valiéndose para ello de cartas, de emisarios, y especialmente de los monjes cistercienses, extendidos a la sazón por casi toda Europa.

Así desde el Elba al Tajo y desde el Támesis a las estepas rusas, el Occidente cristiano se alistó contra el Oriente dominado por los árabes. Y no sólo contra los infieles de Palestina. En la primavera de 1147, la nobleza germánica decidió lanzarse contra los eslavos paganos del este del Elba. Al mismo tiempo, Alfonso Enríquez, ayudado por cruzados ingleses y flamencos, se apoderaba de Lisboa, y Roger II de Sicilia se posesionaba de las costas africanas de Trípoli a Túnez. Toda la Cristiandad se había puesto de pie. Esta enorme conmoción de razas y pueblos conducidos por una sola idea, era obra casi exclusiva de un solo hombre, el abad de Claraval, quien escribiría al Papa con tanta humildad como legítima alegría:

«Me lo ordenasteis, y, yo obedecí; la autoridad del que me mandaba hizo fecunda mi obediencia. Abrí mis labios, hablé, y se multiplicaron los cruzados; de suerte que quedan vacías las ciudades y castillos, y difícilmente se encontrará un solo hombre por cada siete mujeres».

Un autor moderno ha destacado el éxito del verbo bernardiano, sea éste oral o escrito, influyendo de manera decisiva tanto sobre las personas individuales como sobre las grandes multitudes a las que logró arrastrar a empresas universales. Sabemos cómo los políticos actuales recurren para sus campañas a los llamados medios de comunicación, sobre todo la televisión, capaz de alcanzar millones de personas a la vez. Pero lo que más impresiona no es la eficacia sino la relativa ineficacia de semejante propaganda. La palabra moderna, propalada con estridencia y universalidad, no obtiene efectos tan súbitos e impresionantes como la sola palabra de Bernardo. Ello se explicaría de algún modo si Bernardo hubiera sido Papa. Lo admirable es que, sin serlo, por el solo peso de su autoridad moral, tuvo más resonancia que la de los mismos Papas, aunque fuesen grandes, como por ejemplo Gregorio VII.

Pero volvamos al tema de la Cruzada. ¿Qué significaba para San Bernardo? Una de sus ilusiones, más allá de los objetivos militares, fue creer que ofrecería la ocasión de reunir a todos los cristianos, incluso a los separados de Roma, en la lucha contra un enemigo común. El mismo, como dijimos, estaba muy impregnado del espíritu teológico griego, gozando de una gran reputación en la Iglesia oriental, y siendo su santidad reconocida y venerada también en el Oriente.

En lo que toca a los católicos, Bernardo veía en la Cruzada una oportunidad de conversión para aquellos que eran creyentes sólo de nombre, y para los pecadores, un medio de volverse al Señor y de probar la autenticidad de su transformación espiritual. De lo que se trataba, en última instancia, era de amar y servir a Cristo. Y así se puede decir que Bernardo *interiorizó* la Cruzada. Como jubileo, acordaba el perdón; como peregrinación, santificaba; como martirio eventual, merecía la recompensa suprema.

Por desgracia, la Cruzada a Tierra Santa, pieza esencial de aquel plan grandioso, culminó en un penoso fracaso. Y la gente, en lugar de considerar serenamente las causas de aquel desastre, múltiples y complejas, guiados por el facilismo y por la pasión, buscaron una cabeza sobre la cual descargar todo su desencanto, olvidando la perfidia y traición de los bizantinos, la defección de los príncipes latinos de Oriente y la mala estrategia de los mismos jefes cruzados que tan deficientemente habían dirigido la campaña, casi no dejando desacierto por cometer. ¿Podía seguirse pensando que aquella empresa tan desgraciada había sido inspirada por Dios? ¿El que la había predicado no sería al cabo un falso profeta?

Resulta reveladora la actitud que San Bernardo va a tomar ante semejantes cargos. Mientras las acusaciones, por injustas que fuesen, se dirigieron contra su persona, guardó silencio en el retiro de su claustro; pero cuando llegó a su conocimiento que las quejas y voces de indignación se volvían blasfemas, acusando a la divina Providencia, entonces rompió el silencio, dirigiéndose filialmente a su jefe espiritual, el monje-papa Eugenio III. Tras diversas consideraciones inspiradas en acontecimientos del Antiguo Testamento, donde el fracaso acompañó a los que dirigían al pueblo elegido, escribe:

«En todo caso, si se me diera a escoger, preferiría que las murmuraciones de los hombres se volvieran todas contra mí que contra Dios. ¡Ojalá que el Señor se digne servirse de mí como de un bro-

quel! Recibiré gustoso los dardos agudos de las lenguas maledicentes y las flechas envenenadas de los labios blasfemos, a fin de impedir que lleguen a Él. Consiento de buena gana en verme deshonorado, con tal de que no se toque a la honra de Dios».

Pero el pensamiento profundo del santo incluye otro aspecto, más positivo. Dios no tiene necesidad del socorro de los hombres; de lo que tiene sed es de sus almas. Si la patria terrestre de su Encarnación es amenazada por los infieles, si cae incluso en sus manos, en última instancia es Él quien lo permite. «Le bastaría mandar doce legiones de ángeles o decir solamente una palabra y la Palestina sería liberada». Si invita a defenderla, es por misericordia, para permitirnos mostrarle nuestro afecto. Muchas veces acontece que las mejores obras de Dios se echan a perder por las imprudencias, pasiones, errores y culpas de los hombres. En lo que toca a los Cruzados nobles y generosos, lo importante fue la lucha, el servicio desinteresado de Dios, más que la victoria, que no siempre estuvo en sus manos alcanzar.

Dando por terminado este penoso asunto, destaquemos el espíritu caballeresco de San Bernardo, un hombre de la misma pasta que Godofredo de Bouillon o el Cid Campeador. El cristianismo que predicó fue enérgico, conquistador y casi castrense. Su mismo modo de dirigirse a la Santísima Virgen, llamándola «Nuestra Señora», brota del lenguaje caballeresco; se consideró como el caballero de la Virgen y la sirvió como a la dama de sus sueños.

San Bernardo trató de dar forma institucional a su concepción del cristianismo, imaginando una Orden religiosa que la encarnara. Tal fue la Orden del Temple, orden militar y caballeresca, cuya misión sería la defensa de Tierra Santa contra los ataques de los infieles. Para ellos hizo redactar estatutos adecuados y escribió aquel *Elogio de la nueva milicia*, donde exalta el ideal del caballero cristiano enamorado de Jesucristo y de la tierra en que vivió Nuestro Señor. Los templarios eligieron un hábito blanco, como los monjes del Cister –la gran cruz roja fue un añadido posterior–. En la concepción de Bernardo la caballería habría así hallado su expresión más acabada en aquellos hombres que unían el espíritu de fe y de caridad, propio de la vida religiosa, con el ejercicio de la milicia en grado heroico. Algo parecido a lo que era él: un monje- caballero. En carta a un amigo que llevaba su mismo nombre, Bernardo, prior de la Cartuja, se llama a sí mismo *la quimera del siglo* –mitad-monje, mitad-caballero–.

Pero ya se conoce lo que sucedió con la Orden del Temple, o mejor, lo que de ella se dice, es a saber, que con el tiempo se fue mercantilizando, entrando en transacciones financieras, no siempre por encima de toda sospecha. Así se degradan las cosas más nobles. Sin embargo, hay demasiados misterios en este asunto para que pueda hacerse de ello un juicio imparcial. No deja de ser sintomático que fuera Felipe el Hermoso, uno de los grandes rebeldes de la Edad Media contra la supremacía de la autoridad espiritual, quien proclamara el acta de defunción de aquella *milicia de Cristo*, como la había llamado San Bernardo. Guénon lo ha advertido en su libro sobre el santo:

«El que dio los primeros golpes al edificio grandioso de la Cristiandad medieval fue Felipe el Hermoso –escribe–, el mismo que, por una coincidencia que no tiene sin duda nada de fortuito, destruyó la Orden del Temple, atacando con, ello directamente la obra misma de San Bernardo».

Señala Daniel-Rops que tanto la Orden del Temple como el ciclo literario de la busca del Santo Grial ocuparon un

lugar considerable en la leyenda áurea que se formó en torno a la figura de San Bernardo, apenas éste hubo muerto. Los caballeros del Grial, puros, desprendidos, y a la vez heroicos, no parecen sino la expresión literaria de *la nueva milicia* esbozada por Bernardo. El poema del alemán Wolfram von Eschenbach, en la parte que empalma con la obra del poeta francés Guyot, hace de Parsifal el rey de los templarios. Y no son pocos los comentaristas que se han preguntado si el paradigma de Galaad, el caballero ideal, el paladín sin tacha, no habrá sido el propio Bernardo de Claraval. Monje y caballero.

«Hecho monje –escribe Guénon–, seguira siendo siempre caballero como lo eran todos los de su raza; y, por lo mismo, se puede decir que estaba en cierta manera predestinado a jugar, como lo hizo en tantas circunstancias, el rol de intermediario, de conciliador y de árbitro entre el poder religioso y el poder político, porque había en su persona como una participación en la naturaleza del uno y del otro».

### 3. Contemplación y acción o el eje de la rueda

¿Qué fue al fin y al cabo San Bernardo: un hombre de acción o un místico? A decir verdad –como afirma Jean Leclercq– fue simultáneamente místico y hombre de acción, o mejor, fue hombre de acción por ser místico. Al mismo tiempo que se involucra en muchos de los conflictos y problemas de su tiempo, ejerciendo un indudable influjo en ambientes muy diversos, pronuncia ante su comunidad los espléndidos sermones sobre el Cantar de los Cantares, exactamente como si hubiese pasado su vida no haciendo otra cosa que meditar la palabra de Dios. Pareciera que hubiese en él dos hombres, pero ello es sólo una apariencia; el verdadero Bernardo, el que sostiene al otro, es el predicador del Cantar. El abad, el reformador, el consejero, el pacificador, el taumaturgo incluso, reciben su animación del contemplativo extático.

Los historiadores hablan mucho de los viajes de Bernardo, porque los documentos contemporáneos dan detallada cuenta de sus desplazamientos. Pero su itinerario espiritual es mucho más importante que el otro, al tiempo que lo explica. Los períodos en que puede residir en Claraval son densos en experiencia de Dios. Bernardo prolonga esa experiencia cuando el amor del prójimo lo fuerza a abandonar su clausura.

«Se mezcla en la acción –escribe Leclercq–, pero no abandona su contemplación; ha recibido el don de conciliarlas de otra manera que por la alternancia: por la fusión de la una en la otra; en él, el conflicto que opone la acción y la contemplación en tantos hombres de Dios es resuelto por Dios sobre un plano superior al de la psicología humana. Por eso, sin duda, Bernardo se queja menos que muchos otros de este desgarramiento que lo divide entre los dos campos sucesivos donde su actividad se ejerce: él no está dividido, conserva la unidad de espíritu. No hay separación entre su acción y su contemplación, no hay ni siquiera paso de la una a la otra; él se entrega al mismo tiempo a esas dos formas de actividad espiritual que se conjugan en Dios: la que consiste en contemplar, la que consiste en servir a Dios en el hombre. Cuando obra, Bernardo contempla, y sabemos que en sus viajes permanece absorto totalmente en su visión interior de Dios. Cuando contempla, extrae de su unión a Dios el alimento de su acción y la materia de su predicación...»

«Arrebatado a veces a la vida contemplativa, Bernardo no lo es jamás a la contemplación; cuando Dios lo aparta de su monasterio, le deja el modo de llevar con él su soledad y su contemplación. Bernardo es este hombre perfecto, que puede, al mismo tiempo, realizar lo que en otros es sucesivo... El sabe que la más útil de las obras en las que se destaca es la actividad de la oración. La acción y la contemplación, igualmente necesarias, son dos formas de caridad; pero la más alta es la contemplación: es la única que vale que se la busque por sí misma; la otra no es fecunda sino por ella... Pero en realidad, concibe estas dos formas de unión a Dios como

prolongándose entre sí, y la primera de las dos, aquella que es el principio de la otra, es la contemplación. Esta podría bastarse mientras que, sin ella, la acción sería estéril y vana».

En última instancia, ya contemple, ya actúe, será siempre bajo el señorío de la Caridad, de *la Dama Caridad – Domina caritas–*, según le decía al papa Honorio II en una de sus cartas, como un siglo más tarde Francisco de Asís hablará de la Dama Pobreza.

Se ha comparado a San Bernardo con el eje de una rueda. A semejanza del eje que no se mueve, Bernardo vivía inmóvil en su contemplación, pero así como el eje quieto mueve a toda la rueda, de modo similar él ponía en movimiento la entera sociedad. Ya, muchos siglos atrás, había dicho Boecio que así como cuanto más nos acercamos al centro de una rueda, menos movimiento notamos, de manera análoga cuanto más se aproxima un ser finito a la inmóvil naturaleza divina, tanto menos sujeto se ve al destino, que es una imagen móvil de la eterna Providencia.

A la manera del Motor inmóvil, desde el centro fue Bernardo capaz de atender la periferia. Santa Hildegarda se lo dijo en una carta, si bien con otra formulación: «Tú eres móvil, pero sostienes a los otros». Viene aquí al caso aquel espléndido pensamiento de Pascal: «No muestra uno su grandeza por ser una extremidad, sino más bien por tocar las dos a la vez y por llenar todo lo que hay entre ambas».

Con frecuencia lo reprendieron por *abandonar* la celda y fastidiar a los demás, en vez de dedicarse a la oración —«esos monjes que salen de los claustros para molestar a la Santa Sede y a los Cardenales»—. Pero tales acusaciones, que a menudo llegaban a Roma, apenas si le impresionaban. Y en cuanto al simpático Cardenal que le escribió amonestándolo, le respondió secamente que las voces discordantes que alteran la paz de la Iglesia le parecían ser las de las ranas alborotadoras que atestaban los palacios cardenalicios y pontificios. Bien ha escrito Guénon:

«Entre las grandes figuras de la Edad Media, pocas hay cuyo estudio sea más propio que la de San Bernardo para disipar ciertos prejuicios caros al espíritu moderno. ¿Qué hay, en efecto, más desconcertante para éste que ver un contemplativo puro, que siempre ha querido ser y permanecer tal, llamado a ejercer un papel preponderante en la conducción de los asuntos de la Iglesia y del Estado, y triunfando a menudo allí donde había fracasado toda la prudencia de los políticos y los diplomáticos de profesión?... Toda la vida de San Bernardo podría parecer destinada a mostrar, mediante un ejemplo impresionante, que existen para resolver los problemas del orden intelectual e incluso del orden práctico, medios completamente distintos que los que se está habituado desde hace mucho tiempo a considerar como los únicos eficaces, sin duda porque son los únicos al alcance de una sabiduría puramente humana, que no es ni siquiera la sombra de la verdadera sabiduría».

## Conclusión

He aquí este gran hombre. Su personalidad delata una extraña mezcla de suavidad y de pasión, de ternura y de ardor, de acción y de contemplación, de mansedumbre y de militancia, contradicciones todas que se resuelven en Dios, confiriendo a su fisonomía un encanto particular. Bernardo fue todo lo opuesto a un mediocre.

Por su apego a la humanidad de Cristo, por ser en cierto modo un precursor de la devoción al Corazón de Jesús, se le calificó de *melifluo*, transformándose su recia figura en la de un santo *piadoso*, convirtiéndose al místico en un sentimental. Pero Bernardo está muy lejos

de ello, así como de cualquier tipo de beatonería o fideísmo. De él es la frase: «No conviene que la esposa del Verbo sea estúpida», esa esposa que es la Iglesia, pero también el alma. Para compensar los abusos que se hacía de aquella melifluidad, el P. Raynaud, S.J., comparó a San Bernardo con una *abeja belicosa*.

El influjo de Bernardo en la posteridad ha sido realmente formidable. Su tratado *De Consideratione* en ninguna parte sería reeditado tan frecuentemente como en la Biblioteca del Vaticano, tantos fueron los Papas y los Cardenales que aun en las peores épocas de la decadencia romana quisieron tener ese tratado para inspirarse en él y en su ideal de reforma. Por su parte, el P. Polanco, secretario de San Ignacio de Loyola, queriendo proponer a los miembros de la Compañía de Jesús un modelo de las cartas que habían de escribir, aconsejará que lean las del abad de Claraval.

Bérulle y los autores espirituales de la escuela francesa del siglo XIX, que acordaban tanta importancia a la consideración de los misterios del Verbo encarnado, manifestaron gran aprecio por el santo, así como notables afinidades con algunas de sus enseñanzas. Asimismo encontramos en Pascal evidentes resonancias de San Bernardo. No olvidemos que Port-Royal había sido antes un monasterio cisterciense. El «tú no me buscarías si no me hubieses encontrado ya», está a la letra en el *Tratado del amor de Dios*.

En tiempos más recientes, durante la primera mitad del siglo XX, Bernardo se convirtió en una especie de símbolo de lo que había sido el poder del espíritu en el período de la Cristiandad. En lo que hace a nuestro siglo, debemos destacar la resonancia alcanzada por la magnífica obra de Etienne Gilson *La Teología mística de San Bernardo*, uno de los estudios que mejor han penetrado en la espiritualidad de nuestro santo.

La figura de San Bernardo emerge hoy con toda la plenitud de un arquetipo fascinante. Su capacidad de asimilación de las doctrinas antiguas, para traducirlas enseñada en su lenguaje de fuego, lo hace legible y admirable para todas las épocas. Y la nuestra, que está en busca de la unidad europea, si bien sobre bases no cristianas, podrá apreciar en San Bernardo, como alguien ha dicho, a un gran europeo, que unificó a Europa en torno a acciones trascendentes.

«Tradicional y patrístico —escribe Leclercq—, Bernardo es, al mismo tiempo, plenamente medieval. Es ya moderno o, más exactamente, es de todos los tiempos, porque satisface lo que hay en el hombre de más universal: la necesidad de elevarse por encima de sí mismo, para comulgar en una belleza que lo trasciende».

## Bibliografía consultada

Obras completas de San Bernardo de Claraval, en 5 tomos, traducidas del latín con notas aclaratorias y precedidas de la vida del Santo, por el P. Jaime Pons, S.J., Rafael Casulleras, Librero-Editor, Barcelona, 1925 en adelante. (Hay también una edición de la BAC, Madrid, 1955).

E. Gilson, *La Théologie mystique de saint Bernard*, 2ª ed., Vrin, Paris, 1947.

AA.VV., *Saint Bernard, homme d'Église*, Desclée de Brouwer, Paris, 1953.

Daniel-Rops, *Saint Bernard et ses fils*, Mame, Paris, 1962.

Jean Leclercq, *St. Bernard et l'esprit cistercien*, Seuil, Paris, 1966.

René Guénon, *Saint Bernard*, 4ª ed., Ed. Traditionnelles, Paris, 1973.

## A San Bernardo

«L'amore che muove il sole e l'altre stelle»

Dante

*Entre el, lirio y el hierro, sus primicias  
entregadas a sacras potestades,  
ciñó palabra para armar verdades  
y dio su espada por nombrar milicias.*

*El lirio era su voz enarbolada,  
el hierro su armadura de eremita,  
monje silente que en la paz medita  
y caballero fiel en la Cruzada.*

*Por el atrio de Vézelay traía  
la Pascua su vigilia de martirio,  
bajo la lumbre mística del Cirio  
su verbo se hizo arenga y teología.*

*Hábito blanco y clámide, bermeja,  
predicaba en lejanas latitudes,  
convirtiendo a su paso multitudes,  
y vuelto al fin al claustro y a la reja.*

*Ya citarista de Nuestra Señora  
—su bienamada impar Virgen María—  
en laudes repentinos de la aurora  
la contempló «clemente, dulce, pía...»*

*La tierra que tu prédica hizo hópita  
para la Fe y los santos solitarios,  
hoy está yerma, con dolor de erial.*

*Mas con tu gracia no sería inhópita,  
y otras nuevas legiones de templarios  
lanzarías en busca del Grial.*

*Bernardo, por la Cruz en que confías,  
ven a nosotros, vente a batallar.*

*Que Abelardo renueva sus porfías  
y hay un Santo Sepulcro por librar.*

Antonio Caponnetto

## San Fernando

La estampa de San Fernando se destaca con relevancia en el marco del glorioso siglo XIII, el siglo de oro de la Cristiandad, que cobijó a personajes como San Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, San Luis, y tantos otros. Su figura, señera en la política de España, es sólo comparable con la de Isabel la Católica.

Cuando nace Fernando, la Iglesia estaba gobernada por Inocencio III, uno de los Papas más insignes de todos los tiempos, que concebía a Europa como un conglomerado de pueblos —la Cristiandad— bajo su tutela espiritual. «Un papa demasiado joven», se murmuró en Roma al ser elegido, en 1198. Tenía entonces 38 años. Pero empuñó el timón de la Iglesia con magnanimidad y señorío, no sujetándose a nada mundano, plenamente consciente de representar como vicario nada menos que al mismo Jesucristo, el Señor, el Emperador supremo. Fue durante su pontificado cuando emergieron las dos grandes Órdenes mendicantes que dieron un nuevo giro al curso de la historia, la iniciada por Francisco de Asís, y la fundada por Domingo de Guzmán.

Esplendoroso, por cierto, aquel siglo XIII, el siglo de las Cruzadas, de las Catedrales, de las Universidades, de las Sumas. El siglo de Fernando.

### I. De hijo de Doña Berenguela a Rey de Castilla

No se conoce con exactitud la fecha de su nacimiento. Según las crónicas de la época, su madre, mujer de Alfonso IX, lo habría dado a luz en pleno monte, entre Zamora y Salamanca. Durante aquellos tiempos tan andariegos, la corte se trasladaba con frecuencia de un lugar a otro. En el transcurso de alguna de aquellas mudanzas vio la luz nuestro Santo. Hay quienes dicen que en 1198, pero lo más seguro es que fue en 1201. Probablemente la comitiva debió aminorar su marcha cuando doña Berenguela, en razón de su gestación ya avanzada, estaba por dar a luz a su hijo Fernando.

#### 1. Sus primeros años

Los años iniciales de su vida quedan en la penumbra de la historia. Al parecer, transcurrió su primera infancia en Galicia, mientras Berenguela aún era reina de León. Pronto se mudó a Castilla, con su madre y sus hermanos, permaneciendo en la corte castellana. Allí aprendió los rudimentos de un idioma que comenzaba a abrirse paso como lengua literaria. Recordemos que fue precisamente en aquellos tiempos cuando nacerían las lenguas romances, así llamadas por su proveniencia común del *romano* o latín.

Doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla, era prima del padre de Fernando. Dado que dicho parentesco implicaba un impedimento canónico, Inocencio III, había declarado disuelto el matrimonio, por lo que los padres debieron separarse, tras seis años de estar unidos. Berenguela retornó a Castilla, a la corte de Alfonso VIII. Fernando permaneció con su padre. Un tiempo después, cuando Fernando tenía cinco años, Inocencio III subsanó el impedimento, declarando legítima la prole surgida de esta unión.

## 2. La educación que recibió de su madre

No se puede hablar como corresponde acerca de Fernando si se pasa por alto la figura admirable de su madre, doña Berenguela. Por sus venas corría sangre inglesa, ya que de Inglaterra era oriunda su abuela, doña Leonor, una mujer muy temperamental, así como su hermano, el famoso Ricardo Corazón de León. Berenguela, hija mayor de Alfonso VIII de Castilla y de Leonor de Inglaterra, nació en Segovia, según algunos, o en Burgos, según otros. Las crónicas de la época la califican de prudentísima, sapientísima, reina sin par, espejo de toda España. «Esta es –dice don Lucas, obispo de Tuy– la que dilató la fe en Castilla y León, la que reprimió los enemigos del Reino, la que edificó magníficos templos y la que enriqueció las iglesias». Sin duda que ha de haber merecido todos estos elogios, porque fue, de veras, una reina incomparable, digna madre y educadora de un rey tan santo como Fernando.

Una de las hermanas de Berenguela, para seguir con sus parientes, fue también una mujer fuera de serie. Nos referimos a Blanca de Castilla, quien se desposó con Luis VIII de Francia, dando a luz nada menos que a San Luis, ese otro gran rey, primo, por consiguiente, de Fernando. Así como doña Berenguela amamantó a Fernando, doña Blanca lo hizo con Luis. Siglo verdaderamente de oro para España y para Francia, en que merecieron un Fernando y un Luis, pudiendo así ambas naciones ser testigos de una gloriosa competencia entre el talento y la santidad de sus respectivos reyes.

Doña Berenguela educó primorosamente a su hijo. La *Crónica General*, documento de la época, subraya su esmero en dicho quehacer:

«Esta noble Reyna enderezó siempre este su fijo en buenas costumbres, et buenas obras, et le dió su leche, et lo crió mucho dulcemente, de guisa que magüer que fuese ya varón fecho, la Reyna Doña Berenguela su madre non quedaba de enseñarle aguciosamente las cosas que placen a Dios et a los omes: et nunca le mostró las costumbres nin las cosas que pertenescien a las mugeres, si non los que facien menester a grandeza de corazón, et a grandes fechos, et a devoción... et por esta lozanía et mesuramiento se maravillaban della los Moros et los Christianos de los nuestros tiempos: ca non vino y fembra que la semejase».

Destaquemos la preocupación de su madre por iniciarlo en la grandeza de corazón, en la magnanimidad, y ello desde sus primeros años. Nos dicen las Crónicas que el tiempo que Fernando no empleaba en la devoción o en las armas lo ocupaba en leer historias de los antiguos héroes, para aprender de ellas acciones que imitar, y errores que eludir, con lo que fue inclinado a imitar las virtudes de los reyes que lo habían precedido, y evitar sus vicios, para llegar a ser un príncipe cabal.

Tenía unos diez años cuando escuchaba embelesado el relato del triunfo alcanzado en las Navas de Tolosa, bajo la conducción de su abuelo Alfonso VIII, el padre de doña Berenguela. El rey árabe Miramamolín, rodeado de tropas ligeras formadas por árabes, bereberes, almohades, etc., estaba atrincherado, con sus grandes

dignatarios, en lo alto de una colina, dentro de un cerco de estacas, unidas por gruesas cadenas. Refiere la Crónica que habiendo avanzado los musulmanes casi hasta el lugar donde se encontraban el rey de Castilla y el arzobispo don Rodrigo, y comenzando a cundir el desaliento entre los cristianos, dijo el rey al arzobispo:

«Arzobispo, arzobispo, yo e vos aquí muramos.

–Non quiera Dios que aquí murades, respondió el prelado, antes aquí habedes de triunfar de los enemigos».

Lanzóse entonces el rey al contraataque llegando a pasar por sobre las cadenas. El jefe moro logró escapar, pero cayeron casi todos los nobles, sus enseñas y cuantioso botín. Al leer estas cosas se le enardecía el corazón al joven Fernando, deseando emular dichas gestas.

Doña Berenguela educó asimismo muy bien a sus otros hijos e hijas. Constanza, una de ellas, terminaría de monja en el monasterio de Las Huelgas de Burgos. Berenguela, la menor de todas, fue elegida por Jean de Brienne, rey cruzado de Jerusalén, que «venía camino de Santiago para tomar esposa a una de las hijas del rey de León». Al casarse con él, recibió el título de reina de Jerusalén. Más tarde, el Papa confiaría el Imperio de Constantinopla al citado Jean, por lo que su esposa Berenguela se convertiría en emperatriz.

## 3. La llegada al poder

¿Cómo accedió Fernando al trono? De una manera un tanto extraña y tramoyesca. En 1214 murió Alfonso VIII, el padre de doña Berenguela. La corona de Castilla recayó entonces en Enrique, hijo de Alfonso, que apenas tenía once años de edad. Como hermana mayor, y por indicación de los nobles, doña Berenguela asumió la tutela del nuevo rey de Castilla, Enrique I, gobernando con plena aceptación de todos. Pero un revoltoso, Álvaro Núñez, de la familia de los Lara, se impuso sobre ella, tomando la tutela de Enrique y el gobierno del reino. Luego quiso desterrar a doña Berenguela, e hizo casar a Enrique, a pesar de ser tan pequeño, con la hija del rey de Portugal, matrimonio inválido por consanguinidad. Enrique, que se sentía prisionero, murió poco después en un accidente.

Por aquellos años, Berenguela estaba separada de Alfonso IX, como dijimos, por decisión del Papa. Al enterarse de la muerte de Enrique, como hija mayor de Alfonso VIII y hermana del rey fallecido, creyó que debía asumir la corona de Castilla. Entonces Berenguela envió emisarios a Alfonso IX, con el encargo de decirle que tenía grandes deseos de ver a su hijo Fernando. Pero a los emisarios les pidió que le ocultasen al rey la muerte de Enrique.

Don Fernando llega, así, a Castilla, abraza a su querida madre, y al enterarse de todo, le dice que es a ella a quien corresponde el trono de Castilla. El infante contaba a la sazón 16 años. Pero Berenguela pensó que había llegado la hora de su hijo. Valióse para ello de una estratagema. Reunidos los nobles y el pueblo en Valladolid, se hizo jurar por Reina de Castilla, e inmediatamente renunció al trono en favor de su hijo, don Fernando. Enseguida los nobles pasaron a la iglesia donde con gran pompa los obispos ungieron al joven. Era el 1º de julio de 1217. Castilla ya tenía rey. Se llamaba Fernando III.

Irritado Alfonso por lo que creía una burla de Berenguela, marchó con su ejército hacia Burgos. Su hijo le escribió, entonces, una carta conmovedora:

«Señor padre: ¿Por qué así os irritáis? ¿Por qué me hacéis la guerra? Parece que os pesa de mi bien, cuando debierais gloriaros de

tener un hijo por Rey de Castilla. Sabed que en mis días no os vendrá de este reino daño ni guerra alguna. No quiero salir contra vos, que sois mi padre, sino callar y sufrir hasta que comprendáis lo que hacéis».

Conmovido el rey, se disculpó de su agresividad, diciéndole que había entrado en combate para resarcirse de una deuda que con él tenían los castellanos. Se le dio lo que pedía, y el monarca de León se retiró, quedando todo en paz. Fernando ya estaba firme en su trono.

Desde los primeros momentos de su gestión, el nuevo rey no quiso resolver ningún asunto importante de gobierno sin consultar previamente a su venerada madre. Cumplió cabalmente su propósito hasta que doña Berenguela murió, firmando todos sus documentos «con el consentimiento» de ella. Y cuando debía ausentarse para alguna de sus campañas militares, que lo mantenían alejado de los asuntos internos de Castilla, le encomendaba a su madre las riendas del reino.

#### 4. El matrimonio de Fernando

Dos años después de que Fernando ascendiera al trono, Berenguela pensó en su matrimonio, eligiéndole como consorte, previa aprobación de su hijo, a la infanta doña Beatriz de Suabia, nieta del famoso emperador cruzado Federico I Barbarroja. Ocupaba entonces el poder en Alemania el joven Federico II, rey desde 1215. A la corte de este monarca, que en el año 1220 sería coronado emperador por el papa Honorio III, llegó la comitiva de Castilla, para pedir la mano de Beatriz. La madre de la joven era nada menos que la emperatriz bizantina, doña Irene, con sede en Constantinopla.

Como se ve, los nudos dinásticos que escogió doña Berenguela relacionaron a Fernando con las principales cortes occidentales e incluso orientales. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, describe a la princesa alemana como «muy buena, hermosa, juiciosa y modesta –*optima, pulcher, sapiens et pudica*». Imaginemos el encuentro de Fernando y Beatriz en Burgos, con toda la corte presente para el gran acontecimiento.

Tres días antes de las bodas, Fernando recibió el Orden de la Caballería. Ya desde el siglo anterior, era costumbre que los nobles de nacimiento se hicieran armar caballeros. La nobleza sola parecía insuficiente sin la caballería. Siguiendo el ritual establecido, la víspera del día señalado Fernando veló las armas en el monasterio de Las Huelgas, no lejos de Burgos. Tras lavarse el cuerpo y purificar el alma con la confesión, pasó la noche entera en el interior del templo, a ratos de pie, a ratos de rodillas, en oración sostenida, ya que

«la vigilia de los caballeros –según se lee en un viejo texto– no fue establecida para juegos, sino para rogar a Dios que los guarde, e que los enderesce, e alivie, como a omes que entran en carrera de muerte».

Sólo Dios sabe lo que aquel novel caballero de 18 años suplicó y meditó en noche tan inolvidable, cuando se preparaba para iniciar «la carrera de muerte», carrera que sería tan gloriosa al servicio de Dios y de su Patria. Llegado el amanecer, el Obispo celebró la misa solemne, con ritual propio para la circunstancia, en cuyo transcurso Fernando, a semejanza de los que van a ser ordenados sacerdotes, fue revestido de las armas y prendas propias del caballero, que durante la noche habían permanecido depositadas sobre el altar.

Los padrinos le entregaron primero el brial, es decir, el faldón, generalmente de seda, con que los hombres de armas se cubrían desde la cintura hasta arriba de las rodillas; solía ser blanco, rojo y negro, simbolizando el blanco, la pureza, el rojo, la sangre derramada por la fe, y el negro, la presencia de la muerte. Luego le pusieron

la loriga, o coraza de láminas de acero imbricadas; las calzas, vestiduras que cubrían el muslo y la pierna; las espuelas; y, por último, el yelmo, pieza que protegía la cabeza, defendiéndola de los golpes. A continuación, y era ése el momento culminante, le entregaron la espada. Al recibirla, Fernando ya era caballero. Entonces la desenvainó y juró morir por la ley de la caballería, por Dios y por su tierra.

Pero todo caballero, para ser verdaderamente tal, necesita una dama, la dama de sus sueños. Y allí le estaba esperando su prometida, la rubia Beatriz, que como fiel esposa permanecería siempre junto a él, acompañándolo con el afecto en todas sus empresas. Es cierto que a lo largo de su vida matrimonial, muchas veces Fernando, en permanente guerra con los moros, según veremos enseguida, estaría físicamente ausente, mas entonces doña Beatriz se pondría al cobijo de doña Berenguela, esperando el retorno de su amado.

Varios años después, en 1230, murió Alfonso IX, camino a Santiago. En su testamento había dejado por herederos del reino de León a dos hijas de su primer matrimonio, doña Sancha y doña Dulce. El testamento era nulo ya que, años atrás, Fernando había sido jurado como heredero legítimo. Doña Berenguela se las arregló para que todo se hiciese por las buenas, conviniendo en que tanto Sancha como Dulce renunciasen a sus presuntos derechos, a cambio de una vitalicia suma anual de dinero. Así, don Fernando asumió la corona de León, uniéndola ya para siempre con Castilla, por lo que fue recibido con grandes festejos en todas las ciudades de sus nuevos dominios.

Doña Beatriz le daría a Fernando diez hijos. Murió en 1236, siendo enterrada en el monasterio real de Las Huelgas. Fernando III, que a la sazón tenía 35 años, se casó de nuevo. Esta vez la esposa vendría de Francia, siendo nuevamente doña Berenguela quien hizo de casamentera. Según escribió el arzobispo de Toledo:

«Con el fin de que la virtud del rey no se menoscabase con relaciones ilícitas, su madre la noble reina pensó darle por esposa a una doncella noble, linajuda, llamada Juana, biznieta del muy ilustre rey de Francia, hija del ilustre conde Simón de Ponthieu y de María, ilustre condesa del mismo lugar».

Para dicha empresa doña Berenguela se entendió con su hermana, doña Blanca, madre de San Luis, y Juana de Ponthieu vino de prometida a Castilla. La boda tuvo lugar en 1237. Juana sería, como Beatriz, una esposa fidelísima a Fernando, quien la llevaría siempre en sus viajes y a quien amaría entrañablemente. Le dio cinco hijos más.

## II. El Guerrero

Buena parte de la vida de Fernando, ya rey, transcurrió a caballo, en los campos de batalla. Fue allí, como caballero sin tacha, donde alcanzó la cima de su grandeza e incluso de su santidad. Para comprenderlo mejor será preciso recordar el momento histórico que le tocó vivir. Por aquel entonces, el mundo islámico era la frontera que lindaba con la Europa cristiana, un mundo poderoso, en plena expansión. El arco musulmán iba desde la mitad inferior de España, pasando por el África septentrional hasta el Medio Oriente, e incluso algunas regiones de la India. En el resto del mundo conocido, se presentía la amenaza de la invasión mogola de Gengis Khan hacia el sur –China– y hacia el oeste –Rusia–. Era principalmente Europa la que debía afrontar el peligro de la presión musulmana. En este contexto cobra todo su sentido el ideal caballeresco, así como la gesta de las Cruzadas, que fue su expresión más excelsa.

### 1. Antecedentes de la Reconquista

Como se sabe, las Cruzadas no se limitaron a la reconquista de los Santos Lugares, hollados por el enemigo frontal de los cristianos que allí moraban. También los reinos hispánicos, que tenían fronteras con el Islam, invasor de la patria visigoda, se habían levantado en armas para emprender su cruzada local, solicitando de los Papas los mismos favores espirituales de que gozaban los guerreros que se dirigían hacia el Oriente. Al mismo tiempo que los españoles luchaban por la Reconquista de su tierra ocupada, numerosos monjes, mercaderes y guerreros, provenientes de allende los Pirineos, recorrían el camino de Santiago, afincándose a veces en algunos de los puntos de su trayecto, o contribuyendo a la formación de numerosas abadías.

A comienzos del siglo XIII, la España cristiana comprendía cinco reinos: León, Castilla, Aragón, Navarra y Portugal. En el sur, tras la desaparición del califato de Córdoba, el año 1031, había cundido la anarquía en los numerosos reinos de taifas allí existentes. Aprovechando dicha situación, los almorávides, que estaban en el norte de África, invadieron la Península y se impusieron sobre la España musulmana, con lo que se vio demorada la reconquista que llevaban adelante los reinos del norte. Poco más de un siglo después, en 1147, los almorávides, ya en decadencia, fueron suplantados por los almohades, fanáticos bereberes, que obligaron a los últimos almorávides a refugiarse en las islas Baleares.

En 1195, el jefe almohade Yacub al-Mansur, infligió en el cerro de Alarcos, cerca de Ciudad Real, una derrota aplastante al rey castellano Alfonso VIII, abuelo de Fernando. Pero dicho califa no supo aprovechar sus victorias, muriendo cuatro años después. En 1211, su hijo alNasir, que estaba en el norte de África, desembarcó con un gran ejército de moros en la península, donde se unió con las tropas almohades que allí acampaban, formando un poderoso contingente de 300.000 hombres. El miedo se apoderó de Castilla y del resto de Europa. Ante semejante situación, que ponía en peligro una parte importante de la Cristiandad, el papa Inocencio III convocó a la cruzada, concediendo indulgencias a los que voluntariamente acudiesen en auxilio del rey de Castilla. La leva fue exitosa, cruzando los Pirineos combatientes de toda Europa.

Cuando esto último acontecía, Fernando tenía 10 años. Junto a su madre, pudo observar la movilización general. Había olor a guerra. Fue principalmente en Toledo donde se concentraron los caballeros cristianos, de muy variadas procedencias, ya que los había de Francia, de Italia, de Inglaterra, además de los españoles, como es lógico. Sólo se diferenciaban por las hablas y los atuendos. El 16 de julio de 1212 tuvo lugar la famosa batalla de las Navas de Tolosa, a que aludimos anteriormente, donde las tropas cristianas consiguieron una victoria contundente. Fernando, que a la sazón se encontraba en Burgos con su madre, veía así despejado el camino para sus ulteriores hazañas conquistadoras.

En este ambiente pasó su niñez y adolescencia, leyendo y admirando a los guerreros de las Cruzadas, especialmente a sus antepasados, como ya hemos indicado, lo que iba consolidando cada vez más en su interior el ideal caballeresco. Entendía que una de las obligaciones más importantes de un príncipe cristiano, según las leyes de la caballería, era socorrer con sus armas los designios espirituales de la Iglesia, no fuera que los enemigos del nombre cristiano, viendo a la Iglesia carente de poder, la ultrajasen con la violencia. En otras palabras,

de lo que se trataba era de poner «la fuerza armada al servicio de la verdad desarmada».

### 2. La aventura mística de Fernando

Ahora ya era rey, pero se sentía incómodo, porque el ardor guerrero había decaído. Un día, inesperadamente, convocó a los suyos, y les propuso un plan que dejó boquiabiertos a los cortesanos: retomar la guerra contra el moro. Dirigiéndose a su madre le dijo:

«Queridísima madre y dulcísima señora: ¿De qué me sirve el reino de Castilla que me disteis con vuestra abdicación, y una esposa tan noble que me trajisteis de tierras lejanas y está unida a mí con amor indecible; de qué el celo con que os adelantáis a todos mis deseos, cumpliéndolos con maternal amor antes de que yo los haya concebido, si me enredo en la pereza y se desvanece la flor de mi juventud sin fruto, si se extinguen los fulgores del comienzo de mi reinado? Ha llegado la hora señalada por Dios omnipotente en que puedo servir a Jesucristo, por quienes los reyes reinan, en la guerra contra los enemigos de la fe cristiana para honor y gloria de su nombre. La puerta está abierta y expedito el camino. Tenemos paz en el reino; los moros arden en discordias. Cristo, Dios y hombre, está de nuestra parte; de parte de los moros, el infiel y condenado apóstata Mahoma. ¿Qué esperamos? Os suplico, madre mía, a quien debo todo cuanto tengo después de Dios, me deis licencia para declarar la guerra a los moros».

Y así comenzó Fernando III la aventura mística y guerrera de la conquista territorial del sur de España, para arrancar a los cristianos de su servidumbre, guerra que no cesaría sino con su muerte, casi treinta años después, en la ciudad de Sevilla. Por cierto que siempre se movió sobre la base de que la guerra que entablaba era justa y santa, entendiéndolo que hubiera sido vana jactancia y superficialidad de espíritu buscar solamente la gloria del triunfo, poniendo en peligro la vida de sus leales vasallos, sin otras motivaciones superiores.

Dedicóse, pues, a organizar su ejército, para luego dirigirlo con eficacia. Ninguno más diestro que él en preparar a sus tropas, aconsejándoles que se ejercitasen permanentemente en las armas para encontrarse preparados en la ocasión; ninguno más cuidadoso en prevenir a sus soldados de riesgos innecesarios; ninguno más ingenioso en detectar las tácticas del enemigo; ninguno más valiente en el combate, y ninguno más constante en perseverar hasta la consecución de la victoria. Cuando se dirigía a la guerra, llevaba a sus hijos consigo de modo que se fuesen iniciando en el manejo de las armas, lo que constituía un ejemplo para los nobles.

En muchas ocasiones, convaleciendo de alguna enfermedad, salía prematuramente al combate, sabiendo cuánto implicaba su presencia para acrecentar el coraje de los suyos. Su camaradería era proverbial, llegando a cumplir turnos de guardia con los demás soldados, dispuesto a padecer las mismas incomodidades que ellos para hacérselas fáciles y llevaderas. Abrazaba efusivamente y con admiración a los soldados que habían dado muestras de valor, cualquiera fuese su grado, limpiándoles con su mano el sudor y la sangre. Los frecuentaba en sus cuarteles, y si caían heridos, los visitaba en los hospitales, donde los atendía como un padre. Era un verdadero caudillo. Su sola presencia resultaba convocante, por lo que nunca debió recurrir a levas violentas.

Se reveló, asimismo, como un excelente estratega, planeando hasta el detalle las grandes campañas. Recurrió al método de los *guerrillas*, entrenando fuerzas ágiles y escogidas, sea de caballería o de infantería. Era maestro en el arte de sorprender y desconcertar, así como de aprovechar las disensiones personales o políticas de sus adversarios. Un verdadero general.

### 3. Valencia, Jerez y Córdoba

No podemos detenernos en la descripción de todas sus campañas militares, ni en la consideración de sus diversas estrategias. Limitémonos tan sólo a algunas de ellas.

En cierta ocasión se aproximó a Valencia, ocupada entonces por los moros. Su rey, Benzuit, temeroso de entrar en guerra, le propuso encontrarse en Cuenca, donde el jefe católico había establecido su cuartel general. Fernando le recibió cortesmente, permitiéndole sentarse junto a él, bajo el mismo dosel. El moro, profundamente impresionado por tan caballeresca recepción, le ofreció perpetuo vasallaje y se volvió a Valencia. Hasta se llegó a decir que poco después se hizo cristiano. Algo semejante acaeció con motivo de su entrada en Andalucía. En dicha ocasión, se le presentaron varios emisarios de Mahomad, rey de Baeza, informándole que estaban prontos para rendir la ciudad, ponerla bajo su obediencia, y asistirle con dinero y armamento contra los que le hicieran resistencia. Porque Fernando no amaba la guerra por la guerra. Cuando podía vencer con otros medios, no dudaba en hacerlo. A estos dos reinos, el de Valencia y el de Baeza, los ganó sin sangre, pasando a ser tributarios suyos.

En otros casos hubo enfrentamiento armado. Milagroso fue el triunfo que alcanzó sobre los moros en Jerez de la Frontera. Como se sabe, esta población se llama así porque se encontraba en los confines de los reinos cristianos y árabes. Fernando encargó su conquista al príncipe Alfonso, su hijo. Las fuerzas contrincantes eran totalmente desproporcionadas: por cada cristiano había diez moros. Abenuth, rey de Jerez, daba por segura la victoria. Se entabló el combate. Pero, según relatan las crónicas, en medio del encontronazo, los moros vieron al patrono de las Españas, el apóstol Santiago, y a otros magníficos caballeros, vestidos de blanco, luchando por los cristianos, con lo que se rindieron.

Curiosa fue la conquista de Córdoba, en el año 1236. Esta ciudad ya no era la urbe poco menos que imperial de la época gloriosa del Califato y de los Emires, si bien aún conservaba algo de su antiguo prestigio. Hallábase Fernando muy lejos de aquel lugar, en Benavente, provincia de Zamora, cuando le llegó un perentorio mensaje del sur: uno de los barrios orientales de Córdoba había sido tomado por un puñado de hombres, que pedían urgentes refuerzos para completar la toma de al menos un sector importante, en donde se hallaban la Mezquita y el Alcázar. Cerrando sus oídos a los consejos de los cortesanos que querían disuadirle de esta campaña, en razón de las lluvias y del muy dudoso éxito de la empresa, el rey ensilló su caballo y se dirigió hacia esa Ciudad a galope tendido, en compañía de sus caballeros, «poniendo toda su esperanza en Cristo», como se lee en la *Crónica latina*.

Tras diversos avatares bélicos, el príncipe Abulal Hasan entregó las llaves de la plaza. Y en la almena del Alcázar moro ondeó finalmente el pendón de Castilla y León. Juntamente con él, Fernando ordenó erigir el signo de la cruz, según solía hacerlo en todas sus conquistas. La santa cruz era por él considerada como la mejor arma ofensiva y defensiva para sus batallas, porque con ella Cristo había vencido a sus enemigos. Y así en las ciudades que iba conquistando a los moros, inmediatamente hacía enarbolar sobre sus torreones el estandarte de la cruz. El obispo de Osma, y futuro obispo de Córdoba, consagró la mezquita mayor, que es aún hoy uno de los más notables monumentos del arte arábigo, con sus diecinueve naves y más de mil columnas, dedicándola al culto cristiano bajo la advocación de la Asunción de Nuestra Señora. Al día siguiente, Fernando hizo su ingreso solemne en la ciudad. En la mezquita-catedral el obispo celebró un solemne pontifical, tras lo cual se entonó el Te Deum. Fernando III puso su sede en el Alcázar contiguo.

Las campanas de Santiago de Compostela, que antaño Almanzor, visir del Califa de Córdoba, y vencedor de los cristianos en numerosas campañas, hiciera traer como botín de guerra en el año 997 a hombros de cautivos cristianos, fueron encontradas en la Mezqui-

ta cordobesa, donde eran empleadas como grandes lampadarios para la iluminación del templo. A hombros de moros fueron trasladadas a su lugar original, a Galicia, para que tañeran de nuevo en honor del Apóstol.

Poco después, Muhammad Ibn al-Ahmar, cuyo reino abarcaba las actuales provincias de Granada, Almería y Málaga, concertó con Fernando varias treguas y tratados, a espaldas de la corte mora. En cierta ocasión se acercó hasta donde estaba el rey de Castilla, le besó la mano en señal de vasallaje, y le dijo «que ficiese de él et de su tierra lo que fazer quisiera, et entrególe luego Jaén». La *Crónica General* dibuja, con emocionada sencillez, la acogida de Fernando: «Lleno de piadamiento et de toda medida, veyendo cómo ese rey moro venía con gran humildad y tan paciente... recibióle con mucha honra, et no quiso de él otra cosa salvo que quedase por su vasallo con toda su tierra». Fernando entró triunfalmente en la ciudad de Jaén e hizo poner sobre un altar la pequeña imagen de la Virgen que lo acompañaba en las batallas, permaneciendo varios meses en dicho lugar.

### 4. La conquista de Sevilla

El momento culminante de las campañas de Fernando fue, sin duda, la conquista de Sevilla. Un poeta de dicha ciudad, Rafael Laffón, así expresa el anhelo del rey por aposentarse en aquella ciudad:

*Guadalquivir abajo, rueda un son de mesnada.  
La noche con estrellas corre su espuela loca...  
Va de bodas Fernando y es la novia Sevilla.*

Doña Berenguela, ya anciana, se había retirado al monasterio real de Las Huelgas, donde murió y fue sepultada. Tras la despedida, Fernando se dirigió decididamente a Sevilla. Para hacer efectiva su conquista, considerada fundamental –el mismo papa Inocencio IV publicó una bula en favor de dicha empresa–, acudieron caballeros no sólo de los reinos de Castilla y León, sino de toda la Cristiandad. El empuje de la Sevilla mora deslumbraba a aquellos guerreros.

Fernando puso en asedio la ciudad. Sus hombres eran muy poco numerosos, al menos si los comparamos con el inmenso ejército que estaba a las órdenes de Axataf, el jefe moro. El rey católico ordenó que las cosas se dispusiesen como para un largo sitio, de manera que los soldados tuviesen cierta holgura. El campamento de Fernando parecía una nueva ciudad, una especie de Sevilla cristiana, con plazas para las vituallas, e incluso con calles donde se instalasen los artesanos. Asimismo fueron erigidos tres templos para que los soldados pudiesen oír Misa, colocándose en ellos las imágenes de la Virgen que el santo rey solía llevar consigo en las campañas.

Meses y meses duró el asedio. Cada cierto tiempo, grupos de cristianos desafiantes se adelantaban hasta el borde de los muros, desde donde retaban a los musulines, llamándoles, según costumbre, con toda clase de epítetos, y dirigiendo los más selectos saludos a Mahoma y a toda su familia. «¡Santiago y Castilla!», gritaban desde afuera. «¡Alá, Alá! ¡Mahoma, Mahoma!», respondían desde adentro. Sevilla, con sus siete kilómetros de poderosas murallas, y teniendo por respaldo un río caudaloso, parecía inexpugnable. Fernando comprendió que para conquistarla no bastaban los desafíos. Era preciso que una flota la atacase por el río Guadalquivir. Y entonces encargó a Ramón Bonifaz que formase con urgencia una escuadra de combate. Así nació la marina de guerra de Castilla.

Sin embargo la resistencia persistía. Sevilla parecía inexpugnable. Fernando apeló a todos los medios humanos, pero principalmente recurrió a Dios, el Señor de los



Ejércitos. Bajo su cota y su loriga, se puso un áspero cilicio, y tomó disciplina tres veces por semana. Como escribe Ribadeneira, «con esto se vencía primero a sí para vencer a sus enemigos, y sujetaba sus pasiones para dominar las ciudades». Recurrió, asimismo, a la ayuda de los Santos. Estando en León, se había hecho muy devoto de dos de ellos, que siglos atrás habían sido precisamente arzobispos de Sevilla, San Leandro y San Isidoro. Es creencia piadosa que este último fue quien le animó a perseverar en el cerco de la ciudad.

Los moros, acosados hasta el extremo, entablaron conversaciones. «Venimos a ofrecer el vasallaje de nuestro rey —le dijeron a Fernando—, así como la entrega del alcázar y la mitad de todas las rentas, si levantáis el sitio». Fernando respondió que no cabía capitulación posible en esas condiciones. Esa misma tarde retornaron los emisarios, ofreciendo, además de lo dicho, la mitad de la ciudad, con el compromiso de levantar un muro que dividiese a los dos pueblos, cristiano y moro. Fernando se negó una vez más. «Debéis entregar toda la ciudad, les dijo, con las fortalezas y castillos de su jurisdicción». «Sea como deseáis —le respondieron—, mas permitidnos que antes derribemos la mezquita mayor o al menos su alta torre, para que no sean testigos de nuestra desgracia». Al oír esto, el infante don Alfonso, apasionado de las bellezas artísticas, pidió al rey licencia para contestar: «Tened por cierto que si una sola teja falta de la torre o un solo ladrillo de la mezquita, rodarán por tierra todas las cabezas de los moros que hay en la ciudad».

Los sitiados tuvieron que consentir. Tras la capitulación, Fernando les concedió un mes para liquidar sus bienes y disponer la partida a donde más les agradase. Trescientos mil moros salieron de la ciudad. Axataf entregó al rey las llaves de Sevilla sobre una de las cuales estaba escrito en árabe: «Permita Dios que sea eterno el imperio del Islam». Se dice que cuando se alejaba de la ciudad, al ver a lo lejos su silueta, cubiertos los ojos de lágrimas exclamó: «¡Oh grande y noble ciudad, tan fuerte y tan poblada, y defendida con tanto valor y heroísmo! Sólo un santo ha podido vencerte y apoderarse de ti».

Para hacer su entrada triunfal, eligió el rey el 23 de noviembre, ya que en dicho día habían sido trasladados los restos de San Isidoro desde Sevilla a León. Abrían la marcha los grandes maestros de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara, San Juan y el Temple, seguidos de los caballeros que las integraban; luego los obispos de la zona, juntamente con sus clérigos. Tras ellos, el carro triunfal con la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, que Luis, rey de Francia, había regalado a su primo, y a la que Fernando atribuía principalmente su victoria; a ambos lados de dicho carro y sobre blancos potros, el rey, con su espada desenvainada, y su esposa, doña Juana. Luego los infantes y el legado pontificio. Estaban allí presentes San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced, y San Pedro González, de la Orden de Predicadores, que habían animado a las tropas durante el asedio.

Recorriendo aquellas calles estrechas y tortuosas de la Sevilla moruna, se dirigieron a la mezquita mayor, previamente purificada y convertida en iglesia. Luego de colocarse en el templo la santa imagen de Nuestra Señora, sobre el mismo carro triunfal, hecho en forma tal que podía servir de altar, se entonó el *Te Deum*, en acción de gracias por la restitución a la Cristiandad de aquella nobilísima ciudad de la Giralda y del Guadalquivir, después de 535 años que había estado en poder de los infieles. Fernando puso su residencia en el alcázar moro donde, desde la capitulación, ondeaba la enseña del rey de Castilla.

Un poeta árabe, Abu Beka Salch, expresa así la consternación que produjo en el Islam la caída de Sevilla:

*Dolores hay que tienen consuelo,  
pero no le hay para la presente tragedia del Islam.  
Trágico golpe de muerte ha herido a España  
y resonado en los senos de Arabia,*

*conmoviéndose el monte Ohod y el monte Thalan.*

*En Esperia ha sido herido el corazón del Islam,  
sus pueblos y sus provincias lloran desiertas y solitarias.*

*Pregunta a Valencia, ¿qué ha sido de Murcia,  
dónde fue Játiva, dónde Jaén?*

*¿Qué fue de Córdoba, mansión del talento,  
qué de sus sabios que en ella moraban?*

*¡Guay de Sevilla, la de los deleites,  
la de las límpidas y abundosas aguas!*

*¡Ciudades magníficas, cimientos de pueblos!,  
¿dónde irán éstos si vosotros os derrumbáis con estruendo?*

*Como el amante suspira por la ausencia de la amada,  
así suspira el Islam por estas tierras solitarias,  
presa de la mano del infiel.*

*Las mezquitas trocáronse en iglesias,  
y las coronas en cruces y campanas;  
la piedra y el leño insensible*

*de nuestros santuarios y almenares,  
vierten lágrimas ante tamaño infortunio.*

*¡Oh tú, que duermes en la indolencia,  
sabe que la fortuna vela y te da llamadas!*

*Tú que te anegas en los placeres que te da la patria,*

*¿crees que puede haber patria para el muslim,  
después de perdida Sevilla?*

*Esta definitiva desgracia hace olvidar las otras,*

*Y no podrá el rodar de los tiempos borrarla del alma.*

Hemos bosquejado algunas de las campañas militares de Fernando. Además de Murcia, reconquistó buena parte de Andalucía, así como otras muchas plazas menores, expulsando a los ocupantes de casi todos los términos de España. Sólo la ciudad de Granada, que se hizo su vasalla y tributaria, permanecería bajo el dominio moro, hasta que fue conquistada finalmente por los Reyes Católicos en 1492, el año mismo en que Colón descubrió América.

Antes de concluir este capítulo sobre las guerras de Fernando, destacamos el carácter claramente religioso de las mismas. Como dijera por aquel entonces el obispo de Palencia, las conquistas de los reinos eran, a la vez, conquistas de la fe católica, logros de la religión cristiana. Ello queda simbolizado por la costumbre que introdujo el rey de convertir las mezquitas en iglesias. De ahí su afirmación tan categórica: «Nunca desnudé la espada, ni cerqué ciudad, ni castillo, ni salí a empresa, que no fuese mi único motivo el dilatar y ensalzar la fe de Cristo, y por la mayor gloria de Dios». Y de ahí también su confianza en el combate: «No temo a mis enemigos mientras tenga de mi parte a mi Dios y Señor».

Varios reinos moros radicados desde hacía siglos en España fueron su botín de guerra. Fernando había logrado llegar al mar Mediterráneo. Ya podía lavar sus botas en las aguas de aquel mar. Sin embargo su espíritu de guerrero cruzado no le permitió darse por satisfecho con lo cumplido. Y así, reuniendo un día a los nobles, les dijo:

«Creo que ha llegado la hora de invadir el África, y conquistar para la Cruz tanto como ellos conquistaron para la media luna. Conozco vuestra lealtad, y por lo mismo no mando a nadie que me siga, pues todos sabéis lo que a vuestro honor conviene. Vamos a construir una nueva flota y, apenas esté todo dispuesto, acometeremos la empresa, con la ayuda de Dios».

Cuando los moros que ocupaban el norte de África conocieron el propósito del rey invicto, sabiendo con qué valor y eficiencia llevaba a cabo sus determinaciones, se llenaron de temor, a tal punto que el rey de Marruecos se propuso pactar una alianza con él, y otros reyes de esa zona enviaron embajadores solicitando la paz. Fernando, por su parte, encargó al marino Bonifaz que iniciara exploraciones en las costas de África, lo que el almirante realizó con éxito. Pero al parecer, Dios no quiso favorecer este nuevo y ambicioso proyecto del rey,

ya que Fernando enfermó gravemente de hidropesía, muriendo poco tiempo después.

Acotemos un dato histórico que, si bien rebasa la época de nuestro Santo, parece prolongarla. Siglos después, los Reyes Católicos, tomando la antorcha dejada por San Fernando, tratarán de llevar a cabo su generoso anhelo. Porque luego de conquistar la ciudad de Granada, dando así término a los siete siglos de Reconquista, inspirados por el cardenal Cisneros, sintieron arder en sus pechos el mismo anhelo que Fernando: lanzarse sobre África del norte para plantar allí la cruz de Cristo. Tras las conquistas iniciales que lograron en Orán, Trípoli, Argel y Túnez, se propusieron avanzar hacia el Oriente en forma de pinza, desde Alejandría y desde Grecia, para culminar liberando Jerusalén.

El papa Alejandro VI apoyó calurosamente este grandioso proyecto, que empalmaría con las viejas cruzadas, concediendo las debidas indulgencias. El proyecto, por desgracia, no se pudo concretar. Pero no deja de resultar apasionante la idea de que la toma de Granada, continuando la de Sevilla, estuvo en el comienzo tanto del proyecto de la reconquista africana como de la histórica conquista americana, ambas concebidas con espíritu de Cruzada. Por eso los Reyes Católicos deben ser considerados como los herederos natos del rey Fernando.

### III. El Gobernante

Hasta ahora Fernando se nos ha revelado como un esforzado guerrero. Tras pacificar los reinos de Castilla y León, convirtió en tributarios suyos los reinos de Valencia y Granada, y conquistó los de Murcia, Córdoba, Jaén y Sevilla.

Sin embargo no se limitó a combatir y vencer. Se impuso, asimismo, la tarea de gobernar con la equidad propia de un caudillo católico. Luego de conquistar Sevilla, para poner un ejemplo, se preocupó tanto por lo espiritual como por lo temporal. En lo que toca a lo primero, trató de favorecer la conversión de sus nuevos súbditos, y al tiempo que dotaba con real munificencia la catedral, colaboró con la Iglesia para la multiplicación de monasterios y colegios. Con el mismo tesón se aplicó al gobierno político. La primera urgencia era repoblar la ciudad. Así lo hizo, otorgando grandes ventajas a quienes a ella viniesen, con lo que españoles de toda la Península acudieron para afincarse en Sevilla, supliendo a los moros fugitivos. Particularmente generoso se mostró con los doscientos caballeros que más se habían señalado en la conquista de la ciudad, dando a cada uno de ellos el galardón correspondiente a sus méritos.

Trajo también de otros lugares un buen número de artesanos y expertos en todo género de artes, con lo que la ciudad recuperó pronto su antiguo lustre. Ésta fue una política habitual en él: poblar y colonizar inteligentemente los territorios conquistados.

#### 1. Su amor por la justicia

Fernando se preocupó muy en particular por la recta administración de la justicia. Aborrecía las coimas –sobornos– y no las dejaba impunes, en la conciencia de que si se hacía vendible la justicia, las infracciones de los pobres serían exageradamente castigadas, mientras que los delitos de los ricos pasarían desapercibidos. Por eso exigía de los jueces un juramento especial de que no recibirían dinero alguno por sus oficios, y a fin de que no tuviesen excusa, les otorgaba cuantiosos salarios, tomándolos de su patrimonio real.

Con el deseo de que el derecho encontrase su adecuada codificación ordenó traducir del latín al español –que declaró idioma oficial de sus Reinos– el antiguo Código visigótico *Liber Iudicum*, bajo el nombre de *Fuero Juzgo*, y por su consejo se comenzó a redactar la inmortal recapitulación jurídica del *Código de las Siete Partidas*,

que terminaría su hijo don Alfonso. A semejanza de su primo Luis, le gustaba a Fernando hacer rápida justicia. Nos cuentan los cronistas que para no demorar la atención a los necesitados, atendía desde las ventanas del entresuelo de su casa, que daba a la calle, donde los pobres exponían sus aprietos «sin necesidad de antesala»; así, decía, se obviaban «las trabas de los porteros y demás servidumbre de escaleras abajo».

Preocupóse asimismo por promulgar leyes que elevaran el nivel intelectual y moral de su pueblo. Para ello se hacía asesorar por sacerdotes y personas entendidas, pidiéndoles que estudiaran y propusiesen remedios adecuados en orden a corregir los defectos de sus vasallos. Mediante dichas leyes logró mejorar sustancialmente sus usos y costumbres. En esto de dar a cada cual lo que le corresponde, fue tolerante con los judíos y musulmanes, pero muy riguroso con los apóstatas y falsos conversos.

#### 2. El fomento de la cultura

Destaquemos también su preocupación por la cultura. No en vano floreció en un siglo pletórico de hombres eminentes, contemporáneo de Santo Tomás, San Buenaventura, y tantos otros. En la sabiduría política, que es la propia de un rey, excedió sobremedida. Incluso se le ha comparado con su hijo, el rey Alfonso, apodado precisamente *el Sabio*. Fernando fue particularmente versado en el campo de la historia, haciendo de los tiempos pasados una escuela para su tiempo, aprendiendo de unos personajes lo que debía imitar, y de otros lo que había de evitar.

Tenía particular afición por los profesores y los hombres de la cultura. No bien conquistó Sevilla se preocupó por traer personas sabias que la ilustrasen, con buenos sueldos para que pudiesen proseguir holgadamente sus investigaciones. Gilberto Genebrardo, benedictino francés del siglo XVI, dice en su *Cronografía*: «Por la magnificencia de san Fernando, rey de España, y de San Luis, rey de Francia, la teología y las buenas artes, que hacía tiempo de cien años estaban muy caídas, cobraron fuerza y levantaron cabeza».

Según parece, fue nuestro santo rey quien trasladó la universidad de Palencia a Salamanca, pudiendo así ser considerado como el fundador de esta insigne universidad. Se ha dicho que el florecimiento jurídico, literario y hasta musical de la corte de Alfonso X no es sino el fruto de los comienzos puestos por su padre.

En fin, la política de Fernando, tanto la nacional como la internacional, fue verdaderamente ejemplar. Sus relaciones, filiales siempre, pero independientes y hasta tajantes, cuando correspondía, con la Santa Sede; su trato con los prelados, los nobles, los municipios, las recién fundadas universidades; su administración de la justicia; su categórica represión de las herejías; sus relaciones con los otros reinos de España; su gestión económica; la creación de la marina de guerra; la coordinación y reordenamiento de las ciudades conquistadas; su aliento a la reforma y ulterior codificación del derecho español, su protección al arte... Un gobierno realmente paradigmático, sólo comparable al de Isabel la Católica, aunque menos conocido.

Nos cuentan sus contemporáneos que por atender al gobierno dormía muy poco, y cuando algunos le recomendaron dar más tiempo al descanso, respondió: «Yo sé que vosotros dormís más; pero si yo, que soy rey, no estoy desvelado, ¿cómo podréis dormir vosotros seguros?».

#### IV. El Santo

Una última faceta, la más trascendente de la personalidad de Fernando: su excelencia en la práctica de las virtudes. Su hijo Alfonso mencionó siete de ellas en las cuales se destacó de manera especial: la fe, la esperanza, la caridad, la justicia, la mesura, la nobleza y la fortaleza.

Hemos tratado de este gran rey considerándolo principalmente como guerrero y como gobernante. Veamos la manera como se traslucían en ambas ocupaciones las virtudes anejas a dichos menesteres.

##### 1. El santo guerrero

Ante todo las virtudes propias del guerrero. En esta época en que ahora vivimos, de claudicante pacifismo, parece apremiante recordar, más allá del carácter militante de la vida cristiana, en general, las virtudes que deben caracterizar al *soldado cristiano*. Como ya hemos señalado, en las permanentes batallas que jalonaron su existencia, jamás Fernando buscó su propia gloria, sino la gloria de Dios. Preguntado en cierta ocasión por qué tuvo más éxito en el campo de batalla que sus antepasados, respondió: «Pudo ser que mis antecesores cuidasen a veces más de extender su grandeza que de introducir la fe, de multiplicar vasallos que de aumentar altares, y con esto se malograsen sus designios».

Las crónicas atestiguan que antes de lanzarse sobre el enemigo, solía levantar los ojos al cielo para decirle a Dios: «Tú, Señor, que conoces los corazones y te son patentes los más secretos pensamientos, sabes que no busco mi gloria, sino la tuya, y que no deseo tanto el aumento de los reinos caducos de la tierra cuanto el aumento de la fe católica y la religión cristiana». Bien ha escrito Ribadeneira que con tanta devoción, sacrificio y penitencias con que acompañaba sus batallas, «no es maravilla que pelease por él el cielo, y que la victoria se alistase debajo de sus banderas, y que se cuenten sus batallas por sus victorias y sus empresas por sus triunfos».

Sólo amó la guerra bajo razón de cruzada cristiana y de legítima defensa o reconquista nacional. Se cuenta que al iniciar una campaña contra los moros decía: «Si alguno quiere ser mi amigo y mi vasallo que me siga». Ello nos trae al recuerdo la convocatoria que en los Ejercicios Espirituales pone San Ignacio de Loyola en boca del rey temporal como símbolo del llamado del Rey eterno: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por lo tanto quien lo quisiere venga conmigo... para que así después tenga parte en la victoria como la ha tenido en los trabajos». Estas palabras son perfectamente aplicables a los labios y al espíritu de San Fernando. Sus campañas fueron siempre «para conquistar tierra de infieles». Había tomado la firme decisión de jamás cruzar las armas con otros príncipes cristianos, en cumplimiento de lo cual agotó su paciencia y la insistente negociación. Con ser tantas sus victorias como sus batallas y tener tanta parte, en su feliz desenlace, su inteligencia, coraje y capacidad estratégica, no quería para sí las alabanzas, sino para el Dios de los Ejércitos, ni las atribuía a sus méritos o a su valor, sino a la infidelidad de sus adversarios moros, diciendo que por castigarlos Dios a éstos como a infieles, le favorecía a él.

El arrojo que desplegó en las batallas fue proverbial, si bien siempre trató de evitar la valentía loca, la temeridad. En el *Libro del conde Lucanor et de Patronio*, debido a la pluma de Don Juan Manuel, se relata una anécdota que lo retrata de cuerpo entero:

En cierta ocasión, durante el asedio de Sevilla, tres caballeros discutían sobre cuál de ellos sería el más osado. Se pusieron de

acuerdo en llegar hasta la puerta de la ciudad asediada, y golpear en ella con sus lanzas. Cuando los moros que estaban en las murallas y en las torres los vieron venir, creyeron que lo hacían en calidad de emisarios, y nadie salió a combatirlos. Los tres llegaron a la puerta, la golpearon con sus lanzas, y retornaron. Al comprender los moros que se habían burlado de ellos, salieron en multitud para no dejar impune la broma. Los caballeros se detuvieron cada cual donde estaba. Acometieron al primero, y los demás se quedaron quietos en su lugar, resistiendo a su vez cuando a ellos les llegó el turno. Al verlos desde el campamento cristiano, los fueron a socorrer, derrotando a los moros que volvieron tras los muros.

Al enterarse del asunto, Fernando mandó detener a los tres, diciendo que merecían la muerte, pues su lance había sido de una temeridad rayana en la locura. Pero los demás nobles intercedieron por ellos y el rey los mandó soltar. Cuando supo el motivo por el que se arrojaron a esa aventura, les preguntó cuál de ellos se había mostrado mejor caballero. Cada cual adujo sus razones. Pero al fin el rey zanjó la cuestión. El primero atacado por los moros pareció el mejor caballero, pero no fue tal porque la vergüenza hizo que huyese; el segundo, que esperó más que el primero, se mostró mejor, porque pudo sufrir más el miedo; y el tercero, que aguardó hasta que los moros lo hirieran, fue el mejor de ellos, porque «sufrió todo el miedo y esperó».

Fernando reveló plenamente la grandeza de su espíritu en el modo de comportarse durante sus campañas. Osado en el combate, jamás faltó al honor de su palabra, guardando rigurosamente los pactos convenidos con sus adversarios, los caudillos moros, aunque razones posteriores de conveniencia política o militar lo inclinasen a infringirlos. En tal sentido fue la antítesis del *Príncipe* de Maquiavelo.

Cuanto era de atrevido y esforzado en las batallas, se mostraba de apacible y misericordioso, modesto y templado, después de las victorias. Con los vencidos se comportaba con gran benignidad, y ya no los seguía tratando como a enemigos. Cuando ocupó Sevilla, a los moros que quisieron pasar a África, les ofreció bagajes y guías; lo mismo a quienes prefirieron trasladarse por tierra a Granada. Hasta ser vencidos, le aborrecían sus enemigos, pero luego conquistaba con su hidalguía y afabilidad los corazones de los que había conquistado con las armas. Quizás obraba así por su deseo de ganarlos para la fe católica. Se presume con mucha verosimilitud que algunos de los reyes aliados la abrazaron en secreto. Sabemos que el rey de Baeza le entregó en rehén a uno de sus hijos, y éste, convertido al cristianismo, tomó el nombre de Fernando, siendo luego uno de los pobladores radicados en Sevilla.

##### 2. El santo estadista

También como gobernante descolló en virtudes heroicas. Destacóse particularmente en una de las virtudes más propias de quienes tienen las riendas de un pueblo, es decir, en la *prudencia* gubernativa. Desde los 18 años empezó a gobernar con tanto acierto como si tuviera una larga experiencia. A quienes integraron sus cortes sucesivas siempre les resultó admirable el juicio con que deliberaba y la madurez con que resolvía. Como galanamente ha escrito Ribadeneira, parecía anciana la prudencia en un rey mancebo.

Pero, sabiendo que podía errar, lo que es una muestra más de dicha virtud, llevaba siempre consigo en su corte y en las campañas militares doce varones sabios, provenientes de la Universidad de Salamanca, con los que consultaba todos sus propósitos, no para despojarse de su autoridad, siguiendo lo que le dijese la mayoría, sino para esclarecer su inteligencia con las luces que los sabios le proporcionaban. En estos doce varones sabios tuvo origen lo que luego se llamaría el Consejo Real de Castilla.

Mas no solamente tomaba parecer de sabios consejeros. También estaba dispuesto a seguir el de cualquier

vasallo, cuando la razón estaba a su favor. Incluso de los pillos aceptaba recomendaciones.

Particularmente apreciaba a uno de ellos, llamado Paja, medio pillo, medio bufón, porque entre los chistes mezclaba juiciosas advertencias. En relación con este hombre se cuenta que, después de la conquista de Sevilla y de ponerse orden en la ciudad, oyó Paja que el rey había resuelto, a instancia de los ricos, sacar de ella su corte. Pareciéndole que si Fernando obraba así cometería un grave error, le rogó que subiese con su séquito a una torre alta –¿quizás la Giralda?– para contemplar la belleza de la ciudad. Estando el rey en ella le dijo Paja: «Bien repara vuestra alteza en que se halla aquí la flor de sus reinos, y aun con todo esto no se reconoce la ciudad bastantemente poblada, pues ¿qué será si vuestra alteza la desampara y falta todo el séquito y concurso de su corte? Mirad, Señor, que en ninguna parte servís a Dios mejor que aquí, y que si una vez salís de esta ciudad quizás no podréis volver a dominarla sino con gran trabajo».

A lo que respondió el rey: «Siempre oí decir, y ahora creo ser verdad, que de los locos salen a veces buenos consejos; y si yo no te creyere, Dios no me valga; y así te prometo que en toda mi vida no saldré de aquí, y que aquí será mi sepultura». Esta anécdota nos trae el recuerdo de aquella figura tan amada por el pueblo ruso, la de «los locos de Cristo», que aprovechando su aparente insania, se animaban a decir a todos verdades de a puño, incluido al mismo Zar, a quien nadie se hubiera atrevido a hablar con tanta desenvoltura.

Junto con la prudencia resplandeció en San Fernando la virtud de la *justicia*. Perdonaba con facilidad los agravios que recibía, como se vio a los comienzos de su reinado, en que concedió un perdón general de todas las injurias que le habían hecho sus vasallos, y pudiendo vengarse de algunos de ellos, como por ejemplo de los condes de Lara y de otros señores que se le habían rebelado, no lo hizo, sino que los colmó de favores. Pero cuando la injusticia no era contra él, sino contra Dios, contra la Virgen, las viudas, o los pobres, su furor santo se encendía.

Sin embargo aun esa justicia nunca se desvinculaba de la misericordia. Se ha dicho que Fernando tenía una justicia misericordiosa y una misericordia justiciera, porque castigaba con severidad a los rebeldes pero perdonaba con piedad a los arrepentidos. Jamás su espada se manchó con sangre de inocentes, y cuando se teñía con la de los culpables, su corazón sangraba. Al castigar como juez, no olvidaba que era padre.

En la administración de la justicia se preocupaba particularmente de que los pobres no sufriesen de parte de los ricos. Entendía que la grandeza de los reyes consistía en ser el refugio de los inocentes y de los necesitados. Por eso, según señalamos antes, tenía siempre abierto el acceso a su palacio y fácilmente concedía audiencia a cuantos lo solicitaban, juzgando por sí mismo muchas veces las causas de los pobres.

Como dice el P. Ribadeneira, «Fernando era ojos del ciego, pies del cojo, amparo de los huérfanos, remedio de las viudas, protección de los desvalidos, remedio de todos los necesitados, padre de sus vasallos, y rey de sus corazones, a los cuales cautivaba y rendía con la suave fuerza de su amor». Jamás dejó de dar limosna a los indigentes. Por eso a veces se le representó con el cetro en la mano izquierda y con la derecha repartiendo monedas a los pordioseros que lo rodean. Él fue quien introdujo la piadosa costumbre de lavar los pies a doce pobres el Jueves Santo.

Esta inclinación le movió a no querer imponer nuevos tributos a sus vasallos, sobre todo a los que no eran pudientes, según algunos ministros se lo sugerían, so pretexto de que ello era necesario para financiar la guerra contra los moros. «Más temo las maldiciones de una viejecita pobre de mi reino que a todos los moros de África», decía.

### 3. Un rey eutrapélico

Una virtud predilecta por Fernando fue la *eutrapelia*. Contrariamente a lo que por lo general se cree, la Edad Media, época en que vivió nuestro santo, no fue una época tristonra, sino bullanguera y bohemia. Con la aparición de las primeras universidades comenzaron a pulular los estudiantes ligeros y vagabundos, así como los simpáticos juglares, que iban de castillo en castillo, de convento en convento. Fernando estuvo lejos de ser un santo tenso, estirado. Su hijo Alfonso así lo describe:

«Fue muy fermoso ome de color, en todo el cuerpo et apuesto en ser bien faccionado... et sabía bien bofordar, et alancear, et tomar armas, et armarse bien et mucho apuestamente. Era muy sabidor de cazar, otrosí de jugar tablas, escaques et otros juegos buenos de buenas maneras, et pagándose de omes cantadores, et sabiéndolo él facer. Et otrosí pagándose de omes de corte, que sabían bien de trobar e cantar, et de joglares que supiesen bien tocar estrumentos, ca desto se pagaba él mucho, et entendía quien lo hacía bien y quien no».

Era Fernando un hombre de porte elegante, mesurado en el andar, gran conversador, sumamente ameno en los ratos de esparcimiento. Muy apuesto jinete, se lo veía diestro en los torneos de a caballo y en el arte de la caza. Jugaba con habilidad a las damas, el ajedrez y otros juegos de salón.

Gustaba particularmente de la buena música, al tiempo que sabía cantar con gracia. Parece que en su corte la música alcanzó un nivel semejante a la parisiense de su primo San Luis, que mereció tantas alabanzas en esa materia. Amigo de trovadores, se le atribuyen diversas canciones, especialmente una dedicada a la Santísima Virgen. Sin duda que dicho talento debió haber influido no poco en la educación que dio a su hijo Alfonso, quien no sólo dominó el castellano, sino también el gallego, idioma que por su melódica pronunciación reservó para sus *cantigas*, como se llamaban aquellas composiciones poéticas que podían ser cantadas.

Famosas son las *Cantigas de Nuestra Señora*, antología mariana recopilada por Alfonso, autor, quizás, de algunas de las que allí se contienen. Todo ello supone en Fernando una especial afición por las bellas artes, en todas sus formas. El naciente estilo gótico le debe en España sus mejores catedrales. Bien ha dicho el mismo Alfonso, refiriéndose a las cualidades de su padre, que «todas estas virtudes, et gracias, et bondades puso Dios en el Rey Fernando».

A género superior de elegancia pertenece lo que, como de paso, nos cuenta también su hijo: cuando Fernando iba a caballo con su séquito, por los caminos de España, y se topaba con gente de a pie, se hacía a un lado para que el polvo no molestara a los caminantes. Esta escena tan delicada resulta deliciosa como soporte cultural humano de un guerrero tan destacado.

### 4. Su colaboración con la Iglesia

San Fernando fue un rey santo, al estilo de los reyes medievales, que comprendían su realeza como un vicariato de Dios en favor de su pueblo, en «la unión más estrecha con la Iglesia». No es que se dejara manejar por los prelados en las cosas que correspondían a su jurisdicción, donde se mostraba señorialmente independiente. Pero dado que los suyos eran al mismo tiempo súbditos de él y de la Iglesia, veía la necesidad de unir su cetro al báculo episcopal, su espada a la cruz de Cristo, soporte espiritual de su gestión en el orden temporal. Aconsejándole algunos de los suyos, durante el sitio de Sevilla, que se valiese de una parte de las rentas eclesiásticas, pues se hallaba tan falto de dinero, la necesidad era tan grande y la causa tan justa, respondió así: «De los

eclesiásticos sólo quiero las oraciones, éstas las pediré y solicitaré siempre, porque a sus santos sacrificios y ruegos les debemos la mayor parte de nuestras conquistas».

Apoyóse, sobre todo, en las recién nacidas Órdenes Mendicantes de modo que, como dice Ribadeneira, «cuando ellos con sus sagradas compañías de religiosos destruían con la palabra las herejías, Fernando con los escuadrones de sus soldados desterrase de España con las armas el Alcorán y dilatase los términos de la fe». De ahí la decidida protección que otorgó a dichas Órdenes. Por eso hizo edificar numerosos conventos y monasterios de religiosos, en el convencimiento de que los templos eran los alcázares de su reino, las órdenes religiosas sus muros, y los coros de los religiosos los escuadrones, en cuyas oraciones confiaba más que en sus armas, porque cantando alabanzas a Dios merecían para su ejército las victorias. Fue la misma idea la que lo llevó a emprender la construcción de las más espléndidas catedrales de España, como las de Burgos y Toledo, y quizás también la de León, que se comenzó bajo su reinado. No se fabricaba iglesia en que no quisiese él tener parte. Sentía un respeto muy especial por los templos y se mostraba celosísimo de su carácter sagrado, procurando desagrarlos cuando recibían injurias de parte de los moros.

### 5. Su vida interior

Fernando no sólo mostró la solidez de sus virtudes en su actuación exterior. Latía en su interior, como es lógico, una intensa «vida espiritual», fuente de aquellas manifestaciones. Era, verdaderamente, un hombre de oración. Cuando se veía enfrentado con alguna grave necesidad, pasaba noches enteras en la presencia de Dios, rogando por su pueblo e implorando la benevolencia divina. Recordemos aquella anécdota de su vida a que nos referimos anteriormente, cuando encontrándose retenido en Toledo por una enfermedad, velaba de noche orando por los suyos. A los que le pedían que se tomase un descanso replicó: «Si yo no velo, ¿cómo podréis vosotros dormir tranquilos?».

Los cronistas nos cuentan que luego de comulgar, tenía la costumbre de cerrar los ojos. Un día su madre le preguntó por qué lo hacía: «Sé que Jesucristo está dentro de mí –le respondió–, y para hablarle cierro los ojos y le digo que Él es mi Rey y Señor, y yo su caballero, y que quiero sufrir grandes trabajos por Él en la reconquista española contra los moros, y que su Madre gloriosa es mi Señora». Acertado estuvo su hijo Alfonso al decir: «En conocer a Dios nunca rey mejor le conoció que él».

Asimismo fue admirable su devoción por la Santísima Virgen. La amaba más que si hubiera sido su propio hijo carnal, acudiendo a ella con mayor confianza que a su propia madre terrena. Si cada caballero tiene que tener su propia dama, María fue para Fernando la Dama de sus sueños. Era la consejera de sus empresas, la compañera de sus jornadas, la razón de sus conquistas. Ella estaba en el principio y en el fin de sus batallas, ya que no sólo las empezaba en nombre de Dios, sino también de Nuestra Señora, y sus victorias eran como un triunfo de María.

Solía llevar siempre consigo dos imágenes suyas. La primera era la Virgen de los Reyes, regalo exquisito de su primo San Luis; no en vano exhibe en el pie derecho una flor de lis. A esa imagen, que proclamó patrona de su ejército, le tuvo don Fernando especial devoción. Con ella se entretenía en oración las horas que le dejaban libre sus obligaciones de rey. Durante el asedio de Sevi-

lla, le hizo erigir una capilla estable en su campamento, y renunciando a entrar primero en dicha ciudad, luego de su victoria en el campo de las armas, le cedió el honor de presidir el cortejo triunfal. Antes de morir, mandó que depusiesen su cuerpo donde ella se encontrase. La otra imagen por él amada es la que gustaba llamar la Virgen de las Batallas, una preciosa talla de marfil, que llevaba consigo en los combates, colgada por un anillo del arzón de la montura del caballo, para contar con su protección en la lucha contra los enemigos de su Hijo. La Virgen de los Reyes era para el campamento, y la Virgen de las Batallas para el combate. La de los Reyes preside hoy el altar de la Capilla Real, en la catedral de Sevilla; a sus pies se conservan los restos del Santo. La de los Combates se encuentra en el pequeño museo ubicado junto a dicha Capilla.

### V. Muerte y glorificación

Hemos dicho que luego de conquistar Sevilla, y cuando estaba proyectando dirigirse al África, como quien prosigue el ímpetu de su Cruzada en dirección a Tierra Santa, reconquistando en su transcurso zonas antiguamente cristianas y ocupadas por el enemigo de la cruz, Fernando se sintió seriamente indispuesto. En una de las crónicas de la época leemos:

«El católico e muy piadoso Fernando era viejo, de larga edad e apeliado con enfermedad de hidropesía, que había por el trabajo de las batallas, que siempre fisiera, por el trabajo de los muy malos moros... E el señor JesuCristo, por quien tantas pasiones había sufrido, quería librar a su caballero e vicario, de los peligros de este mundo, e darle reino para siempre durable entre los gloriosos mártires e reyes, que legítima e fielmente habían peleado por amor de la fe, e de su nombre, con los muy malos moros, e recibirle en el palacio del cielo, dándole corona de oro que mereció haber por siempre».

Tenía entonces cincuenta años, pero su cuerpo estaba desgastado por tantas preocupaciones y combates. Llevaba reinando treintaycinco años en Castilla y veintidós en León, de los cuales casi treinta en campaña. Ahora se sentía muy mal, entendiéndolo «que era cumplido el tiempo de la su vida, et que era llegada la hora en que había de finir». Le trajeron el Santo Viático, y cuando oyó el sonido de la campanilla, «fizo una muy grande maravillosa cosa de grande humildat»: bajó del lecho, se puso de rodillas, y tomando en sus manos un crucifijo, lo besó repetidas veces; luego, recorriendo los pasos de la pasión de Cristo, encareció la misericordia y piedad de su Señor, y se acusó de su mala correspondencia y grandes culpas, tras lo cual confesó su fe y recibió el santo sacramento. Luego hizo que retirasen de su cámara todas las insignias reales, queriendo significar con ello que delante de Jesucristo no hay otro rey, o que en la muerte todos son iguales, los reyes y los vasallos, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, pues todos mueren desnudos como nacieron.

Después de haber dado gracias el Señor porque lo había visitado en el sacramento, llamó a la reina doña Juana y a sus hijos, y se despidió con cariño de cada uno de ellos. Particularmente se dirigió al príncipe heredero, para exhortarlo a cumplir sus obligaciones, tanto las generales del reino como las particulares de su persona, el temor de Dios, la protección de su madre y de sus hermanos, la reverencia a los eclesiásticos, la estima de los nobles, el amparo de los desvalidos, la administración de la justicia, la misericordia con los pobres, el culto divino, la propagación de la fe, concluyendo sus consejos con estas palabras:

«Señor, te dejo de toda la tierra de mar acá, que ganaron los moros desde el rey don Rodrigo. Toda queda debajo de tu dominio, parte

conquistada y parte tributaria. Si la conservares en el estado en que te la dejo, serás tan buen rey como yo; si ganares más, serás mejor rey que yo; si la menoscabares, no serás tan buen rey como yo».

Rogó entonces que le pusieran una vela encendida en la mano, y levantando los ojos al cielo dijo: «Señor, dísteme reino, honra y poder sin merecimientos. Todo cuanto me diste te entrego, y te pido, al entregarte mi alma, que seas servido de usar con ella de tu divina misericordia». Luego se volvió a los circunstancias y humildemente les pidió que si a algunos de ellos los había agraviado en algo, le perdonasen. Mandó después a los sacerdotes que entonasen las letanías de los santos y el *Te Deum*, y al segundo verso de este himno, cerró apaciblemente sus ojos para siempre. Era el 30 de mayo de 1252. Cantos celestiales —cuenta la tradición— se oyeron en la noche sevillana, «mandando Dios a sus ángeles que fuesen los primeros cronistas de sus heroicas virtudes». Nos complace pensar que al escribir estas páginas estamos continuando dicho concierto.

Divulgóse la muerte del santo rey por todo el mundo, y tanto el Papa como los reyes y príncipes cristianos quedaron consternados. Incluso los infieles mostraron su dolor. Alhamar, rey de Granada, al enterarse de ello, mandó hacer en su reino grandes demostraciones de condolencia, y envió cien moros nobles, ricamente vestidos, para que con cirios blancos asistiesen a sus exequias.

El pueblo lo canonizó espontánea e inmediatamente, llamándolo *Fernando el Santo*; jurídicamente fue declarado tal en el siglo XVIII. La *Cantiga 292*, redactada por Alfonso X, tiene todo el aire de un glorioso canto final a la figura de su padre. Allí dice «cómo el rey don Fernando se apareció en visión al tesorero de Sevilla y al maestro Jorge para que le quitasen el anillo de su dedo y lo pusiesen en el dedo de la imagen de Santa María». Ensalza también su devoción a la Virgen, cuya imagen llevaba siempre consigo, recordando con cuánta piedad la entronizaba en las mezquitas de todas las ciudades que conquistaba a los moros. Ninguno de los elogios que le tributó su hijo sea quizás tan elocuente como éste: «No conoció el vicio ni el ocio».

Justamente descansaba ahora aquel que siempre había trotado y galopado al servicio de su Rey eterno y de su tierra natal, siempre en campaña con las armas en la mano, singularmente favorecido por Dios, en quien había puesto su confianza, mucho más que en sus mesnadas.

Señala Ribadeneira un dato curioso de la historia política y de la historia de la Cristiandad. El mismo Dios que hizo santo a San Luis, rey de Francia, lo hizo santo a Fernando, su primo. ¡Pero cuán diversos caminos los condujo a la santidad y los llevó a la gloria! A San Luis, por el camino de los infortunios humanos, y a San Fernando por el camino de las venturas. San Fernando no entabló batalla que no venciese, ni sitió fortaleza que no tomase, ni acometió reino que no conquistase. San Luis, al contrario, fue reiteradamente derrotado por sus enemigos, debiendo retirarse de las ciudades que había ocupado, y desistir de las conquistas iniciadas. San Luis padeció en sus ejércitos hambre y peste, a tal punto que esta última lo hirió al mismo rey; San Fernando, en cambio, durante los treinta y cinco años de su reinado, sólo conoció la prosperidad en sus ejércitos y en su reino, que no padecieron hambre, ni peste, ni otros males, sino grande abundancia y bienestar.

«No digo cuál es mayor camino para conseguir la santidad; pero digo que es más dificultoso conservar la santidad entre las prosperidades, que entre los trabajos; y el mismo conservar y aumentar la santidad entre las prosperidades, es señal de grande y extraordina-

ria perfección». Cita acá el docto jesuita un dicho de San Agustín: «Propio es de una gran virtud luchar con la felicidad, y gran felicidad no ser vencido de la felicidad». Y también: «Ninguna infelicidad quebranta al que ninguna felicidad corrompe». Lo que así comenta: «Con que esta batalla y esta victoria tuvo más nuestro santo rey, que luchando continuamente con sus felicidades nunca fue vencido de ellas, antes venció a sus mismas victorias y triunfó de sus mismos triunfos. Quiso Dios en estos dos reyes mostrar que es señor de las prosperidades y de las desgracias, y que no hay camino por donde no puedan ir los hombres a la gloria, si su gracia los lleva de la mano, como llevaba a Fernando, dándole felicidades para que las pisase, dándole triunfos para que no se desvaneciese con ellos, y dándole coronas para que las pusiese primero a los pies de Cristo, que en su cabeza. ¡Oh santísimo y felicísimo Fernando, muchas veces feliz y muchas veces santo! Feliz, porque no perdiste entre las felicidades la santidad, y santo, porque sujetase con la santidad la felicidad».

No podemos menos que coincidir con lo que sigue diciendo Ribadeneira cuando considera a Fernando el príncipe más cabal que hayan conocido los siglos, si consideramos la rara y poco frecuente unión de tantas cualidades naturales y sobrenaturales, porque algunos príncipes fueron valerosos pero no santos, otros santos pero no afortunados, algunos sabios pero no guerreros, otros fuertes en la milicia pero sin el adorno de las letras, no pocos en lo natural perfectos y en lo sobrenatural viciosos. Fernando fue en lo natural un hombre varonil y de gran belleza física, animoso, afable, cortés, culto, magnánimo y liberal. Y a ello se sumó una elevada santidad, «porque no le faltó ninguna virtud de las que se desean en un rey y en un santo, las cuales son más admirables por ser en un santo rey».

Se santificó, por cierto, a través del *buen gobierno*, pero sobre todo a través del *buen combate*, de la milicia. Enfermo ya de muerte, se declaraba a sí mismo caballero de Cristo, siervo de Santa María, alférez de Santiago. Cuando todavía corría con sus huestes por los campos de Andalucía, el papa Gregorio IX, declarándose enterado del «celo y fervor de devoción que abraza a nuestro carísimo hijo el ilustre rey de Castilla y León», en carta a los obispos de Toledo, Burgos y Osma, le llamó *atleta de Cristo*.

Bien ha escrito Ribadeneira, que «rara vez se ve la devoción armada de acero, y la oración marchar al son de las trompetas y cajas; mas Fernando, de las campañas hacía oratorio, y entre el ruido de las armas se oían sus clamores en el cielo».

Por eso, reiterémoslo, nuestro santo rey es uno de esos raros modelos humanos que conjugan en tan alto grado la prudencia del gobernante, el heroísmo del guerrero, y la entrega generosa del santo, uno de los injertos más felices, por así decirlo, de los dones y virtudes sobrenaturales en las cualidades y virtudes humanas.

Los restos de Fernando descansan en la catedral de Sevilla. Sobre su tumba se grabó un epitafio, por mandato de su hijo, don Alfonso, escrito en lengua latina, hebrea y castellana:

«Aquí yace el Rey muy honrado Don Fernando, señor de Castiella e de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia e de Jaén, el que conquistó toda España, el más leal, e el más verdadero, e el más franco, e el más esforzado, e el más apuesto, e el más granado, e el más sofrido, e el más omildoso, e el que más temie a Dios, e el que más le facía servicio, e el que quebrantó e destruyó a todos sus enemigos, e el que alzó y onró a todos sus amigos, e conquistó la Cíbdad de Sevilla, que es cabeza de toda España, e passó hi en el postrimero día de Mayo, en la era de mil e CC et noventa años».

La actual catedral de Sevilla no es la que el rey Fernando conoció en vida. Aquélla se encontraba en el interior de la mezquita mora, al igual que en Córdoba. Pero como a comienzos del siglo XV todo el edificio, catedral y

mezquita, amenazaba con derrumbarse, un canónigo propuso: «Hagamos una iglesia tal que los que la vieren labrada nos tengan por locos». Dicha iglesia se comenzó en 1402, y en 1506 se dio por terminada.

En 1526, se hizo presente en Sevilla el emperador Carlos V de Alemania y I de España, que fue allí para casarse con Isabel de Portugal. Tras visitar las dependencias, dispuso la construcción de una Capilla Real, en lugar aparte pero dentro del templo catedralicio, con el fin de que cobijara los restos de su venerado antecesor San Fernando. Hasta entonces, éstos se encontraban, al parecer, en un salón alto, sobre el Patio de los Naranjos, vecino a la antigua mezquita mora que, como dijimos, por peligro de derrumbe había sido demolida, a diferencia de la de Córdoba, hoy subsistente.

El 14 de junio de 1579, Felipe II ordenó que se celebrase el traslado de los restos de Fernando a la Capilla Real, ya terminada. Llevaron allí el cuerpo incorrupto del Santo, así como los restos de su mujer, Beatriz de Suabia, los de Alfonso X el Sabio, juntamente con la imagen de la Virgen de los Reyes, las reliquias de San Leandro, la pequeña imagen de marfil de la Virgen de las Batallas, el estandarte de Fernando, su victoriosa espada, y las llaves que le entregó el rey moro Alxataf. En esa capilla tuvimos el honor de celebrar varias veces el Santo Sacrificio de la Misa, a los pies de la Virgen de los Reyes, y muy junto al sepulcro del Santo.

Con frecuencia se ha representado a San Fernando con la espada en la mano derecha y el globo del mundo en la izquierda. En la época del Santo, la espada era considerada como el arma ilustre por excelencia. Sobre ella los nobles prestaban juramento de fidelidad y con ella eran armados caballeros. En su pomo solían introducir reliquias de santos; de ahí la costumbre de besarla antes de la batalla. Algunas espadas han pasado a la celebridad junto a los afamados guerreros que las blandieron: la Tizona y la Colada del Cid Campeador, la Joyeuse de Carlomagno, la Scalebor del rey Arturo, la Durindana de Roldán.

Sevilla conserva en su catedral, como hemos dicho, la espada legendaria e invicta de Fernando III. Todos los años, el 23 de noviembre, día en que el glorioso rey entró en Sevilla, es solemnemente paseada por las naves del templo catedralicio. En cuanto al globo del mundo, que la imagen del Santo lleva en la mano izquierda, podemos ver allí insinuada, si bien de manera profética, la conquista del Nuevo Mundo, ya que América estaba en la página de atrás de la conquista de Sevilla. Por eso no resulta peregrino considerarnos, con pleno derecho, hijos de San Fernando III, rey de Castilla.

### Obras Consultadas

**Pedro de Ribadeneira**, *La Leyenda Áurea*, 30 de mayo, San Fernando.

**Celso García**, *Fernando III el Santo*, Araluce, Barcelona 1948.

**Carlos Ros**, *Fernando III el Santo*, Anel, Granada 1990.

### A San Fernando

*Berenguela cubría de recatos  
una cuna con bríos imperiales.  
Y llegaban al hijo sus relatos  
como sones pujantes de arrebatos  
del torreón de los campos celestiales.*

*Viene el alba por Burgos, en Las Huelgas  
ciñe acero, loriga, limpio brial.  
España es un olor de madre selvas  
cautivo entre los moros y las sierras  
que espera al Caballero del Grial.*

*Ya le llega de frente, entre pendones,  
va en su escolta quien dicen es Santiago,  
o el Estado Mayor de las razones  
con que amar a la patria en los hondones  
aunque duela el amor dolor aciago.*

*Las campanas regresan a su oficio.  
Las cruces se levantan en Jaén.  
Sevilla es un católico epinicio,  
y a su paso la Fe, como el indicio  
de un alcázar o muro o terraplén.*

*A los pobres del reyno tu desvelo,  
el Fuero Juzgo a todos, las Partidas,  
al infiel la Cruzada y el anhelo  
de servir de sostén y de consuelo  
en la noche del llanto y las heridas.*

*Que otra vez del arzón de tu montura  
penda la Virgen de las Mil Batallas,  
que una cantiga por cabalgadura  
nos ponga en marcha fatigosa y dura  
cargados de esperanzas y de agallas.*

*Porque el siglo da reyes sin alteza,  
da pastores sin sangre ni certeza  
de la cruz luminosa del martirio.  
Acaso pueda entonces tu entereza  
purificar el barro como el lirio.*

**Antonio Caponnetto**

4

### Santa Catalina de Siena

Con temor y temblor nos aprestamos a esbozar la semblanza de esta Santa, tan encantadora como apabullante, de esta «*alegra e festosa vergine*», según garbosamente la denominó uno de sus contemporáneos. No son demasiado numerosas sus biografías. La principal se la debemos a fray Raimundo de Capua, una de las glorias de la Orden de Santo Domingo, «el padre de su alma», confidente y director espiritual suyo durante los seis últimos años de su vida. El libro que le dedicó se llama «*Leyenda de Santa Catalina*». La palabra «leyenda» no debe entenderse en el sentido que hoy le damos. –Leyenda, *legenda*, en latín– significa «lo que hay que leer sobre Catalina», como se llama «leyenda» el texto que figura al pie de un grabado.

Nació Catalina en Siena el 25 de marzo de 1347, en la casa de su padre, el tintorero Giacomo Benincasa. Su madre, Lapa di Puccio del Piagenti, era familiarmente llamada *Monna Lapa*. Como Catalina fue la vigésimo-cuarta y última hija de dicho matrimonio, doña Lapa la crió por sí misma, cosa que no tuvo tiempo de hacer con los demás hijos, dada la frecuencia de los partos. Era Catalina una niña vivaz y simpática, tan graciosa, que la llamaban *Eufrosina*, que es el nombre de una de las *Gracias* veneradas por los griegos. Todos los vecinos la querían.

Poco sabemos de los primeros años de su vida. Nos cuenta su biógrafo que a los cinco o seis años tuvo una visión: encima de la iglesia de Santo Domingo, Cristo se le mostró en ornamentos pontificales, bendiciéndola en silencio, a la manera de un Obispo en su catedral. Tal fue su «visión inaugural», el preanuncio de una vocación especial en la Iglesia. Hizo entonces voto de virginidad, recluyéndose en la soledad y mortificando su cuerpo. Su madre no quería saber nada de este género de vida, de modo que cuando llegó a la adolescencia, no vaciló en buscarle un joven de excelente familia. En connivencia con *Monna Lapa*, su hermana trató de convencerla de que tenía que arreglarse un poco más, cuidar mejor su modo de vestir, etc. Catalina no se opuso, al punto de que un aire de mundanidad entibió su primera decisión. Pero ello duró poco.

La muerte de una de sus hermanas casadas, a raíz de un parto, la volvió a su proyecto inicial. Como signo de dicho propósito, se cortó sus cabellos rubios. Molestóse sobremanera la familia Benincasa, sobre todo su madre. Resolvieron que ya no tendría un cuarto propio ni la ayudaría la empleada de la casa, por lo que pasó a ser una especie de sirvienta. La tratarían con dureza, hasta que cabiase de opinión. Para soportar esta prueba, Catalina se figuró que vivía en la casa de Nazaret, y que sus padres representaban a María y a José. Con este espíritu subía y bajaba la escalera, preparaba las comidas, lavaba la ropa, haciendo de su cuarto, de cinco metros de largo por tres de ancho, una especie de celda personal. Durante el día, un banco le servía de mesa, y por la noche se tendía sobre él, con un leño como almohada. Se mortificaba asimismo en las comidas. No quiere decir esto que la vida espiritual transcurriera serena. Las tentaciones del demonio arreciaban.

A la sazón, había en Siena varias Órdenes Religiosas. Ella prefería decididamente a la Orden de Santo Domingo. En 1363, aproximadamente, ingresó en las Terciarias Dominicas. La gente las llamaba *Mantellate*, por el manto negro que llevaban sobre el hábito blanco. No era ello algo insólito, ya que en la Edad Media, contrariamente a lo que se piensa, la variedad de los trajes y colores era mucho mayor que la de hoy. Las terciarias vivían, según reglas propias, bajo una superiora y un director espiritual, pero sin abandonar la casa familiar. Una vez más, sus padres se opusieron. Ella les dijo que «les sería más fácil derretir una piedra que hacerla vacilar en su propósito».

Se entregó, pues, a la vida retirada, en el trabajo doméstico, en el servicio a los enfermos y a los pobres, así como también al apostolado. El ambiente de Siena era muy aldeano. La manera de comportarse de Catalina no dejaba de resultar llamativa. En los corrillos de barrio se cuchicheaba: ¡qué rara, qué extraña la hija del tintorero! Pero por otro lado su figura comenzó a llamar la atención en sentido positivo, a tal punto que algunas damas de la nobleza e incluso sacerdotes empezaron a visitarla. Al margen de ello, Catalina seguía progresando espiri-

tualmente. Se sabe cómo en aquellas épocas y hasta no hace mucho, era rara la comunión frecuente, sólo reservada a las almas más perfectas.

Ella acudía habitualmente a la iglesia vecina de Santo Domingo para asistir a la Santa Misa. Día a día se intensificaba su «hambre de Cristo». En cierta ocasión, cuando el sacerdote dijo: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa...», ella, haciendo eco a aquellas palabras, repitió para sus adentros, mientras fijaba sus ojos en la Hostia: «Realmente, no soy digna». Entonces escuchó que Cristo le decía: «Pero yo sí soy digno de que entres en mí», al mismo tiempo que sentía que una hostia estaba sobre sus labios. Esto se repitió en distintas ocasiones. Algunas personas atestiguarían que vieron que la hostia iba por sí sola a la boca de Catalina; atravesando el espacio, buscaba sus labios, «como la abeja busca la flor», al decir de Johannes Jörgensen, el gran biógrafo de la Santa.

Su vida oculta, de incesante crecimiento espiritual, culminó al cumplir los veinte años, donde celebró sus bodas con Cristo. Fue en 1367, cuando el Señor se le apareció y le dijo que porque había despreciado las vanidades del siglo, venía a desposarla. La Santísima Virgen la tomó de la mano y la presentó a su divino Hijo, quien le puso un anillo en el dedo mientras le decía: «Yo, tu Creador y Salvador, te desposo conmigo en la fe». Son las mismas palabras con que en el Antiguo Testamento Dios quiso mostrar su designio de unirse esponsalmente con su pueblo elegido (cf. Os 2, 20). Luego agregó: «Conserva intacta esta fe, seme fiel hasta que vengas al cielo a celebrar conmigo las bodas eternas».

Comienza así el período místico de su vida espiritual. Catalina gustaba repetir con frecuencia las palabras del Salmista: «Crea en mí, Señor, un corazón puro» (Ps 50, 12), suplicándole que le quitase su propio corazón y le diese el suyo en cambio. Al año siguiente de su desposorio con Cristo, sintió que el Señor se le hacía presente, le tomaba su corazón y lo llevaba consigo. Durante dos días le pareció como que vivía sin corazón, hasta que el tercero, luego de oír la misa en la *Cappella delle Volte*, una de las capillas de la iglesia de Santo Domingo, contempló al Señor delante de ella, teniendo en sus manos un corazón rojo y resplandeciente. Acercándose a la Santa, le abrió el pecho y le dijo: «Hija mía, el otro día te quité tu corazón, hoy te doy el mío a cambio». ¡Un verdadero trasplante de corazón! Desde entonces ya no decía como antes: «Señor, te doy mi corazón» sino: «Dios mío, te doy tu corazón», porque advertía que la voluntad y los afectos de su divino Esposo le habían sido dados en lugar de su voluntad y sus afectos humanos. Al recibir la comunión, los que estaban cerca de ella escuchaban las palpitations gozosas del Corazón de Jesús, escondido en el costado de su esposa virgen.

Cuando se entra en la iglesia de Santo Domingo, se ve aún la puerta que da acceso a la capilla donde sucedió todo esto. Allí se lee esta inscripción: «Catalina subía estas escaleras para venir a rezar a Cristo, su Esposo». Es la capilla en que las *Mantellate* tenían cada día sus encuentros de oración. Fue allí donde Catalina había recibido, cuando tenía 16 años, el hábito de las terciarias dominicas. En adelante no se separaría más de Jesús, viviendo permanentemente a su lado. A veces esa compañía se hacía visible, como en aquel día dichoso en que, leyendo su breviario y paseándose por la capilla, se dio cuenta de que había alguien junto a ella. Era Jesús, en persona. Como dos sacerdotes que rezan juntos el Oficio Divino, ambos caminaban, una al lado del otro, sobre el piso de ladrillo de la capilla. Al final de cada



salmo, cuando se debía decir «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo», Catalina modificaba las palabras, e inclinándose profundamente hacia Jesús, decía conmovida: «Gloria al Padre, a ti y al Espíritu Santo...».

Se ha sostenido que en su breve vida de 33 años Catalina vivió sucesivamente las tres etapas clásicas de la vida espiritual. De los 6 a los 16 años, la vía purgativa. En el umbral de dicha vía encontramos las vicisitudes de las tentaciones y la ulterior temporada de tibieza y de cierta mundanidad. A raíz de la muerte de su hermana llegó el momento de la «conversión», cultivando desde entonces una devoción muy particular por María Magdalena, «pecadora» como ella. Tras cortar su hermosa cabellera, se lanzó a una vida de abstinencia y mortificación. La segunda etapa, la de la vía iluminativa, comienza con su ingreso en la Tercera Orden de Santo Domingo. Es la época de solidificación de las virtudes. La tercera, la de la vía unitiva, desde los 21 años en adelante, se inaugura con su desposorio místico y culmina en su santa muerte. Trátase de una división quizás demasiado convencional, pero que en algo puede contribuir a una mejor inteligencia de su proceso espiritual.

Volvamos a sus desposorios místicos. El Esposo divino no quería reservarla tan sólo para sí. Le encomendó también una misión apostólica. Los doce años que completaron el resto de su breve vida serían empleados en el bien de las almas y de la Iglesia universal. Así se lo dijo el Señor:

«Mira, hija mía, los trigos se doblan sobre las colinas y la cosecha es grande, la salvación de muchos exige tu vuelta; ya no llevarás más el género de vida que has llevado hasta aquí; no volverás a encerrarte en una celda incluso por la salvación de las almas; tendrás que dejar tu ciudad natal y viajar de ciudad en ciudad según yo te lo ordene, pero yo estaré siempre contigo. Vivirás entre las multitudes llevando el honor de mi nombre ante los pequeños y los grandes... Te presentarás a los Pontífices, a los que gobiernan la Iglesia y al pueblo cristiano, pues quiero, según mi costumbre, confundir con el débil el orgullo de los fuertes».

Bien observa Raimundo de Capua que el mismo Cristo que antes se le aparecía en su celda, se presenta ahora a su puerta y le suplica que la abra, no para que Él entre, sino para que ella salga. El amor de caridad, le explicó, es bipolar, abarca a Dios y a los hombres; habría de hacer el camino con los dos pies, volar con las dos alas. Ella sólo atinó a decir: «He aquí la esclava del Señor». Su estado de terciaria dominica le permitía llevar la vida activa que el Señor le encomendaba, abrevándose en el espíritu contemplativo de la gloriosa Orden que tanto amaba.

A partir de entonces comenzó a crecer el círculo de sus allegados. En el grupo de sus amigos y discípulos había hombres y mujeres, intelectuales, artistas y aristócratas, hombres de pueblo y humanistas. Nombremos, entre otros, a personas tan distintas como Neri di Landoccio, poeta agraciado, y Francesco di Messer Vanni, calavera convertido. El humor italiano, siempre ocurrente, forjaría para ellos el nombre de «*catrinati*». Los miembros de esta «*bella brigata*» comenzaron a llamarla «*mamma*». Cuando le escribían le decían «*dolcissima mamma*». Ella tenía plena conciencia de su maternidad. «Me pides que te reciba por hijo mío –le escribe a Neri di Landoccio–. Soy, en verdad, indigna de ello ya que no soy sino una pobre miserable, pero te recibo y te recibo con un tierno amor. Me comprometo ante Dios a responder de todas las faltas que has cometido o que cometerás». En cierta ocasión, la madre de uno de sus seguidores estaba impaciente por la larga ausencia de su hijo. Catalina le mandó una esquela: «Tú, madre, le diste a luz una vez, y yo quiero darle a luz a él, a ti, y a toda la familia, por las lágrimas y el sudor, por la incesante oración y el deseo de tu salvación».

Entendió su vida como una ininterrumpida gestación de almas. «Hasta la muerte quiero continuar con lágrimas poniendo discípulos en el mundo», decía. A todos los llamaba sus hijos, sus hijas. Solamente cuando eran sacerdotes, los llamaba primero «padre mío», por respeto al sacramento del Orden, «pero te llamaré también hijo mío –le escribe a uno de ellos– porque te doy la vida por continuas oraciones y por mis deseos en la presencia de Dios, como una madre engendra a sus hijos». No

de otra manera se las hubo con fray Raimundo de Capua, su confesor y director espiritual, y que luego sería Maestro General de la Orden de Santo Domingo. Le llamaba en sus cartas «padre e hijo queridísimo en Jesucristo». Era padre cuando veía en él al confesor y director espiritual, pero cuando consideraba al discípulo atento a recoger sus lecciones de vida espiritual lo llamaba con ternura «hijo mío». Y Raimundo sólo se dirigía a ella llamándola madre. Este claro sentido de maternidad, que nació en el corazón de Catalina, señala el tránsito de la vida de pura contemplación a la vida mixta, activa y contemplativa a la vez.

A partir del año 1371 su influjo comenzó a extenderse por doquier, llegando hasta los Papas y los gobernantes de diversas ciudades o naciones. Desde entonces veremos a la virgen sienesa caminando por los caminos desolados de la Italia trágica y de la Francia enlutada de aquellos tiempos, con los ojos puestos en la salvación de las almas y de los pueblos.

El 1º de abril de 1357 ocurrió un hecho capital: Catalina recibió los estigmas de Cristo. Fue pocos días después de llegar a Pisa. Fray Raimundo estaba celebrando la Santa Misa. Luego de comulgar, Catalina se puso de rodillas y extendiendo sus brazos en forma de cruz, entró en trance y se desplomó. Al retornar en sí, le dijo a Raimundo en voz baja: «Sabed, padre mío, que por misericordia de nuestro Señor Jesucristo llevo sus llagas en mi cuerpo». Le explicó cómo había visto a Cristo crucificado; desde sus llagas, cinco rayos de sangre se habían dirigido hacia sus manos, pies y costado. Ella le suplicó al Señor que esas llagas no apareciesen visiblemente en su cuerpo. Dichas llagas compensarían las llagas de la Iglesia y de la Cristiandad. Tantos pecados pedían sangre y más sangre. Más adelante veremos cómo la palabra «sangre» aparecerá con llamativa frecuencia en su epistolario, la suya unida a la de Cristo, para la redención del mundo.

Catalina seguía recorriendo ciudades, Florencia, Lucca... Luego de insistentes gestiones suyas, la Corte pontificia dejó por fin Aviñón, y el Papa se instaló de nuevo en Roma. Sin embargo las cosas no se quietaron, al punto que se produjo un Cisma en la Iglesia, con la aparición de un antipapa. Ella, espiritualmente desgarrada y en grave estado de salud, llegó a Roma en 1378, con veinticinco de sus discípulos. Los éxtasis se hicieron más frecuentes. Les pidió entonces a los jóvenes que la rodeaban que estuviesen junto a ella durante dichos trances y transcribieran lo que iba diciendo.

Así, a lo largo de cinco días, mientras contemplaba misterios inefables, fue dictando lo que luego sería todo un volumen, una de las obras más divinas que han salido de manos humanas, el libro del *Diálogo*, donde se transcriben sus coloquios con Dios, y las respuestas que Dios iba dando a sus preguntas. Allí se contienen las enseñanzas que ella recibió a lo largo de toda su vida, por caminos ordinarios o extraordinarios.

Ulteriormente sus discípulos recopilarían su correspondencia, unas 400 cartas que dirigiera a Papas, cardenales, príncipes, ciudades, nobles y gente del pueblo, uno de los documentos más singulares de un alma y de una época. De Catalina nos han quedado también unas 30 oraciones, llamadas *Elevaciones*, tomadas al vuelo por sus secretarios cuando ella, arrebatada, oraba en voz alta.

Llegamos al año 1380. Catalina se sentía exhausta. Sin embargo, sobreponiéndose a sí misma, acudía diariamente a la basílica de San Pedro. En una de esas ocasiones,

estando allí arrodillada, extática, se sintió como aplastada por el peso de la nave de la Iglesia, que Dios permitió gravitarse sobre sus pobres hombros de mujer. Poco después ofreció su vida por la Iglesia, y encomendando su espíritu al Padre, falleció. Era el 29 de abril de aquel año.

Tras este pantallazo histórico, adentrémonos en su ideal espiritual.

## I. «Tú eres la que no eres»

Impresiona ver a esta mujer tan llena de bríos, que por una parte no teme dirigirse a los Papas y príncipes con noble altivez, y por otra se muestra profundamente convencida de su nada frente a Dios y sus representantes. Dicha tesitura se vuelve ininteligible si no se tiene en cuenta las raíces de su espiritualidad.

### 1. El misterio de la creación

Porque Catalina se considera a sí misma sólo desde el prisma de Dios. De ahí su atención prevalente al misterio de la Santísima Trinidad. Podríase decir que toda su vida se polarizó en la contemplación amorosa de dicho misterio. Cualquiera fuese el asunto que cayese en el área de sus meditaciones: la Pasión de Cristo, los privilegios de María, las desventuras de la Iglesia, todo lo miraba a la luz de aquel misterio. Por lo demás, de las páginas que dejó escritas, las más inspiradas son las que a él se vinculan.

Si bien a veces se refiere a la Trinidad en sí misma, por lo general gusta verla en relación con el hombre por Ella creado. El hombre, escribe, fue hecho a su imagen y semejanza, a fin de que por las tres potencias que posee en su alma única, llevara el sello de la Trinidad y de la Unidad de Dios. ¿Qué novedad hay en esto?, se preguntará alguno. Ninguna, por cierto. El catecismo nos enseña lo mismo, los teólogos tratan de expresarlo de una manera más adecuada. Pero el que una joven se complazca en hablar de ello en sus cartas, que lo use de alimento para su vida espiritual, que lo presente una y mil veces de manera apasionada pero siempre bajo la ortodoxia más estricta, no deja de resultar admirable. Máxime que sus decires llevan el sello de su espontaneidad y de su gracia. Aún hoy la lectura de esas referencias trinitarias nos conmueve, nos emociona; brotando de su llama interior, aparecen revestidas de esplendor y de belleza.

Catalina destaca la iniciativa de Dios en la creación. «Yo te amé sin ser amado». Nadie pudo pedirle que lo crease, que lo amase. La Santa pone estas palabras en labios de Dios: «Mirándome a mí mismo, me enamoré de mi criatura... y me plugu crearla». Creación asombrosa ésta, donde el Creador quiso dejar su impronta en la criatura. Como nos decía más arriba la Santa, Dios, en cuanto Trino, se refleja en las tres facultades del hombre, y en cuanto Uno, en su unidad. Por estas tres facultades no sólo el hombre se le asemeja, sino que además se une a Él. Por la memoria, se asemeja y se une al Padre, a quien se le atribuye el Poder. Por la inteligencia, se asemeja y se une al Hijo, a quien se le atribuye la Sabiduría. Por la voluntad, se asemeja y se une al Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, a quien se le atribuye la Clemencia. Con frecuencia vuelve Catalina sobre este tema. Las tres potencias actúan una sobre la otra: la memoria despierta la inteligencia y ésta inclina a la voluntad, como si dijera: «Si tú quieres amar, yo voy a ofrecerte el bien que pueda ser objeto de tu amor». Lo que Dios quiere es que las tres potencias se reúnan en nombre suyo. Congregadas la memoria que recuerda, la inteligencia que ve, y la voluntad que ama, el alma ade-

lanta en la virtud porque Él está en medio de ellas, dice en el *Diálogo*.

Es el espejo de la Trinidad donde el hombre mejor se conoce. «Para mirarme en él lo tengo con la mano del amor», escribe la Santa. Imagen típicamente femenina, si bien exquisitamente sobrenaturalizada. ¡Catalina se mira en la Trinidad como en un espejo que sostiene con la mano del amor!

### 2. La nada original

Señala la Santa que la creación es un gesto que se continúa a lo largo de los siglos. Dios no nos creó y luego nos dejó abandonados. El amor que nos tiene es semejante al que nos tiene Cristo, quien al morir terminó con su pena pero no con el deseo de nuestra salvación, que mantiene para siempre en el cielo. En una de sus revelaciones, Dios le dijo a Catalina: «Si el afecto de mi caridad hubiera terminado y cesado para vosotros, entonces no existiríais. Pero mi amor os creó y mi amor os conserva». Esta idea halla siempre expresiones nuevas y vigorosas en los escritos de la Santa. Y junto con ella, o mejor, cual consecuencia de ella, la conciencia de nuestra nada. Lo único propio nuestro es la nada. Cuenta Raimundo de Capua que, en cierta ocasión, dialogando con el Señor, Catalina le preguntó: «¿Quién soy, Señor, quién soy? Y tú, Señor, ¿quién eres?». Hízose un silencio profundo en su habitación. La respuesta llegó lenta y solemne: «Hija mía, tú eres la que no eres y yo soy el que soy». En el *Diálogo*, el Señor es más explícito, si cabe: «Éste es el camino para llegar al perfecto conocimiento y a gustar de mí, vida eterna; que jamás te salgas del conocimiento de ti, y, una vez hundida en el valle de la humildad, me conozcas a mí en ti».

Tal es la primera razón de la humildad, sobre la cual Catalina edificaría su vida espiritual y sus designios apostólicos, nuestra condición de criaturas. Pero hay un segundo motivo, y es nuestra condición de pecadores, el envilecimiento en que hemos venido a parar por nuestros pecados. Como le dijo el Señor: «En la dignidad de su ser [el hombre] gusta mi inestimable bondad y la caridad increada con que yo le saqué de la nada. A la vista de su miseria, encuentra y gusta mi misericordia». Y también: «Yo soy el que soy, y ninguna cosa ha sido hecha sin mí, más que el pecado, que no es». Por eso, en carta a un pecador, le escribía Catalina que siendo el pecado nada, él se había reducido a la nada, porque en cierta manera se había quitado la vida, dándose la muerte de la culpa. El pecado es una especie de retorno a la nada primordial, una recaída en el no-ser, según dirá en otra de sus cartas: «La criatura se convierte en lo que ama. Si amo el pecado, que es nada, he aquí que me convierto en nada».

Como se ve, la humildad no es para Catalina una simple actitud afectada. Es el conocimiento fundamental, al que accede la inteligencia cuando considera la grandeza del Dios trino y uno. Por eso su oración es siempre tan respetuosa y humilde, penetrada de santo temor: «¡Oh Deidad! ¡Deidad! ¡Inefable Deidad! Tú eres la sabiduría soberana, yo una ignorante y miserable criatura. Tú eres la soberana y eterna Bondad. Yo soy la muerte y tú la vida; yo las tinieblas, tú la luz... Tú eres la belleza purísima y yo sólo soy una sórdida criatura. Por amor inefable me has sacado de ti mismo...». Tal era el sentimiento que la impregnaba. En cierta ocasión le oyeron decir luego de comulgar: «Soy la que no es; tú eres el que es. Comunícate a mí a fin de que pueda cantar tus alabanzas». Toda su vida sería, por cierto, un canto ininterrumpido de alabanza. Pero dicha alabanza brotó de la

conciencia de su nada.

Claro que el solo pensamiento de la propia miseria no deja de ser peligroso. Como le dice a un corresponsal, en una de sus cartas: «Yo quiero que veas tu noser, tu negligencia y tu ignorancia; pero no quiero que los veas con tinieblas de confusión, sino con la luz de la infinita bondad de Dios, que debes encontrar en ti mismo. El demonio no quiere más que esto, que tú llegaras sólo al conocimiento de tus miserias, sin más condimento. Pero el conocimiento propio ha de ir siempre sazonado con la esperanza en la misericordia de Dios».

Por otra parte, si ser humilde es anonadarse, o mejor, reconocer la nada original, ello no basta, ya que esa nada es mero vacío. Necesita llenarse de algo. O se llena con las cosas del mundo o se deja colmar por Dios. Quien pone su esperanza en las cosas finitas, vanas y transitorias, la pone en cosas que no son más que agua que corre incesantemente; «como ellas corre también el hombre, aunque a él le parezca que son las cosas creadas que ama las que fluyen, sin percatarse que es precisamente él quien corre incesantemente hacia el término de la muerte». La nada primordial, ahondada por el pecado, no se verá colmada, aunque el hombre posea el mundo entero. «No se puede saciar –le dice Dios, según se lee en el *Diálogo*–, porque ama cosas que son menos que él, ya que todas las cosas creadas han sido hechas por amor del hombre, para que le sirvan y no para que hagan de él su esclavo; el hombre me debe servir a mí, que soy su fin». En el fondo, le enseña el Señor, esos hombres empobrecen y matan su alma, son crueles consigo mismos, «le quitan la dignidad de lo infinito y le hacen finito; es decir, que su deseo, que debería estar unido a mí, que soy Bien infinito, lo une y lo pone, por afecto de amor, en la cosa finita».

La humildad es la condición de acceso a la vocación divina del hombre, la base de todas las virtudes. Sólo ella nos defiende de la gran tentación, la del orgullo. ¿Cómo el orgullo hubiera podido hallar cabida en el alma de Catalina, convencida de que no era sino nada? ¿Cómo hubiera podido sentirse orgullosa de sus obras, cuando se sabía pecadora? Esa idea no fue una idea puramente cerebral sino un sentimiento vivísimo, de carácter intuitivo, tan propio de la inteligencia de una mujer, que necesita plasmar las ideas en imágenes.

La misma Catalina, que no temió asomarse a su doble nada, la de su condición de creatura y la de su condición de pecadora, es la que desde ahora sólo se contentará con lo infinito. No en vano le había dicho el Señor: «Yo, que soy infinito, requiero obras infinitas, es decir, infinito afecto de amor. Pido que todas las obras, tanto las de la penitencia como los otros ejercicios corporales, sean empleadas a título de medios, y que no ocupen en el afecto el lugar principal. Si esto es lo que se ama por encima de todo, no se me ofrecen sino obras finitas». Por eso, a una persona tentada de pusilanimidad, la Santa le escribe: «Ésta es la condición del alma: porque su ser infinito, desea de un modo infinito, y no se sacia jamás si no es uniéndose con lo infinito. Levántese, pues, el corazón con toda su fuerza a amar al que ama sin ser amado».

## II. El primado de la verdad

Notable resulta, en los escritos de la Santa, su insistencia en el valor de la verdad. Ella misma se declararía discípula del Aquinate. En carta a fray Raimundo le dice: «Después que os fuisteis, he tomado lecciones, como durmiendo, con el glorioso evangelista Juan y con Tomás de Aquino». La doctrina tomista, con su aprecio de la verdad, no fue penetrando en ella por la lectura directa

del Doctor Angélico sino por la enseñanza oral de los padres dominicos a quienes frecuentó.

### 1. La inteligencia y la fe

Para la mayor parte de la gente, incluidos no pocos cristianos, la fe no es sino una palabra vaga y vaporosa. Para Catalina era el acto de confianza más entero, un acto personal, de persona a persona, por el cual su alma se abandonaba a Dios sin reservas. El mismo Cristo se lo había dado a entender así el día de sus desposorios místicos. El matrimonio de Catalina con el Esposo divino fue un matrimonio en la fe, la consagración de su abandono incondicional en manos del Amado.

Bien sabía ella que el acto de fe supone una previa catarsis, una superación de la luz natural, siempre brumosa y miope para las realidades sobrenaturales. En carta al papa Urbano VI le decía: «¿Quién conoce esta verdad? El alma que se ha quitado la nube del amor propio y tiene la pupila de la luz de la santísima fe en el ojo de su intelecto; con cuya luz, con el conocimiento de sí y de la bondad de Dios en sí, conoce esta verdad, y con el encendido deseo saborea su dulzura y suavidad». El desasimiento del mundo es lo que permite que «el ojo del intelecto» se active, penetrando en ese doble conocimiento, el de sí propio, el de la propia nada de que acabamos de hablar, y el de la bondad de Dios. Conocer a Dios y conocerse a sí, el ser de Dios y la nada de sí.

En carta al rey de Francia le dice: «¿Quién nos arrebatara esta verdadera y dulce luz? El amor propio que el hombre tiene por sí mismo, el cual es una nube que enturbia el ojo del intelecto, y cubre la pupila de la luz de la santísima fe». El hombre deberá desasirse del espejismo de las cosas visibles, de la bruma que se levanta de los pantanos del yo. Sólo entonces el ojo de la inteligencia se volverá límpido. En el *Diálogo* nos ha dejado un texto espléndido al respecto: «La fe –le dice el Señor– es la pupila del ojo de la inteligencia; su luz hace discernir, conocer y seguir el camino y la doctrina de mi verdad, el Verbo encarnado. Sin la pupila de la fe, nadie puede ver, del mismo modo que un hombre cuyos ojos tuvieran la pupila, por la cual el ojo ve, recubierta con un velo. La inteligencia es el ojo del alma, y la pupila de este ojo es la fe».

A juicio de Jørgensen, para Catalina la fe es sencillamente la perfección del conocimiento. Recientemente el Papa se ha referido a ello en su encíclica *Fides et ratio*, al afirmar que la fe y la razón son las dos alas con que vuela la inteligencia humana. El hombre es incrédulo en el grado en que se enfrasca en las cosas de la tierra. Cuando vence el immanentismo, la fe florece. Ha dejado de ser como los topos que viven reclusos en sus cuevas, sin haber sacado nunca la cabeza para contemplar los grandes espectáculos del orden sobrenatural.

### 2. La fe y la caridad

Catalina no olvida, por cierto, la importancia de la caridad. Sin ella, la fe sería reductible a algo meramente cerebral. «El amor sigue a la inteligencia, y cuanto más conoce más ama, y cuanto más ama, más conoce. Amor y conocimiento se nutren entre sí», leemos en el *Diálogo*. Por la caridad, el hombre se enamora de lo que cree. Y así, escribe, «el alma ve al Cordero de Dios, Verdad de Dios, enamorado, que le brinda doctrina de perfección, y en viéndola, el alma se enamora de ella».

Pertenece nuestra Santa a una época en que predominaban las órdenes mendicantes, principalmente los dominicos y los franciscanos. Las dos cumbres intelectua-

les eran Santo Tomás y San Buenaventura. La doctrina cateriniana, por su enfática acentuación en la verdad y consiguientemente en la inteligencia, es principalmente deudora de la influencia dominicana y tomista. Su carácter afectivo encuentra mejor respaldo en el pensamiento de San Buenaventura, si bien no es extraño al pensamiento del Doctor Angélico. A su juicio, el amor y el conocimiento se alimentan el uno del otro. Catalina ha hecho, en este sentido, una admirable síntesis entre la doctrina de San Buenaventura y la de Santo Tomás.

Nuestra Santa acota en el *Diálogo* un dato interesante. Y es la relación que media entre el dolor y el conocimiento: «Cuando más uno sufre –le dijo Dios–, más demuestra que me ama, y, amándome, conoce más mi verdad».

### 3. Las verdades fundamentales

Entre las distintas verdades que proclamamos en el Credo, Santa Catalina mostró especial inclinación por algunas de ellas. Ya hemos visto la importancia que le atribuía a la creación del hombre, sobre el telón de fondo del misterio de la Trinidad. En una de sus cartas leemos:

«En la sangre de Cristo crucificado conocemos la luz de la suma, eterna verdad de Dios, que nos creó a su imagen y semejanza por amor y gracia, no por deuda u obligación». Muchas veces recuerda la Santa el origen divino del hombre.

Otra verdad por ella predilecta es la *Encarnación del Verbo*, que de algún modo prolonga y profundiza la maravilla de la creación. En una de sus *Elevaciones* le dice al Señor:

«Yo, criatura tuya, no te conocía a ti en mí, sino en cuanto yo veía en mí tu imagen y semejanza. Mas para que viese y conociese en mí y llegáramos así a un perfecto conocimiento tuyo, te uniste con nosotros, bajando de la altura de tu Deidad hasta lo más bajo del lodo de nuestra humanidad, ya que la bajeza de mi inteligencia no podía comprender ni mirar tu altura. Y para que mi pequeñez pudiese ver tu grandeza, tú te hiciste pequeño, encerrando la grandeza de tu Deidad en la pequeñez de tu humanidad».

Gracias al desposorio místico de ambas naturalezas el misterio se puso más al alcance de nuestra inteligencia, al tiempo que se anuló la distancia que el pecado había establecido entre Dios y nosotros. Según ella consigna, Dios le dijo:

«La naturaleza humana, que había cometido la ofensa, era finita, y debía estar unida con algo infinito para que pudiera dar satisfacción infinita a mí, que soy infinito. Y para que esta naturaleza humana, en su pasado, presente y porvenir, por muchos que sean los pecados cometidos por el hombre, encontrara satisfacción perfecta cuando quisiera volver a mí, durante el tiempo de su vida, unió la naturaleza divina con vuestra naturaleza humana, por cuya unión habéis recibido satisfacción perfecta».

Llama la atención la exactitud de las palabras y la seguridad con que la Santa se mueve en el intrincado edificio de la teología católica. Una vez más parece advertirse acá la influencia del Doctor Común.

En cierta ocasión, el Señor se le presentó en forma de Puente. Cuando aconteció el pecado de origen, y luego los pecados subsiguientes, escribe, empezó a correr un río impetuoso, en el que todos se anegaban. Entonces Cristo se constituyó en puente que va del cielo a la tierra. Uniendo su divinidad a nuestra humanidad, el Verbo se hizo puente. Ello no basta, por cierto, para conseguir la vida; es menester pasar por él, recorrerlo desde un extremo al extremo opuesto. En otra ocasión, lo imagina como Portero, en cuyas manos puso el Padre la llave de la divinidad y de la humanidad, ambas unidas para abrir la puerta de la gracia. La Divinidad no hubiera podido abrirla sin la humanidad, que la había cerrado por el pecado del primer hombre; ni tampoco la humanidad sola hubiera sido capaz de hacerlo, porque su obrar habría sido finito, y la ofensa había sido cometida contra el

Bien infinito. Ninguno de los dos medios por separado eran suficientes. En otro lugar, Catalina concibe el Verbo como un Fuego de amor, que encendió en una misma llama a Dios y al hombre. O también lo compara con la cal que une dos bloques de piedra. El Verbo, que fabricó la piedra de la creatura, la juntó con su Creador, poniendo entre ambos «la sangre mezclada con la cal viva de la esencia divina por la unión que ha verificado con la naturaleza humana».

Imágenes diversas para describir al que dijo de sí mismo: «Yo soy la Verdad». Porque la verdad no era para Catalina algo abstracto o puramente intelectual. La verdad se hizo carne en Jesucristo para elevar al hombre caído en las sombras de la ignorancia. Como le dice al Maestro en el *Diálogo*: «Te rebajaste y te hiciste pequeño para hacer grande al hombre».

No olvida en estas consideraciones la figura de Nuestra Señora, la Madre del Verbo encarnado, bendita entre todas las mujeres, como escribe en una de sus cartas, porque en el día de la Anunciación nos dio «el pan de su harina, amasado y cocido por la caridad». A ella le dedica una encendida plegaria:

«Tú, María, eres la planta joven de la que hemos obtenido la flor fragante del Verbo, unigénito Hijo de Dios, porque en ti, tierra fecunda, fue sembrado este Verbo. Tú eres la tierra y la planta. ¡Oh María, carro de fuego! Tú trajiste el fuego escondido y velado bajo las cenizas de tu humanidad... No descendió en tu vientre el Hijo de Dios hasta que diese el consentimiento tu voluntad. Esperaba en la puerta de tu voluntad para que tú le abrieres, ya que quería venir a ti. Jamás habría entrado si tú no le hubieras abierto, diciendo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Llamaba, oh María, a tu puerta la Deidad eterna; mas si tú no hubieses abierto la puerta de tu voluntad, Dios no se habría encarnado en ti...».

La Verdad del Verbo encarnado no sólo se manifiesta en el misterio de la Encarnación sino también en los acontecimientos del Calvario. En carta a un amigo suyo, estando ella en éxtasis, le escribe: «Dios es suma y eterna verdad; ¿en quién la conocemos? En Cristo, dulce Jesús, puesto que con su sangre nos manifiesta la verdad del Padre eterno».

La Encarnación y la Pasión: he ahí la verdad de Dios revelada en el misterio de Cristo.

«Tú, oh Verbo unigénito de Dios –le dice en una de sus *Elevaciones*–, que por el amor desmesurado y la caridad que nos tuviste te injertaste, como fruto de dos árboles, en primer lugar con la naturaleza humana, para manifestarnos la Verdad invisible del Eterno Padre, cuya Verdad eres tú mismo. El segundo injerto lo hiciste con tu cuerpo en el árbol de la santísima cruz, en la cual no te sostuvieron los clavos ni cosa alguna, sino el amor desmesurado que nos tuviste». También aquí destaca el papel de la Santísima Virgen, «conquistadora del linaje humano», la llama, «porque sufriendo tu carne en el Verbo, fue reconquistado el mundo».

Es este un tema que la arrebata, ver cómo Cristo muriendo nos dio la vida, soportando vituperios nos dio el honor, con sus manos clavadas nos desató de los lazos del pecado, despojado nos vistió, con su sangre nos embriaga. Así se expresa en una de sus cartas. El lazo de la divina caridad fue de tal fuerza «que mantuvo a Dios hombre enclavado en el leño de la santísima Cruz». Catalina gusta introducirse en el corazón de Cristo, torturado por el deseo de nuestra salvación. Al fin y al cabo la Cruz no fue sino la expresión de un amor desmesurado, la del «humilde e inmaculado Cordero, pastor dulce y bueno, como enamorado por nuestra salvación, corrió hacia la muerte oprobiosa de la santísima Cruz». En una de sus iluminaciones le dijo Dios Padre:

«Mi Hijo unigénito, estando en la cruz sostenido por los clavos del amor, no retrocede porque los judíos le digan: Desciende de la cruz y crearemos en ti».

Ella anhelaba que, ante este espectáculo, las almas se

modelasen a imagen de su Esposo amado, que la corona de espinas se introdujese en todas las frentes, que todas las manos y los pies se dejasen atravesar por los clavos. Porque si es verdad que el Dios omnipotente se hizo carne, y que murió por nuestra salvación, al hombre no le queda sino abrazarse con la cruz sangrienta. Quería que todos pudiesen decir con ella:

«Las penas serán mi alimento y las lágrimas mi bebida... Quiero que las penas me engorden... Alégrate, alégrate conmigo en la cruz. Nuestras almas deben reposar en la cruz como en una cama».

El misterio del Verbo encarnado, de la Verdad encarnada, resonaba en el corazón de Catalina como una sinfonía llena de encanto. No en vano Dios le había dicho en el *Diálogo*:

«Esta bella armonía tiene todas mis complacencias y enamora a los ángeles. Produce también la admiración del mundo. Lo quieran o no, los hombres de iniquidad no pueden permanecer insensibles a la dulzura de esta armonía. Muchos se dejan captar por su encanto, y su seducción les libra de la muerte. Todos los santos han atraído a las almas con esta música. El primero que hizo oír este concierto de vida fue el dulce Verbo de amor cuando, después de haber tomado nuestra humanidad para unirla a la divina, dejó oír sobre la Cruz un canto tan dulce que atrajo a él al género humano. En la escuela de este Maestro es donde todos vosotros habéis aprendido la armonía. Él es quien os ha enseñado a acordar vuestros instrumentos. Con este arte que tenían de él, los apóstoles fueron tan poderosos que difundieron su palabra por el mundo entero; los mártires, los confesores, los doctores y las vírgenes, todos han atraído y seducido a las almas por la bella armonía de su vida».

Más allá de estas dos grandes verdades a que nos hemos referido, la de la redención del hombre a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad, y la de la redención, que pasa por la encarnación y culmina en la cruz, Catalina entrevió un misterio más recóndito, si cabe, el de la *Providencia divina*. En los casos concretos más dispares que aparecen en su epistolario, en las desgracias que sufre alguno de sus corresponsales, en las elecciones de estado, en la pérdida de un hijo, en la estancia de los Papas en Aviñón, en los obstáculos para la Cruzada, en tantos sucesos sobre los que se hace necesario arrojar la luz de la fe, Catalina recurrirá siempre a los designios del amor infinito, considerando dichos sucesos desde un punto de vista irrefragable: el punto de vista de Dios. Una aplicación clara del don de entendimiento. Nada sucede a espaldas de Dios, al margen de su Verdad y de su Amor. Él sabe por qué lo hace. Y siempre por Amor, aunque a primera vista no lo entendamos así. Aun en el misterio de dolor más lacerante de la historia, el de la injusticia de la cruz, se esconde la mano del Padre:

«Ésta es la obra de mi providencia –le dice Dios–: que una obra infinita, ya que finita era la pena de la cruz en el Verbo, os proporcionara un fruto infinito en virtud de la Divinidad».

El mismo Dios que sustenta al gusano dentro del leño seco, escribe la Santa, el mismo Dios que apacienta a los peces y a los animales, que envía sobre las plantas el rocío matinal, ¿cómo se podrá creer que no sustente a su criatura, hecha a su imagen y semejanza?

«Y puesto que todo esto está hecho por mi bondad y puesto a su servicio –le dice Dios en el *Diálogo*–, a cualquier parte que [el hombre] se vuelva, en cuanto a lo temporal o a lo espiritual, no halla más que fuego y el abismo de mi caridad con máxima, dulce, verdadera y perfecta providencia».

Catalina hizo suyo el consejo que Dios le diera: «Enamórate, hija, de mi providencia». No creemos haber leído mejor tratado sobre la Providencia que el que se encuentra en el libro IV del *Diálogo*.

#### 4. El saboreo de la verdad

Nuestra Santa no se contentó con el mero conocimiento de la verdad. Se prendó de ella. No otra cosa le

recomendaba a fray Raimundo: «Yo os escribo en la preciosa sangre de Jesucristo con el deseo de ver en vos un verdadero esposo de la Verdad, un fiel y un ávido de esta misma Verdad».

Catalina vivió la verdad, la vivió en la fe y en la caridad, como en una atmósfera casi natural, instintiva. Lo sobrenatural se le hizo natural. De esas alturas no se apartó jamás. «Quien más conoce más ama, y quien más ama, más gusta», le dijo Dios, exhortándola a unir el conocimiento de la verdad con el sabor de la verdad. Si antes nos pareció que su idea de la Providencia aplicada a todo el acontecer histórico y humano concretaba el don de entendimiento, pensamos que su paladeo de la verdad expresa el don de sabiduría, en el sentido bonaventuriano, de saboreo de la fe. Porque el alma que tiene la pupila de la fe en el ojo del intelecto, como nos decía la Santa más arriba, «conoce esta verdad, y con el encendido deseo saborea su dulzura y suavidad». No es lo mismo la verdad conocida que la verdad saboreada. En frase concisa le escribe a fray Raimundo:

«El que no sea capaz de saborear la Verdad, no podrá conocerla ni en el conocimiento de sí mismo ni en el conocimiento de la sangre».

Verdad saboreada. Y verdad activa, lanza en ristre, porque enamorada, porque militante. En este sentido le escribe al cardenal Pedro de Luna, quien luego sería proclamado Papa, o según algunos, antipapa, bajo el nombre de Benedicto XIII, en la época del Gran Cisma:

«Es en la sangre del Redentor que conocemos la verdad a la luz de la Santísima Fe, que esclarece el ojo de la inteligencia. Entonces el alma se abraza y se alimenta en el amor de esta verdad; y por amor de la verdad preferiría la muerte al olvido de la verdad. Ella no calla la verdad cuando es tiempo de hablar, porque no teme a los hombres del mundo; no teme perder la vida, puesto que está dispuesta a darla por amor de la verdad. Ella no teme sino a solo Dios. La verdad reprende altamente porque la verdad tiene por compañera la santa justicia, que es una perla preciosa que debe brillar en toda criatura racional, pero sobre todo en un prelado. La verdad calla cuando es tiempo de callarse, y callándose, grita por la paciencia, porque no ignora, sino que discierne y conoce dónde se encuentra más el honor de Dios y la salvación de las almas...»

«Querido Padre, apasionaos por esta verdad, para que seáis una columna fuerte en el cuerpo místico de la santa Iglesia, donde hay que propagar la verdad; porque la verdad está en ella, y porque ella está en ella, ella quiere que sea administrada por personas que le sean apasionadas y esclarecidas, y no por ignorantes que están separados de la verdad».

### III. Sed de almas

Catalina ha escuchado de Cristo las palabras: «Piensa en mí, hija mía, y yo pensaré en ti». Pero ese pensar en el Señor, esa pasión por la «Verdad de Dios» encarnada, a que acabamos de referirnos, no va a concluir en Cristo, como si fuera de Él nada existiese.

#### 1. Del amor a Dios al amor de los que Dios ama

Cuando Catalina vivía en Siena con su familia, se sentía cómoda en el silencio de su modesto hogar y en la oscura celda que su padre le había reservado para sus plegarias. Se complacía asimismo en pasear por el solitario jardín de su casa, en medio de las flores, que gustaba trenzar en forma de cruz o de corona. Pero Dios la llamaba a otra cosa. Se podría decir que hubo una pedagogía divina progresiva que fue llevando a Catalina de su amada soledad a una importante actuación apostólica. Fray Raimundo nos ofrece este diálogo encantador entre Cristo y ella:

–Vete; ya es hora de comer; los tuyos están ya en la mesa; vete, estate con ellos, luego volverás junto a mí...

—¿Me echas, Señor?— deshecha en llanto—. ¿Por qué mi Esposo queridísimo me arroja de su presencia? Si he ofendido a tu Majestad, ahí está mi cuerpo, castígalo; pasaré por todo, pero no me impongas el martirio de separarme de ti. ¿Qué haré yo en la mesa? Los míos no comprenden cuál es mi comida. He huido del mundo y de los míos para ser tu esposa; y ahora que eres mi todo, ¿me obligas a mezclarme en las cosas del mundo, con peligro de recaer en mi ignorancia y llegar a ofenderte...?

—Cálmate, hija queridísima; es preciso cumplir toda justicia y hacer fecunda mi gracia en ti y en otros. No pretendo separarte de mí; quiero, por el contrario, unirme a mí más estrechamente por medio de la caridad con el prójimo.

—Hágase tu voluntad, no la mía—respondió Catalina. Y volvió con los suyos, sentándose a la mesa.

Destaquemos las palabras del Señor: «No pretendo separarte de mí; quiero, por el contrario, unirme a mí más estrechamente por medio de la caridad con el prójimo». Como se ve, el apostolado al que Dios la llamaba, no implicaba un apartamiento de Cristo sino una intensificación de sus desposorios místicos. En el *Diálogo* se consigna la explicación que le dio el Señor para que entendiera dicho golpe de timón. Él, le dirá, amó con amor purísimo y gratuito. No es posible haberse con Él de la misma manera, porque Él amó antes de ser amado, según lo señalamos al hablar de la creación del hombre. No es factible devolver adecuadamente ese amor, pero sí dárselo a los hombres, amándolos aun sin ser amados por ellos, amándolos no en provecho propio, sino sólo por la alabanza del Nombre de Dios. En una de sus cartas lo expresa con claridad:

«Dios ama inefablemente a su creatura. He aquí por qué desde que uno se vuelve siervo de Dios se ama tanto a la creatura. Es que se ve con qué amor Dios la ama, y la condición del amor es amar lo que ama el que ama».

En otras palabras, ya que nunca podremos pagar adecuadamente la deuda de su amor, que fue infinito, el Señor nos ofrece este medio: el del amor al prójimo, para que le demos a él lo que no podemos darle a Cristo. «Yo considero hecho a mí mismo lo que haces con el prójimo», le dice en el *Diálogo*. La única manera que tenemos de amar a Dios desinteresadamente es amándolo en nuestro prójimo antes de que él nos quiera, prescindiendo de que él nos quiera, y sin esperar recompensa alguna. De este modo el corazón se amplía, abriéndose a los demás. En carta a un Cardenal señala Catalina:

«El amor propio aprieta el corazón de tal modo que no puede conteneros ni a vos ni al prójimo; mientras que la divina caridad le ensancha y hace entrar en él amigos y enemigos, a todas las criaturas racionales, porque está revestido del amor de Cristo».

En diálogo con la Santa, el Señor le dijo que bien hubiera podido Él dotar a los hombres de todo lo que es necesario tanto para el alma como para el cuerpo, pero quiso que nosotros fuésemos colaboradores suyos en la administración de su beneficencia. El amor de Cristo llegará de este modo no sólo a los virtuosos sino también a los imperfectos, a los pecadores, a los perseguidores, a los calumniadores, porque todos han sido amados por Dios.

Queda así clara la voluntad divina: el amor a Dios no debe concluir en Él sino volcarse al prójimo. Cada cual deberá amarlo según sus aptitudes, quién con la doctrina, quién con la oración, quién con el dinero, le dice el Señor en el *Diálogo*. Transcribamos un texto notable a este respecto:

«Concebimos las virtudes en el amor de Dios y las damos a la luz en el amor al prójimo; amando a tu prójimo... responderás al amor del Creador hacia ti con el amor del prójimo. Es preciso que como esposa de Jesucristo, te hagas la servidora del prójimo. No podemos servir a Dios de otra manera ni bajo otra forma».

Escribiendo a una «*mantellata*» de Siena, le dice Catalina: «Serás esposa infiel si niegas al Esposo el amor que le debes en el prójimo». No otra cosa es lo que el Señor le enseñaría en el *Diálogo*:

«El alma que me ama verdaderamente ama a su prójimo, porque el amor a mí y el amor al prójimo son una y misma cosa, y la medida de tu amor al prójimo es la medida del amor hacia mí. Éste es el medio que te he dado de probar y ejercitar tu amor para conmigo... No puedes serme útil en nada; en cambio, te es posible acudir en auxilio del prójimo. El alma que ama mi verdad no se cansa nunca de prodigarse al servicio de los demás, así en general como en particular».

Afirma Leclercq que la enseñanza de San Juan: «Si alguno dice que ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso» (1 Jn 4, 20), pareciera reflorar cuando se la encuentra en el *Diálogo*. Porque Catalina no sólo la subraya con insistencia y la exalta con pasión, sino que le da también una vertebración doctrinal que no encontramos en las Escrituras. Además, «una cosa es que no se pueda amar a Dios sin amar al prójimo, y otra que se deba amar al prójimo porque se ama a Dios, y que el amor del prójimo sea la consecuencia inmediata necesaria y exactamente proporcionada de este amor de Dios».

## 2. El celo de tu casa me devora

En el desposorio místico a que no referimos más arriba se encuentra el origen de su notable misión en la Iglesia, más allá de las fronteras familiares y pueblerinas. Cuando comenzó el apostolado, su madre, doña Lapa, la regañaba porque estaba tan ausente de su casa. Catalina le dijo que ella no había sido puesta en la tierra sino para la gloria de Dios y la salvación de las almas, y que «no puede hacer otra cosa».

El desposorio místico se expresó de manera muy ilustrativa en el intercambio de corazones. Al recibir el corazón de Cristo, cuya altura, anchura y profundidad nadie es capaz de mensurar (cf. Ef 3, 18), Catalina ensanchó el suyo según la medida del Sagrado Corazón. No en vano la había pedido a la Trinidad: «Dilata mi alma para la salvación del mundo; no que pueda producir por mí misma fruto, sino por la virtud de tu caridad, principio de todos los bienes». De los confines estrechos de la Siena aldeana, su corazón se abrió al espectáculo del mundo y de la historia en su totalidad.

Su inclinación apostólica está signada por una suerte de apasionamiento sobrenatural. Escribiéndole al cardenal Orsini le decía que cuando un alma considera cómo Cristo se ha inmolado derramando para nosotros un baño de sangre y ofreciéndonos un bautismo con su sangre, cuando el alma ve eso, no puede dejar de enamorarse de Dios y de la salvación de las almas. Una pasión santamente atormentada, al ver a Dios amando incomprensiblemente al hombre, y al hombre ofendiendo incomprensiblemente a Dios. Tal es el origen de su ardor apostólico:

«Yo os lo digo—le escribe a un sacerdote—, amadísimo hijo mío, toda alma que contemple a Dios corriendo tras el oprobio de la santa cruz, vertiendo su sangre en abundancia, no podrá resistir y se llenará de amor verdadero; amará el alimento que ama Dios, amará las almas».

Si cada persona es imagen de Dios, objeto de un designio de amor infinito, redimida por la sangre del Verbo encarnado, derramada con tanta pasión de amor, llamada a realizar «la verdad de Dios», que es su felicidad eterna en Él, ¿cómo permanecer indiferente cuando vive en el pecado, la tibieza o el desinterés? Su gran tormento era no poder dar a entender hasta qué extremo Dios nos ha amado. «Me muero de deseos», escribió en una de

sus cartas. He ahí el verdadero fundamento teológico del apostolado, a mil kilómetros de la gazmoñería sentimental que emponzoña tantos libros piadosos.

Un amigo inglés que la frecuentó cuenta que a menudo la oía exclamar: «Tengo hambre». Hambre de almas. «Padre mío –le escribía a un fraile–, os invito de parte de Cristo crucificado que llenéis vuestra alma de la fe y del hambre de las almas». *Fede e fame*, fe y hambre, tales eran los dos sentimientos que embargaban su alma. El segundo no era más que la consecuencia del primero. Una fe realmente viva no puede no expandirse hacia los demás. Tenía hambre de almas, ardía por incorporarlas a sí, y por su intermedio al Dios en quien se halla la salvación.

Como se ha escrito de ella: «Aspiraba a comer espiritualmente a todos los miembros de la Iglesia de Dios y a masticar al mundo entero por su oración como con los dientes». Sus cartas lo expresan sin cesar: «Dios haga de nosotros comedores de almas, *mangiatori delle anime*». Su amor no era sino una derivación del amor que Cristo mostró por ella: «Me has amado mucho, Jesús, dulce amor mío –dice en una de sus plegarias–, y me has enseñado en qué medida debo amarme a mí misma y amar a mi prójimo, y el hambre y la sed que debemos tener de la salvación de los demás». No otra cosa quiso decir Cristo cuando confesó: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra» (Jn 4, 34). Palabras que comenta Catalina en una de sus cartas: «Sobre la mesa de la santísima cruz debemos saciarnos de almas», porque «las almas son el alimento de Jesucristo».

El hambre de Dios y de las almas nunca quedará plenamente satisfecho en esta tierra ya que, como le dice el Señor en el *Diálogo*, «si bien, teniendo hambre, queda saciada, sin embargo, saciada, sigue teniendo hambre, aunque tiene muy lejos el hastío de la saciedad, lo mismo que la pena del hambre». El alma enamorada, siempre hambrienta, siempre sedienta, corre con ardor por el camino de Cristo crucificado, sin atender a injurias o persecuciones, ni ceder a los placeres que el mundo le ofrece.

«Pasa por encima de todo eso con una fuerza inquebrantable, con una perseverancia que nada turba el corazón plenamente transformado por la caridad, gustando y saboreando este alimento de la salvación de las almas, dispuesta a soportar todo por él».

El texto recién citado nos abre a un último aspecto que quisiéramos destacar y es el del sabor del apostolado. Ya nos hemos referido al saboreo de la fe. Acá se trata de algo distinto, si bien relacionado con aquello. En sus *Elevaciones* habla Catalina del «manjar del apostolado», del «manjar de las almas», que el apostolado le permite degustar. Más allá de la obra apostólica concreta, el saboreo del apostolado. Es toda la distancia que va del funcionario al enamorado. No resulta, pues, extraño lo que escribe en una de sus cartas, refiriéndose al que tiene el oficio de pastor: «Ningún sacrificio le complace tanto como el de ser comedor y saboreador de almas, nunca se sacia de ello».

### 3. Algunas de sus actuaciones apostólicas

Su apostolado fue a veces directo, a veces a través de cartas. Como ejemplo de apostolado directo, relatemos uno de los hechos más conmovedores de su vida. Hacía tiempo que Siena estaba dividida por odios implacables, lo que era causa de graves disturbios. En uno de ellos, un joven noble de Perusa, Niccoló Toldo, fue condenado a muerte. Estaba en la flor de la edad. Al enterarse de

la sentencia, se puso furioso. Lleno de rebeldía, no se resignaba a su suerte, insultando incluso a los sacerdotes que se le acercaban. Al saber lo que pasaba, Catalina resolvió visitarlo en la prisión, logrando de él una conversión total. He aquí cómo se lo cuenta a fray Raimundo:

«Mi visita le dio tanto ánimo y consuelo que se confesó y se preparó muy bien. Me hizo prometer por amor de Dios que yo estaría a su lado a la hora de la justicia. Y mantuve mi promesa. Por la mañana, antes de sonar la campana, ya estaba a su lado, de lo que quedó grandemente consolado. Le llevé a oír misa y recibí la santa Comunión, a la que no se acercaba nunca. Su voluntad era sumisa y al unísono con la voluntad de Dios. Sólo le quedaba el temor de que careciera de valor en el momento supremo. Mas la ardiente e inmensa bondad de Dios le sorprendió a él mismo inflamándole con tal amor y tal deseo de Dios que tenía prisa por ir a él. “Quédate conmigo, me decía, no me abandones. Así no podré menos de ser bueno; muero contento”. Y descansaba su cabeza sobre mi pecho. Y entonces yo estaba llena de júbilo y percibía que el perfume de su sangre se mezclaba con el perfume de la mía, que deseo derramar por el dulce esposo Jesús.

«Como el deseo invadiera mi alma y yo presintiera su temor, le dije: “Valor, dulce hermano mío, pues muy pronto estaremos en las bodas eternas. Irás bañado en la dulce sangre del Hijo de Dios y con el dulce nombre de Jesús, que no quiero que salga de tu corazón. Yo te esperaré en el lugar de la justicia”. Oh padre e hijo mío, su corazón entonces perdió todo temor, su rostro entristecido se transformó de gozo. Se estremecía de alegría. “¿De dónde me viene esta insigne gracia? –preguntaba–. La dulzura de mi alma me esperará en el santo lugar de la justicia”.

«Ved qué claridad se había formado en su alma, puesto que llama santo al lugar de la justicia. “Sí –decía–, iré lleno de valor y gozo, y me parece que tengo que esperar todavía mil años cuando pienso que tú estarás allí”. Y decía palabras tan dulces, que el corazón quedaba atónito ante la bondad de Dios.

«Lo esperé, pues, en el lugar de la justicia invocando sin cesar la asistencia de María y de Catalina, virgen y mártir. Antes que llegara me incliné y extendí mi cuello sobre el pilón. Mas no pude pensar en mí. Oré con insistencia, y dije: “¡María!”, afirmando que quería para él, en el momento supremo, la luz, y para mí, la paz del corazón al ver que alcanzaba su último fin. Y de tal modo me embriagó mi alma con la dulce promesa recibida, que no veía a nadie a pesar de estar rodeada de gran multitud.

«Llegó, dulce como un cordero. Y sonrió al distinguirme. Quiso que yo trazara sobre él la señal de la cruz. Lo hice, y luego le dije: “De rodillas; a las bodas, mi dulce hermano –*fratello mio dolce*–. Vas a tener la vida que no termina jamás”.

«Entonces se extendió con gran dulzura y yo le tendí el cuello. Inclinada sobre él, le recordaba la sangre del Cordero. Y él sólo sabía repetir: “¡Jesús! ¡Catalina!”. Todavía lo estaba repitiendo cuando recibí en mis manos su cabeza.

«Y vi, como se ve la claridad del sol, al Hombre-Dios con el costado abierto. Recibía la sangre en su Sangre y el fuego del santo deseo dado por la gracia y escondido en su alma. Lo recibía en el fuego de su divina Caridad. Cuando él recibió esta sangre y este deseo, acogió al alma y, todo misericordia, la hizo entrar en la morada del Corazón. La soberana Verdad quería mostrar que esta alma sólo era acogida por gracia y misericordia, no por sus méritos.

«Oh, qué inefable gozo al contemplar la Bondad divina. Con qué dulzura y amor esperaba Dios a esta alma que abandonaba su cuerpo, y posaba su mirada de misericordia cuando entraba en el Corazón divino totalmente bañado en su sangre, que la Sangre del Hijo de Dios tornaba preciosa. Dios Padre la recibió con su poder, suficiente para cosa tan grande. El Hijo, Sabiduría, Verbo encarnado, le comunicó el amor crucificado con el cual él mismo soportó la dura e ignominiosa muerte para obedecer a su Padre y salvar al género humano. Y las manos del Espíritu Santo la encerraban dentro.

«Dibujó entonces esta alma un gesto de dulzura tan grande, capaz de arrebatar mil corazones. No me sorprende, pues gustaba de la suavidad divina. Se volvió como la esposa al llegar al umbral de la casa del esposo; se volvió hacia sus compañeras, las miró e inclinándose, trazó su último gesto de gratitud.

«Cuando hubo desaparecido, mi alma descansó y gustó tal paz en el perfume de la sangre, que no permití que se quitara la que de su herida había brotado y caído sobre mí...».

Creemos que huelga todo comentario. Además de las actuaciones apostólicas directas, como la que acabamos de describir, y otras a que nos referiremos más adelante, Catalina ejerció también un intenso apostolado epistolar. Al parecer no sabía escribir, si bien algunos de sus biógrafos nos aseguran que Dios le dio súbitamente la facultad de hacerlo. Sea de ello lo que fuere, la cosa es que de hecho envió numerosas cartas, de las que nos quedan cerca de 400, cartas a personas de muy distinta condición, papas, reyes, religiosos, gobernantes.

Dichas cartas ofrecen una perspectiva de realidad concreta a lo que en el libro del *Diálogo* parecería doctrina abstracta, pura teoría. Las enseñanzas del *Diálogo* adquieren un acento más humano, al encarnarse en casos determinados y tangibles. Muchas de esas cartas fueron dictadas en éxtasis, como sucedió con el *Diálogo*. Lo hacía a veces paseando por su celda, otras veces de rodillas. Según Raimundo, en ocasiones dictaba simultáneamente dos, tres o hasta cuatro cartas diferentes a sendos amanuenses, y ello sin la menor incertidumbre, tratando de materias totalmente diversas.

Dicho epistolario, verdaderamente magnífico, hizo que algunos entendidos en literatura hayan considerado a la humilde hija del tintorero de Siena como uno de los escritores clásicos de Italia, a la altura de Petrarca. De ella ha dicho Papini que supo exponer y narrar, regañar y acariciar; profunda a veces, como un Suso o un Taulero; dulcísima otras muchas, como un Francisco de Asís o de Sales. En Catalina hay riqueza de imágenes y arte de «esculpir los pensamientos»; su prosa se levanta a veces tan alto, resulta tan hirviente e impetuosa, que se convierte en poesía, y parece casi que anda buscando la forma del verso. Un crítico literario ha afirmado: «Grandes escritores en Italia no hay más que una: Santa Catalina de Siena».

Mediante tales cartas ejerció una especie de dirección espiritual sobre sus destinatarios, en un sentido lato, por cierto. Exhortaba a la virtud, al desprendimiento, a la perseverancia en el amor a Dios. Nunca imponía algo que pudiera ser discutible, bien consciente de que el Espíritu Santo lleva a las almas por diferentes caminos, como le decía a uno de sus discípulos que tendía a despreciar a quienes no se mortificaban como ella.

Aludamos más concretamente a algunas de esas cartas, que abarcan un amplio abanico de temas, según la situación y el estado de cada corresponsal. Varias son de orden más bien personal. En una de ellas, dirigida a una sobrina suya que estaba en un convento, le dice:

«¿Cuándo respirarás los bálsamos de la pureza y sentirás el hambre del martirio que te hará desear dar la vida por el honor de Dios y la salvación de las almas?».

En el otro extremo, escribe así a una mujer pública de Perusa:

«Hija mía, lloro y gimo viéndote a ti, creada a imagen y semejanza de Dios, redimida por su preciosa sangre, olvidar tu dignidad y el rico rescate que ha sido pagado por ti. ¡Ay! Me parece que haces como el puerco que se revuelca en el fango... El pecado mortal te arranca y te separa de Cristo; eres como un leño seco, árido, que no lleva ya frutos, y tienes en esta vida un gusto anticipado del infierno... ¿No ves que se te ama y amas tú con un amor mercenario que es un manantial de muerte, con un amor que no reposa sino sobre un goce o provecho, que desaparece al mismo tiempo que el placer y el dinero porque no es según Dios, sino según el demonio?... Deja tanta miseria y tanta corrupción. Entonces entrarás en las llagas del Hijo de Dios; encontrarás allí el fuego de su inefable caridad que consumirá y purificará todas tus miserias y todas tus faltas. Verás cómo él ha hecho de su sangre un baño para lavar tus pecados y la impureza en que vives desde hace tanto tiempo...».

Resulta realmente impresionante esta conversación entre la virgen pura y la hija del placer prohibido. A otro pecador le escribe:

«Queridísimo y más que queridísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús, yo, Catalina, la sierva y esclava de los servidores de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con el deseo de llevarte al redil con tus compañeros. El demonio parece haberte encadenado de tal modo que no puedes ya volver, y yo, tu pobre madre, te voy buscando y llamando, pues quisiera llevarte sobre los hombros de mi dolor y de mi compasión».

A un homosexual le dice:

«¿Quién eres? ¿Un animal? ¿Una bestia salvaje? Veo que tienes forma humana, pero es verdad también que de este hombre has hecho una caballeriza... Te digo que si te conviertes, tu alma y tu cuerpo que ahora son una caballeriza, se convertirán en un templo en que Dios se regocijará de habitar en gracia... Perdona mi impertinencia. Es el afecto y el amor que tengo por tu salvación lo que me mueve a hacerlo. Si no te amase, no me metería ni me preocuparía de que te veas en las manos del demonio. Pero como te amo, no puedo soportarlo».

Y a un delincuente:

«Rompe esa cadena; ven, ven, queridísimo hijo. ¡Bien puedo llamarte querido cuando tantas lágrimas y angustias me cuestas! Ven, pues, y vuelve al redil».

Junto con estas cartas, que son de índole más bien individual, se conservan otras que tuvieron asimismo resonancia social, sobre todo las que dirigió a dirigentes con responsabilidades públicas, por ejemplo a los gobernantes de Siena, Pisa, Luca y Florencia. No pocas veces trataba en ellas de temas temporales, pero nunca lo hacía sin atingencia a lo espiritual. Para ella la política era un capítulo de la moral y el hombre de Estado debía ser, también él, un imitador de Cristo. Con razón Juan Pablo II la llamó «la mística de la política». Los gobernantes, les decía en sus cartas, tienen dos grandes deberes religiosos: ante todo consigo mismos, manteniendo su alma en gracia; y luego en relación con la Iglesia, defendiéndola de sus enemigos de afuera, pero también de los de adentro, para ayudar así a su reforma interior.

Nos impresiona la libertad de espíritu que revela en su correspondencia, no sólo cuando se trataba de políticos sino también de hombres de Iglesia, como luego veremos más detenidamente. Todos, aunque fueran unos miserables, se sentían tocados por las recomendaciones de la Santa. Es que Catalina resulta ininteligible si no se tiene en cuenta la fe de su siglo. A pesar de todas las deficiencias de la época, cuando trataba con los poderosos no se topaba con esa falta de receptividad para las cosas espirituales que caracteriza a nuestro tiempo. Nos cuesta hoy entender lo que fue «una edad de fe», como la medieval, que creía realmente en el mundo sobrenatural. Había, por cierto, herejes y pecadores, pero nunca se ponía socialmente en duda el orden sobrenatural. En el siglo XIV hubo, claro está, escépticos y materialistas, pero eran individuos aislados, sin influjo social. Se pecaba mucho, es verdad, pero cuando un hombre pecaba, sabía que pecaba. Por eso a veces llegaba a la blasfemia; la blasfemia supone que se cree en aquel a quien se insulta. En ese ambiente resultan más viables las cartas llamadas «políticas» de Catalina. Espigemos en algunas de ellas.

A los jefes de gobierno de Siena se dirige así:

«Yo Catalina, os escribo en su preciosa sangre, con deseo de veros señores y de corazón viril, esto es, que os enseñoreéis de la propia sensualidad, con verdadera y real virtud, siguiendo a nuestro Creador. De otro modo, no podríais poseer justamente el señorío temporal, el cual Dios os concedió por su Gracia. Conviene pues que el hombre que tiene que ser señor de otros y gobernarlos, sea señor de sí mismo y se gobierne primero... En verdad, señores carísimos, quien es ciego y ha ofuscado su mirada por el pecado



mortal, no conoce ni a sí mismo ni a Dios. Mal podrá pues ver y corregir el defecto del súbdito suyo».

Algo semejante le dice a Bernabé Visconti, señor de Milán, un hombre muy poco recomendable:

«Aquel que no ofende nunca a Dios guarda la Ciudad, se enseorea de sí mismo y del mundo entero... Muchos son los que tienen victoria en ciudades y castillos sin tenerla sobre sí mismos y sobre sus verdaderos enemigos, como son el mundo, la carne y el demonio... Ea, padre; quered poseer firmemente el señorío de la ciudad del alma vuestra... Amad, amad, pensad que habéis sido amado antes de amar. Pues Dios se ha apasionado por la belleza de sus criaturas». Y concluye: «Corred virilmente a realizar grandísimos hechos por Dios y por la exaltación de la Santa Iglesia, así como lo habéis hecho a favor del mundo y en contra de ella». Bien sabía nuestra Santa que el obstáculo principal a sus elevados designios, que coincidían puntualmente con los de Dios, era el pecado de aquellos a quienes trataba de convencer.

Con frecuencia escribe también a los gobernantes pidiéndoles que ayuden a la Iglesia en su tarea salvífica, según lo señalamos más arriba. A la reina madre de Hungría, por ejemplo, tras rogarle que ponga ante sus ojos la imagen del Cordero desangrado sobre el leño de la Cruz, le ruega que haga lo posible en favor de la salvación de las almas, ya que, para lograrlo, Cristo, «como ebrio y enamorado de nuestra salvación», no temió los tormentos ni la muerte. Tras lo cual le agrega una sentencia que expresa acabadamente el pensamiento medieval en lo que toca a las relaciones entre lo espiritual y lo temporal:

«La Iglesia necesita de vuestro socorro humano, y vosotros, de su socorro divino –la Chiesa ha bisogno del vostro aiuto humano, voi del suo divino–».

En carta al atolondrado rey de Francia, Carlos V, le dice:

«Me asombra que un católico como vos, que quiere temer a Dios y obrar como valiente, se deje llevar como un niño...». Luego le solicita tres cosas: la primera es que, cual representante de Dios en el orden temporal, desprecie el mundo y a sí mismo, poseyendo el reino como algo prestado y no suyo, ya que quien posee lo ajeno como propio es un ladrón; lo segundo, que mantenga la justicia, no cediendo a halagos, ni placeres, ni dinero, sino favoreciendo a los pobres; la tercera, que observe la doctrina que Cristo le enseña desde la cruz, es decir, el amor al prójimo, especialmente con los otros reyes cristianos, como los de Inglaterra y Navarra, con los cuales ha estado tanto tiempo guerreando, en vez de volcar sus energías en la recuperación de Tierra Santa. «Yo os digo de parte de Dios crucificado, que no tardéis ya en hacer esta paz. Haced la paz, y dirigid toda la guerra contra los infieles».

#### 4. Contemplación y acción

Nos impresiona descubrir en Catalina una amalgama tan lograda entre su vida interior y su celo apostólico. Recordemos que su actuación pública comenzó precisamente al inaugurarse el estadio unitivo de su vida. Era martes de 1367, el último día del carnaval en Siena, cuando se celebraron sus bodas místicas, a que ya aludimos. Siena estaba en plena efervescencia. «¿Hubo nunca hombres más ligeros que los sienenses?», se preguntaba Dante escandalizado. El gran poeta los conocía bien, pues había participado en el famoso «palio di Siena», una pintoresca carrera de caballos que se realiza hasta hoy, donde compiten jinetes de todos los barrios de la ciudad. En la celda de su familia, es probable que la Santa haya percibido el contraste entre los besos apasionados de los jóvenes enamorados y el anhelo de la novia del Cantar: «Que me bese con un beso de su boca» (Cant 1, 1). Ella prefirió el amor divino, las bodas místicas.

Dios la había elegido para que lo ayudase en la salvación de muchas almas extraviadas. Era preciso que su fe fuese lo más sólida posible. De ahí su frecuente ruego: «Señor, concédeme la plenitud de la fe». El Señor la oyó:

«Ya que por mi amor has renunciado a todos los placeres del mundo y no quieres alegrarte más que en mí solo, he resuelto desposarme contigo en la fe y celebrar solemnemente nuestras bodas».

Nos cuenta su biógrafo que mientras el Señor pronunciaba estas palabras, comparecieron su Santa Madre, San Juan Evangelista, San Pablo y el profeta David. Mientras David tocaba el arpa, María acercó la mano de Catalina a la de su Hijo, y éste sacó un anillo de oro que colocó en el dedo de su Esposa mientras le decía:

«Yo, tu Creador y tu Salvador, me desposo hoy contigo y te doy mi fe, que no vacilará jamás y se verá preservada de todo ataque hasta el día en que nuestras bodas se celebren en el cielo».

Aquí comenzó el período unitivo de su vida espiritual, signado por la contemplación. Ella hubiera deseado quemar etapas y arribar enseguida a las bodas del cielo.

«¿Cuándo, pues, Esposo mío? –se quejaba en sus éxtasis–. ¿Por qué no inmediatamente?». Fue tan insistente que el Señor debió reprocharle su premura. «Por más que yo tuviese el deseo ardiente de comer la Pascua con mis discípulos –le dijo–, esperé la hora de mi Padre. Tú también espera con paciencia la hora de unirme a mí totalmente».

Mas Catalina no se limitó a esperar el gozo terminal. Con el correr del tiempo, se fue polarizando cada vez más en Dios, de modo que su inteligencia, su corazón, su memoria no iban teniendo otro objeto que no fuese Dios y lo que es de Dios. Escribe Jörgensen:

«En Dios solamente se acuerda de sí y de los demás, como el que se sumerge en el mar y nada bajo las aguas sólo ve y siente el agua que le rodea y encierra. Fuera de esa agua, nada ve, nada siente, nada toca; no puede ver los objetos exteriores más que a través del agua, no de otro modo».

Las levitaciones que a veces la acompañaban en la oración no eran sino una especie de símbolo de la gravitación que Dios ejercía sobre ella, como si allí actuase una ley de la gravedad invertida. Así leemos en el *Diálogo*:

«Frecuentemente, en razón de la plenitud de su unión con Dios, el cuerpo se levanta de la tierra, como si se hubiese aligerado. No ha perdido, sin embargo, nada de su peso; pero como la unión que el alma ha contraído con Dios es más perfecta que la unión existente entre el alma y el cuerpo, la fuerza del espíritu fijo en Dios levanta de la tierra el peso del cuerpo».

Diversos autores han destacado el carácter poético de la espiritualidad ceteriniana, en estrecha conexión con su vuelo místico. Un discípulo suyo escribió:

«Un día nuestra *Mamma* se llenó de entusiasmo a la vista de un prado lleno de florecillas deslumbradoras y exclamó: ¿No veis que todas las cosas alaban al Señor y nos hablan de él? Esas flores rojas nos recuerdan las llagas sangrientas de Jesucristo».

Al estilo de Francisco de Asís, Catalina tenía algo de juglar, si bien su don poético era quizás más intelectual que el de Francisco. Sus imágenes se nos muestran riquísimas, a veces no exentas de humor, como cuando califica al Breviario de «esposa del sacerdote», porque éste acostumbra a pasearse con él bajo el brazo. Cuando oía a los cuervos graznar: ¡*cras, cras!*, que en latín significa «mañana, mañana», los parangonaba con el perezoso, que siempre posterga sus propósitos. Asimismo comparaba el corazón con una lámpara, estrecha por abajo, ancha por arriba, estrecho cuando cede al egoísmo, pero amplio cuando se abre al amor de Dios. Refiriéndose a los herejes dice que ellos pretenden interpretar por sí solos las Escrituras, «pero las eternas verdades son como estrellas que se distinguen mejor desde las profundidades del pozo de la humildad». A aquellos de quienes decía San Pablo que «siempre están aprendiendo, sin jamás llegar al conocimiento de la verdad» (2 Tim 3, 7), los califica de «hojas que mueve el viento»; en el fondo, dice no son sino *uomini da vento*.

A Catalina le gustaba cantar, según lo atestiguan sus discípulos. No en vano el canto tiene estrecha relación con la poesía. Ya en su niñez, cuando se paseaba por el jardín hogareño, solía cantar a su Esposo divino. Pero sobre todo lo hacía en sus largas caminatas;

«cantaba con una voz tan límpida, que las hermanas que la acompañaban estaban maravilladas, y experimentaban, en cierto modo, la impresión de que la Santa se había cambiado en otra persona».

Un austero y solitario monje inglés, William Fleet, que la frecuentaba, recuerda que a menudo entonaba en latín un cántico que empezaba así: «Soy esposa de Dios, esposa de Dios, esposa de Dios, porque soy virgen». Y también este villancico, que ella misma compuso: «Querido angelito, nacido en Belén: aquí, en la tierra, eres niño, pero en el cielo, Rey coronado». Refiriéndose a esta copla, aquel mismo eremita dijo en el sermón que pronunció a la muerte de la Santa: «Ahora puede cantar en el cielo, para alegría de su Esposo, aquel villancico... No sólo puede cantarlo... Puede también, con las vírgenes en el paraíso, trenzar sus pasos de danza, como solía hacerlo cuando estaba en la tierra».

Ella concebía la vida, natural y sobrenatural, como un gran concierto, una gloriosa sinfonía. Quien comenzó a entonar la melodía, nos dice en el *Diálogo*, fue «el dulce Verbo de amor cuando en la Cruz dejó oír un canto tan dulce que atrajo a él al género humano». Todos los santos participan en este concierto, cada uno aportando su propia voz. Una tarde Catalina se encontraba en oración, cuando advirtió que Jesús estaba a su lado, acompañado de Santo Domingo. Fue tal su alegría, que se puso a cantar. Los dos huéspedes celestiales se unieron a ella, y los tres cantaron de concierto. En otra ocasión, un sacerdote la fue a visitar. La encontró en el jardín.

«Padre –le dijo–, ¿no oís cómo cantan en el cielo?; todos no cantan del mismo modo: los que aquí abajo han amado más a Dios, poseen las voces más claras y hermosas. ¿No oís cantar a Magdalena? Su voz se eleva por encima de todas las demás».

Nos arrebató esta figura mística, juglar, cantora y danzante de Dios. Para Jørgensen su poesía fue una forma de su filosofía, o mejor, diríamos nosotros, de su teología, de su amor a la verdad total, que se vuelve bella a fuerza de resplandecer. Es verosímil que en los círculos de Catalina se leyeron frecuentemente en voz alta los versos del Dante. Y que algunas reminiscencias hayan quedado grabadas en su memoria.

¿Cómo pudo unir de manera tan armoniosa su festivo estar con Dios, sus éxtasis y levitaciones, su participación en los conciertos celestiales, con las exigencias de una acción tan desgastadora? Por lo general, las almas místicas viven apartadas del mundo, en monasterios de clausura, protegidas del ruido y del vértigo. En los tratados de los grandes místicos como Taulero, Ruysbroeck, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, se habla del alma y de Dios, del alma en presencia de Dios, del progresar del alma en Dios.

Catalina es distinta. Nunca vivió en un convento, no hizo votos religiosos, y aunque llevaba hábito, era el de una simple terciaria. Su vida interior, si bien en permanente contacto con Dios, se abrió a una visión grandiosa del mundo a la luz del Señor de la historia, del mundo por Él creado y que luego se abisma en el pecado, del Dios que quiere hacerle misericordia, y de los hombres a quienes elige como instrumentos de dicha misericordia. Su anhelo principal fue que Cristo reinase no sólo en su alma, sino en el mundo, en la sociedad. Para lograrlo, pasaría años recorriendo caminos, negociando asuntos en apariencia puramente temporales, exhortando a los dirigentes de ciudades, a los prelados y Papas. No había

allí contradicción alguna. Ella entendía el apostolado como una derivación de su vida mística.

«Os lo digo, amado hijo mío –le escribe a un sacerdote amigo–, toda alma que contemple a este Dios hecho hombre corriendo al oprobio de la santa Cruz y vertiendo la abundancia de su sangre, no podrá resistir y se llenará del verdadero amor; amará el alimento que Dios ama, amará a las almas que Dios ha amado tanto, y se alimentará de ellas».

Cristo mismo le había dicho, según lo consigna en el *Diálogo*:

«Si no se me ama, no se ama tampoco al prójimo, pues es de mí y de mi amor de donde viene el amor que se tiene por él. Es como el vaso que se llena en la fuente: si se retira para beber, pronto está vacío, pero si se deja sumergido en ella, se puede beber siempre de él».

Su vida misma la condujo con toda naturalidad al apostolado. «El amor que se tiene por mí y el amor del prójimo –le había enseñado el Señor–, son una sola y misma cosa; tanto como me ame el alma, tanto ama al prójimo». En estas palabras se condensa y resume la vocación peculiar de esta gran Santa. El Dios mismo que la había enamorado es el que la enardecía: «No permitas que se debilite tu deseo, que se apague tu voz. Grita, grita más, para que yo tenga misericordia del mundo».

Por singular que sea la vocación de Catalina, se integra, sin embargo, en una grande y noble tradición de la Iglesia, la de la Orden de Santo Domingo, Orden gloriosa y caballeresca, como ella gusta describirla en su *Diálogo*. Leclercq, que considera a la Santa como la flor más depurada del árbol que plantó Santo Domingo, escribe:

«Si se piensa que la Orden de los Hermanos Predicadores, fundada para una enseñanza que debe ser el fruto de largos estudios y de una vida de profundo recogimiento –*contemplata tradere*–, tiene como divisa: *Veritas*, marcando con esto el carácter ante todo doctrinal de su contemplación y de su acción, se comprenderá que Catalina, aunque esté por encima de las vías comunes, no está fuera de la línea de la Orden». No en vano el Señor le dijo en el *Diálogo*: «Tu padre Domingo, mi hijo muy amado, ha querido que sus hermanos no tuviesen otro pensamiento que mi honor y la salvación de las almas por la luz de la ciencia». Ella vivió esa vocación a su manera, con una gran originalidad.

El mismo Leclercq establece una esclarecedora comparación entre el espíritu de Santa Teresa y el de Santa Catalina. Al igual que Catalina, Teresa se la pasó viajando, pero de un convento contemplativo a otro. Al comienzo de su «*Camino de perfección*», en un pasaje frecuentemente citado, recuerda a sus hijas el gran papel social que deben cumplir en la Iglesia, sobre todo en los tiempos de crisis, puesto que están destinadas a rogar especialmente por la Iglesia y el clero. Es lo mismo que pensaba Catalina. Solamente que, una vez dicho esto, Teresa no vuelve casi sobre ello y se queda en la consideración de las moradas del alma en su ascensión hacia Dios. No que Catalina dejase de lado la cuestión de la santificación personal. Casi la mitad del *Diálogo* es un tratado de perfección, donde se enseña una doctrina muy parecida a la de los otros grandes místicos, si bien no tan profunda y sistemática como la de los maestros del Carmelo, Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Pero al mismo tiempo destaca con especial énfasis la importancia del apostolado. Para ella, concluye Leclercq,

«la contemplación era la tendencia espontánea y la acción fue la vocación extraordinaria, o, más exactamente, la acción en ella salió de la contemplación como una consecuencia necesaria; esto es el apostolado de la mística». O, si se quiere, «la mística del apostolado».

No hubo para ella incompatibilidad entre la vida activa y la vida contemplativa. Aun en sus viajes más azarosos llevaba siempre consigo lo que ella gustaba llamar «la

celda interior». El suyo es quizás aquel estado mixto, activo y contemplativo a la vez, que Santo Tomás consideró superior al estado puramente contemplativo.

Así como cuando hablaba con la gente nunca olvidaba hablarles de Dios, de manera semejante cuando hablaba con Dios nunca olvidaba las necesidades de la gente. «Divina y eterna Caridad –le dice al Señor en cierta ocasión–, yo te suplico que te apiades de tu pueblo. No abandonaré tu presencia sin que te hayas compadecido de él. ¿Y de qué me serviría tener la vida, si está muerto tu pueblo, si las tinieblas se ciernen sobre tu Esposa?... Quiero, pues, y te lo pido como un favor, que tengas piedad de tu pueblo».

Incluso exhortó a algunos amigos suyos a dejar el retiro del claustro cuando ello se hacía necesario para el bien de la Iglesia. A un monje dubitativo a quien el papa Urbano VI llamó para que lo ayudara, Catalina le escribe así: «Salgan afuera los siervos de Dios y vengan a anunciar y soportar por la verdad, que ahora es el tiempo». Algo semejante leemos en carta a un fraile que vivía en los montes de Lecceto, cerca de Siena, y que sentía el mismo tipo de duda: «Cuando es tiempo de huir del bosque por necesidad del honor de Dios, [un monje generoso] lo hace, y va a los lugares públicos, como hacía el glorioso San Antonio, el cual aunque muy sumamente amase la soledad, sin embargo muchas veces la dejaba para reconfortar a los cristianos». Y a los que pensaban que quienes obraban así lo hacían por instigación del demonio, les retruca: «Parecería que Dios hiciera acepción de lugares, y que se encontrase solamente en el bosque, y no en otra parte, en el tiempo de las necesidades».

Impresiona advertir la importancia que Catalina atribuía al sufrimiento para el logro de los fines del apostolado. Cuando en el *Diálogo* implora de Dios la salvación de las almas, el Señor le da siempre la misma respuesta: «Salvaré al mundo por las oraciones, las lágrimas y los sufrimientos de mis servidores». Una idea que la Santa haría suya. En carta a Raimundo le dice, hablando de un tercero, que en la medida que desee dar gloria a Dios en la santa Iglesia, «conciba amor y deseo de sufrir con verdadera paciencia». La correlación entre el anhelo de la gloria de Dios y la aceptación generosa de las pruebas y el sufrimiento es tan evidente para Catalina como la que media entre el amor y el dolor. Pedir uno es pedir el otro, dirá en sus escritos. Crecer en el amor equivale a crecer en el dolor por aquel a quien se ama. Un dolor que encuentra su desemboque más glorioso en el martirio:

«Si yo consiento en permanecer en la tierra –declaraba a su confesor– es por la esperanza de ser degollada por la gloria de Dios».

#### IV. El fuego y la locura de la sangre

Catalina gusta recurrir a símbolos impactantes para expresar su vivencia espiritual. Examinemos algunos de ellos.

##### 1. La sangre derramada

Tanto en el *Diálogo* como en las cartas, la evocación de la sangre es recurrente. El costado de Cristo, escribe la Santa, fue el lugar donde se encendió el fuego de la divina caridad. Ya estaba muerto. ¿Qué más podía dar? Dejó que abrieran su costado para que fluyese la sangre.

«Mi deseo para con el linaje humano era infinito, y el acto de pasar penas y tormentos era finito. Por eso quise que vieses el secreto del corazón, enseñándotelo abierto para que comprendieras que amaba mucho más y que no podía demostrarlo más que por lo finito de la pena».

Siempre que piensa en ello, Catalina se llena de ternura. En carta a fray Raimundo le cuenta cómo, en cierta ocasión, Cristo le enseñó su corazón. Hizo como una

madre con su hijo pequeñito. Le muestra el pecho, pero lo mantiene alejado, para que el niño lllore. No bien empieza a llorar, ella ríe, llena de felicidad, y besándole, le estrecha contra su pecho y se lo da gozosa y abundantemente.

«Así hizo conmigo aquel día el Señor. Me mostraba de lejos su sacratísimo costado, y yo lloraba por el deseo inmenso de acercar mis labios a la sagrada herida... Después acerqué mi boca a la llaga del costado. Entonces mi alma, arrebatada por un deseo grande, entró toda en aquella herida, y en ella encontró tanta dulzura y tanto conocimiento de la divinidad que, se llegaseis a comprenderlo, os maravillaría de que mi corazón no se haya despedazado y de que haya podido continuar viviendo en semejante acceso de amor y ardor». Catalina bebió a grandes sorbos la sangre del Héroe y del Mártir, la sangre que irrigaría las venas de su alma.

Hemos señalado, páginas atrás, la importancia que atribuía la Santa a los dos momentos culminantes de la relación de Dios con el hombre, la creación y la redención. Volvamos ahora a ello desde el punto de vista del símbolo de la sangre. En el *Diálogo* le dice a Dios: «Tú, Trinidad eterna, eres el Hacedor, y yo la hechura. En la recreación que de mí hiciste en la Sangre de tu Hijo he conocido que estabas enamorado de la belleza de tu hechura». No le bastó haber injertado su divinidad en el árbol muerto de nuestra humanidad, sino que quiso regar ese árbol con su sangre. Jesús es el Cordero desvenado –*svenuto*–, desangrado, cosido y clavado –*confitto e chiavellato*– a la cruz. Tal es el libro que el Padre nos ha dado, «escrito sobre el leño de la cruz, no con tinta, sino con sangre, con los párrafos de las dulcísimas y sacratísimas llagas de Cristo. ¿Quién será tan idiota y torpe, de tan poco entendimiento que no lo sepa leer?», dice en una de sus cartas.

De ahí la devoción de Catalina a la sangre del Sagrado Corazón, que no es sino la expresión del amor que se vuelca sobre nosotros en la redención. «Yo quiero sangre –escribe Catalina–; en la sangre sosiego y sosegaré mi alma». Dicho propósito parece en ella una especie de obsesión. Sus escritos están impregnados del color, del olor y de la calidez de la sangre. A fin de cuentas, es el único lenguaje que puede proferir un alma que ha bebido en la llaga del pecho desgarrado de Cristo, que ha cambiado su corazón por el del Señor, que ha cauterizado las heridas de sus venas con el fuego de sus heridas. Ella nunca cesa de verlo así, clavado en la cruz. Se extasía ante ese Cristo que, como dice en el *Diálogo*, se le ofrece: gustando la amargura de la hiel, comunica su dulzura; cosido y clavado, nos libera de las ataduras del pecado; hecho siervo, nos arranca de la servidumbre del demonio; habiendo sido vendido, nos compra con su sangre; entregándose a la muerte, nos da la vida.

«Tiene la cabeza inclinada para salvarte, la corona en la cabeza para adornarte, los brazos extendidos para abrazarte, y clavado los pies para estar contigo».

Nuestra Santa exhorta a ingresar en el corazón sangrante del Esposo crucificado. «Vete –escribe a uno de sus conocidos–, escóndete todo en el costado de Cristo crucificado, y allí fija tu entendimiento en la consideración del secreto del corazón». Y a una discípula: «¿Quieres sentirte segura? Escóndete dentro de este costado abierto. Piensa que, alejada de este corazón, te encontrarás perdida; mas, si entras una vez, hallarás en él tanto deleite y dulzura, que no querrás salirte jamás». Allí, le dice a fray Raimundo, la esposa descansa en un lecho de fuego y de sangre. En otra carta encontramos este himno a la gloria de la preciosa sangre:

«Con su sangre ha lavado la faz de nuestra alma; por la sangre que derramó con tan ardiente amor y verdadera paciencia, nos ha hecho renacer a la vida de la gracia; la sangre cubrió nuestra desnudez,

vistiéndonos de gracia; al calor de la sangre derritió el hielo y calentó la tibieza del hombre; las tinieblas se disiparon en la sangre y la luz se abrió camino. El amor propio fue aniquilado en la sangre; tan cierto es, que el alma que ve que es amada hasta el derramamiento de sangre se siente impulsada a salir del miserable amor de sí misma para amar al Redentor que ha dado su vida con semejante ardor, buscando ansiosamente la muerte ignominiosa de la cruz.

«Nos basta con quererlo, para que la sangre de Cristo sea nuestra bebida y su carne nuestro alimento; el hambre del hombre no puede saciarse de ninguna otra manera, y sólo la sangre puede saciar su sed. Si el hombre poseyese el mundo entero, no bastaría éste para saciarle, puesto que las cosas del mundo son inferiores a él. No puede satisfacerse más que con la sangre, porque la sangre se halla impregnada de la divinidad eterna del ser infinito, cuya naturaleza es superior a la del hombre».

Para Catalina, la Sangre de Cristo es el símbolo más expresivo del designio salvífico de Dios sobre el hombre, la síntesis misma de la obra redentora, no como acontecimiento histórico ya consumado, sino como hecho vivo, en vías de realización. La Iglesia es la administradora de esa sangre, que sigue siempre fluyendo del costado de Cristo. El Papa, le dice en carta a Juana de Nápoles, «tiene las llaves de la sangre». A Gregorio XI le escribe: «Sois el bodeguero de esta sangre y de ella tenéis las llaves».

La sangre muestra su fuerza sobre todo en los sacramentos. La gracia del Bautismo, que nos llega a través del agua, encuentra su fuente en el Corazón de Jesús que, atravesado por lanza, derramó y sigue siempre derramando agua y sangre, preñadas de poder. Esta sangre, nos dice en el *Diálogo*, es la misma que el sacerdote deja caer en el semblante del alma cuando da la absolución.

Resulta notable advertir cómo algunas prácticas sacramentales, que entre nosotros se vuelven fácilmente rutinarias, quedan transfiguradas cuando la Santa se refiere a ellas con su verbo inefable. Que la absolución haga deslizar la sangre por el rostro del alma, es una expresión tan precisa como exquisita. Pero sobre todo esa sangre nos llega por la Eucaristía, manjar y bebida inenarrables que Dios nos ofrece en nuestra peregrinación hacia el cielo «para que no perdáis la memoria del beneficio de la sangre derramada por vosotros con tanto fuego de amor», según se lee en el *Diálogo*.

Cuando el espíritu se llena «de la sangre de Jesús crucificado», le escribe a un prior de Cartujos, el alma ve lo que es «el fuego de la divina caridad, ese amor inefable mezclado y amasado con sangre... Entonces el alma se reviste de la eterna voluntad de Dios, que encuentra y gusta en la sangre... Por eso os he dicho que deseaba veros bañado y ahogado en la sangre de Jesús crucificado».

Catalina fomentó también la costumbre de la comunión espiritual, «comunión mística por el afecto de la caridad que gusta y halla en la sangre al considerar que ha sido derramada por amor; a causa de este deseo, se embriaga, siente abrasarse y se sacia». Según vemos, dicha comunión, además del deseo de recibir a la divina víctima, incluye la adhesión unitiva a la caridad hallada y gustada en la sangre esparcida con tanto fuego de amor. Una de sus oraciones eucarísticas nos recuerda a San Bernardo: «¡Oh Señor de la inefable misericordia! ¡Cuán dulce eres para los que te aman, cuán suave para los que te gustan, pero mucho más suave para los que beben de ti!»

En la misma línea de los Padres que hablaban de la *sobria ebrietas*, nuestra Santa se refiere con deleite a la *ebriedad* espiritual que causa la recepción de la sangre.

El mismo Cristo, escribe en el *Diálogo*, «como ebrio de amor, os da, para que sea baño para vosotros, su propia sangre, derramada por todas las partes del cuerpo abierto de este Cordero». En su ebriedad de amor, el Señor se nos ofrece, para hacernos partícipes

de su propia embriaguez. Escribiendo a un dominico le dice: «Poco a poco [el alma] siente volverse ebria, porque es cuando está ebrio que el hombre pierde el sentimiento de sí mismo y no se descubre más que el sentimiento del vino; todos los sentimientos allí quedan ahogados. Así mi alma, ebria de la sangre de Cristo, pierde el propio sentimiento de sí misma, privada como estoy del amor sensitivo, privada como estoy del temor servil...». En otra de sus cartas leemos: «Mi alma, cuando conoce esta verdad [la de la sangre divina] cae en la embriaguez. Como un hombre ebrio, pierde todo sentimiento propio, embriagada como está de la sangre de Jesucristo».

La consideración de la sangre, en sí misma y sobre todo en la Sagrada Eucaristía, era un pensamiento que perduraba en su alma. «La memoria –escribe–, verdadero vaso del alma, está llena de la sangre, la conciencia se nutre de ella. Por la memoria de la Sangre se abrasa el alma en odio del vicio y amor de la virtud». Refiriéndose a una comunión especialmente fervorosa que hizo, confiesa que persistió durante muchos días en su boca el olor y el gusto de la sangre.

Los verbos a que recurre Catalina para exhortar al contacto con la sangre son apabullantes. A un discípulo suyo le dice: «Vístete con la sangre de Cristo crucificado». A un político de Siena le recomienda «que siga las huellas de Cristo crucificado, y se anegue en la sangre de Cristo crucificado». A fray Raimundo lo exhorta: «Anegaos, pues, en la sangre de Cristo crucificado, y bañaos en la sangre, y embriagaos con la sangre, y saciaos de la Sangre, y vestíos con la sangre. Y si hubieseis sido infiel, rebautizaos en la sangre; si el demonio hubiese ofuscado los ojos de la inteligencia, laváoslo con la sangre; si hubiereis caído en la ingratitud por los dones recibidos, agradeced en la sangre; si fuisteis pastor vil y sin el cayado de la justicia, temperada con prudencia y misericordia, sacadlo de la sangre...».

«Diluid en la sangre la tibieza y caigan las tinieblas a la luz de la sangre para que seáis esposo de la Verdad y verdadero pastor y gobernante de las ovejas que se os han confiado...». También le dice: «Así lo haré yo en la medida en que me lo conceda la gracia divina. Y de nuevo quiero vestirme con la sangre y despojarme de toda otra vestidura que me hubiera propuesto como fin hasta ahora. Yo quiero sangre; y en la sangre satisfago y satisfaré a mi alma. Estaba engañada cuando buscaba la satisfacción en las criaturas... Quiero acompañarme con la sangre; y así encontraré la sangre y las criaturas y beberé su afecto y su amor en la sangre».

Destaquemos la vehemencia de los verbos que Catalina une a la palabra «sangre»: vestirse, nutrirse, bañarse, saciarse, rebautizarse, lavarse, embriagarse, anegarse, sumergirse, etc. Su espiritualidad pareciera haber encontrado un punto de polarización en la hemorragia divina de la Cruz. «Empápate en la sangre –le escribe a una monja–, para que no caiga ningún escrúpulo en tu mente, ni temor servil. Escondámonos en la caverna del costado de Cristo crucificado donde has encontrado la abundancia de la sangre». En otra carta a la misma religiosa, Catalina relee toda la historia de la salvación a la luz de la sangre derramada:

«Te escribo en su preciosa sangre –le dice–, con deseo de verte empapada y anegada en la sangre de Cristo crucificado, en la cual encontrarás el fuego de la divina caridad; gustarás la belleza del alma y la gran dignidad suya. Puesto que, contemplándose Dios en sí mismo, se enamoró de la belleza de su criatura; y como ebrio de amor, nos creó a su imagen y semejanza. Habiendo perdido el ignorante hombre la dignidad y belleza de su inocencia por la culpa del pecado mortal, por haberse hecho desobediente a Dios, él mandó al Verbo unigénito Hijo suyo, poniéndole por obediencia que con su sangre nos diera la vida y la belleza de la inocencia; puesto que en la sangre se lavaron y lavan las manchas de nuestros defectos. Ves, pues, que en la sangre se encuentra y saborea la belleza del alma».

Con frecuencia nuestra Santa relaciona la sangre con la virtud de la fortaleza. La contemplación de la sangre que Cristo derramó en la Cruz es una invitación implícita a unir con ella nuestra propia sangre. Nos cuenta en el *Diálogo* que en uno de sus raptos sintió que sudaba abundantemente.

«Mas ella —dice hablando de sí— despreciaba este sudor de agua por el deseo inmenso que tenía de ver salir de su cuerpo sudor de sangre, diciéndose a sí misma: Pobre alma mía, has perdido todo el tiempo de tu vida, y por esto han venido tantos males y daños al mundo y a la santa Iglesia en común y en particular; por esto, yo quiero que lo remedies ahora con sudor de sangre».

Dada la corrupción que existía en el mundo político y en el mundo religioso de su tiempo, así como el peligro del cisma, que iba ensombreciendo el horizonte de la Iglesia, comprendía que no era suficiente el sudor natural; «sudor de sangre querría yo, y de buena gana hubiera querido que en mi cuerpo se desbordasen mis venas», dice en una de sus cartas.

Lo que el mundo desea, con caricias o amenazas, escribe en otra ocasión, es hacer que los buenos vuelvan la cabeza y se aparten de la Verdad, deserten del campo de batalla y retornen a su casa para tomar allí de nuevo el vestido viejo que habían dejado, el amor propio, que teme más disgustar a las creaturas que al Creador. Será preciso perseverar en el combate, llenos de la sangre de Cristo crucificado y embriagados con ella. No en vano el Señor le había dicho:

«Esta sangre yo os la brindo en el hostal del Cuerpo místico de la santa Iglesia por mi Caridad para reconfortar a los que quieran ser verdaderos caballeros y combatir contra la propia sensualidad y carne frágil, contra el mundo y contra el demonio, con la espada del odio de estos enemigos con quienes tienen que combatir, y con el amor de la virtud. Este amor es un arma que los defiende de los golpes, que no les llegan si no abandonan el arma y la espada de su mano y la ponen en manos de sus enemigos, es decir, dándoles las armas con la mano del libre albedrío y rindiéndose voluntariamente a ellos. No obran así los que están embriagados con la sangre, sino que perseveran virilmente hasta la muerte, en la que quedan vencidos todos sus enemigos».

Para Catalina, la Iglesia era como un jardín fundado en la sangre de Cristo y regado con la sangre de los mártires, «que virilmente corrieron detrás del olor de su sangre». En carta a Raimundo de Capua le dice que los gloriosos mártires que por la verdad se dispusieron a la muerte, «con su sangre, derramada por amor de la Sangre, fundaban los muros de la santa Iglesia».

En cierta ocasión, el papa Urbano VI convocó a varias personas, entre ellas a un discípulo de Catalina, para que fuesen a Roma y lo ayudasen en una difícil situación por la que estaba atravesando la Iglesia. Sabedora de ello, Catalina le escribe a su discípulo pidiéndole que tome coraje y responda al llamamiento:

«La sangre de estos gloriosos mártires, aquí en Roma, sepultados en cuanto al cuerpo, que con tanto fuego de amor dieron la sangre y la vida por amor de la Vida, hierve toda, invitándote, y también a los otros, a venir a soportar por gloria y alabanza del nombre de Dios y de la santa Iglesia, y para prueba de la virtud... No nos hagamos los sordos. Si por el frío nuestros oídos estuvieran tapados, tomemos la sangre caliente, que está amasada con fuego, y lavémoslos, y se nos quitará toda sordera. Escóndete en las llagas de Cristo crucificado; huye del mundo, sal de la casa de tus padres, huye hacia la caverna del costado de Cristo crucificado, para que puedas llegar a tierras de promisión».

Es ésta una exhortación reiterada: «Sé crucificado con Cristo crucificado... Persevera hasta el fin, no buscando consuelo más que en la sangre que mana de la cruz». Será preciso abrazarse al «amor torturado» del Calvario, le dice el mismo Cristo, dispuesto a sufrir hambre y sed, baldones y afrentas, «con el deseo de dar la vida por amor de la Vida, a mí, que soy su vida, y su sangre por amor de la sangre». Más aún, como llega a escribirle a la marquesa de Seiana, «si fuera posible adquirir las virtudes sin pena, esta alma no las querría, pues le parece que bajo una cabeza coronada de espinas no debe haber miembros delicados y vale más sufrir espinas con él». Hay una estrecha relación entre la sangre, el amor y el

dolor. Así se lo enseñó el mismo Señor en el *Diálogo*:

«Puesto que de mí ha conocido mucho, mucho me ama —le dijo, refiriéndose a un amigo de Catalina—. Y porque me ama mucho, mucho sufre. De ahí que quien crece en amor, crece también en dolor». La sangre derramada de Cristo invita, pues, al derramamiento de la propia. «No me asombra —le escribe nuestra Santa a dos eremitas— que el pensamiento de esta preciosa sangre hiciese correr a los santos a derramar la suya».

Y conste que no se trata de soportar dolores quejumbrosamente, o llevar la cruz al modo del Cireneo, por pura coacción, sino con gallardía espiritual. Entre ella y el Cordero la relación es nupcial.

«Una esclava —dice en una de sus cartas— por el hecho de ser tomada por esposa por el emperador, se convierte inmediatamente en emperatriz, y no por sus méritos, porque ella era una esclava, sino por la dignidad del emperador. Así... el alma enamorada de Dios, sierva y esclava, rescatada por la sangre del Hijo de Dios, llega a tal dignidad, que no puede llamarse sierva, sino emperatriz, esposa del emperador eterno».

## 2. El fuego que consume

En diversas ocasiones, según lo venimos observando, junta Catalina la sangre con el fuego. «La sangre de Cristo —escribe, por ejemplo— no existe nunca sin fuego». Y en carta al papa Gregorio XI: «No nos dais sangre sin fuego, ni fuego sin sangre. Que la sangre fue derramada con fuego de amor». Dios mismo le dijo en el *Diálogo*: «Por el amor inefable que os tuve al querer crearos de nuevo a la gracia, os lavé y os engendré en la sangre de mi unigénito Hijo, derramada con tanto fuego de amor».

Es posible que Catalina se haya inspirado en la doctrina católica acerca de las tres formas posibles de bautismo, el bautismo de agua, que es el más común, el bautismo de deseo, que la tradición llamó *baptismum flaminis* —bautismo de fuego—, y el martirio, conocido como *baptismum sanguinis* —bautismo de sangre—. En el *Diálogo*, Cristo le enseñó que había dos bautismos de sangre. Uno, el de aquellos que son bautizados en su propia sangre, derramada en homenaje al Señor, que tiene valor en virtud de la Sangre del Cordero inmolado; y el otro, el de los que se bautizan con «fuego», deseando el bautismo con encendido afecto de amor, sin que de hecho lo puedan recibir en forma sacramental.

«Mas este bautismo de fuego no es sin la sangre, porque la sangre está mezclada y unida con el fuego de la divina caridad, porque por amor fue derramada».

Lo que Catalina quería señalar al vincular tan estrechamente la sangre con el fuego es que aquella gloriosa sangre de Cristo era una sangre hirviente, hervorosa, sangre ígnea. «Sus llagas dulcísimas — escribe en una carta— vertieron sangre mezclada con fuego, porque con fuego de amor fue derramada». Refiriéndose Cristo en el *Diálogo* a un enemigo suyo, le dijo a la Santa: «Me odia a mí, a quien está obligado a querer por ser yo sumamente bueno y haberle dado el ser con tanto fuego de amor». Catalina lo expresa a su modo, en otra de sus cartas: «Es bien cierto que la sangre arde de amor y que el Espíritu Santo es este fuego, porque el amor fue la mano que hirió al Hijo de Dios y le hizo derramar sangre. Y ambos se juntaron entre sí y fue tan perfecta esta unión que nosotros no podemos tener fuego sin sangre, ni sangre sin fuego». Es claro que ese fuego y esa sangre, que eran humanos, valen en virtud de misterio de la unión hipostática. Así se lo señaló Cristo en el *Diálogo*: «Ni el fuego ni la sangre sin mi naturaleza divina, porque la naturaleza divina estaba perfectamente unida con la humana». La sangre derramada con tanto fuego de amor es la sangre del Verbo encarnado, sangre humana, por cierto, pero inseparablemente unida a la divinidad.

Según Jørgensen, la sangre y el fuego son los dos términos en que se resume el mensaje que Catalina trajo al mundo. La salvación consiste en bañarse en la sangre, en beber la sangre, por una parte, pero por otra, en dejarse consumir en las llamas. El fuego va extinguiendo todo lo remanente del hombre viejo, hasta que llegamos a identificarnos con Cristo, a hacernos uno con el fuego. No en vano el Señor anunció que había venido a traer fuego a la tierra. Catalina le hace decir: «Yo soy el fuego y vosotros las chispas». Pero el fuego no sólo extingue, sino que también enardece. Cuando el fuego de Dios se enciende en nosotros, le escribe a un amigo dominico, nuestra alma arde como un brasero. El fuego tiende siempre a elevarse a su principio, y por eso va encumbrando al alma, evitando que permanezca sumergida en el conocimiento de sus propias miserias. En carta a un Nuncio Apostólico le dice:

«El hombre no puede volverse una sola cosa con el fuego si no se arroja dentro de él, a tal punto que nada quede fuera. Este es aquel vínculo del amor, con el cual el alma se ata a Cristo. ¡Oh, cuán dulce es este vínculo que ató al Hijo de Dios al leño de la santísima cruz! Y no bien se encuentra el hombre atado a estos lazos, ya está en el fuego. Y el fuego de la divina caridad obra en el alma como el fuego material, que calienta e ilumina y la convierte en sí mismo. ¡Oh fuego dulce y atractivo, que das calor y expulsas toda frialdad de vicios y pecados, y de amor propio de sí mismo! Este calor calienta y enciende el leño árido de nuestra voluntad; por lo cual ésta se enciende y dilata a los dulces y amorosos deseos amando aquello que Dios ama, y odiando aquello que Dios odia». El alma se vuelve fuego». «Es como un tizón abrasado dentro del horno que nadie puede tocar para retirarlo porque se ha convertido en fuego».

En este contexto cobra todo su sentido lo que Catalina dijo de sí misma: «*La mia natura è fuoco*», mi naturaleza es fuego. Dios, que es amor ígneo, la hizo partícipe de su naturaleza. «En tu naturaleza, eterno Dios, reconozco mi propia naturaleza; y ¿qué es mi naturaleza? Mi naturaleza es fuego». Por eso resonó con tanta fuerza, en medio de una sociedad tibia y aburguesada, el grito de la Santa: «¡Un poco de fuego, basta de ungüentos!». El fuego, si no se lo extingue, nunca se detiene, sino que tiende incoerciblemente a acrecentarse. Saciándola [el fuego al alma], no se sacia, sino que hambrea siempre – escribe Catalina en el *Diálogo*–:

«Cuando más te tiene, más te busca, y cuando más te busca y te desea, más te encuentra y gusta de ti, sumo y eterno Fuego, abismo de caridad»

### 3. La locura de Dios

Catalina penetró como pocos en los abismos de la bondad de Dios. Contemplando el misterio de la providencia inefable, su corazón se dilataba según las medidas del Corazón de Cristo. Permanecía, sin duda, en su cuerpo, pero le parecía estar fuera de él, por el arrebato que en ella producía el exceso de la divina caridad. ¿No es acaso excesiva dicha condescendencia, no hay cierta locura en el amor de Dios?

«¡Oh inefable y dulcísima Caridad! ¿Quién no se inflamará ante tanto amor? ¿Qué corazón resistirá sin desfallecer? Diríase, oh Abismo de caridad, que pierdes la cordura por tus criaturas, como si no pudieras vivir sin ellas, siendo nuestro Dios... Tú, que eres la vida, fuente de toda vida y sin la cual todo muere, ¿por qué, pues, estás tan loco de amor? ¿Por qué te apasionas con tu criatura, siendo ella tu complacencia y delicias?».

Tales acentos aparecen no sólo en las páginas del *Diálogo* sino en sus cartas y elevaciones. En una de estas últimas leemos: «¡Oh Trinidad eterna, Trinidad eterna; oh Fuego y Abismo de caridad; oh Loco de tu criatura!... ¡Oh Trinidad eterna, Loco de amor!». La criatura, a la que había hecho a imagen y semejanza suya, lo ha enajenado: «Loco de tu misma hechura».

La Locura de Dios. Nos enardece este pensamiento. Un primer síntoma de esa locura es, como se insinuara más arriba, el hecho mismo de la creación. Catalina no acaba de admirarse viendo cómo Dios no nos creó por ningún otro motivo que no fuese el fuego gratuito de su caridad. Conocía, por cierto, las iniquidades que íbamos a cometer, pero «tú hiciste como si no lo vieras, antes fijaste la mirada en la belleza de tu criatura, de la que tú, como loco y ebrio de amor, te enamoraste, y por amor la sacaste de ti, dándole el ser a imagen y semejanza tuya».

Transida la Santa de fuego, sangre y amor, sus palabras, que brotan con una vehemencia sobrecogedora, llevan el signo inequívoco de la belleza y de la poesía, estremeciendo las fibras más recónditas del corazón. Nuestro Dios es un Dios loco, loco de amor. ¿Acaso precisaba de nosotros? Él es la vida indeficiente y de nada necesita. Con todo, se comporta como si no pudiese vivir sin nosotros. Ya esto parecía excesivo. Pero la locura de Dios no se clausura en la creación. Quedaba todavía por realizar su gesto más enajenado, la Encarnación del Verbo.

«Cómo has enloquecido de esta manera? Te enamoraste de tu hechura, te complaciste y te deleitaste con ella en ti mismo, y quedaste ebrio de su salud. Ella te huye, y tú la vas buscando. Ella se aleja, y tú te acercas. Ya más cerca no podías llegar al vestirse de su humanidad. Y yo ¿qué diré? Gritaré como Jeremías: ¡Ah, ah! (Jer 1, 6). No sé decir otra cosa; porque la lengua, finita, no puede expresar el afecto del alma que te desea infinitamente... ¿Qué viste? Vi los arcanos de Dios. Pero ¿qué digo? Nada puedo decir, porque los sentidos son torpes. Diré solamente que mi alma ha gustado y ha visto el abismo de la suma y eterna Providencia».

Tenemos un Padre divino que ha perdido la razón. Nada le podíamos añadir a su grandeza, ningún mal le podíamos hacer con nuestro pecado, y sin embargo, para que no nos perdiéramos, hace justicia sobre el cuerpo de su propio Hijo. «¡Señor, parece que enloqueces!» El Hijo, por su parte, tan enamorado y loco como su Padre, corrió por el camino de la obediencia, hasta dejarse clavar en la cruz. Algo increíble. Porque «yo soy el ladrón y tú eres el ajusticiado en lugar de mí». La cruz es el acto de la locura total. De ella «está suspenso aquel a quien su amor y no los tres clavos retienen en ella fijo y fuerte, Cristo, *il Pazzo d'amore*. Pero no le bastó esta locura, sino que se quiso quedar, todo él, Dios y hombre, envuelto en la blancura del pan». La Encarnación, el Calvario, la Eucaristía, ¿no es acaso la locura total?

La misericordia de Dios, tal como la ha ejercido, está en el telón de fondo de esta locura ininterrumpida. Se ha dicho que el mejor título que le convendría al *Diálogo* sería: «Libro de la misericordia». Porque todo su contenido se resume en las palabras: «Quiero hacer misericordia al mundo». El amor loco no se rinde, ni aun ante el rebelde. Así le canta Catalina:

«¡Oh misericordia que procede de tu Divinidad, Padre eterno, y que gobierna por tu poder el mundo entero! Por tu misericordia hemos sido creados, por tu misericordia hemos sido recreados en la sangre de tu Hijo; tu misericordia nos conserva; tu misericordia ha puesto a tu Hijo en agonía y le ha abandonado sobre el leño de la cruz... ¡Oh loco de amor! ¿No era bastante haberte encarnado, sino que, además has querido morir... y tu misericordia ha hecho más todavía: te has quedado como alimento. ¡Oh misericordia! ¡Mi corazón se hace todo fuego pensando en ti! De cualquier lado que mi espíritu se vuelva y se revuelva no encuentra sino misericordia...».

## V. En las entrañas de la Iglesia

Los diversos temas caterinianos a que nos hemos ido refiriendo, la creación, la redención, la verdad, la sangre, el fuego, la locura, tienen una clara connotación comunitaria, encontrando en la Iglesia su «lugar teológico».

co». Catalina fue una enamorada de la Iglesia. Su espíritu se asemeja grandemente al de San Pablo, y las cartas de aquella a las epístolas de éste. Son dos almas gemelas en su espiritualidad y en su apostolado, no obstante los siglos que los separan y las diferencias que sus diversos sexos traen consigo.

El alma de Catalina es radicalmente eclesial. Todo en ella tiene que ver con su fe en la Iglesia, puerta por la que se entra en Cristo:

«Nadie puede complacerse en la hermosura de Dios, en el abismo de la Trinidad, sin la asistencia de esa dulce Esposa, pues nos es preciso a todos pasar por la puerta de Jesús crucificado, la cual no se halla en parte alguna fuera de la Iglesia».

### 1. Su pasión por la Iglesia

«Tenemos que apasionarnos por la santa Iglesia por amor a Jesús crucificado», le decía en carta a la reina madre de Hungría. Todos los santos han amado a la Iglesia. Santa Catalina, siempre extremosa, sintió por ella verdadera pasión. No otra fue la razón de sus viajes, embajadas, escritos, amistades, luchas y sufrimientos. Admirase Leclercq al ver cómo esta aldeana, esta «*popolana*», como se la llamaba en Siena, se haya elevado hasta una concepción tan grandiosa de la Iglesia. Al insistir sobre la estrecha unión de Cristo y de su Iglesia, no estaba elaborando, por cierto, una doctrina nueva. Ya sobre ello habían tratado ampliamente San Pablo, los Padres de la Iglesia y Santo Tomás. Lo que hizo fue sazonar dicha enseñanza, confiriéndole luz, relieve y calor. «La Iglesia es lo mismo que Cristo», afirma tajantemente en una de sus cartas. Para ella la Iglesia era la prolongación viva del misterio redentor de Cristo, era Cristo que seguía redimiendo a lo largo de los siglos. Por eso la amó como amó a Jesús; amó a Jesús en la Iglesia, y quiso morir por la Iglesia, para poder morir por Jesús.

No falta quienes se disponen a leer el libro del *Diálogo* creyendo encontrar en él una serie de revelaciones privadas, quizás sorprendentes, como en otras obras de ese género. Pronto quedan defraudados. Porque lo que en él se contiene es reductible a las enseñanzas fundamentales y tradicionales de nuestra fe. El objeto de sus visiones e ilustraciones son siempre los grandes misterios revelados, la Trinidad, Cristo, la Iglesia, no cosas que piadosamente puedan creerse, o escenas de la vida y pasión de Cristo que no se encuentran en los Evangelios, como suelen hallarse en los escritos de tantos otros «videntes». De lo que ella trata principalmente es del «misterio de la redención», no fríamente, por cierto, sino con una actualidad y presencialidad que impresionan vivamente.

Cuando habla de la Iglesia, Catalina distingue «el Cuerpo místico de la santa Iglesia», constituido por la jerarquía y los fieles agrupados en la Iglesia, de lo que llama «el cuerpo universal de la religión cristiana», que es la sociedad temporal en que se reúnen los cristianos, lo que hoy entendemos por «Cristiandad». Son dos cuerpos estrechamente ligados. Dicha distinción la encontramos puntualmente en una de sus *Elevaciones*:

«Y así como tú te me das a ti mismo en la comunión del cuerpo y la sangre, te me das todo Dios y todo hombre, así, Amor inestimable, te pido que me hagas comulgar con el Cuerpo místico de tu santa Iglesia y el cuerpo universal de la religión cristiana, porque en el fuego de tu caridad he conocido que deseas que el alma se deleite en este manjar».

Como se ve, Catalina conoce una doble comunión, la sacramental y la eclesial, esta última en continuidad con la primera. La Iglesia y Cristo eran para ella dos realida-

des inescindibles. Por eso, así como se había enamorado perdidamente de Cristo, se enamoró también de la Iglesia, polarizándose en ella, haciendo suyos los mejores proyectos e iniciativas de la Esposa del Señor. En carta a un discípulo le confiesa que su memoria estaba siempre llena de las necesidades de la Iglesia y del pueblo cristiano. Hacia el fin de su vida le escribía a fray Raimundo:

«Mirad cuánta necesidad vemos en la santa Iglesia, que en todo vemos que ha quedado sola... Y así como ha quedado sola la Esposa, también lo ha sido el Esposo».

### 2. Cargar los pecados

Los escritos de Catalina dejan trasuntar su preocupación por el mundo, por la salvación del mundo pecador, implorando de Dios su infinita misericordia. «Por esto corro y clamo delante de tu misericordia, para que quieras usar de misericordia con el mundo».

Mas no se contentó con rogar, como quien suplica desde afuera. Lo que se propuso fue asumir la responsabilidad de tantos pecados:

«Ahora sé lo que tengo que hacer. Reuniré todos nuestros pecados, todas nuestras transgresiones, todas las miserias humanas en un gran haz, que cargaré sobre mis espaldas, y llevaré esta horrible carga hasta el pie del trono de tu misericordia infinita».

Ella misma pensaba, y así lo repitió frecuentemente, que en razón de sus propios pecados, de sus muchas iniquidades, la Iglesia había tenido que soportar buen número de castigos, persecuciones y desgracias. La idea que subyace tras este juicio es la del carácter social del pecado. Todo pecado, por oculto y personal que parezca, no carece de repercusión en los demás. Pero concretamente, ¿a qué desórdenes se refiere esta mujer que jamás conoció el pecado mortal?

Así se lo preguntó fray Raimundo. ¿Cómo podía considerarse causa de todos los males que sucedían? La conciencia de los Santos tiene delicadezas que nos asombran. Catalina nunca cesó de reprocharse aquel tiempo de tibieza y de coquetería que conoció en su adolescencia, así como sus pequeños pecados.

«He cometido faltas innumerables, y creo que se pueden atribuir a mis iniquidades las violentas persecuciones que la santa Iglesia y él [el Papa] han tenido que sufrir».

Sobre todo tenía presente los pecados de omisión. Si en esta o aquella circunstancia hubiese obrado de otro modo, esto o aquello no habría ocurrido, y los acontecimientos hubieran tomado otro giro. Quizás hubiese debido hablar de otro modo, escribir más largo o de manera más apremiante, rezar con más ardor.

«Si yo estuviera verdaderamente inflamada en el fuego del amor divino —le decía a su confesor—, ¿no rezaría a mi Creador con un corazón de llamas, y él, soberanamente misericordioso, no se apiadaría de todos mis hermanos y les concedería que en todos ardiera el mismo fuego que arde en mí? ¿Cuál es el obstáculo para este gran bien? Nada más que mis pecados. En él no cabe imperfección; luego el mal está en mí y de mí proviene». Su gran culpa era haber malgastado un océano de gracias. «Yo, que tanto he recibido, bien puedo decir que soy la más ingrata de las creaturas y causa de ruina en el mundo, pues no he salvado a muchas personas predicándoles de palabra y con el ejemplo. He faltado, pues, a mi deber, soy muy culpable».

Ahora quería reparar su presunta negligencia, cargando con todos los pecados de su tiempo. En oración al Padre, luego de señalarle las llagas de la Iglesia y las miserias del mundo, le rogaba:

«Ejerce, pues, sobre mí, divina y eterna Caridad, ejerce sobre mí tu venganza y haz misericordia a tu pueblo. No saldré de tu presencia hasta que no te haya visto hacer misericordia. ¿De qué me servirá ver que tengo la vida, si tu pueblo está en la muerte, si las tinieblas envuelven a tu Esposa...?». En otra ocasión, refiriéndose a

los adversarios del Papa, le dice al Señor: «Ya que tanto te han ofendido, Dios de suprema clemencia, castiga en mí sus pecados. He aquí mi cuerpo, que he recibido de ti y que te ofrezco para que sea el yunque en que aplastes sus iniquidades.».

Sobre todo quería cargar los pecados de la Iglesia. Luego de su muerte, uno de sus admiradores, William Flete, dijo que Catalina se parecía a una mansa mula, que llevaba sin resistencia el peso de los pecados de la Iglesia, como en su juventud había llevado desde la puerta de su casa hasta el granero los pesados sacos de trigo. En una de sus revelaciones, Dios Padre le dijo que tomara sus lágrimas, las uniese a la fuente de su divina caridad, y junto con sus otros servidores, lavase el rostro de la Esposa de su Hijo.

Especial era su interés por llevar sobre sus hombros los pecados de sus seguidores más cercanos. A uno de ellos, un apuesto joven que gustaba leer a Dante, le escribe: «Me has suplicado que te adopte como hijo; y, aunque miserable e indigna, te he adoptado, con gran amor, comprometiéndome a responder ante Dios de todas las faltas que hayas cometido y que puedas cometer». Frecuentemente le decía a Dios en la oración: «De igual modo que tú, oh Señor, cargas con los sufrimientos que hemos merecido, quiero expiar las faltas de todos mis hijos espirituales». A otro de sus discípulos le escribía: «Comienza una vida nueva y tomaré sobre mí tus pecados, que consumiré en las llamas de la caridad divina; después haré penitencia por ellos con lágrimas y súplicas». Y dirigiéndose a Dios: «Te recomiendo a mis hijos e hijas, a quienes has cargado sobre mis hombros».

En el fondo de esta actitud latía su inconmensurable amor a la Iglesia, por la que anhelaba gastarse y desgastarse, al mejor estilo paulino. «Quiero dar mi sangre y la médula de mi sangre por la santa Iglesia. Cuando el mundo entero me arrojase, nada me importaría, porque descansaré, llorando y sufriendo en el seno de la dulce Esposa». Al ver tanta generosidad de parte de Dios, decía en una de sus cartas, y lo que había que hacer para agradecerle más,

«crecía tanto el fuego del deseo, que, si le hubiera sido posible dar mil veces al día la vida por la santa Iglesia, y continuase este tormento hasta el último día del juicio, le parecía que todo ello era menos que una gota de agua».

Su suprema aspiración era el martirio por la Iglesia. «¡Cuán bienaventurada sería mi alma –le escribe a fray Raimundo– si por la dulce Esposa, y por amor de la sangre y salvación de las almas hubiese dado la sangre mía!». Este deseo vuelto oblación se repite en casi todas las oraciones que sus discípulos nos han conservado, especialmente de los últimos años de su vida. En una de ellas, así expresa su anhelo: «A mí concédeme la gracia de que pueda derramar mi sangre y entierre el tuétano de mis huesos en este jardín de la santa Iglesia». En todo coherente con su clamor final: «Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia».

## VI. Una mujer viril

La vida de Catalina fue una lucha casi ininterrumpida, sobre todo en lo que se refiere a su actuación apostólica, poblada de peligros y rica en decepciones, vituperios e intrigas de toda clase, como lo veremos luego en detalle.

### 1. Alma apasionada

Catalina fue una mujer «apasionada», en el mejor sentido de la palabra. Conviene recordar que las pasiones no son en sí ni buenas ni malas. Depende a qué se apliquen. Si yo amo algo indebido, ese amor es perverso, si odio algo odiable, ese odio es santificante. El olvido de las

pasiones en los tratados de moral ha contribuido a crear un cristianismo invertebrado y blandengue. Catalina manejaba con señorío las pasiones, principalmente las del amor y del odio. Nadie amó como Cristo, dice en una de sus cartas, amó perdidamente a su Padre y a los hombres, y nadie odió como Él, odió sin contemplaciones el pecado. No se puede amar a Dios sin odiar, automáticamente, lo que le es antagónico.

Tratando del crucifijo en una de sus cartas, luego de decir que es como un libro escrito, en el que cualquiera, aunque sea ignorante y ciego, puede leer, agrega: «Su primer párrafo es odio y amor: amor de la gloria del Padre y odio del pecado». En el *Diálogo* vemos cómo el mismo Dios Padre se lo confirma: «Este amor y este odio los encuentra en la sangre, puesto que por amor a vosotros y odio al pecado, murió mi unigénito Hijo, dándoos la sangre».

Catalina insiste, pues, en las dos cosas. No sólo en la necesidad de amar a Dios, según lo hemos visto reiteradamente, sino también en la obligación de ejercitar nuestra capacidad de odio, volcándolo sobre la ofensa de Dios. Esta idea reaparece obstinadamente en sus escritos, lo que muestra que no es incidental, sino que afecta a la sustancia misma de su sistema doctrinal. Será preciso aborrecer y detestar el pecado, la sensualidad y la mediocridad, experimentar por todo ello un verdadero odio, y éste tan encendido y hambriento de lo absoluto como el mismo amor, porque de él nace. Sólo así, le escribe a un fraile dominico, uno se vuelve

«un viril caballero que combate con el escudo de la Fe y con las armas de la Caridad, que son una espada de dos filos: odio y amor, amor de la virtud y odio del vicio y de su propia pasión sensible».

En carta a fray Raimundo, su padre espiritual, le recomienda que deje de gustar leche y empiece a comer pan. El párvulo, que se nutre de leche, sólo quiere jugar, no siendo apto para entrar en batalla; así es el hombre que permanece en su amor propio, que no se deleita sino en saborear la leche de sus consolaciones, espirituales o temporales. Cuando se vuelve hombre, rompe el pan con los dientes del odio y del amor, llegando a gozar cuando ve que la sangre brota de sus encías. Se ha vuelto fuerte; ahora sí es capaz de correr a la batalla, deleitándose en combatir por la verdad. Quienes así se comportan están dispuestos a renunciar a la leche para abrazarse con los estigmas de Cristo. Cuando el mundo los mutila, se recogen y reúnen en Dios, cuanto más perseguidos son por la mentira, tanto más exaltan en la verdad.

«Estos tales son comedores de pan mohoso, mas no seco, porque el seco no podría ser triturado por sus dientes, sino con gran fatiga y poco fruto; por esto lo bañan en la sangre de Cristo crucificado, en la fuente de su costado; y por ello, como ebrios de amor, corren a poner el pan mohoso de las muchas tribulaciones en esta preciosa sangre».

Mujer apasionada, por cierto. Y, consiguientemente, lenguaje apasionado. Puede sonar a paradoja, pero nos gusta decir de ella que su medida fue el exceso. Es la medida del amor de Dios, que es no tenerla si éste es auténtico.

### 2. «Sedme viril»

Poco antes de comenzar su vida pública, Dios se había dirigido a ella para decirle: «Sé viril y enfréntate valientemente con todas las cosas que de aquí en adelante mi Providencia te presentará». Dicho apercebimiento la marcó de manera categórica. Ella comprendía, sin duda, lo ciclópeo de la tarea que Dios le encomendaba. El mundo estaba gravemente enfermo; la Iglesia, herida en sus miembros más relevantes.



¿Qué hacer para encontrar el remedio?, le preguntó a Dios, «ya que mi alma está dispuesta a tomarlo virilmente». Así procuraría durante toda su vida caminar esforzadamente por el camino del Verbo, aguantando lo que fuere, oprobios y ultrajes. Dios le había pedido que fuese viril, y ella quiso que dicha virilidad se contagiase a los demás. Tanto en sus cartas como en el *Diálogo* se encuentra a cada paso una exhortación a obrar «virilmente», sea que se dirija a pecadores, sea que le escriba al mismo Papa.

Así a un adúltero le amonesta: «¡Ay! ¡Ay! Seamos hombres; ahoguemos en nosotros el placer femenino —*il piacere femminile*— que ablanda el corazón y lo hace pusilánime». Al papa Urbano VI le escribe: «Sedme todo viril, con un temor santo de Dios». Lo mismo le había aconsejado a su antecesor, Gregorio XI, débil e irresoluto: «Sedme hombre viril y no temeroso». Y en carta posterior: «Largo tiempo deseé veros hombre viril y sin temor alguno, aprendiendo del dulce y enamorado Verbo que virilmente corre a la oprobiosa muerte de la santísima cruz, para cumplir la voluntad del Padre y nuestra salvación». Al cardenal Pedro de Ostia, legado pontificio, le confiesa: «Deseaba veros hombre viril y sin temor». Se ve que era un reclamo recurrente.

Incluso cuando sus corresponsales eran mujeres, las exhortaba igualmente a la virilidad. A la reina Juana de Nápoles, que en los tiempos del cisma y de los antipapas había cambiado de parecer respecto de la legitimidad de Urbano VI, le dice que ha obrado «*colla condizione della femmina che non ha fermezza*», con la condición de la mujer que no tiene firmeza. Si cambia de comportamiento, agrega, «demostraréis haber perdido la condición de mujer y ser hecha «hombre viril»; de lo contrario, demostrareis ser mujer sin ninguna estabilidad». En el servicio de Dios, Catalina no admitía debilidades ni ternuras excesivas. Por «femenino» entendía «el amor compasivo de sí mismo», la blandura, la pusilanimidad, los compromisos y contemporizaciones. Ella estaba en las antípodas de dicha tesitura.

No deja de ser reveladora a este respecto la reacción que tuvo frente a una actitud timorata de fray Raimundo, su padre e hijo a la vez. Cuando este buen fraile se enteró de que el papa Urbano quería que Catalina fuese en misión a la reina Juana de Nápoles, persona de malas entrañas, le señaló al Santo Padre lo peligroso que resultaba dicho encargo, ya que allí iría indefensa, sólo con otra mujer.

El Papa aceptó estas razones, por lo que Catalina bramó de indignación. «¡Si Catalina [de Alejandría], Margarita, Inés y las otras santas vírgenes hubieran obrado con una pusilanimidad semejante, no habrían conquistado jamás la corona del martirio!». En otra ocasión, viajando Raimundo al norte de Italia, le advirtieron que los cismáticos le podrían tender una emboscada, y de acuerdo con el Papa, se quedó en Génova para predicar contra ellos. Al saberlo, Catalina le escribió:

«No sois aún digno de combatir en el campo de batalla; os habéis quedado atrás como un niño; habéis huido voluntariamente del peligro, y os habéis regocijado por ello. Oh mal padrecito —*cattivello padre mio*), ¡qué dicha para vuestra alma y para la mía si con vuestra sangre hubierais cimentado una piedra de la santa Iglesia!... Perdamos nuestros dientes de leche y tengamos en su lugar los dientes sólidos del odio y del amor. Vistámonos la coraza de la caridad y el escudo de la santa fe, y corramos como hombres al campo de batalla; mantengámonos firmes con una cruz delante y otra detrás, para que nos sea imposible huir...

«Sumergíos en la sangre de Cristo crucificado, bañaos en esa sangre, hartaos de esa sangre, embriagaos con esa sangre, vestíos de esa sangre, llorad sobre vosotros mismos en esa sangre, alegraos en esa sangre, creced y fortificaos en esa sangre, curaos de vuestra debilidad y ceguera con la sangre del Cordero sin mancha... No digo más».

Otra vez, le reprochó con impaciencia: «Cuando se trata de promover obras y sufrimientos por la gloria de Dios, os mostráis un hombre; no me resultéis luego hembra cuando llega el momento de realizarlo».

Se ve que Raimundo era proclive a la timidez y a la pusilanimidad, a pesar de ser un hombre sumamente virtuoso, como luego lo reconocería la Iglesia declarándolo Beato. Ya en la última época de su vida, Catalina le escribiría una vez más: «Cuidad de que no os vea tímido, y de que vuestra sombra no os dé miedo. Sed, en cambio, viril combatiente».

### 3. «*Io voglio*»

Refiere un contemporáneo, y no nos extrañamos demasiado de ello, que Catalina inspiraba «una especie de terror» a los que entraban en trato con ella. La admiraban, claro está, pero al mismo tiempo la temían. Se adivinaba su voluntad exigente, sin componendas, devoradora, se presentía que en su ardiente amor a Cristo, quería que todos los demás, saliendo de la mediocridad, se modelasen a imagen del Esposo.

Su alma era, por cierto, de acero. A uno de los hombres más poderosos de su época, el Legado de la Santa Sede, no teme decirle: «Deseo y quiero que obréis de esta manera y de la otra». Este «quiero», *voglio*, se repite cada vez con más frecuencia en sus cartas.

Al obispo de Florencia le dice simplemente: «Quiero». En una de sus cartas escribe: «Es la voluntad de Dios y mi deseo». Y en otra: «Esto desagrada a Dios y me desagrada a mí». Al rey de Francia: «Haced la voluntad de Dios y la mía». Al Papa: «Cumplid con la voluntad de Dios, satisfaciendo el ardiente deseo de mi alma».

Alguien podrá pensar que estos *voglio* implicaban un atrevimiento indebido, una actitud rayana en la soberbia. Nada más lejos de la verdad. No olvidemos que ella tenía un bajísimo concepto de sí misma: había sido sacada de la nada y era la que no era. Sus *voglio* no se apoyan, pues, en sus méritos, en sus deseos personales, sino en la voluntad de Dios. «Yo quiero», porque «Dios lo quiere». Yo quiero, porque es la voluntad de Dios sobre tu vida. Catalina se había identificado con la voluntad de Dios. Sólo podía querer lo que Él quería.

A veces le dice *voglio* al mismo Dios, como quien desde su nadaidad trata de arrancar al Omnipotente lo que le pide. Es el lenguaje confiado de la esposa. En cierta ocasión Él le respondió:

«Hija mía dulcísima, tus lágrimas me han vencido porque están unidas a mi caridad y son vertidas por el amor que sientes por mí; estoy encadenado por los lazos de tus deseos».

Su recurso al frecuente empleo de los *voglio* tiene que ver con la virilidad de su carácter, a que acabamos de referirnos. Resulta interesante advertir que sus compañeros y discípulos más cercanos fueron casi todos hombres. Tuvo también amigas muy íntimas, pero en su obra apostólica no representan sino un papel de segundo orden, son compañeras silenciosas, cuyas personalidades no sabríamos reconstruir, a diferencia de los hombres que la rodearon, como Raimundo de Capua, Neri di Landoccio, Esteban Maconi, y tantos otros.

Se ha dicho de Catalina que fue «el único hombre de su siglo». La encontramos parecida a Juana de Arco. El «yo quiero» porque «Dios lo quiere» de nuestra Santa se parece al «*Dieu le veult*» de la doncella de Orleans. Juana anduvo a caballo, Catalina a pie, pero ambas vivieron en medio de hombres, los dominaron, los mejoraron. El hombre suele quedar impactado por el coraje de las mujeres. Ambas, Catalina y Juana, pasarían sus vidas en campos de acción, donde no se suele encontrar mujeres.

Pero no nos equivoquemos. A pesar de mostrarse tan viril y tan dominante, Catalina siguió siendo deliciosamente femenina, con la espontaneidad, intuición y viveza características de la mujer. Es cierto que es más propio del hombre el raciocinio y de la mujer la intuición. Catalina se enamoró de la verdad, pero no la penetró de manera sistemática, al modo de los teólogos, sino más bien tomándola como punto de partida de sus ardientes exhortaciones. No fue tanto su doctrina la que arrastró a las almas sino más bien el fuego de su amor.

Tampoco hubo innecesaria dureza en su actuación. Si se inflamaba al hablar de Dios, no perdía la dulzura propia de su sexo. Era, además, alegre. Le gustaba bromear, y sus discípulos hacen frecuentemente mención de su sonrisa, que debía ser encantadora. En su estilo, aparecen con naturalidad apelativos de delicada ternura para con los santos, sus mejores compañeros.

A San Pablo lo llama «*Paoluccio*»; a San Pedro, «*il vecchiarello Pietro*»; a Santo Domingo, «*il dolce spagnuolo nostro*». También se expresa de esa forma cuando se dirige a personas que aprecia. Al Papa lo llama «*Babbo mio*»; a fray Raimundo, en una carta más bien áspera, a que aludimos más arriba, le dice «*cattivello padre mio*». El matiz cariñoso de estos diminutivos italianos se refleja difícilmente en cualquier traducción.

## VII. La reforma de la Iglesia

Vivió Catalina en tiempos difíciles. Las grietas del edificio de la Cristiandad se hacían perceptibles. El orden feudal mostraba signos de descomposición y particularismos de toda clase conspiraban contra esa gran catedral trabajosamente construida. También la Iglesia estaba herida en no pocos de sus miembros. «Ea, hijo carísimo –le dice la Santa a un fraile amigo–, resintámonos ante tanta necesidad como vemos en la santa Iglesia». Por eso le pide a Dios «misericordia para el mundo y reforma para la santa Iglesia». Cristo mismo le comunicó este deseo, según leemos en el *Diálogo*: «Quiero lavar la cara de mi Esposa, la santa Iglesia, que te mostré bajo la figura de una doncella con la cara manchada y como cubierta de lepra, por los pecados de los ministros y de los cristianos».

Catalina elaboró un plan formidable, que englobaba a la vez los intereses de la Iglesia y los de la civilización cristiana. Dicho plan incluía un triple proyecto: el retorno del Papa a Roma, la reforma de los pastores, y el emprendimiento de una cruzada contra los infieles. El retorno del Papado pacificaría a Italia y devolvería al Santo Padre su influjo universal. La reforma de los pastores produciría en la Iglesia nuevos frutos de santidad. La cruzada daría cauce a las pasiones guerreras, de modo que los reyes y príncipes cristianos, en vez de combatir entre sí, se uniesen contra los musulmanes, protegiendo de ese modo la civilización occidental. Así se lo propuso explícitamente al Papa. El plan era verdaderamente abarcante.

Hacia el interior de la Iglesia, ante todo, restaurando la majestad tradicional del Papado mediante el traslado de su sede a Roma, y una vez recuperado su prestigio, emprendiendo la reforma de las costumbres cristianas; hacia fuera, rechazando mediante la Cruzada la amenaza de la invasión musulmana, con la consiguiente salvación de la Cristiandad malherida. Destaca Bernadot, uno de los biógrafos de Catalina, cómo ningún eclesiástico o estadista supo concebir algo semejante, y menos todavía realizarlo. Resulta extraordinario en una hija de pueblo, sin cultura ni formación especial. Ella se lanzó gozosamente a este trabajo, sabiendo que en su júbilo participaban todos los santos que desde el cielo experi-

mentarían «una embriaguez, un contento, un júbilo, una alegría –*exultazione, giocundità, giubilo, allegrezza*– a la vista del bien que el Señor obra en sus almas». Si se la hubiera escuchado, otros gallos cantarían.

### 1. La vuelta de Aviñón

Por aquel entonces, los Papas residían en Aviñón. No podemos hacer la historia detallada de lo que antes acaeció para que así fuese.

Digamos tan sólo que desde 1303, tras la muerte de Bonifacio VIII, acosado por el rey francés Felipe el Hermoso, los cardenales temerosos eligieron a regañadientes un arzobispo francés como Sumo Pontífice. Desde entonces hasta 1378 el papado residirá en Aviñón, bajo la férula del rey de Francia. Este período recibió el nombre de «cautividad de Babilonia», recordando el exilio de los judíos en Caldea, que duró también 70 años (cf. Jer 25, 11). Bajo el reinado de Clemente VI (1342-1352) se levantó una gran voz, la de Santa Brígida, princesa sueca muy rica e influyente, quien enérgicamente se dirigió al Papa diciéndole en nombre de Dios que debía retornar a Roma. También Petrarca unió su reclamo a la voz de la mística sueca. Clemente no les hizo caso, así como su sucesor. La ciudad de Roma estaba en ruinas, las iglesias se derrumbaban, el clero, ignorante y relajado, iba a la deriva. A Urbano V (1362-1370) se dirigirá Catalina, tomando el relevo de Santa Brígida.

La corte romana, al instalarse en Aviñón, había atraído allí una multitud cosmopolita. El Papa, los cardenales y sus familias ofrecían grandes recepciones, en un ambiente fácil y mundano. Se ha exagerado, sin duda, la perversidad de Aviñón. Sus Papas fueron, por lo general, personas honestas, y tuvieron grandes aciertos e inteligentes iniciativas apostólicas. Pero convertidos en vasallos de la corona de Francia, habían perdido su carácter romano y universalista. Catalina, convencida de la necesidad de que el Papa retornase a Roma, se dirigió resueltamente a Aviñón, acompañada por fray Raimundo, y obtuvo del Santo Padre varias audiencias. El fraile, que traducía sus palabras del toscano al latín, no dejaba de experimentar cierto temor por la franqueza con que la Santa se dirigía al Papa. Fue durante su estancia en Aviñón donde Catalina reunió materiales para los terribles capítulos del *Diálogo* que tratan de los vicios del clero: viven en las tabernas, algunos ni saben lo que es el Oficio Divino, juegan con las riquezas de la Iglesia, se acuestan en pecado y al día siguiente no vacilan en celebrar la Santa Misa, etc.

A toda costa quería convencer al Papa, en aquel tiempo Gregorio XI, de que resolviese su pronto retorno a Roma. «Marchad de prisa con vuestra Esposa –le decía–, que os espera pálida y moribunda; Vos le devolveréis la vida». Aquel Papa era muy débil de carácter. Catalina lo urgía: era preciso que volviese, insistía, por su condición de «vicario de San Pedro»; el sucesor de Pedro no podía sino residir en Roma. Mediante una obra maestra de diplomacia, logró finalmente su propósito. En 1376, el Papa se decidió a dejar Aviñón.

### 2. Un santo atrevimiento

La reforma de la Iglesia, tarea a la que Catalina se había también abocado, suponía un intercambio permanente de cartas, con reyes, obispos y papas. Uno de los rasgos principales de su epistolario es la vehemencia casi dramática que lo caracteriza. No olvidemos que dictaba sus cartas. El estilo es, pues, un estilo oral, apasionado, al modo de los meridionales. Se ha dicho que los reiterados «*oimé, oimé*» que las mechan, evocan los «Ay, ay» de la tragedia griega.

Recuérdese que Catalina no era monja, sino laica. Hoy nos puede parecer insólito que un feligrés se comporte así, exhortando públicamente a las autoridades políticas

y religiosas. Nos han hecho creer que sólo desde el último Concilio se ha exaltado la figura del laico. Y no es así. En la Iglesia siempre su papel ha sido relevante, como lo muestran las figuras de Teodosio, Santa Genoveva, San Luis, San Esteban, San Vladímir, Godofredo de Bouillon, Chesterton, Leon Bloy... Digamos asimismo que Catalina estaba a mil leguas de los falsos censores de la Iglesia, al estilo de los enloquecidos «espirituales» de su siglo, así como de los que luego se llamarían «reformadores». Ella preconizaba la corrección desde las entrañas mismas de la Iglesia y no pasándose a la vereda de enfrente.

Un breve recorrido por su correspondencia nos ayudará a comprender su tesitura de reformadora. Consideremos, ante todo, las cartas que dirigió a personas del clero, cuya enmienda era primordial. A diferencia de los falsos «reformadores», que despreciarían la figura misma del sacerdote, ella lo admira, y sin límites. No en vano Cristo le había dicho en el *Diálogo*:

«Contempla la excelente dignidad a la que he elevado a los ministros de la santa Iglesia... Yo los he elegido para vuestra salvación a fin de que, por ellos, os sea distribuida la sangre del divino Cordero inmaculado, mi hijo único. A ellos les di por función administrar el sol, confiándoles la luz de la ciencia y el calor de la divina caridad».

Por eso mismo, porque apreciaba tanto el estado sacerdotal, fustiga tan duramente a los sacerdotes cuando no se mostraban fieles a sus compromisos. Y les da consejos. Tenía sólo 25 años cuando escribía al cardenal de Ostia, nuncio pontificio: «Os escribo con deseos de veros ligado a los lazos de la caridad, tal como sois Legado en Italia». Juega con las palabras *legatus-ligatus*. Si se reduce a ser legado, le dice, sin ligarse a la caridad, su gestión será inútil. Será preciso que se «ligue» con Cristo y también con el prójimo, y abdique del amor propio que lo separa de Dios y del prójimo. Lástima que no podamos citar el texto completo, lleno de inspiración religiosa y hasta de ritmo literario.

A tres cardenales italianos que se habían separado de Urbano, a quien ella consideraba el Papa legítimo, les escribe:

«¿Cuál es la causa [de dicho apartamiento]? El veneno del amor propio, que ha envenenado el mundo. Aquel amor es lo que a vosotros, columnas, os ha vuelto peor que paja. No flores que exhalan olor, sino hedor; que a todo el mundo habéis apestando. No luminarias puestas sobre el candelabro, para dilatar la fe; sino, escondida esta luz bajo el celemín de la soberbia os habéis hecho, no dilatadores, sino contaminadores de la fe, arrojando tinieblas en vosotros mismos y en los demás. De ángeles terrestres que debierais ser para quitar de nuestra presencia al demonio infernal, y hacer oficio de ángeles volviendo las ovejas a la obediencia de la santa Iglesia, habéis tomado oficio de demonios...».

En carta al obispo de Florencia le dice que el drama de la Iglesia se debe a que muchos obispos aman con amor mercenario, se aman a sí mismos y por sí mismos, y si aman a Dios y al prójimo es por amor a sí. A un párroco de las cercanías de Siena le escribe:

«Mucho me extraña que un hombre de vuestra condición pueda vivir lleno de odio. Dios os ha apartado del siglo y os ha hecho ángel en la tierra en virtud del sacramento, y hete aquí que adoptáis de nuevo las costumbres del mundo. No comprendo cómo os atrevéis a celebrar misa; yo prometo que si os obstináis en este vuestro odio, la justicia de Dios se abatirá sobre vos».

Como se ve, sus cartas no son razonamientos fríos sino gritos de un corazón herido y enamorado. Había en Siena un franciscano de gran saber y poca austeridad. En cierta ocasión fue a visitar a la Santa para confundirla con su erudición. Ella lo enfrentó:

«¿Cómo queréis comprender nada del reino de Dios si sólo vivís para el mundo y no buscáis otra cosa que ser bien visto por los hombres y glorificado por ellos? Con toda vuestra ciencia no servís

para nada, pues no buscáis sino la corteza, despreciando la médula. Por amor de Jesús crucificado, dejad de vivir así». El religioso quedó impresionado y se resolvió a cambiar de vida.

Son sobre todo llamativas sus cartas al Papa. Con él se comportaba, salvada la distancia, como lo hacía con los sacerdotes. Le tenía, por una parte, una devoción inmensa, viendo en él al Vicario de Cristo. Decía que si alguien le retiraba la obediencia no participaría en los frutos de la sangre de Cristo, porque Dios había querido que recibiésemos esa sangre por su mano. «Todo lo que hacemos al Cristo de la tierra lo hacemos al Cristo del cielo. Honrando al Papa, honramos a Cristo. Despreciando al Papa, despreciamos a Cristo».

A un señor rebelde de Milán le escribía: «Es estulto el que obra contra aquel vicario que es el que tiene la llave de la sangre de Cristo crucificado». Y a un noble que se había rebelado contra el Santo Padre: «Aun cuando el Papa fuese un demonio encarnado, no debería levantar la cabeza contra él, sino inclinarme ante su autoridad y pedirle esa Sangre de la que no puedo participar de otro modo».

Gustaba llamarlo «*il dolce nostro Cristo della terra*», nuestro dulce Cristo de la tierra. Por él estaba dispuesta a dar la vida, según se lo dijo a Dios en una de sus *Elecciones*: «Si es tu voluntad, tritura mis huesos y mis tuétanos por tu vicario en la tierra, único esposo de tu Esposa».

Pero ese mismo amor al Papa la llevaba a dirigirse a él con energía, instándole a que fuese coherente con su altísimo oficio. No en vano le había dicho a Cristo: «Quiero que tu vicario sea otro tú. Porque tiene mucha mayor necesidad de perfecta luz que los demás, ya que él de suyo tiene que darnos a todos nosotros». Por eso, mientras que a los demás les hablaba del Papa con tanta reverencia, a él mismo lo reconvenía severamente en sus cartas. Llena de parresía o libertad de espíritu, estaba segura de que le podía escribir con la sencillez de un niño, que no esconde nada que sea conveniente decir. Catalina se sabía sinceramente «la que no es», y por eso se expresaba sin titubeos ante quien fuese, reyes, cardenales y hasta el Papa, mostrándoles cuál era su deber en esas circunstancias tan complejas como aciagas.

Bien dijo de ella un contemporáneo suyo: «Esta mujer se preocupa poco de complacer o no cuando habla; sólo piensa en el honor de Dios». Gregorio XI era un Papa débil y demasiado inclinado a su familia. A él le escribe:

«Mi dulcísimo Padre —*dolcissimo Babbo mio*), no debemos ocuparnos de los amigos, de los parientes, de los intereses temporales, sino únicamente de la virtud, del acrecentamiento de los intereses espirituales... Si hasta hoy no habéis sido bastante enérgico, os pido y quiero en verdad que en lo sucesivo obréis virilmente y sigáis con valentía a Cristo, de quien sois Vicario. No temáis, Padre, las borrascas que os amenazan». Poco antes le había dicho: «Deseo veros cual portero viril y sin ningún temor. Portero sois de las bodas de Dios, esto es, de la sangre del unigénito Hijo suyo, cuyas veces hacéis en la tierra; y por otras manos no se puede tener la sangre de Cristo sino por las vuestras».

En otra carta le cuenta que se había enterado de que iba a nombrar un grupo de Cardenales. Para la gloria de Dios, le recomienda, es preciso que escoja hombres virtuosos. Obrar de otro modo ofendería a Dios y perjudicaría a la Iglesia, por lo que Dios nos castigaría. Asimismo supo que pensaba hacer un nombramiento importante en la Orden de Santo Domingo, que Catalina tanto amaba. Si era así, le pedía, en nombre de Cristo, que eligiese a un fraile bueno y virtuoso. Para esto, le dice, puede consultar a dos personas a las que ella escribirá sobre el particular.

Respecto a unos obispos a los que el Papa había elegido por presiones de los príncipes del lugar, le señala su grave error; son «como cerdos inmundos o como hojas

agitadas por el viento del siglo». Viendo cuán dubitativo se mostraba el Papa, se atreve a decirle: «Ya que se os ha dado la autoridad, y la habéis aceptado, debéis usar de vuestro poder. Si no le queréis, sería mejor renunciar a él por el honor de Dios y la salvación de las almas».

Se ha dicho que sus cartas estaban animadas de una extraña insolencia. Pero se trataba, en el fondo, de una santa insolencia. Ella sabía perfectamente que sus palabras eran fuertes: «Ay de mí, ay de mí, padre mío dulcísimo –le escribe a Gregorio XI–, perdonad mi presunción, de aquello que os he dicho y digo; obligada estoy a decirlo por la dulce primera Verdad». En nuestros días, el lenguaje de la Santa sería difícilmente acogido en las curias, aun cuando estuviese dictado por intenciones igualmente buenas. Aquellos tiempos, contra lo que se piensa, eran infinitamente más libres que los nuestros.

Los dos Papas a los cuales Catalina se dirigió, Gregorio XI y Urbano VI, lejos de molestarse por la libertad sobrenatural de esta «laica pueblerina», la siguieron animando y distinguiendo con su incondicional confianza. No se sabe qué admirar más: si la audacia con que ella escribe o la humildad con que sus destinatarios aceptan que lo haga en esos términos. El hecho es que a los ojos del Papa, así como de los reyes y príncipes, la voz de esta joven, hija de un tintorero de Siena, adquiriría una majestad extraña, como si otro hablara por su boca.

### 3. La llaga de los malos pastores

Uno de los dolores más agudos de Catalina fue el espectáculo de los pastores mercenarios o incluso lobos. Había, sin duda, pastores excelentes. Pero no es menos cierto que la vida de muchos era escandalosa. Durante su estadía en Aviñón, Catalina había conocido de cerca la corte pontificia y sus prelados indignos. Los había visto también durante sus viajes por Italia. En aquellos tiempos era común que las familias influyentes procurasen ubicar en dichas dignidades a sus hijos, aunque fueran del todo ineptos. Varios santos, como San Vicente Ferrer y Santa Brígida, o también hombres eminentes, como Petrarca, por ejemplo, criticaron acerbamente tales aberraciones. Su mensaje encontraba eco ya que, como hemos dicho, en aquel siglo la población era, a pesar de todo, profundamente creyente. El mal no tenía entonces, como ahora, carta de ciudadanía, de desfachatez, de desafío a los principios del orden natural y sobrenatural. Los que obraban el mal, aceptaban las censuras que se les hacía en nombre de la moral cristiana.

La situación de la Iglesia era algo que hacía sangrar el corazón de Catalina por una herida que cada nuevo espectáculo reavivaba. A ella se le puede aplicar con toda verdad lo que Unamuno decía refiriéndose a España: le dolía la Iglesia. En el *Diálogo* transcribe unas palabras muy severas que Dios Padre dirige a los sacerdotes:

«Tú debes ser espejo de honestidad, y lo eres de deshonestidad. Yo sufrí que [a Cristo] le fueran vendados los ojos para iluminarte, y tú arrojas, con ojos lascivos, saetas envenenadas al alma y al corazón de aquellos en los que tan maliciosamente te fijas. Yo sufrí que le diesen a beber hiel y vinagre, y tú, como animal desordenado, te deleitas en tus comidas delicadas, haciendo un dios de tu vientre. Hay palabras vanas y deshonestas en la boca, con la que estás obligado a amonestar a tu prójimo, a anunciar mi palabra y a rezar, con la boca y el corazón, el Oficio. Y yo de ella no percibo más que hediondeces... Yo sufrí que le fueran atadas las manos para libertarte, a ti y a todo el linaje humano, de las ataduras de la culpa. Y las tuyas, ungidas y consagradas para administrar el santísimo sacramento, las empleas torpemente en tactos deshonestos... Todos tus miembros, como instrumentos desafinados, dan mal sonido, porque las tres potencias del alma están congregadas en nombre del demonio, cuando debías congregarnos en nombre mío...».

Incluso llega a compararlos a demonios encarnados, porque se han identificado con la voluntad del demonio; «hacen su mismo oficio, administrándome a mí...». Y

también: «Por sus defectos, se envilece la sangre, es decir, que los seglares pierden la debida reverencia que debían tener para con ellos y por la sangre.».

Catalina coincide plenamente, y no podía ser de otra manera, con estas apreciaciones de Dios. Ella sabe que la santidad del clero está estrechamente unida con la belleza de la Esposa de Cristo y la salvación de las almas. «Hoy día se ve todo lo contrario –afirma en una de sus cartas–; no sólo no son templos de Dios, sino que se han convertido en establos y cuadras de cerdos y otros animales». Buena parte de la culpa la tienen los obispos que, como le dice el mismo Dios en el *Diálogo*, «se han preocupado más de multiplicar el número de sacerdotes que las virtudes de los mismos».

Para ella, tres eran los pecados que en su tiempo más degradaban al clero: la lujuria, la avaricia y la soberbia. A su juicio, había llegado la hora de hablar claro en favor de la reforma. Lo que se debía reformar no era, por cierto, a la Esposa misma, que siempre seguirá siendo santa, y no se disminuye ni altera por los defectos de sus ministros, sino a estos últimos. «Ha llegado el momento de llorar y de lamentarse porque la Esposa de Cristo se ve perseguida por sus miembros pérfidos y corrompidos», señala en una carta.

«El cuerpo místico de la santa Iglesia está rodeado por muchos enemigos –le escribe a un monje–. Por lo cual ves que aquellos que han sido puestos para columnas y mantenedores de la santa Iglesia se han vuelto sus perseguidores con la tiniebla de la herejía. No hay pues que dormir, sino derrotarlos con la vigilia, las lágrimas, los sudores, y con dolorosos y amorosos deseos, con humilde y continua oración».

Pero Catalina no se contentará con llorar, rezar y ayunar. Dará pasos concretos dirigiéndose directamente al Papa, ya que sólo él está en condiciones de remediar tanto mal. En carta a Gregorio XI le dice, de parte de Cristo, que tiene que decidirse a emplear su poder para arrancar del jardín de la Iglesia las flores corruptas, «los malos pastores y gobernadores llenos de impureza y avaricia, e hinchados de orgullo, que emponzoñan y pudren este jardín». Él deberá usar de su poder para remover a esos personajes de modo que se vuelvan a sus casas, poniendo en su lugar a pastores según el corazón de Dios.

El Señor le había explicado en el *Diálogo* la razón por la cual la Iglesia se encontraba en esa situación, y era porque al elegirse a los pastores no se miraba si eran buenos o malos, sino tan sólo al deseo de complacerlos o pagarles algún favor, en orden a lo cual los encargados de informar al Santo Padre sobre los candidatos le hacían llegar referencias positivas sobre los mismos. A veces los que informan alaban a los malos o a los mediocres, porque son iguales que ellos. Cuando el Papa se entera de la realidad, debería removerlos. Si lo hace, cumplirá con su deber. En caso contrario, no quedará sin castigo al tener que dar cuenta ante el Señor de sus ovejas.

Para evitar este tipo de medidas drásticas, como lo es la deposición de obispos indignos, el Santo Padre tendría que escoger de entrada a personas humildes, que por modestia rehúyen las prelaturas, y no a las que las andan buscando para dar pábulo a su vanagloria. Por no obrar así, tenemos los obispos que tenemos, esos obispos que, como le dice nuestra Santa a fray Raimundo, «han tomado la condición de la mosca, que es tan bruto animal, que poniéndose sobre la cosa dulce y aromática, no se cuida de ella, sino que de allí parte a posarse sobre las cosas repugnantes e inmundas».

Lo que a Catalina más le sulfura es el silencio cobarde o cómplice, especialmente de los obispos. Cuando el lobo infernal arrebató a las ovejas, los pastores duermen en su egoísmo. «¿Por qué guardáis silencio? –le escribe a un prelado–. Este silencio es la perdición del mundo. La Iglesia está pálida; se agota su sangre». La falta, le dice a otro obispo, está en ese amor perverso que tienen por sí mismos, que les impiden reprender cuando deben hacerlo.

«Yo quiero que estéis privado de este amor, mi queridísimo pastor, yo os pido que obréis de modo que el día en que la suprema Verdad os juzgue no tenga que decirnos esta dura palabra: “Maldito seas, tú que no has dicho nada”. ¡Ah, basta de silencio!, clamad con cien mil lenguas. Yo veo que a fuerza de silencio, el mundo está podrido. La Esposa de Cristo ha perdido su color (cf. Lam 4, 1), porque hay quien chupa su sangre, que es la sangre de Cristo, que, dada gratuitamente, es robada por la soberbia, negando el honor debido a Dios y dándosele a sí mismo».

Muchas veces vuelve Catalina sobre este amor propio que crea la cobardía de espíritu y logra que la boca se cierre. En carta al abad de Marmoutier, que le había escrito para preguntarle lo que pensaba sobre la situación, le responde que una de las causas del mal estado de la Iglesia es el exceso de indulgencia. Los sacerdotes se corrompen porque nadie los castiga, enquistados en sus tres grandes vicios: la impureza, la avaricia y el orgullo, no pensando más que en los placeres, los honores y las riquezas. Tampoco los prelados corrigen a sus fieles ya que, como dice nuestra Santa, «temen perder la prelatuza y desagradar a sus súbditos». No quieren descontentar a los demás, buscan vivir en paz y tener buenas relaciones con todos, aunque el honor de Dios exige que luchan.

«Semejantes individuos, viendo pecar a sus súbditos, fingen no verlos para no encontrarse en el trance de castigarlos; o bien, si los castigan, lo hacen con tal blandura que se limitan a pasar un unguento sobre el vicio, porque temen siempre desagradar a alguien y dar lugar a peticiones. Esto nace de que se aman a sí mismos».

Una y otra vez insiste Catalina en la incompatibilidad que existe entre la caridad y este tan cobarde como temeroso egoísmo. Cristo no ha venido a traernos un pacifismo timorato, bajo el cual el mal se desarrolla mejor que el bien. Ha venido con la espada y el fuego.

«Querer vivir en paz –dice Catalina– es con frecuencia la mayor de las crueldades. Cuando el absceso se halla a punto, debe ser cortado por el hierro y cauterizado por el fuego: si ponemos en él únicamente un bálsamo, la corrupción se extiende y provoca a veces la muerte».

Estas palabras están tomadas de una de sus cartas al papa Gregorio XI. Dios mismo, refiriéndose a los pastores, confirmó su idea en el *Diálogo*: «Dejarán de corregir al que está en puesto elevado, aunque tenga mayores defectos que un inferior, por miedo de comprometer su propia situación o sus vidas. Reprenderán, sin embargo, al menor, porque ven que en nada los puede perjudicar ni quitar sus comodidades». Es decir, serán fuertes con los débiles y débiles con los fuertes.

«Todo lo que harán será abrumar, con las piedras de grandes obediencias, a los que las quieren observar, castigándolos por culpas que no han cometido. Lo hacen porque no resplandece en ellos la piedra preciosa de la justicia, sino de la injusticia. Por eso obran injustamente, dando penitencia y odiando al que merece gracia y benevolencia y santo amor, gusto y consideración, confiándoles cargos a los que como ellos son miembros del diablo».

Como resulta lógico, ya que es el Papa quien tiene la responsabilidad sobre la Iglesia universal, a él le dirige sus cartas más urticantes. Si seguimos así, Santo Padre, le escribe en una de ellas, el enfermo, no viendo su enfermedad, porque nadie se lo advierte, y el médico, no atreviéndose a recurrir al hierro y al fuego, ciego que guía a otro ciego, ambos caerán en el abismo.

«Oh *Babbo* mío, dulce Cristo de la tierra, seguid el ejemplo de vuestro homónimo San Gregorio. Podéis hacer lo que ha hecho, pues era un hombre como Vos y Dios es siempre lo que era entonces; sólo nos falta la virtud y el celo por la salvación de las almas... Así quiero veros. Si hasta ahora no habéis obrado resueltamente, os pido con instancia que en lo sucesivo obréis como hombre valeroso y sigáis a Cristo, cuyo Vicario sois».

El verbo de Catalina se vuelve de una energía sin igual. «Valor, Padre mío –le dice al Papa–. Sed hombre. Os digo que nada tenéis que temer... No seáis un niño tímido. Sed hombre, y tomad como dulce lo que es amargo... Obrad virilmente, que Dios está de vuestra parte. Ocupaos en ello sin ningún temor; y por más que veáis fatigas y tribulaciones, no temáis, confortaos con Cristo, dulce Jesús. Que entre las espinas nace la rosa, y entre muchas persecuciones brota la reforma de la Iglesia».

El término «virilidad» reaparece a menudo en estas cartas. «Ahora necesitamos un médico sin miedo que use el hierro de la santa y recta justicia, porque se ha usado ya el unguento tan excesivamente, que los miembros están casi todos podridos». Luego de insistir: «Os lo digo, oh dulce Cristo de la tierra: si obráis así, sin astucia y sin cólera, todos se arrepentirán de sus falacias y vendrán a apoyar la cabeza en vuestro seno..., ¡oh dulce *Babbo*!», concluye: «Id presto hacia vuestra Esposa que os espera toda pálida, para que le devolváis el color».

No se contentó Catalina con recurrir directamente a Gregorio XI. Trató también de lograr la colaboración de otras personas para que influyesen sobre él. Así le escribía a un Nuncio:

«Os debéis fatigar junto con el Padre Santo, y hacer lo que podáis para extirpar los lobos y los demonios encarnados de los pastores... Os ruego que aunque debierais morir por ello digáis al Padre Santo que ponga remedio a tantas iniquidades. Y cuando venga el tiempo de crear pastores y cardenales, que no se hagan por halagos o por dineros y simonías; rogadle cuanto podáis, que atienda y mire para encontrar la virtud y la buena y santa fama en el hombre».

Algo semejante le recomienda a un abad confidente del Papa:

«Debéis trabajar según vuestros medios con el Santo Padre para arrojar a los malos pastores que son lobos y demonios encarnados que sólo piensan en engordar y poseen palacios suntuosos y séquito brillantes... Y cuando llegue el momento de nombrar a los Cardenales o a otros pastores de la Iglesia, suplicadle que no se deje guiar por la adulación, la codicia o la simonía, no considere si los interesados pertenecen a la nobleza o a la clase media, porque la virtud y la buena reputación es lo que ennoblece al hombre ante Dios».

En 1378 Urbano VI accede al solio pontificio. Enseguida Catalina le escribe diciéndole que tiene «hambre de ver reformada la santa Iglesia con buenos, honestos y santos pastores». Ella se lo pedía directamente a Dios, como se ve por el *Diálogo*: «Por esta sangre te piden [las criaturas] que tengas misericordia con el mundo y vuelva a florecer la Iglesia santa con flores perfumadas de buenos y santos pastores, cuyo olor ahogue la hediondez de las flores malvadas y podridas».

Y también: «Reformada de este modo la Iglesia con buenos pastores, por fuerza se corregirán los súbditos, porque de casi todos los males que los súbditos cometen tienen la culpa los pastores malos».

Había visto claramente que la reforma sólo era posible con nuevos obispos, de espíritu sobrenatural, lúcidos y valientes. De ese puñado de nuevos obispos, aunque fuese reducido, partiría la verdadera restauración de la Iglesia.

#### 4. Un grupo en torno al Papa

La elección de Urbano VI había sido bastante dramática. Porque fue bajo la presión amenazante del pueblo romano que el Cónclave se había visto obligado a elegir un Papa italiano. Asumió así el arzobispo de Bari, Tibaldi, un hombre austero, piadoso y enérgico, que imponía respeto. Los Cardenales eran casi todos franceses, de la escuela de Aviñón. Pero el nuevo Papa, en

lugar de ganárselos por las buenas, comenzó a irritarlos con su autoritarismo violento y su exigencia de una reforma inmediata. También se comportaba así con los soberanos.

La situación llegó a tal punto que, hartos de todo, los Cardenales se fueron de Roma, y cinco meses después de la elección, aseguraron que ésta había sido inválida, bajo temor grave, y por tanto nula. Eligieron entonces como Papa al cardenal de Ginebra, Roberto, pariente del rey de Francia, bajo el nombre de Clemente VII, hombre de mundo más que sacerdote, muy representativo de la Iglesia de Aviñón, o mejor dicho, de los peores de la Iglesia de Aviñón, que el Papa pretendía reformar. Urbano quedó casi solo en Roma.

Se imagina con cuánto dolor recibió Catalina aquella noticia, en su casita de Siena. Ella estaba convencida de que Urbano era el Papa legítimo, y Roberto un Antipapa, de modo que comenzó a escribir una nueva serie de cartas a reyes y prelados para defender al primero. A tres cardenales que apoyaban a Clemente les dice: «Insensatos. Queréis ahora negar la verdad y hacernos creer que habéis elegido al papa Urbano por temor. Esto no es así. Os hablo sin respeto, pues no sois dignos de respeto».

Pronto le escribió directamente al papa Urbano, según lo señalamos más arriba, para exponerle la necesidad de la reforma de la Iglesia, y la consiguiente corrección de los vicios del clero. Los malos pastores, le dice, «se conducen como carreteros, convierten en dinero la sangre de Cristo y lo gastan en sus bastardos... Santísimo Padre, no veo otro medio para triunfar que renovar enteramente el jardín de la santa Iglesia. Cread un Colegio de buenos cardenales que puedan ser firmes como columnas».

Con Urbano mantuvo Catalina las mejores relaciones. Las cartas que le dirigió son notables. En una de ellas le recuerda la voluntad que Cristo tiene de reformar a la dulce Esposa suya y de él,

«que durante tanto tiempo ha estado toda pálida, no porque en sí pueda ella recibir alguna lesión ni ser privada del fuego de la divina caridad, sino en aquellos que se apacentaban y apacientan en su pecho, que por sus defectos nos la han mostrado pálida y enferma, y han sorbido su sangre por medio del amor propio de ellos mismos».

Si se la poda de todo lo decrepito, se volverá doncella purísima. Le ruega que tenga misericordia de tantas almas que perecen; «como verdadero caballero y justo pastor, corregid virilmente, desarraigando el vicio y plantando las virtudes, disponiéndolos a dar la vida si fuere necesario». Pero, agrega, insistiendo en aquella idea tan suya, no ve cómo ello se pueda realizar sino eligiendo a hombres santos, que no teman a la muerte, un grupo de buenos cardenales, en los que pueda apoyarse y sean ejemplo, de modo que se corrijan los súbditos. Será cuestión de inteligencia y de voluntad «para que, iluminado el ojo del intelecto vuestro, podáis conocer y ver la verdad; que conociéndola, la amaréis; amándola, relucirán en Vos las virtudes». Entonces tendrá el coraje de «desenvainar este acero» y arrancar la maleza de la Iglesia.

Hemos dicho que Urbano, en vez de ganarse a los que lo rodeaban, se mostró duro de trato y atropellador. Ello constituía un real obstáculo, por lo que Catalina le aconsejó:

«Suavidad un poco, por amor de Jesús crucificado, los movimientos demasiado pronto que la naturaleza hace nacer en Vos. Ya que Dios os ha dado un corazón naturalmente grande, aplicaos a tenerle sobrenaturalmente grande, es decir, valeroso y afirmado en una verdadera humildad».

Como puede verse, no se trataba sólo de erradicar el mal de cualquier manera fuese, sino de acompañar dicha tarea tan difícil con un trato afable, para no comprometer la nobleza de la causa. En lo que toca a los enemigos del Papa, lo insta a no perder ánimo frente a ellos:

«¿A quién dañarán estos golpes? A los mismos, santísimo y dulcísimo Padre, que los lanzan. Éstos, como saetas envenenadas, volverán a ellos; de Vos herirán solamente la corteza, y ninguna otra cosa... Dilataos en la dilección dulce de la caridad sin vacilación alguna; conformaos y confortaos con vuestro jefe, el dulce Jesús, el cual siempre desde el principio del mundo hasta lo último ha querido y querrá que ninguna cosa grande pudiera realizarse sin mucho soportar».

En 1378 Catalina se encuentra en Roma, desde donde fue llamada por el Papa. Allí permanecerá los dos últimos años de su vida, juntamente con su «*bella brigata*». El Santo Padre la recibió en audiencia solemne y quiso que hablase ante los Cardenales que acababa de crear. Así lo hizo la aldeana de Siena, sin timidez alguna, con palabras vibrantes, señalando los deberes de la hora presente y arengando a los descorazonados jefes de la Iglesia. El colegio cardenalicio quedó profundamente impresionado.

«Mirad, hermanos míos –dijo el Papa–, esta mujercita –*donnicciuola*), nos hace avergonzarnos de nuestra pusilanimidad. Nosotros tenemos miedo y nos alarmamos, mientras que ella, que por naturaleza pertenece al sexo débil, no experimenta temor alguno y nos alienta».

Concibió entonces la Santa un proyecto sublime: agrupar en Roma, en torno al Papa, lo más santo y esclarecido de la Iglesia, especialmente los más destacados contemplativos de su tiempo, incluso ermitaños y eremitas, para que asesorasen y fortificasen al Santo Padre en la gran obra que éste se disponía a emprender. Así se lo recomendó a Urbano: «Rodeaos de aquellos que en la tormenta serán vuestro consuelo y vuestro refrigerio. Tratad de tener, además de la ayuda de Dios, la ayuda de sus servidores».

En lo que a ella compete, agrega, «quisiera estar en el campo de batalla, sufrir y combatir con Vos por la verdad hasta la muerte para gloria y alabanza del nombre de Dios y reforma de la santa Iglesia». Este sueño la persiguió hasta sus últimos días. Nos quedan una serie de cartas dirigidas a dichas personas, invitándolas y suplicándoles que viniesen a Roma, para ponerse a disposición del Papa. Eran los días en que acababa de dictar el *Diálogo*. Entre aquellos hombres en que Catalina había puesto los ojos se encontraba el prior de la Cartuja de Pisa. Le escribió, pues, diciéndole que el papa Urbano VI.

«parece que quiere tomar el remedio que le es necesario para reforma de la santa Iglesia; esto es, querer a los siervos de Dios a su lado, y con el consejo suyo guiarse a sí mismo y a la santa Iglesia».

A dos frailes de Spoleto requeridos por el Papa así les exhorta:

«No os debéis retraer de ello por cosa alguna; ni por pena que de ello esperareis, ni por persecuciones, infamias o escarnios que se os hicieren; ni por hambre, sed o por mil muertes, si fuera posible; ni por deseo de quietud, ni de vuestras consolaciones, diciendo: “Yo quiero la paz del alma mía, y con la oración podré clamar ante Dios”; no, por amor de Cristo crucificado. Que ahora no es tiempo de buscarse a sí mismo, ni de rehuir penas para tener consolaciones; es más, es tiempo de perderse, porque la infinita bondad y misericordia de Dios ha proveído a las necesidades de la santa Iglesia, al haberle dado un pastor justo y bueno, que quiere tener en torno suyo tales perros que ladren por honor de Dios continuamente... Entre los cuales se ha elegido estéis vosotros...»

«No habéis de temer por las delicias y las grandes consolaciones; puesto que venís a soportar y no a deleitaros sino con deleite de cruz. Sacad afuera la cabeza y salid al campo a combatir realmente

por la verdad; poniéndoos ante el ojo del intelecto la persecución que se hace de la sangre de Cristo y la condenación de las almas... Dicen: «Iréis, y no se hará la menor cosa. Y yo, como presuntuosa, digo que se hará; y si ahora no se cumple nuestro principal afecto, por lo menos se le abrirá el camino. Y si ninguna cosa se hiciere, habremos demostrado ante Dios y las criaturas haber hecho lo posible; y se habrá levantado y descargado nuestra conciencia».

Impresiona esta convocatoria de una enamorada de Dios y de su Iglesia, señalando cómo a veces el apego a algo tan noble como es la contemplación pura puede desordenarse cuando se la prefiere a los intereses supremos de la Iglesia. Y cómo el «no se puede hacer nada», «ya está todo perdido», no es sino una sugestión del demonio.

Aludamos a una última carta, la que dirigió al monje agustino inglés William Flete, de quien ya hemos hablado, amigo de Catalina, que vivía como eremita en el bosque de Leceto, enamorado no sólo de la soledad y el silencio, sino también de la poesía de los bosques, al punto de haber obtenido de sus superiores autorización para celebrar la Santa Misa entre aquellos árboles añosos. Este monje fue el único entre los llamados que se rehusó a la invitación de la Santa. La carta en que Catalina se lo reprocha es una delicada mezcla de caridad e ironía. «Aquí también hay bosques y selvas», le dice, refiriéndose al intrincado laberinto de polémicas y enredos que los que allí se habían dirigido debían afrontar en el entorno del Papa y de la curia romana.

### VIII. La convocatoria a retomar las Cruzadas

Hemos escuchado cómo Catalina le decía al Papa: «Ahora tengo ganas de lanzarme al campo de batalla para combatir a vuestro lado hasta la muerte por la causa de la verdad». En su espíritu guerrero, tan semejante al de Juana de Arco, había germinado desde tiempo atrás la idea de una nueva cruzada, no sólo para reconquistar el Santo Sepulcro sino para salvaguardar los valores de la civilización de Occidente frente al enemigo musulmán.

Tras la derrota de San Luis, la empresa no se había vuelto a retomar, pero la palabra y la idea persistían en el aire, entusiasmando a las almas generosas. En varias ocasiones los Papas trataron de reflotarla. Clemente V la había decretado en el Concilio de Viena, pero su concreción se tuvo que aplazar por mil dificultades de orden político. Gregorio XI, desde que asumió el poder, anunció su intención de abocarse a ello. Se dice que fue Catalina quien se lo inspiró. La promulgación de la Cruzada en Italia estuvo a cargo de fray Raimundo, el confesor de la Santa. Catalina fue logrando que numerosas personas se alistaran. Pero una lamentable contienda entre Florencia y la Santa Sede hizo que la empresa quedase nuevamente postergada. Lo que no obstó a que Catalina insistiera ante el Papa:

«Luego, enseguida, quiere y os manda vuestro dulce Salvador que levanteis el estandarte de la santísima Cruz contra los Infieles, y toda guerra aquí termine y allá se dirija contra ellos».

La Cruzada no se concretó, pues, bajo Gregorio. Cuando Urbano accede al trono pontificio, Catalina le escribe una carta muy ponderada, donde tras proponerle que llamase a Roma a un grupo de hombres escogidos, proyecto al que acabamos de aludir, le dice: «Éstos serán los soldados que os darán perfecta victoria, y no sólo sobre los malvados Cristianos, los cuales son miembros rebanados de la santa obediencia, sino hasta sobre los Infieles, por los cuales tengo grandísimo deseo de ver el estandarte de la cruz santa sobre ellos. Y ya parece que nos vienen a invitar. Tendré entonces doble deleite». Esto de la «invitación» es una ironía, ya que los sarracenos se

habían adelantado, haciendo incursiones en la propia Italia. Catalina insiste:

«Entonces podréis realizar vuestros santos deseos llevando a cabo esta Cruzada que en nombre del Señor os invito a emprender lo antes posible. Todos se dispondrán con ardor a dar su vida por Cristo. En nombre de Dios, nuestro dulce amor, levantad pronto, Padre mío, el estandarte de la santa Cruz...»

Comienza entonces otra andanada de cartas a diestra y siniestra. Quien las lee, observa cómo su ardor interior se vuelve cada vez más vehemente. Una de ellas es particularmente encantadora:

«Me parece que respiro perfume de flores que empiezan a abrirse porque nuestro Santo Padre, el Cristo de la tierra, queriendo suscitar una santa cruzada, declara que ayudará con todo su poder a los cristianos que se hallen dispuestos a dar su vida para reconquistar la Tierra Santa... Os convido, pues, a las bodas y a la vida eterna, conjurándoos a devolver sangre por sangre y que hagáis seguir nuestro ejemplo a tantos cristianos como podáis, porque nadie va solo a una boda».

Invita a unas bodas. El sentido sacrificial que ella da como móvil de tan noble emprendimiento está resumido en una de sus frases más características: «dar la sangre por amor de la sangre», o, como dice acá, «devolver sangre por sangre». Serían, en verdad, bodas de sangre.

La gran dificultad para que esta empresa se concretase eran los conflictos internos dentro de la Cristiandad, especialmente en Italia. Ella amaba la paz de su tierra. Como Dante, era una italiana ferviente, y el anhelo de la salvación de su patria se trasunta sin cesar en sus cartas. Pero acá se trataba de algo más que de detener esas luchas tan localistas. Se hacía preciso trascenderlas. En vez de combatir entre sí los cristianos, debían unirse para enfrentar a los infieles. La Cruzada parecía el único medio de poner fin a las luchas que desgarraban la Cristiandad, volviendo los corazones hacia un combate más elevado. Por eso le decía al Papa que levantara el estandarte de la Santa Cruz «y veréis a los lobos trocarse en corderos. La paz, la paz, la paz para que la guerra no ponga obstáculos a esa dulce cruzada». Por aquellos tiempos, un capitán aventurero inglés, John Hawkwood, estaba atacando tierras de Italia. Catalina le envía dos emisarios:

«Es tiempo de que entréis en vos mismo y consideréis las penas y los tormentos que habéis sufrido cuando os hallabais al servicio del demonio. Mi alma desea que cambiéis de manera de vivir y que os alistéis vos y vuestros compañeros bajo la cruz de Jesús crucificado para formar una compañía de Cristo y marchar contra los perros infieles que poseen los Santos Lugares, donde la dulce Verdad suprema ha padecido muerte por nosotros y ha sido sepultada. Os suplico, pues, en nombre de Cristo Jesús, que puesto que os gusta tanto pelear, peleéis contra los infieles...»

En sus cartas presenta al Señor como un gran comandante, el guerrero de la cruz. La imagen de Cristo en ejercicio de caballería no es rara en la literatura espiritual, y también se la encuentra en el *Diálogo*: «Por todo pasó como verdadero capitán y auténtico caballero, puesto por el Padre en el campo de batalla para combatir a fin de arrancar al hombre de las manos del demonio y librarle de la más perecedera esclavitud en la que podía caer». Las cartas se multiplican.

A la reina Isabel de Hungría le dice: «Reflexionad que si una de vuestras ciudades os hubiese sido arrebatada, la reconquistaríais... Pues bien, pensad en todo el territorio [cristiano] que nos ha sido tomado... Vos sabéis bien que los Otomanos que persiguen a los cristianos han arrancado a la Santa Iglesia vastos territorios». La invita, así, a realizar «*il dolce mistero del santo passaggio*», como Catalina gustaba llamar a las Cruzadas. A Juana, reina de Nápoles, le escribe: «Según me parece oír, el Padre Santo lo izará [el estandarte de la Cruz] contra los Turcos. Y por ello os ruego que os dispongáis, para que así todos, en bella brigada, vayamos a morir por Cristo». La expresión «bella brigada» recuerda a los que en Siena se le habían unido en santa amistad.

Aunque el texto que sigue sea algo extenso, no nos animamos a omitirlo. Está tomado de una espléndida carta que escribe al prior de los Caballeros de Rodas:

«Os escribo con deseo de veros caballero viril, despojado del amor propio de vos mismo y revestido del amor divino. Porque el caballero que se dispone a combatir sobre el campo de batalla debe estar armado con las armas del amor, que es el arma más fuerte que existe. Y no bastaría que el hombre se armase solamente de coraza y panceras; puesto que muchas veces acaecería que si no tiene las armas del amor, y el deseo de apetecer honor, y querer saber la cosa por la cual combate, apenas viese a los enemigos temería y volvería la cabeza hacia atrás. Así os digo que el alma que comienza a entrar en el campo de batalla para combatir con los vicios, con el mundo, con el demonio, y con la propia sensualidad, si no se arma con el amor de la virtud, y no lleva en la mano el acero del odio, y de la verdadera y santa conciencia fundada en amor divino, nunca combate, sino que viene a menos; y como negligente persona que está armada de la propia sensualidad se pone a yacer durmiendo en los vicios y en los pecados...

«¡Ea, virilmente, sin temor servil alguno, id a las dos batallas, que Dios os ha destinado! La primera es la batalla general dada a toda criatura que tiene en sí razón; puesto que, como estamos en tiempo de discernir el vicio de la virtud, del mismo modo estamos rodeados por nuestros enemigos, esto es, por el demonio, y por nuestra propia carne y perversa sensualidad, que siempre impugna al espíritu. Mas con el amor de la virtud y el odio de los vicios los derrotaréis.

«La otra batalla os ha sido dada, en particular, por gracia, de la cual no todos fueron hechos dignos; a esta batalla os conviene ir armados no solamente de armadura corporal, sino de armas espirituales. Que si no tuviereis las armas del amor por el honor de Dios, y el deseo de adquirir la ciudad de las desdichadas almas infieles que no participan de la sangre del Cordero, poco fruto podríais adquirir con las armas materiales.

«Y por ello quiero que con toda vuestra compañía os pongáis por objeto a Cristo crucificado, esto es, a su preciosa y dulcísima sangre, que fue derramada con tanto fuego de amor para quitarnos la muerte y darnos la vida...

«Aprended de aquel consumado y desangrado cordero que sobre la mesa de la cruz, no cuidando de fatigas ni de amarguras suyas, sino con deleite del alimento del honor del Padre y de nuestra salvación, se puso a comerlo sobre la mesa de la oprobiosa cruz. Y, enamorado del honor del Padre Eterno y de la salvación de la humana generación, está firme y constante en ella y no se mueve por fatigas ni por desgarramientos, ni injurias, ni escarnios, ni villanías, ni por nuestra ingratitud... El Rey nuestro hace como verdadero caballero que persevera en la batalla hasta derrotar a los enemigos. Y, al tomar aquel alimento, con la carne suya flagelada derrotó al enemigo de la carne nuestra; con verdadera humildad—humillándose Dios al hombre), con la pena y el oprobio derrotó a la soberbia, las delicias y estados del mundo; con su sabiduría venció la malicia del demonio. Tanto, que con la mano desarmada, atravesada y clavada en la cruz, venció al príncipe del mundo, teniendo por cabalgadura el leño de la santísima cruz.

«Vino armado este nuestro caballero con la coraza de la carne de María, cuya carne recibió en sí los embates para reparar nuestras iniquidades. El yelmo de su cabeza fue la penosa corona de espinas, hincadas hasta el cerebro. Su espada, la llaga del costado, que nos muestra el secreto del corazón... La caña en la mano por burla y los guantes de las manos y las espuelas de los pies, son las llagas bermejas de las manos y de los pies de este dulce y amoroso Verbo. ¿Y quién lo ha armado? El amor. ¿Quién lo ha mantenido firme, atravesado y clavado en la cruz? No los clavos, ni la cruz, ni la piedra, ni la tierra, mantuvieron erguida la cruz, que no se bastaban para sostener a Dios y Hombre, sino el lazo del amor por el honor del Padre y por nuestra salvación. Nuestro amor fue la piedra que los irguió y mantuvo en alto. ¿Quién será aquel, de tan vil corazón, que contemplando a este capitán y caballero que permaneció al mismo tiempo muerto y vencedor, no se quite la debilidad del corazón y no se vuelva viril contra todo adversario? Ninguno. Y por ello os dije que os pusierais por objeto a Cristo crucificado».

Catalina estaba enardecida con el proyecto de la Cruzada. Las grandes causas la apasionaban. Sus palabras y arengas nos recuerdan el espíritu y la pluma de San Bernardo, dirigiéndose a los caballeros del Temple. Ella misma hubiera querido participar:

«Mirad—decía mostrando su túnica blanca—: qué bella sería si, por amor de Jesús, la sangre la enrojeciese!». De no serle posible ir, al menos, como le dice en carta a un conde, «haremos como Moisés, que el pueblo combatía y Moisés oraba; y mientras él oraba, el pueblo vencía. Así lo haremos nosotros, siempre que nuestra oración le sea grata».

## IX. Sus últimos días

La tenemos a Catalina en Roma, en una casa situada al pie del monte Pincio. Por la mañana, luego de asistir a la Santa Misa y hacer sus oraciones, venía el momento de la correspondencia. Paseando por su cuarto, deteniéndose a veces, dictaba de corrido. El secretario apenas si podía seguir el raudo fluir de sus palabras. En ocasiones debía recurrir a diversos amanuenses, dictando varias cartas a la vez. «Dictaba ya a uno, ya a otro, ya ocultando el rostro entre las manos, ya mirando al cielo con los brazos en cruz, ya entrando en éxtasis sin dejar de dictar».

Seguía siendo un alma enamorada, a ejemplo de San Pablo, mi *Paoluccio*, mi Pablito, como le llamaba cariñosamente, quien le había enseñado que la vida era una *palio*, una carrera, semejante a las que se corrían cada año en su Siena natal, y que le era preciso «cumplir en su carne lo que faltaba a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia» (cf. Col 1, 24). Esta frase parece haber sido su divisa durante el último período de su vida. Siempre rodeada de sus discípulos, de quienes se despedía con una «*santa piccola tenerezza*», su amor a Jesús se iba identificando cada vez más con los intereses de la Esposa del Señor.

En las últimas semanas, sus sufrimientos fueron misteriosos, escalofriantes, ofreciéndolos como siempre por la Iglesia. «A ti, Padre eterno, ofrezco de nuevo mi vida por tu dulce Esposa; arráncame de mi cuerpo y vuélveme a mi cuerpo cuantas veces quiera tu bondad, cada vez con más dolor que la anterior, para que pueda ver la reforma de tu dulce Esposa, la santa Iglesia». Los demonios la comenzaron a acosar, según lo atestigua en una de sus últimas cartas: «Poco tiempo después empezaron los ataques de los demonios, que me causaron tal espanto que estuve a punto de volverme loca. Se ensañaron conmigo como si yo, miserable gusano de la tierra, hubiese sido la causa de que hayan perdido lo que poseían en la santa Iglesia». En la madrugada del 1º de enero de 1380 se le oyó decir: «He ahí mi cuerpo, que he recibido de ti; tómallo y haz de él un yunque sobre el que triturar sus pecados».

Veía acercarse el fin. Entonces escribió una especie de testamento espiritual: «Oh Dios eterno, acepta el sacrificio de mi vida por el cuerpo místico de la santa Iglesia. No puedo darte sino lo que tú me has dado, toma el corazón, toma ese corazón y oprímelo sobre el rostro de la Esposa». Era aquel corazón que un día le entregara Cristo en cambio del suyo.

«Entonces el Eterno—prosigue—, mirándome con benignidad, tomó mi corazón y lo apretó contra la santa Iglesia... Los demonios redoblaron su furor como si hubiesen sufrido insoportable dolor... Y ahora sólo añadido: gracias, gracias sean dadas al Dios soberano y eterno que nos ha colocado en el campo de batalla para luchar como valientes caballeros por su Esposa con el escudo de la santa Fe».

Su salud empeoraba día a día. El poco alimento que era capaz de recibir le causaba dolores indecibles. Consumida por una sed ardiente, no podía tomar ni un sorbo de agua. Desde que estaba en Roma, acostumbraba ir todos los días a la basílica de San Pedro, la antigua basílica que había hecho Constantino, para rezar ante la tumba del Apóstol. Al llegar al pórtico, solía quedarse contemplando el mosaico de Giotto, que se conserva en la nue-



va fachada, y que representa la *navicella*, la nave de la Iglesia, la barca de Pedro. El pensamiento de Catalina se concentraba en este símbolo. Era la carga que pretendía llevar: la Navicella. La palabra *navicella* se repite una y otra vez en la oración que rezó el 18 de enero, día de la fiesta de la cátedra de San Pedro.

El 29 de enero, nos cuenta Barduccio, uno de sus discípulos, hacia la hora de Vísperas, Catalina se arrodilló ante aquel mosaico de Giotto. Sus dos grandes ojos brillaban con vivo resplandor; los labios finos se movían débilmente para rezar. Sus manos delgadas, cruzadas con fervor, semejaban la llama inmóvil de un cirio; su silueta era blanca, resplandeciente e inflamada, como una antorcha cultural. A su lado estaban arrodillados sus seguidores, rezando con ella, pero volviendo con frecuencia la mirada hacia su amada madre espiritual, la *dolce venerabile mamma*. De pronto la vieron caer, como abrumada por un inmenso peso. Quisieron levantarla, pero era casi imposible. Jesús había puesto sobre sus débiles hombros la *Navicella*, el navío de la Iglesia y todos los pecados que lleva a bordo. Era el anuncio del fin. La llevaron costosamente hasta su casa. Ya no se recuperaría más.

La vivienda donde entonces se alojaba era un pequeño cuartito cercano a la iglesia de Santa María sopra Minerva. Allí la reclinaron sobre unas tablas que le servían de lecho. Ella lamentaba que fray Raimundo no estuviese allí. Pero sí lo estaba doña Lapa, su vieja madre, junto con sus discípulos.

La Santa tenía plena conciencia de que la muerte estaba a las puertas. «Estad seguro –le dice al P. Bartolomé Dominici– de que si muero, la única causa de mi muerte es el celo por la Iglesia que me abrasa y me consume». Se despidió de sus allegados y de su madre, a quien pidió la bendijera por última vez. Ella, a su vez, le rogó a Catalina su bendición. «Tú me llamas, Señor –dijo con voz tenue–, yo voy a ir a tí. Voy a tí, no por mis méritos, sino gracias a la misericordia que imploro en virtud de tu sangre... ¡Oh Sangre! ¡Oh Sangre!». E inclinando su cabeza, murió como había deseado, «consumida de amor por la dulce Esposa de Cristo». Era el 29 de abril de 1380. Tenía 33 años.

Si bien Catalina es una santa bastante desconocida en la actualidad, sin embargo la Iglesia le ha rendido grandes honores en el curso de la historia. En 1383, su cuerpo fue solemnemente transportado a la iglesia de Santa María sopra Minerva, en Roma, y allí reposa bajo el altar mayor. La cabeza, en cambio, se conserva en su Siena querida, en la basílica de Santo Domingo, tan frecuentada por ella en sus mocedades. Fue el papa Pío II, también el oriundo de Siena, quien la canonizó el año 1461. Su fiesta litúrgica se celebra el 29 de abril. Pío IX, que tanto la veneraba, la declaró copatrona de la ciudad de Roma, juntamente con los apóstoles Pedro y Pablo. En 1939, Pío XII la proclamó Patrona de Italia, en compañía de San Francisco de Asís.

Pablo VI, por su parte, en un gesto tan insólito como trascendente, la declaró Doctora de la Iglesia Universal, junto con Santa Teresa. Decimos que fue una medida insólita ya que hasta entonces ninguna mujer había recibido tal título en la Iglesia.

En la homilía que el Papa pronunció con motivo de dicha proclamación, tras declarar que Santa Catalina se encuentra entre los más grandes y originales santos que la historia recuerda, evocó algunas de sus actuaciones apostólicas, especialmente sus denodados esfuerzos para que los Papas retornaran de Aviñón a su sede natural. «El éxito que finalmente obtuvo –dice– fue verdaderamente la obra maestra de su intensa actividad que seguirá siendo su gran gloria a

lo largo de los siglos y constituirá un título muy especial al eterno reconocimiento de la Iglesia». También se refirió en su homilía a la preocupación de la Santa en favor de la reforma de la Iglesia, no entendiéndolo por ella «la destrucción de sus estructuras esenciales, ni la rebelión contra los Pastores, ni la vía libre a los carismas personales, ni las innovaciones arbitrarias en el culto y en la disciplina, como algunos querrían en nuestros días». Finalmente destacó el aspecto místico de su figura. Ella es, para el Papa, «la mística del Verbo encarnado y sobre todo de Cristo crucificado», así como «la mística del Cuerpo místico de Cristo».

Más recientemente, en octubre de 1999, el papa Juan Pablo II la declaró Patrona de Europa, juntamente con Santa Brígida de Suecia y Santa Teresa Benedicta de la Cruz –Edith Stein). Se unen así a los tres Patronos anteriormente proclamados, San Benito, San Cirilo y San Metodio.

Condecoraciones bien merecidas, por cierto. Cuando se considera la gran figura de Catalina, resulta inevitable sentirse pequeño, mezquino, muy poca cosa. La reciedumbre de su personalidad, el vuelo de sus proyectos, su visión grandiosa de todo, siempre a la luz de la eternidad, sus *voglio* viriles, hechos de sangre y de fuego, las intervenciones de Dios a lo largo de su vida, todo ello hace que su figura nos resulte gigantesca, demasiado grande, quizás. Pero Catalina fue así. Querer empuñarla, recortarle lo «desmesurado» a la medida de nuestra mediocridad, con la excusa de hacerla más «humana», acentuar algunos defectos o lagunas de su personalidad como para hacer perdonar su aparente desmesura, no parece honesto. Mejor es comportarse al revés: ir acostumbrando la retina a sus fulgurantes dimensiones.

Al término de la biografía que le dedica Jacques Leclercq, le arguye que es tan extraordinaria que pareciera desanimar a los que aspiran a la perfección. Pero enseguida agrega que ella nunca nos ha pedido que la imitemos. No nos será posible hacerlo, por cierto, en la excepcionalidad de su vocación, a la que correspondieron medios y caminos poco comunes. Por lo demás, no radica en ello la santidad, y por ende tampoco la imitabilidad. Cada alma tiene su derrotero, propio e intransferible. Ni siquiera a Cristo, que se dijo «Camino», hay que imitarlo materialmente. Pero lo que sí podemos imitar de Catalina es su entrega generosa e incondicional al cumplimiento de la «idea» que Dios tuvo de ella desde toda la eternidad. Eso sí está a nuestro alcance, con la ayuda de la gracia.

## Obras Consultadas

**Santa Catalina de Siena**, *El Diálogo*, BAC, Madrid 1955.

*Cartas Políticas*, Losada, Buenos Aires 1993.

**Johannes Jörgensen**, *Santa Catalina de Siena*, Acción, Buenos Aires 1993.

**M. V. Bernadot O.P.**, *Santa Catalina de Siena al servicio de la Iglesia*, Studium, Madrid 1958.

**Jean Rupp**, *Docteurs pour nos temps: Catherine et Thérèse*, Ed. P. Lethielleux, Paris 1971.

**Jacques Leclercq**, *Santa Catalina de Siena*, Patmos, Madrid 1955.

## Voglio

*Quiero, Señor, tu corazón doliente  
–abierto el pecho como tierra arada–.*

*Quiero ser yunque si tu mano alzada  
castiga en él la furia impenitente.*

*Quiero la sangre, el fuego, el refulgente  
crujir de los aceros, la afilada  
impaciencia de la noche silente,  
y el vilo del pendón en la alborada.*

*Quiero el dolor materno al mediodía,  
pues con dolor mi redención espero.  
Los estigmas del Hijo en la agonía,  
que me seáis viriles: eso quiero.*

*Tú, el obispo de Roma, el derrotero  
de la Nave, su timón vigía,  
no naufragues temblando en esta ría,  
quiero verte soldado arcabucero.*

*Tú, Cardenal, o Rey, o acaso Nuncio,  
habites en Florencia, Roma o Francia,  
empápate en la luz y en el anuncio  
de la Verdad que es lumbre y es fragancia.*

*Quiero del centinela la constancia  
cuando el misterio trinitario anuncio.  
O si en el canto tu loor pronuncio  
me asista el don de la perseverancia.*

*Quiero la conversión de los herejes.  
La llama que enardece esta locura  
de llevar la bandera hasta la altura  
en que la Cruz te abraza con sus ejes.*

*Esta aldeana de Siena que se empeña  
en querer siempre porque Dios lo quiere,  
hoy se sabe partir y es tan pequeña,  
que te quiere, Señor, porque se muere.*

**Antonio Caponnetto**

## 5

## Isabel la Católica

Fernando e Isabel fueron quienes pusieron las bases de la España moderna. Es cierto que inmediatamente hay que aclarar que la Edad Media se prolongó en España durante mucho más tiempo que en el resto de Europa. Por eso no es de extrañar que encontremos aún en los Reyes Católicos rasgos medievales, como son, por ejemplo, el espíritu de Cruzada, el carácter itinerante de su monarquía, la concepción de la autoridad como administradora nata de la justicia, etc. El espíritu medieval quedará simbolizado en el estilo arquitectónico de aquel tiempo, correspondiente al último gótico español. Con todo, estamos ya en la época del Renacimiento, al que accede la España de Isabel, si bien con una huella

específicamente española.

Resaltemos de entrada la nobilísima ascendencia de Isabel, porque sin duda no habrá dejado de influir en su temperamento. Su árbol genealógico empalma con Alfredo el Grande, Guillermo el Conquistador, los reyes ingleses Plantagenet, San Luis de Francia, y sobre todo San Fernando de Castilla, cuya corona de oro, reluciente de piedras preciosas, llevaría sobre su frente en ocasiones solemnes. Y aquí sí que nobleza obliga.

## I. La educación de Isabel

Cuando contaba 11 años, Isabel fue confiada a la corte de Enrique IV, su hermanastro, donde imperaba un ambiente frívolo, de fiestas, espectáculos, intrigas y escándalos de todo tipo. Isabel trató de tomar distancia de aquel medio tan mundanizado, en el grado en que se lo permitían sus posibilidades. Su hermanastro era poco menos que un degenerado, conocido en toda Europa como Enrique el Impotente. Si bien se declaraba cristiano y asistía a Misa, sus predilecciones recaían sobre moros, judíos y cristianos renegados, enemigos de la fe católica. Se decía que durante las comidas, su pasatiempo favorito era la invención de blasfemias y bromas obscenas sobre la Sagrada Eucaristía, la Santísima Virgen y los santos. Habiendo derrochado el dinero del Estado para agradar a sus favoritos, el país estaba al borde de la bancarrota. Los usureros arrancaban a los agricultores y comerciantes hasta la última moneda. Los caminos estaban atestados de bandidos.

En semejante ambiente se vio obligada Isabel a transcurrir su adolescencia, tratando de formarse como podía. Entre otras cosas, aprendió a andar a caballo y a cazar. Pero por sobre todo se las ingenió para adquirir una cultura muy sólida. Aprendió a hablar con precisión el castellano, así como a escribirlo con expedición, e incluso, cierta esbeltez; estudió retórica, poesía, pintura e historia. Las traducciones españolas de la Odisea y de la Eneida eran comunes en la corte. Aprendió a bordar dibujos en telas y terciopelos, llegando a ilustrar pergaminos con caracteres góticos; en la catedral de Granada se conserva un misal decorado por ella, así como ornamentos confeccionados para el altar de su capilla privada. Inicióse también en la filosofía, con la ayuda de algunos preceptores que habían estudiado en la Universidad de Salamanca; gracias a ellos aprendió la filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino.

Había heredado de sus padres el gusto por las canciones populares, a través de las cuales conoció la heroica resistencia de sus antepasados en las cruzadas contra los infieles. De ahí su afición por los libros de caballerías. Aunque la generalidad de los mismos tenía origen extranjero, por aquel entonces eran especialmente conocidas dos novelas: *Curial e Güelfa* y *Tirant lo Blanc*; la segunda, impresa en 1490, fue considerada por Cervantes «el mejor libro del mundo». Asimismo leyó el *Amadís de Gaula* de García Rodríguez de Montalvo; si bien el tema de esta novela procedía del ciclo de Arturo, sus elementos fundamentales eran bien españoles, y en las hazañas del Amadís los caballeros que libraban la guerra contra los moros veían trasuntarse el modelo de las suyas.

Como puede verse, Isabel recibió una educación esmerada, la propia de los nobles de aquella época en España, a pesar del negligente abandono en que la tenía el Rey, y las apremiantes necesidades económicas en que se veían tanto ella como su madre, al punto de llegar a veces hasta carecer de alimento y de vestido, obligadas a vivir casi como campesinas. Ello contribuiría, sin duda,

a aquella sobria reciedumbre que fue tan propia del carácter de Isabel.

## II. Isabel, mujer

Con todo su coraje y determinación, Isabel sería siempre muy femenina. Ni el ejercicio del gobierno, ni las rudas guerras en que se vería involucrada, y que, en ocasiones, la tendrían de protagonista, resultaron en detrimento de su condición de mujer, de esposa y de madre. Es cierto que su matrimonio con Fernando fue decidido más por motivos políticos que por verdadero enamoramiento; sin embargo le quiso de manera entrañable.

Y aunque Fernando, a pesar de amarla sinceramente, le fue infiel en diversas ocasiones, ella, más allá del justo celo que semejante actitud encendía en su alma tan delicada, le mantuvo la exclusividad del amor, tratando de que el hogar se cimentase en un sólido vínculo conyugal. La unión de Fernando e Isabel encontró expresión heráldica en sus emblemas, el yugo y las flechas. Y también en sus testamentos, ya que ambos dispondrían que sus cuerpos fuesen sepultados uno junto al otro para que, como diría Isabel, «el ayuntamiento que tuvimos viviendo... espero que lo tengan y representen nuestros cuerpos en el suelo». Así yacen hoy en la Capilla Real de Granada.

Amor conyugal. Pero también amor maternal, ya que Isabel veló cuidadosamente por la formación de sus hijos y se ocupó de la educación de cada uno de ellos, ofreciéndoles el ejemplo de su conducta y custodiando la atmósfera del hogar y de la corte, de modo que no se repitiese la triste experiencia que ella debió soportar en lo de su hermanastro. Les enseñó las normas del trato social, la literatura, la música, y a las hijas las inició en el huso y el bordado. Pero por sobre todo, procuró que recibiesen una formación integral, cristiana y humanística. Sus hijos llegaron a dominar con maestría el latín, suscitando la admiración de humanistas tales como Vives y Erasmo.

Mas Isabel no fue una mujer común, ni sólo una esposa y una madre ejemplar. Fue también una Reina. Aunque era sencilla en sus gastos y en su vida privada, sabía bien que sus súbditos, particularmente como consecuencia del largo contacto con los moros, amaban el brillo de la Corte y las ceremonias majestuosas. Y así, no la movía en modo alguno la vanidad cuando, resuelta a hacer respetar el trono por todos sus vasallos, se mostraba en las funciones públicas con los más esplendorosos atuendos, quedando el pueblo absorto y deslumbrado ante tanta majestad. Mostrábase remisa, es cierto, a conceder, con facilidad grandes honores, pero cuando lo hacía, en razón de méritos verdaderos, sus gratificaciones eran realmente generosas, como de mujer magnánima y magnificente a quien no agradaban los términos medios.

Hoy nos parece extraño que una mujer haya desempeñado un papel tan relevante en la historia. Y eso que estamos en tiempos de exaltación feminista. Es que, como vemos, contra lo que vulgarmente se piensa, en la Edad Media las mujeres de talento tuvieron gran ascendiente e influjo social. Fueron numerosas las mujeres medievales que administraron Estados, gobernaron ciudades y provincias, mientras sus maridos estaban ausentes, luchando en las Cruzadas.

Y ya hemos dicho cómo la España de Isabel prolongaba, en sus esencias, la cosmovisión medieval. Las costumbres de los musulmanes, contra los cuales Isabel llevaría adelante una guerra sin cuartel por el dominio de Espa-

ña, no concedían a la mujer la posición privilegiada que siempre ocupó en la civilización cristiana. El Corán apenas si la considera como ser humano; dividiendo a la humanidad en doce estratos, ubica en el undécimo a los ladrones, brujos, piratas y borrachos, y en el más bajo, el duodécimo, a las mujeres.

## III. El espíritu religioso de Isabel

Isabel fue una mujer de fe sólida y corazón ardiente. Nos relatan las Crónicas que «acostumbraba a decir todas las horas canónicas cada día, además de otras devociones que tenía». Pero más allá del cumplimiento de un conjunto de prácticas, se destacaba por su concepción cristiana de la vida, porque sus reacciones eran siempre sobrenaturales. Cuando tenía que enfrentar algún problema, especialmente si era arduo, ponía humildemente sus dificultades a los pies de Dios; pero, luego de apelar a El con toda su confianza, procedía a cumplir su parte con una energía sin igual en la historia.

En 1497 don Juan, su único hijo varón, llamado a heredar el trono, enfermó de gravedad. La Reina estaba realmente consternada. La enfermedad avanzaba más y más. Un día se le acercó su marido. No sabía cómo darle la terrible noticia. Sólo atinó a decirle: «El está con Dios». Ella, inclinando la cabeza, exclamó: «Dios nos lo dio y Dios se lo ha llevado. ¡Bendito sea su santo Nombre!».

Uno de sus primeros cuidados luego de sentarse por primera vez en el trono, fue recabar la asistencia espiritual de un confesor. ¿A quién elegir? Tras diversas averiguaciones, supo que un fraile jerónimo, Hernando de Talavera, prior de un monasterio situado en las afueras de Valladolid, había predicado un notable sermón a los religiosos de su convento, exhortándoles vehementemente a la renovación espiritual. La Reina le pidió que lo escribiera y se lo remitiera, pero adaptado a las necesidades personales de su alma.

Isabel quedó encantada al leer dicho escrito, y más encantada aún al conocer personalmente a su autor. Tras una prolongada conversación con él, le pidió que la oyerá en confesión. Por aquellos tiempos era costumbre que cuando los príncipes y los reyes acudían al sacramento de la penitencia, no sólo ellos se arrodillasen, sino que también debía hacerlo el confesor. Sorprendió a Isabel, por tanto, que fray Hernando la recibiera sentado en el confesonario. «Entrambos hemos de estar de rodillas», le dijo la Reina. «No, señora –respondió él con firmeza–, sino que yo he de estar sentado y Vuestra Alteza de rodillas, porque es el tribunal de Dios y hago yo sus veces». La Reina calló y se puso de rodillas. Luego comentaría: «Este es el confesor que yo buscaba».

Isabel se entendió con este sacerdote a las mil maravillas. Lo consultaría una y otra vez sobre cuestiones muy diversas. Llegó incluso a pedirle que escribiera para ella un tratado de mística, en base a la doctrina de San Juan, santo de su especial devoción. Se dice que fue su predilección por ese santo evangelista lo que la indujo a que su escudo heráldico estuviese como amparado por las alas extendidas de un águila, que es el símbolo del apóstol San Juan. El P. Hernando de Talavera sería consejero de la Reina durante 29 años.

## IV. Isabel, estadista

Tanto Isabel como Fernando fueron notables gobernantes. Baltasar Gracián alabaría la figura de Fernando dedicándole una de sus obras bajo el nombre de *El político*. Fernando Vizcaíno Casas, en su magnífico libro sobre Isabel, destaca la increíble capacidad de trabajo de

los Reyes Católicos, y su pasmosa multiplicación. Incluso con óptica actual, sus continuos desplazamientos, sus viajes incontables, aquel coincidir en el tiempo su presencia en combates, audiencias judiciales, reuniones diplomáticas, actos públicos, firmas de tratados, ceremonias religiosas, siempre de aquí para allá, resulta difícil de comprender. Y conste que lo hicieron con admirables resultados.

Cuando se descubre América, y los dominios de España se amplían en tan alto grado, dicha expansión fue acompañada por un admirable acrecentamiento de la actividad legislativa y cultural. Innumerables pragmáticas, cartas, ordenanzas y cédulas dieron cauce a la vida política de los españoles. Entre las promulgadas entre 1492 y 1495 merecen citarse las que regulaban los estudios en la Universidad de Salamanca, las penas contra los blasfemos, la declaración de los requisitos necesarios para que los letrados ocuparan cargos en la justicia, los privilegios de los clérigos, las normas para medida y ventas de paños y sedas, las penas que merecían los pecados contra natura, las multas por juegos prohibidos, etc.

Como puede verse, se trata de un monumento legislativo, y lo nombrado es sólo parte del mismo, abarcando desde asuntos de administración local a otros universitarios, fiscales, agrícolas y de obras públicas, sin olvidar las ordenanzas laborales y hasta el problema de los homosexuales. En lo que hace al campo internacional, Madrid adquiere rango destacado con tales Reyes. La Corte, radicada en dicha ciudad, es testigo de una importante afluencia de embajadores y diplomáticos de las principales potencias europeas, lo que constituye un reconocimiento expreso de la importancia lograda por Castilla en la política continental.

Por lo que toca más concretamente a Isabel, hemos de destacar sus relevantes dotes de estadista. Durante largas temporadas vivió casi constantemente a caballo, recorriendo sus reinos de un confín al otro, pronunciando discursos, celebrando juntas, dictando cartas a sus secretarios durante la noche, presidiendo el tribunal por la mañana, juzgando ladrones y asesinos, etc.

Cuando era preciso, sabía imponerse resueltamente. En cierta ocasión estalló un motín en Segovia. Ni bien se enteró, montó a caballo, y cubrió en un día los cien kilómetros que la separaban de aquella ciudad. Cubierta de polvo se abrió paso entre los revoltosos: «Yo soy la Reina de Castilla –les dijo–, y no estoy acostumbrada a recibir condiciones de súbditos rebeldes». Otra vez, en que el alcalde de Trujillo se rehusaba a entregarle las llaves de la fortaleza, Isabel se dirigió hacia allí llena de indignación: «¿E yo tengo de sufrir la ley que mi súbdito presume de ponerme? ¿E dejaré yo de ir a mi ciudad? Por cierto, ningún rey lo hizo ni menos lo faré yo». Y ordenó traer la artillería.

Consciente de su dignidad cual representante de Dios en el orden temporal, se mostró también noblemente activa en sus relaciones con la autoridad espiritual. La elevación al solio pontificio de Alejandro VI, de costumbres tan poco edificantes, la puso en un aprieto. Para ella era el Papa, y como tal, le merecía el mayor respeto y sumisión religiosa, pero eso no significaba que debiera aprobar su conducta licenciosa ni sus procederres tortuosos. Con motivo de haberse celebrado en Roma, con toda fastuosidad, las bodas de Lucrecia Borja, hija del Papa, Isabel citó al nuncio apostólico, y despidiendo de su despacho a secretarios y ayudantes, se quedó sola con él, cerrando la puerta por dentro, algo del todo insólito en su proceder habitual. Entonces le expresó al nuncio su desazón ante las cosas que oía decir del Papa. Sin embargo, el Sumo Pontífice jamás rompió con ella; al contrario, recibía con humildad sus reconveniones, y la ayudó con empeño en varios de sus proyectos, como vere-

mos más adelante.

## V. Isabel, justiciera

Cuando Isabel y Fernando subieron al poder, la situación en Castilla era desastrosa. Un cronista de la época la describe sin tapujos:

«Cruelísimos ladrones, homicidas, robadores, sacrilegos, adúlteros y todo género de delincuentes. Nadie podía defender de ellos sus patrimonios, pues ni temían a Dios ni al rey; ni tener seguras sus hijas y mujeres, porque había gran multitud de malos hombres. Algunos de ellos, menospreciando las leyes divinas y humanas, usurpaban todas las justicias. Otros, dados al vientre y al sueño, forzaban notoriamente casadas, vírgenes y monjas y hacían otros excesos carnales. Otros cruelmente salteaban, robaban y mataban a mercaderes, caminantes y hombres que iban a ferias. Otros que tenían mayores fuerzas y mayor locura, ocupaban posesiones y lugares de fortalezas de la Corona real y saliendo de allí con violencia, robaban los campos de los comarcanos; y no solamente los ganados, mas todos los bienes que podían haber. Asimismo cautivaban a muchas personas, las que sus parientes rescataban, no con menos dineros que si las hubiesen cautivado moros u otras gentes bárbaras, enemigas de nuestra santa fe».

El cuadro no podía ser más dramático. Como se sabe, en las monarquías tradicionales la justicia era una de las funciones propias e inalienables de los reyes. Gómez Manrique, poeta y político del siglo XV, y uno de los hombres más escuchados por Isabel, recomendó a la Reina que se preocupase menos de rezar y más de hacer justicia, porque de ella, al final del camino, habría de rendir cuentas.

Isabel, juntamente con Fernando, tomaron el consejo con toda seriedad, en la convicción de que el restablecimiento del respeto a la ley constituía una de sus principales tareas. Y lo hicieron con un rigor que sabían justificado por la anarquía dominante.

En unas Cortes convocadas en 1476, resolvieron restablecer una vieja institución caída en desuso: la *Santa Hermandad*. Tratábase de una especie de policía formada por voluntarios, que había aparecido en el siglo XIV para defender los derechos locales del pueblo contra la Corona, acabando por convertirse en un instrumento coactivo de la nobleza. Isabel decidió transmutar esa milicia ya herrumbada de las clases privilegiadas en un instrumento de la justicia al servicio de la autoridad real. Y así estableció una fuerza de dos mil caballeros a las órdenes de un capitán general, con ocho capitanes bajo su mando. Cada cien familias debían mantener aun caballero bien equipado, dispuesto a salir en cualquier momento en persecución de un bandolero. Los jefes de la Hermandad tenían poder para dictaminar justicia, previa defensa del acusado, y en algunos casos, cuando las evidencias eran incontrovertibles, les era lícito hacerlo de manera sumaria.

Este tipo de justicia, directa y rápida, era algo natural en aquel tiempo. Las simpatías que Enrique el Impotente había mostrado en favor de los asesinos, los Reyes Católicos la reservaban para la víctima, su viuda y sus hijos, para las mujeres violadas, para las familias afectadas por el bandolerismo. Bien señala T. Walsh que en este terreno los españoles no fueron más crueles que otros pueblos occidentales, por ejemplo los ingleses de aquella misma época. Incluso un siglo después, se lee en el informe de un cronista inglés que todos los años eran colgados de 300 a 400 bandidos, y que durante el reinado de Enrique VIII murieron 72.000 personas en la horca, solamente por haber robado.

Tanto Isabel como Fernando iban de ciudad en ciudad, a veces juntos, otras separados, haciendo justicia efectiva y veloz. A semejanza de San Luis de Francia, la joven reina tenía la costumbre de presidir bajo dosel las

sesiones de los tribunales; oía demandas y denuncias, procuraba reconciliaciones, castigaba a los culpables con diversas penas, que llegaban en algunos casos a la condena a muerte, y cabalgaba luego hasta el siguiente lugar. Se la sabía imparcial e incorruptible.

Aunque en diversas ocasiones necesitase urgentemente dinero, por ejemplo para llevar adelante la lucha contra los moros o la conquista de América, rehusó siempre cualquier tipo de soborno de parte de los criminales acaudalados. Un noble poderoso, llamado Alvar Yáñez, que había asesinado alevosamente a un notario, ofreció a la Reina la enorme suma de 40.000 ducados si le perdonaba la vida. Algunos de sus consejeros, sabedores de las ingentes necesidades del tesoro real, le aconsejaron que aceptara. Pero la Reina «prefería la justicia al dinero», como dice el cronista. Ese mismo día hizo cortar la cabeza de Yáñez y, para evitar la sospecha de motivos subalternos, distribuyó sus bienes entre los hijos del asesino, aunque muchos precedentes le autorizaban a confiscarlos para las arcas reales.

En cierta ocasión llegó a oídos de Isabel la noticia de que en Sevilla reinaba un estado de corrupción generalizada. Inmediatamente anunció que se dirigiría a esa ciudad, y que todos los viernes, según la costumbre de sus antepasados, presidiría un tribunal público, y administraría justicia en todas las causas criminales y civiles. Llegó la Reina a la ciudad y se dirigió a la Catedral, como era habitual en ella, para dar gracias a Dios e implorar su inspiración y ayuda. Luego fue al Alcázar, que era el antiguo palacio real de los moros, y preguntó por el sitio de juez que había honrado San Fernando. Evidentemente quería empalmar la justicia que se presentaba a ejercer con la que había practicado su santo predecesor.

Mientras los notables de la ciudad iban de un lado para el otro, organizando todo para agasajarla con fiestas, banquetes y corridas de toros, ella serenamente pensaba en colgar a algunos de ellos. Durante los dos meses siguientes, todos los viernes, quienquiera que tuviese alguna denuncia podía dirigirse a la Sala de los Embajadores, donde la joven reina se hallaba sentada en el sitio de San Fernando, sobre un estrado cubierto de alfombras multicolores, contra un piso de baldosas moras o azulejos. Cada petición era recibida por alguno de sus secretarios, éste la confiaba a uno de los consejeros de la Reina, sentados a su lado, aunque en nivel inferior, quienes debían examinar el caso diligentemente y pronunciar su veredicto en el plazo de tres días.

Así los soldados fueron capturando a malhechores grandes y pequeños, ricos y pobres, de todos los barrios de la ciudad y sus suburbios, y llevándolos frente a ese tribunal. Quienes resultaban condenados podían siempre apelar a la Reina como última instancia. Los principales delincuentes fueron colgados sin mayores ceremonias, después de darles tiempo para confesarse.

Cuando se percataron de que la cosa iba en serio, algunos malhechores poderosos se acercaron a la Reina con buenas palabras, intentando sobornarla para tratar de que amainara en su intento. Pero Isabel se mostró inexorable, y entonces aquéllos que no habían sido denunciados comenzaron a huir de sus casas por la noche.

Eran tantas las familias que se hallaban comprometidas, que el anciano obispo de Cádiz creyó conveniente ir a la Reina, acompañado de una multitud de esposas, hijos, padres y hermanos de los fugitivos. Respetuosamente le hizo notar que bajo un gobierno disoluto como había sido el de Enrique, era natural que la gente se hubiese corrompido, inclinándose a la delincuencia. De ahí que difícilmente hubiera una familia en Sevilla que no tuviera algún miembro criminal, o en alguna forma cómplice de crimen. La Reina escuchó con atención el discurso del obispo que la exhortaba a pasar de la justicia a la misericordia, y entendiendo que ya había alcanzado su propósito, accedió al pedido, proclamando una amnistía general de todos los delitos, con excepción del de herejía.

Durante el gobierno de Isabel, los jueces y funcionarios fueron honrados como nunca lo habían sido antes. En 1480 se llevó a cabo la sistematización jurídica de leyes y pragmáticas anteriores, bajo la dirección del prestigioso jurista Alfonso Díaz de Montalvo. Allí se dejó establecida la necesidad de que los tribunales despachasen con celeridad los procesos, ofreciendo por cierto a

los acusados todos los medios necesarios para su defensa, al tiempo que se establecieron penas rigurosas contra los jueces venales.

Modesto Lafuente, historiador español del siglo pasado, en su «*Historia de España*» deja en claro que el restablecimiento de la tranquilidad pública y del orden social, hubiese sido prácticamente imposible de lograr si la reina Isabel no hubiese dado

«tantos y tan ejemplares testimonios de su celo por la rígida administración de la justicia, de su firmeza, de su inflexible carácter, de su severidad en el castigo de los criminales; que, aunque acompañada siempre de la prudencia y la moderación, hubiera podido ser tachada por algunos de dureza, en otros tiempos en que la licencia y la relajación fueron menos generales y no exigieron tanto rigor».

## VI. Isabel y la cultura

Siempre que Isabel se veía libre de las preocupaciones de la justicia, y de las de la guerra, a que nos referiremos enseguida, se entregaba generosamente al fomento de las ciencias y las artes.

Bajo su alto patrocinio prosperaron los estudios de medicina, erigiéndose grandes hospitales en Granada, Salamanca y Santiago. Uno de los tutores del príncipe don Juan impulsó los estudios de arqueología, mientras el profesor Lebrija investigaba en Mérida los circos romanos. Isabel y Fernando fundaron asimismo varias universidades, entre ellas la de Alcalá de Henares, donde sentaron cátedra algunos de los más notables humanistas del Renacimiento. Erasmo pudo escribir: «Los españoles han alcanzado tal encumbramiento en literatura, que no sólo provoca la admiración de las naciones más cultas de Europa, sino que además les sirve de modelo».

El español tradicional, de manera semejante a los antiguos griegos, entendía que la música era parte esencial en toda educación, ya nadie se lo consideraba instruido si no era capaz de cantar o al menos de tocar algún instrumento. Especialmente se la juzgaba necesaria para los reyes y los príncipes.

«Por medio del canto —escribía el teólogo e historiador jesuita Juan de Mariana— pueden apreciar los príncipes cuán fuerte es la influencia de las leyes, cuán útil es el orden en la vida, cuán suave y dulce es la moderación en nuestros deseos. El Rey debe cultivar la música para distraer su espíritu, para atemperar la violencia de su carácter y armonizar sus sentimientos. Estudiando música, comprenderá que la felicidad de una república consiste en la exacta proporción y en el justo acuerdo de las partes».

Isabel amaba el arte como pocos, y a cualquier parte adonde fuera, llevaba músicos consigo. Incluso cuando iba a los campamentos militares transportaba cuarenta cantores escogidos de su coro, sin contar los violinistas, clavecinistas, flautistas, etc. Garcilaso de la Vega, su embajador en Roma, era un excelente arpista. Francisco Peñalosa fue uno de los músicos más famosos del coro papal de Roma, donde Palestrina, medio siglo después, establecería las bases de la gran polifonía.

Fue evidente la intención de Isabel de estimular todo lo que se refiriera a la cultura. En 1487 dio instrucción al alcalde de Murcia para que eximiera de toda clase de impuestos a Teodorico Alemán, uno de los primeros que había introducido en España el reciente invento de Gutenberg, «por ser uno de los principales factores del arte de hacer libros de molde». Gracias al apoyo oficial, la imprenta alcanzó rápida difusión, publicándose pronto traducciones de Plutarco, César, Plauto, Ovidio, Dante, Petrarca, y una *Biblia polígota* de gran nivel. Antonio de Nebrija, por su parte, editó una *Gramática Castellana* así como el primer *Diccionario de la lengua*. La aparición de colecciones de *Cancioneros* fomentó la afición

del pueblo a la poesía, universalizándose el conocimiento de autores pasados y contemporáneos, como Jorge Manrique, el Marqués de Santillana, y otros.

Pero como la imprenta era un arma de doble filo, los Reyes establecieron la censura de libros, con la intención de preservar la fe católica y la moral pública, pero también de evitar las traducciones inadecuadas e incluso el falseamiento de los textos:

«Por cuanto muchos de los libros que se venden en el Reyno son defectuosos o falsos o apócrifos o están llenos de vanas o supersticiosas novedades, en adelante no se podrá imprimir ningún libro sin especial licencia del Rey o de persona por él debidamente autorizada».

## VII. Isabel, guerrera

Hemos destacado las cualidades femeninas de Isabel, esposa y madre ejemplar. Pero ello no fue óbice para que se ocupase, y muy eficazmente, de cuestiones relacionadas con la guerra.

En el transcurso de las arduas luchas sucesorias que culminarían en la unidad de España, cuando Fernando luchaba en un extremo del Reino, ella lo hacía en el otro. A la vez que se ocupaba en los asuntos de gobierno, durante meses se la vio a caballo, galopando centenares de kilómetros para conseguir refuerzos, o para alentar a los suyos con su presencia, mientras proveía a sus soldados de los necesarios recursos económicos para llevar adelante las guerras, empeñando a veces sus propias joyas.

Especial trascendencia confería a la entrega de las fortalezas enemigas. En tales ocasiones, le gustaba acudir en persona, vestida de armadura y llevando al cinto la espada, como poco antes lo había hecho Juana de Arco. De este modo, alternando hábilmente el combate con la diplomacia, fue conquistando fortalezas y plazas adversarias, al tiempo que obtenía el sometimiento voluntario de los nobles hasta entonces más contrarios a la causa de los Reyes.

Como se sabe, fueron los Reyes Católicos quienes llevaron a término la vieja Cruzada contra los moros en España. Un breve *excursus* sobre lo acaecido en los casi ocho siglos que duró dicha guerra ayudará a entender mejor la parte que le tocó cumplir a Isabel.

A comienzos del siglo VIII, algunos judíos españoles que deseaban librarse de los príncipes cristianos, indujeron a los berberiscos a cruzar el angosto estrecho de Gibraltar y apoderarse de las tierras españolas. La invitación fue acogida en el año 709, y pronto la Península se vio arrasada por la espada de los infieles, los que lograron conquistar prácticamente toda España, excepto unas desgarnecidas montañas en el norte, donde se refugió un pequeño resto. Mas no se detuvieron los invasores en los Pirineos. Invadieron Francia, y hubiesen conquistado toda Europa si el año 732 Carlos Martel no los hubiera rechazado en Poitiers, tras una sangrienta batalla que duró ocho días. Siete siglos de lucha serían necesarios para recuperar, palmo a palmo, del poder del invasor, las tierras conquistadas. Año tras año, siglo tras siglo, los cristianos de España fueron empujando al enemigo hacia el Mediterráneo.

Aprendió Isabel, por los antiguos cancioneros, cómo uno de los Apóstoles de Cristo se había aparecido montado a caballo a los desfallecientes guerreros cristianos cerca de Clavijo, en el año 844, conduciéndolos a la victoria sobre los musulmanes. Era Santiago, el Apóstol, quien según la tradición predicó en España el Evangelio, y cuyo cuerpo, después de su martirio en Jerusalén, fue devuelto a España por quienes anteriormente lo habían acompañado, de acuerdo con la tradición hispánica, siendo venerado en el sepulcro de Compostela. Desde entonces dicho Apóstol sería el patrono de España y los cruzados correrían al combate al grito de «¡Por Dios y Santiago!».

Tras siglos de lucha –y así nos acercamos a la época de Isabel– el poder político de los musulmanes había quedado reducido al rico y

poderoso reino de Granada, a lo largo de la costa del sur. Allí permanecían acantonados como constante amenaza de los reinos cristianos de Castilla y Aragón, ya que en cualquier momento podían traer del Africa nuevos contingentes, como lo habían hecho anteriormente, y reconquistar España.

Porque en el resto de Europa los musulmanes no se mostraban inactivos. Durante la niñez de Isabel habían llegado al Danubio, ocupado Constantinopla, la llave de Occidente, en 1453 –Isabel había nacido en 1451–, invadido el Asia Menor, alcanzado la baja Hungría, gran parte de los Balcanes y devastado Grecia. En una Europa que ya había perdido la cohesión propia del período de la Cristiandad, con frecuencia los reyes y los príncipes anteponían sus propios intereses a los de la comunidad. Es cierto que un Papa tras otro instaron a los cristianos a unirse en defensa de sus familias y de sus patrias, pero nadie escuchaba sus exhortaciones, salvo los desdichados pueblos que se hallaban en la primera línea de combate. Entretanto, el terrible Mohamed II, conocido con el nombre de *El Gran Turco* y cuya sola mención provocaba terror en las aldeas europeas, se abría paso a través de Italia, y ahora sí que ya estamos en la época de Isabel.

La gran Reina comprendió que no se podía perder tiempo. Porque Mohamed seguía su avance y acababa de ocupar Otranto, en el reino de Nápoles, asesinando cristianos, sacerdotes y obispos, y arrojando sus cadáveres a los perros, ante la total apatía de los príncipes italianos. El pánico comenzó a cundir por los reinos españoles. La gente se preguntaba qué sucedería si los turcos avanzaban desde el este, y los moros que integraban el reino de Granada, ayudados por presuntos aliados provenientes del Africa, retomaban la iniciativa desde el sur.

No seguiremos en detalle los avatares de la ofensiva de los Reyes Católicos. Paso a paso, fueron ocupando diversas ciudades del reino moro de Granada, como Córdoba, Baza, Almería, etc. *Benedictus qui venit in nomine Domini*, cantaban los cautivos cristianos que salían de las mazmorras de sus opresores. Alarmados por los éxitos de Fernando e Isabel, el Sultán de Egipto y el Emperador de Turquía, Bayaceto II, olvidando sus antiguas diferencias, resolvieron iniciar una nueva arremetida contra la Europa cristiana, y convinieron que mientras Bayaceto enviaría una poderosa flota contra el reino de Sicilia, que a la sazón pertenecía a Fernando, el Sultán mandaría un fuerte ejército desde Africa a España, para reforzar a los moros de Granada.

Ante semejante peligro, el papa Inocencio VII promulgó una bula por la que convocaba a todas las naciones cristianas a colaborar en la cruzada de los soberanos españoles, otorgando indulgencias a cuantos se alistaran en esa lucha.

Si bien la llamada no tuvo el eco que se esperaba, con todo llegaron voluntarios de varias naciones cristianas, franceses, ingleses, irlandeses, y de otros países, integrando el ejército de más de 50.000 hombres que Fernando lanzó contra los moros. El Rey le pidió a su esposa que visitara el campamento, porque su presencia surtía siempre sobre las tropas un efecto estimulante. Así lo hizo, montada en una mula zaina, revistando a los guerreros que desfilaron ante ella. Uno de los caballeros que se acercó a saludarla fue lord Scales, conde de Rivers, cuñado del rey Enrique VII, quien traía consigo trescientos soldados ingleses para luchar en la Cruzada. El noble había sido herido en el sitio de Loja; una piedra arrojada por un moro le había destrozado los dientes. La Reina le expresó su pesar.

«Es cosa pequeña –respondió con humor el inglés– perder unos pocos dientes en el servicio de Aquel que me los dio todos. Nuestro Santísimo Señor, que ha construido toda esta casa, sólo ha abierto una ventana en ella, para ver más fácilmente qué pasa dentro».

Como es obvio, la mayor parte del ejército estaba integrada por españoles de distintas regiones: gallegos,

leoneses, vascos, castellanos, aragoneses, valencianos, andaluces. La unidad de España se iba a consolidar en el campo de batalla. Muchos episodios jalonaron la gran ofensiva de los Reyes Católicos. Vizcaíno Casas nos los relata con la gracia que le caracteriza. Reseñemos algunos de ellos:

En una de las campañas por conquistar una ciudad en poder de los moros, los oficiales quedaron alarmados al descubrir que no era posible llevar hasta el frente de combate sus pesados cañones a través del sinuoso sendero que corría por las alturas de un elevado cerro. Enterada la Reina del obstáculo, al parecer inabordable, pidió un caballo y se dirigió a la montaña para inspeccionar personalmente el terreno. ¡Una montaña se interponía en el camino de sus nuevos cañones! Pues bien, dijo, hay que vencer a la montaña. Y entonces, bajo su dirección, seis mil zapadores con palas y explosivos trazaron un nuevo sendero en la ladera de la montaña, tan alto y empinado que «un pájaro se podía mantener allí con dificultad». Día y noche trabajaron rellenoando hondonadas, pulverizando rocas, talando árboles... Más de trece kilómetros de camino fueron tendidos en doce días, y los moros, que tanto se habían burlado de la contrariedad de los cristianos, vieron asomar una mañana los negros hocicos de las pesadas bombardas, que avanzaban lentamente, arrastradas por grandes bueyes, a través de la falda de la montaña.

Un día el Zagal, que era tío de Boabdil, el jefe de la plaza de Granada, pidió entrar en negociaciones con los Reyes Católicos; éstos mandaron para iniciarlas al comendador Juan de Vera, cordialmente recibido por Abu Abdallah en los salones de la Alhambra. Pero como uno de los nobles de la corte mora, conversando con el comendador, se permitiera alusiones obscenas a la Santísima Virgen, el caballero cristiano sacó la espada y de un tajo partió en dos la cabeza del blasfemo. Atacado por los compañeros de éste, se defendió en desigual lucha, hasta que llegó el Zagal y al enterarse de lo acaecido, presentó sus excusas a don Juan de Vera, castigando a los responsables de la afrenta. Cuando, al regresar al campo de los cristianos, contó aquél lo sucedido a su jefe, éste le escribió al moro dándole gracias, y regaló al comendador el mejor de sus caballos, por su firmeza en la defensa de la fe.

Otra anécdota. En cierta ocasión la Reina pasó revista a los soldados que asediaban la ciudad de Baza, en poder del enemigo, y como siempre, levantó inmediatamente el espíritu de la tropa. No satisfecha con eso, mostró su intención de recorrer las trincheras de la zona norte, en la primera línea del frente. Como dicha visita resultaba altamente peligrosa, ya que todo aquel sector estaba bajo el fuego enemigo, el marqués de Cádiz informó de los deseos de la Reina al jefe árabe Cid Hiaya, pidiéndole que mientras durase la inspección, suspendiera las hostilidades. No sólo aceptó el jefe moro tal proposición sino que, cuando Isabel, montada a caballo, estaba examinando las fortificaciones, salió de la ciudad el ejército musulmán, en formación de parada, los estandartes al vuelo y tocando la banda, con su príncipe al frente, en vestido de gran gala. Saludó con respeto a la reina católica desde su caballo y ordenó después a sus jinetes efectuar exhibiciones de destreza en homenaje a Isabel. Terminadas las cuales, se retiraron, tras saludar de nuevo cortesmente a la Reina. Cuando luego de enconadas batallas la plaza mora se rindió, los Reyes colmaron de honores a Cid Hiaya, que acabaría abrazando la fe católica y casándose con una de las damas de Isabel.

Nos cuentan las crónicas que en un intervalo entre los combates, y aprovechando un viaje que la corte hacía de Sevilla a Córdoba, el séquito hizo un alto en Moclín, para que el príncipe heredero don Juan, que a la sazón tenía doce años, fuese armado caballero. Su madre, la Reina, le revistió la cota de malla, las espuelas y la daga, dándole asimismo las monedas que tendría que ofrendar en el acto litúrgico correspondiente. A partir de entonces, el príncipe ya podía acompañar a sus padres en acciones de guerra.

Como dijimos antes, la conquista de Granada fue el acto terminal de la campaña. Los ocho meses que duró el sitio de esa ciudad fueron el marco de una serie de episodios caballerescos, de tipo medieval, que convirtieron el asedio en una especie de torneo prolongado. Conscientes ambos bandos de que la suerte de la ciudad estaba resuelta, los caballeros moros combatían con teme-

rario valor, como si quisieran despedirse con exuberante grandeza del último reducto del Islam en España. Su heroísmo encontró una réplica igualmente gallarda en los caballeros cristianos, que prodigaron hazañas que pasarían al romancero.

La reina Isabel atendía personalmente todo lo relativo a la intendencia. Con su conocido sentido de la caridad cristiana, había montado un hospital de campaña, el primer hospital de sangre de la historia, al que llamaron «el hospital de la Reina». Asimismo, en torno al campamento real desde donde se dirigían las operaciones bélicas, comenzó a edificarse una verdadera ciudad, con edificios de mampostería y circundada por murallas. Sugirieron los oficiales que se denominara *Isabela*, pero la Reina rehusó, proponiendo el nombre de *Santa Fe*, en atención a la causa que defendían sus soldados. El efecto psicológico que esta obra produjo en los sitiados de Granada fue decisivo, ya que en adelante no podían dudar de la firme determinación de los cristianos de no cejar hasta apoderarse de la capital mora. Santa Fe fue construida en ochenta días, con piedras traídas de las montañas cercanas.

Finalmente Granada se rindió. Fue un día de gozo indescriptible para los cristianos. La reina Isabel, el rey Fernando, el príncipe Juan, el cardenal Mendoza, fray Hernando de Talavera, los más preclaros capitanes del ejército, vistieron sus mejores galas, algunos de ellos incluso ataviados a la morisca. Todos miran con expectación hacia las imponentes torres de la Alhambra.

De pronto se escucha un clamor unánime, al tiempo que se disparan bombardas y morteros, y atruena el redoble de los tambores: en la torre más alta del palacio moro, la de la Vela, se ha alzado por tres veces la cruz de Cristo. E inmediatamente, también por tres veces, el pendón de Santiago y el estandarte real. Un heraldo de armas grita: «¡Santiago, Santiago, Santiago! ¡Castilla, Castilla, Castilla! ¡Granada, Granada, Granada, por los muy altos y poderosos reyes de España, don Fernando y doña Isabel...!» La Reina, emocionada, reclinó su cabeza sobre el hombro del Rey. Entonces se cantó solemne y sentidamente el *Te Deum*, seguido de disparos de artillería y sonar de trompetas.

En duro contraste con tanto gozo, algunos hombres habían contemplado la ceremonia con infinita tristeza. Eran los jefes moros. Boabdil, acompañado de su séquito, se acercó a Fernando, intentando besarle la mano, lo que este no consintió. Tras breves palabras, luego de besar las llaves de Granada, se las entregó al Rey, quien las pasó a doña Isabel, la cual se las dio al príncipe don Juan y éste al duque de Tendilla, que acababa de ser nombrado alcaide de la Alhambra. Eran las tres de la tarde del 2 de enero de 1492. Desde entonces, las campanas de las iglesias de Granada hacen sonar tres toques a esa exacta hora. Había terminado la secular empresa de la Reconquista. El Rey firmó un último parte donde comunicaba

«haber dado bienaventurado fin a la guerra que he tenido con el rey moro de la ciudad de Granada, la cual, tenida y ocupada por ellos más de 780 años, hoy, dos días de enero de este año de noventa y dos, es venida a nuestro poder y señorío...»

Entre los testigos directos de la rendición de Boabdil se encontraba un oscuro personaje que desde hacía años andaba merodeando por la Corte de los Reyes. Se llamaba Cristóbal Colón.

Cuatro días después de la capitulación, los Reyes entraron en la ciudad, y tras oír misa solemne, se dirigieron a la Alhambra y se sentaron en el trono de los emires.

Fue éste, sin duda, uno de los días más felices de la vida de Isabel.

Fernando escribió a Roma anunciando la buena nueva. Inocencio VIII y todos los Cardenales se dirigieron procesionalmente hasta la iglesia española de Santiago para dar gracias a Dios. Cuando la noticia llegó a Inglaterra, el rey Enrique VII ordenó una procesión a la iglesia de San Pablo, donde el Lord Canciller usó de la palabra para ensalzar a Isabel y Fernando, y luego atravesaron la ciudad cantando el *Te Deum*. Toda Europa celebró el glorioso final de la guerra. Las campanas de las iglesias se echaron al vuelo y se encendieron fogatas desde el Mediterráneo hasta el mar del Norte.

La conquista de Granada no careció de posteriores episodios desagradables, ya que la supervivencia de los árabes en aquella ciudad, a quienes se les reconocía el derecho a mantener su religión y las prácticas correspondientes, suscitó serios problemas a la Corona. Es verdad que los Reyes pensaron que, con el tiempo, conseguirían atraerlos a la fe, y fray Hemando de Talavera, nombrado arzobispo de Granada, se había entregado a dicha tarea con verdadero entusiasmo, hasta el punto de aprender el árabe, para poder predicar en su idioma a los antiguos súbditos de Boabdil. Sin embargo, pocos abjuraron de sus creencias.

En julio de 1499, los Reyes visitaron Granada. Millares de moros se apiñaron para presenciar su paso. El cardenal Cisneros, que llegó a los pocos días, se mostró hondamente preocupado al ver que ese territorio, si bien incorporado a la Corona de España, seguía siendo básicamente musulmán. Y entonces resolvió aplicar métodos expeditivos para acabar con lo que reputaba un grave peligro para la unidad de la fe. Comenzó reuniéndose con los alfaquíes, es decir, los doctores y sabios del pueblo islámico, para tratar de persuadirlos de que se convirtieran, en la esperanza de que su ejemplo arrastraría a la población en general. Los que así lo hicieron, se vieron colmados de favores; quienes se negaron, fueron encarcelados y puestos bajo el control de unos ayudantes de Cisneros, que alternaban los sermones con las palizas. Esto motivó numerosas conversiones, aunque con la sinceridad que podía preverse. Por otra parte, fueron quemados en público los libros islámicos de carácter religioso.

Como era de esperar, semejantes medidas provocaron la indignación de los musulmanes que querían permanecer fieles a su ley. Estallaron motines, el primero de ellos en 1500, que debieron ser duramente reprimidos, tras los cuales el Cardenal reiteró la misma táctica anterior, lo que dio lugar a una fuerte tensión entre los Reyes y Cisneros, a quien aquéllos achacaban «no haber guardado las formas que se le mandaron». Las cosas se pusieron más tirantes cuando se sublevaron los pueblos moros de las Alpujarras. Ante el peligro de que pudiesen ser socorridos desde el Africa, don Fernando encomendó a Garcilaso de la Vega una acción militar en toda regla; los rebeldes depusieron su actitud, pero el daño era ya irreparable.

A pesar de que entoncess los Reyes, sin dejar de exhortar a la conversión, dictaron normas ampliamente generosas, siguiendo una política de benevolencia, las insurrecciones se sucedieron, incluso con victorias sobre las tropas regulares. De ahí que en 1502 los Reyes juzgaran necesario promulgar un decreto por el cual se les daba a todos los moros residentes en los territorios de la Corona de Castilla un plazo para elegir entre la conversión o el exilio. Señala Vizcaíno Casas que la medida

debe ser enjuiciada con la óptica del momento histórico en que se produce: cuando desde Roma se postula la Cruzada de toda la Europa cristiana contra los infieles, en España se estaba logrando, al menos radicalmente, la unidad religiosa, obstaculizada ahora por la actitud de los moros. Al decretar su expulsión, los Reyes Católicos creyeron cumplir con un deber de fidelidad a los deseos de la Iglesia.

## VIII. Isabel y el problema judío

No es fácil esbozar la historia del pueblo judío en España. Seguramente había ya un gran número de judíos en tiempo de los visigodos. Luego de que muchos de ellos instaron a los árabes a venir del Africa y colaboraron con éstos para que pusiesen pie en España, abriéndoles las puertas de las ciudades de modo que pudiesen terminar rápidamente con los reinos visigodos, fueron premiados por los conquistadores, incluso con elevados cargos en el gobierno de Granada, Sevilla y Córdoba. Y así, en el nuevo estado musulmán alcanzaron un alto grado de prosperidad y de cultura.

La gradual reconquista de la Península por parte de los cristianos no trajo consigo ningún tipo de persecución para los judíos. Cuando San Fernando reconquistó Sevilla en 1224, les entregó cuatro mezquitas moras para que las transformasen en sinagogas, autorizándolos a establecerse en lugares privilegiados de la ciudad, con la sola condición de que se abstuvieran de injuriar la fe católica y de propagar su culto entre los cristianos. Los judíos no cumplieron estos compromisos, pero aun así no fueron contrariados, e incluso algunos Reyes, especialmente de fe tibia o necesitados de dinero, se mostraron con ellos muy condescendientes y les confiaron cargos importantes en la corte, sobre todo en relación con la tesorería.

A fines del siglo XIII, los judíos gozaban de un singular poder en los reinos cristianos. Tan grande era su influencia que estaban exentos del cumplimiento de diversas leyes que obligaban a los cristianos, a punto tal que algunos de los albigenses, llegados a España del sur de Francia, se hacían circuncidar para poder predicar libremente como judíos la herejía por la cual hubieran sido castigados como cristianos.

En una Europa donde se repudiaba el préstamo a interés como un pecado —*pecado de usura*, se le llamaba—, los judíos, que no estaban sujetos a la jurisdicción de la Iglesia, eran los únicos banqueros y prestamistas, con lo que poco a poco el capital y el comercio de España fue pasando a sus manos. Los ciudadanos que debían pagar impuestos y no tenían cómo, los agricultores que carecían de dinero con que comprar semilla para sus sembrados, caían desesperados en manos de prestamistas judíos, quedando a ellos esclavizados económicamente. Asimismo los judíos lograron gran influencia en el gobierno, prestando dinero a los Reyes, e incluso comprándoles el privilegio de cobrar los impuestos. De ellos escribe el P. Bernáldez, contemporáneo de los Reyes Católicos:

«Nunca quisieron tomar oficios de arar ni cavar, ni andar por los campos criando ganados, ni lo enseñaron a sus hijos salvo oficios de poblados, y de estar asentados ganando de comer con poco trabajo. Muchos de ellos en estos Reynos en pocos tiempos allegaron muy grandes caudales e haciendas, porque de logros e usuras no hacían conciencia, diciendo que lo ganaban con sus enemigos, atándose al dicho que Dios mandó en la salida del pueblo de Israel, robar a Egipto».

Por supuesto que todo esto no podía caer bien, y el pueblo no les tenía la menor simpatía. Cuando la peste



negra, en dos años, redujo a la mitad la población de Europa, los judíos sufrieron más que el resto, porque el populacho enloquecido los acusó de ser los causantes de aquella plaga envenenando los pozos, y comenzó a perseguirlos en toda Europa. El papa Clemente VI denunció como calumniosas tales acusaciones, señalando que la peste había sido igualmente mortal donde no vivía ningún judío, y amenazó con excomulgar a los exaltados. Sin embargo, las multitudes seguían matando judíos.

También en Castilla acaeció otro tanto, por lo que muchos hebreos, atemorizados, pidieron el bautismo, llamándoseles conversos o marranos. Algunos lo hicieron sinceramente, como aquellos 35.000 convertidos por la virtud y la elocuencia de San Vicente Ferrer, quien recorrió España predicando. Sin embargo hubo muchos que simulaban convertirse; iban a Misa el domingo, pero secretamente seguían acudiendo a las sinagogas.

Como cristianos confesos, los judíos falsamente convertidos se encontraban ahora libres de las restricciones impuestas a sus hermanos de la sinagoga, y estaban en condiciones de contraer matrimonio con las familias nobles de España. Además, se les abrían nuevas e importantes posibilidades porque podían acceder al sacerdocio o a la vida religiosa, probando así su lealtad al cristianismo. El hecho es que en la época de Isabel, su influencia sobre la Iglesia en España era notable. Muchos de los obispos eran descendientes de judíos. Y se sabía que numerosos sacerdotes seguían siendo secretamente judíos, y se burlaban de la Misa y de los sacramentos que fingían administrar. Los católicos se indignaban frente a estos sacrilegios, y en algunos casos exageraban la nota atribuyendo a los judíos la exclusividad de la decadencia que sufría la Iglesia.

Tal era la situación cuando los Reyes estaban proyectando su campaña contra el gobierno moro de Granada. Los españoles no podían dejar de recordar que habían sido los judíos quienes invitaron a los mahometanos a entrar en el país, y siempre los habían considerado como enemigos internos, *quintacolumnas* y aliados del enemigo. Dondequiera se encendía de nuevo la guerra contra los moros, automáticamente los judíos se convertían en sospechosos. Y precisamente en estos momentos, como acabamos de decir, los Reyes se aprestaban a lanzar su ofensiva contra Granada. Previendo Isabel una guerra larga y peligrosa, creyó que había llegado el momento de destruir el poder de los judíos encubiertos, que constituían un reino dentro de otro reino.

A solicitud de la Reina, el obispo de Cádiz elevó un informe sobre las actividades de los conversos de Sevilla. Se confirmaban las sospechas de Isabel, en el sentido de que la mayor parte de ellos eran judíos encubiertos, que poco a poco ganaban a los cristianos a las prácticas judías, llegando «hasta a predicar la ley de Moisés» desde los púlpitos católicos.

Señala T. Walsh que la Reina no tenía prevenciones contra los judíos como raza. El problema, tal como ella lo entendía, era estrictamente religioso. De hecho, a lo largo de su reinado, había nombrado en cargos de confianza a varios judíos a quienes creía sinceramente cristianos, y con frecuencia había protegido a los judíos de la sinagoga contra la furia y los *pogroms* –persecución antisemita– del populacho.

No obstante, pensaba que muchos conversos eran en realidad judíos encubiertos, que iban a la iglesia el domingo y a la sinagoga el sábado, mientras no perdían oportunidad de ridiculizar las más sacrosantas verdades

del cristianismo, socavando la fe, que era para ella la base moral del pueblo. Por otra parte, al poco tiempo de haberse creado la Inquisición, de que hablaremos enseguida, los inquisidores, convencidos por diversos testimonios, comunicaron a los reyes el gravísimo peligro que se cernía sobre la religión católica. E incluso no faltaron judíos que expresaban su esperanza de que los turcos lanzasen una ofensiva hacia Occidente.

Pero hubo un hecho que resultó sern el detonante de toda esta cuestión. En noviembre de 1491, cuando Isabel y Fernando estaban tratando con Boabdil la rendición de Granada, dos judíos y seis conversos fueron en Avila condenados a muerte bajo el cargo de haber secuestrado un niño cristiano de 4 años y de haberlo crucificado el Viernes Santo en una caverna para burlarse de Cristo; de haberle arrancado luego el corazón, en orden a hacer un maleficio de magia destinado a causar la ruina de los cristianos de España, tras lo cual los judíos se posesionarían del gobierno. Por cierto que con frecuencia atribuían cosas a los judíos. En este caso, se hicieron prolijas investigaciones, llegándose a la convicción de que, efectivamente, un niño había sido abofeteado, golpeado, escupido, coronado de espinas y luego crucificado. El asunto fue sometido a un jurado de siete profesores de Salamanca, quienes declararon culpables a los imputados. Hubo un segundo jurado, en Avila, que confirmó el veredicto. Los culpables fueron ejecutados el mismo mes en que se rindió Granada. El niño sería canonizado por la Iglesia bajo el nombre de *el Santo Niño de La Guardia*.

Se cree que cuando el P. Torquemada fue a la Alhambra, a principios de 1492, pidió a los Reyes que encarasen con urgencia este problema, que podía acabar por destruir toda su obra, y solucionasen el asunto de raíz expulsando a los judíos de España. Hacía tiempo que los Reyes pensaban tomar una medida semejante. La indignación que provocó el crimen ritual del Santo Niño decidió el caso. Y así, el 31 de marzo de 1492, promulgaron un edicto según el cual todos los judíos debían abandonar sus reinos antes del 1º de julio.

Alegaban que «persiste y es notorio el daño que se sigue a los cristianos de las conversaciones y comunicaciones que tienen con los judíos, los cuales han demostrado que tratan siempre, por todos los medios y maneras posibles, de pervertir y apartar a los cristianos fieles de nuestra santa fe católica, y atraerlos a su malvada opinión». Se hacía, pues, necesario que «aquellos que pervierten la buena y honesta vida de las ciudades y villas, por la contaminación que puedan causar a otros, sean expulsados de estos pueblos». Por eso, concluían los Reyes, «después de consultar a muchos prelados y nobles y caballeros de nuestros reinos y a otras personas de ciencia, y en nuestro Consejo habiendo deliberado mucho sobre el tema, hemos decidido ordenar a los mencionados judíos, hombres y mujeres, abandonar nuestros reinos y no volver más a ellos».

Los expulsados podían llevar consigo todos sus bienes, aunque sujetándose a la legislación vigente según la cual no les era lícito sacar al extranjero oro, plata, monedas y caballos, sugiriéndoseles en el mismo decreto convertir su dinero en letras de cambio. Para evitar la expulsión, tenían los judíos un recurso, la conversión. La Reina los animó a ello, y de hecho muchos judíos pidieron el bautismo. Pero un buen número –unas 150.000 personas, de acuerdo a algunas fuentes– optó por abandonar España. Según parece, el éxodo, en carretas, a caballo o a pie, fue patético, en columnas que marchaban entre llantos y cantos religiosos. Algunos se dirigieron a Portugal, otros al Africa, o a distintos lugares.

Señala Vizcaíno Casas que, a diferencia de la abundante historiografía que ha juzgado con extrema severidad el decreto de expulsión de los judíos, no son pocos los historiadores más recientes que lo justifican como inevitable. Dichos autores afirman que los Reyes no eran, en

principio, hostiles a los judíos, sino que, dados los antecedentes históricos y los sucesos más recientes, consideraron imprescindible suspender el régimen de convivencia entre hebreos y cristianos, ante el riesgo de que el judaísmo, como doctrina religiosa tolerada, quebrantara la fe de la población.

Ya en el siglo XIX, Amador de los Ríos había señalado que sería gran torpeza suponer que la medida fue inspirada por un arrebatado de ira o por un arrebato de soberbia; los Reyes la dictaron, dice, «con aquella tranquilidad de conciencia que nace siempre de la convicción de cumplir altos y trascendentales deberes».

Débase asimismo advertir que no fueron los Reyes Católicos los únicos ni los primeros en tomar una decisión de este tipo. Los judíos ya habían sido expulsados de Inglaterra en 1290, de Alemania entre 1348 y 1375, de Francia desde 1306. Por lo general, en España se les trató mejor que en otros países. En Francia, por ejemplo, en la Francia de San Luis, se había decidido que todo judío que se dedicara a la usura debía ser expulsado del reino; que sólo podían permanecer allí los que vivieran de un trabajo manual, es decir, pocos; que no era lícito poseer ejemplares del *Talmud* y otros textos judíos, por ser anticristianos; en caso de descubrirse, dichos libros eran quemados.

Con la expulsión decidida por los Reyes Católicos, se alcanzaron, de hecho, los objetivos buscados. Ante todo, se salvó la unidad religiosa de España. Asimismo se acabaron para siempre los pogroms, y más positivamente, gracias a los numerosos descendientes de judíos que permanecieron en España, pudo producirse la enriquecedora confluencia del genio judío y la Reforma católica, concretada en nombres prestigiosos, de origen converso, tales como Francisco de Vitoria, San Juan de Avila, Fray Luis de León, Santa Teresa de Avila... Toda una constelación magistral.

## IX. Isabel y la Inquisición

Resulta innecesario recordar la densa polvareda levantada, a lo largo de los siglos, por el tema de la *Inquisición*, argumento fundamental de la leyenda negra que se propuso desprestigiar a España y sobre todo a los Reyes Católicos. Es imposible entender aquella institución con la mentalidad actual. Como señala Suárez Fernández, los modernos represores sociales, que consideran normal el encarcelamiento por fraude al Estado o el fusilamiento del traidor a la Patria en caso de guerra, no están dispuestos a admitir que otra sociedad, en otro tiempo, haya considerado el delito social religioso más digno de castigo que aquéllos.

Hemos hablado de la llamada expulsión de los *judíos*, que propiamente no fue tal, sino de sólo los que se negaron a bautizarse, de modo que la medida fue contra el judaísmo como religión y no contra los judíos. El mismo criterio se aplicó, como vimos, a los *musulmanes*, luego de las revueltas de 1500. Los tres gestos se nos manifiestan como momentos de un denodado esfuerzo por imponer y preservar la unidad de la fe católica. En el tránsito de la Edad Media a la Moderna, la fe aparecía como el elemento esencial para definir una sociedad y aglutinar el naciente Estado.

Pocos años después, Martín Lutero inspiraría la famosa norma del *cuius regio eius religio*. Sin duda que los Reyes Católicos hubieran invertido los términos, colocando la religión antes que el Estado. Siendo socialmente considerada la fe como el don más alto, era sentir común que cuando se lograba que un hombre pasase del

error a la verdad, se le estaba proporcionando el mayor bien posible, el único bien decisivo y trascendente. Esto no implicaba innovación alguna, ya que toda la Edad Media había actuado de la misma manera. Las ordenanzas de convivencia promulgadas por los Reyes en favor de musulmanes y judíos, no eran consideradas como un bien en sí, sino como un mal menor.

A esto se lo denomina *máximo religioso*, para contraponerlo a la teoría esbozada al término de las guerras civiles en Francia por Jean Bodin, magistrado y filósofo francés del siglo XVI, la teoría del *mínimo religioso*, según la cual la convivencia entre católicos y protestantes quedaba reducida al plano de los derechos individuales, pasando a ser el Estado árbitro supremo de la misma. Según la teoría del *máximo*, era la religión, en el caso español la católica, la que se situaba en la cumbre del ordenamiento social, relegando al Estado naciente a un papel en cierta forma subsidiario: a él competía tomar las iniciativas necesarias para contribuir a que ese bien absoluto de la fe impregnara y articulara la vida entera.

Es en este contexto donde hay que ubicar el tema de la Inquisición. Bien señala Vizcaíno Casas que el hecho de que las condenas pronunciadas por esa institución llevarán aparejada la confiscación de bienes de los reos, hizo que muchos creyeran que el motivo de su implantación fue económico. Pero resulta indiscutible que el móvil esencial de los Reyes fue estrictamente religioso. Más aún, está probado que el establecimiento de la Inquisición aumentó la penuria económica de España. Pero, como señala Hernando del Pulgar, secretario y cronista de los Reyes Católicos, «ésta se consideraba baladí respecto a la felicidad eterna, como las verdaderas riquezas sean la posesión de la verdad católica». Para los Reyes, particularmente para Isabel, preservar la fe católica de toda contaminación herética formaba parte esencial de sus obligaciones como soberanos de una nación católica.

Por bula de 1478, *Exigit sinceræ devotionis*, el Papa permitió a los Reyes escoger dos o tres personas mayores de 40 años, sacerdotes recomendables por su virtud, maestros en Teología, para ocupar el cargo de inquisidores. Luego Roma se reservaría el nombramiento de algunas de esas personas. En la cúspide había un inquisidor general, designado directamente por el Papa, quien con el beneplácito de los Reyes elegía a sus ayudantes, un «Consejo de la Santa Inquisición». La competencia se extendía únicamente a dos delitos contra la fe: herejía y apostasía. Pero la amplitud de ambas expresiones permitía extender la acción de los tribunales a faltas tales como la brujería y las supersticiones. Nótese que ni los judíos ni los musulmanes estaban bajo la jurisdicción inquisitorial, sino tan sólo los bautizados, por estar sujetos a la autoridad de la Iglesia.

El proceso solía comenzar con la recepción de alguna denuncia concreta, nunca anónima, que debía ser digna de crédito. Todo cristiano estaba obligado a denunciar a los herejes que conocía, cualquiera fuera la herejía que profesase. Cuando el reo comparecía ante el Tribunal, luego de haber prestado juramento de decir la verdad, se le preguntaba si conocía las razones de su detención, y luego de un breve interrogatorio, se le exhortaba a que reflexionase seriamente si se sentía responsable de alguna culpa. El fiscal precisaba los términos de la acusación, que debía contestar el abogado defensor. El acusado podía recusar testigos, presentando una lista de las personas que le tenían inquina, por si coincidían con alguno de ellos. Si se consideraba que el reo ocultaba culpablemente algo importante para el juicio, se le podían aplicar tormentos corporales para hacerle confesar.

Tratábase de una práctica normal en la época, que figuraba en las legislaciones de todos los países.

Las sentencias eran diversas, según que el acusado hubiese reconocido o no su culpa y hubiera pedido perdón por ella. Si así lo hacía, las penas oscilaban entre cadena perpetua, confiscación de bienes, portación del «*sambenito*» –palabra que viene de «saco bendito», y era una especie de escapulario que se les ponía a los penitentes reconciliados–, o también otras penas menos graves. Pero si el acusado mantenía su negativa, a pesar de haberse demostrado su culpabilidad en el proceso, entonces era entregado al brazo secular que generalmente lo condenaba a la pena de muerte, ya que tal era el castigo que el derecho penal común imponía a los condenados por herejía.

Uno de los miembros que Sixto IV nombró para el Tribunal de la Inquisición fue el famoso dominico Tomás de Torquemada, nombre que sería considerado durante siglos como sinónimo de crueldad. Cuando recibió dicho nombramiento ocupaba el cargo de prior del convento dominicano de Segovia. Tenía 63 años, y era un religioso ejemplar, desinteresado y muy estudioso.

Le debemos a T. Walsh una serena semblanza de su persona. Más estricto consigo mismo que con los otros, dice, dormía sobre una tabla desnuda; era valiente e incorruptible. Se le había ofrecido un obispado, pero lo rechazó. Aceptó el cargo de Inquisidor como un penoso deber, porque estaba convencido de que sólo la Inquisición podía mantener la unidad católica de su patria, evitando sobre todo que los judíos encubiertos destruyeran la religión y la civilización en España. En Segovia había conocido a muchos judíos que se burlaban abiertamente de las verdades de nuestra fe, especialmente de Cristo crucificado.

Dos papas, Sixto IV y Alejandro VI, ponderarían su celo y sabiduría. Torquemada trató de que los tribunales a su cargo se mostraran indulgentes; se preocupó porque las prisiones fuesen limpias, y de hecho lo fueron más que en el resto de Europa. Según el P. Llorca, conocido historiador contemporáneo, mientras él estuvo a cargo del Tribunal, nunca se aplicó la tortura a los acusados.

Señala Walsh que si se comparan los juicios de Torquemada con los entablados por alta traición en Inglaterra durante la época de Enrique VII, Enrique VIII y la reina Isabel, la ventaja está del lado de la Inquisición. En los últimos 23 años del gobierno de Isabel la Católica, cien mil personas fueron sometidas a juicio, de las cuales aproximadamente el dos por ciento, o sea dos mil personas, resultaron condenadas a muerte, y esto, no sólo incluyendo a los herejes sino a los bígamos, blasfemos, ladrones de iglesias, sacerdotes que se casaban engañando a las mujeres sobre su verdadero estado, empleados de la Inquisición que violaban a las prisioneras, etc.

Es indudable que la Inquisición, al igual que cualquier tribunal humano, ha de haber cometido graves errores e injusticias objetivas; sin embargo, como afirmaba Joseph de Maistre, si debemos juzgar a una institución no sólo por los daños que ocasionó sino también por los que evitó, es preciso admitir que la Inquisición fue benéfica para España, porque durante su larga existencia salvó más vidas que las que destruyó. No solamente se libró España de las terribles guerras de religión, que costaron cientos de miles de vidas en las regiones donde imperó el protestantismo, sino que se vio libre, casi por completo, de los horrores de la quema de brujas, que causó

100.000 víctimas en Alemania y 30.000 en Inglaterra.

Por otro lado, abundaron los inquisidores virtuosos. Uno de ellos, Pedro de Arbués, fue asesinado en 1485, mientras rezaba el Oficio Divino en la catedral de Zaragoza. Murió exclamando: «Loado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe». Fernando e Isabel hicieron erigir su estatua sobre la tumba donde reposan sus restos. La Iglesia lo canonizó como mártir.

En la actualidad se hace difícil hablar de la Inquisición. Y por lo general la gente experimenta un rechazo casi instintivo cuando de ella se trata. En cambio, en aquellos tiempos, por las razones que apuntamos anteriormente, la opinión pública le era ampliamente favorable. Los cronistas de la época la consideraban como algo natural. La Reina misma juzgaba que era un instrumento imprescindible para la salvación de su patria y, lejos de avergonzarse, se refería siempre a ella con orgullo. Grande sería su asombro, dice Walsh, si hubiera vislumbrado que en épocas futuras la gente llegaría a acusarla de haber provocado con ella la decadencia cultural de España.

Porque la vida intelectual de dicha nación nunca, se mostró más esplendorosa que durante el siglo que siguió a la instalación del Santo Oficio. Fue el período en que se fundaron excelentes colegios y universidades, donde acudían numerosos estudiantes extranjeros, siempre bien recibidos; fue el período en que las diversas ciencias progresaron como pocas veces sucedería en España, confiriéndole un enorme prestigio en el extranjero; fue el Siglo de Oro de sus literatos, con sus tres grandes escritores: Cervantes, Lope y Calderón; fue el siglo durante el cual España pasó a ser la cabeza de un inmenso Imperio que hizo sombra a toda Europa. Sería, por cierto, ridículo atribuir esos resultados a la Inquisición, concluye Walsh. Pero la Inquisición no evitó que se produjeran, e hizo posible la unidad política que permitió a la nueva nación sacar partido de las oportunidades.

## X. Isabel y la reforma católica

Los Reyes Católicos no se preocuparon tan sólo de extirpar el error sino también, y sobre todo, de coadyuvar a la reforma y purificación de la Iglesia. Para el logro de semejante proyecto, juzgaron esencial que España pudiera contar con un grupo de excelentes obispos, dotados de lucidez y de coraje, capaces de impulsar la restauración moral de la sociedad. Y así en orden al nombramiento de los mismos, consideraron idónea una doble práctica, es a saber, de presentación en los antiguos reinos y de patronato en los nuevos. La otra alternativa, dejar a la Sede de Roma plena libertad en los nombramientos, resultaba altamente peligrosa, ya que con frecuencia se optaba desde allí por hijos o nietos de Cardenales, o por funcionarios de la Curia Romana que ni siquiera interesaban por conocer el lugar al que habían sido asignados, o por eclesiásticos que sólo buscaban comodidades y provechos temporales.

El empeño que Isabel puso en este asunto era, como es obvio, por razones básicamente religiosas. En orden a concretar dicho proyecto, tenía siempre a su alcance un cuaderno donde escribía cuidadosamente los nombres de los sacerdotes de mayor cultura, honestidad y méritos; en base a dicho listado, iba presentando y cubriendo los diversos cargos de las diócesis.

Preocupóse asimismo de la reforma de los religiosos. Eran muchos los monasterios relajados que era preciso reformar. Isabel comenzó apoyándose en algunos conventos que ya vivían fervorosamente, como el de los observantes de San Benito de Valladolid y los de la Orden

Jerónima. Otras Ordenes, como por ejemplo los franciscanos, tenían ya pequeños grupos internos que anhelaban la restauración de la vida religiosa.

Con la intención de renovar el monasterio de Montserrat, los Reyes solicitaron al Papa autorización para trasladar a la abadía cuatro monjes fervorosos que pudiesen estimular desde adentro la reforma. Asimismo se recuperaron los demás benedictinos. No se crea que todo esto se hizo sin dificultades. En algunos monasterios, reformadores y reformandos vinieron a las manos, y más de un abad o superior acabó con la cabeza rota. Probablemente los Reyes no pensaron que el intento se consumaría durante el período de su reinado; de hecho, todo el siglo XVI sería en España un siglo de reforma, especialmente incentivada por la aparición de la Compañía de Jesús.

El P. García Oro resume en tres aspectos el proyecto reformador respaldado por los Reyes: a) la selección de las personas que debían ocupar los principales cargos eclesiásticos; b) la obtención de la plataforma jurídica necesaria, mediante bulas pontificias, para llevarlo a cabo; c) el apoyo económico y administrativo, cuando era menester.

Con este designio tan sublime de Isabel colaboró un personaje clave: el cardenal Cisneros, aquel de quien hablamos al referirnos a los motines de los moros. Nació en 1456, y sintiendo el llamado al sacerdocio, hizo sus estudios en Salamanca, donde se graduó. Alto, delgado, de mirada profunda, era un hombre apasionado, intransigente e incluso violento. Nombrado vicario general de la diócesis de Sigüenza, entró luego en la Orden de los Hermanos Menores, tomando el nombre de fray Francisco. Cuando a raíz de la conquista de Granada, los Reyes Católicos nombraron a fray Hernando de Talavera como arzobispo de la nueva diócesis, Isabel perdió a su confesor tan amado, y entonces le recomendaron a fray Francisco Jiménez de Cisneros para sucederle.

La Reina quiso primero conocerlo, y concertó con él una entrevista en Valladolid, en mayo de 1492. Le pareció muy distinto del cordial fray Hernando, demasiado severo y adusto. Pero la misma resistencia del fraile a aceptar el delicado cargo, terminó por decidirla. Y así comenzó el irresistible ascenso de Cisneros, no sólo durante la vida de Isabel sino aún después de su muerte. En 1494 fue elegido provincial de Castilla, y a lomo de mula recorrió toda España restaurando la disciplina religiosa de los conventos de su Orden, primero, y luego, por inducción de la Reina, de todas las casas de varones y los conventos de religiosas.

Al morir, en 1495, el cardenal-arzobispo de Toledo, Pedro González de Mendoza, Cisneros fue elegido para relevarlo, no sin nueva resistencia de su parte. Su austeridad siguió siendo como antes. Pero su impulso renovador se incentivó, llevando adelante la reforma con tanta energía que muchos religiosos, molestos por los cambios, lo enfrentaron, llegando incluso a protestar ante el Papa por sus modos intransigentes. Era, sin duda, un hombre de carácter fuerte. Cuentan los cronistas que, en cierta ocasión, exaltándose más allá de la cuenta durante una discusión con Isabel, ésta le preguntó: «¿Os dais cuenta con quién estais hablando?». A lo que el fraile respondió: «Con la reina, que es polvo y ceniza como yo».

No parece acá pertinente referirnos a otros aspectos de la labor del ilustre Cardenal, al margen de su apoyo decidido a la reforma religiosa de Isabel, como podría ser la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares,

o la brillante renovación bíblica a que dio lugar. Señalemos tan sólo que la autorreforma de la Iglesia en España, que tuvo en él su principal gestor, precedió en casi un siglo al Concilio de Trento y en medio siglo a la aparición de la Reforma protestante. Sin embargo, no olvidemos que detrás de Cisneros estuvo siempre la mano de Isabel, la suprema inspiradora de dicha renovación.

De ella nos cuentan las crónicas que a veces golpeaba a la puerta de algún convento de religiosas, y ante el asombro de las mismas, pedía pasar, se sentaba con ellas, y mientras hacía sus labores en la rueca, las estimulaba con su ejemplo y su palabra para que volvieran al primitivo fervor.

De esta reforma católica de España, en menos de un siglo, surgirían la obra maestra de la caridad con San Juan de Dios y sus hermanos, la obra maestra del sacerdocio y la literatura espiritual con San Juan de Avila, la obra maestra del apostolado con San Ignacio de Loyola y su Compañía, la obra maestra de la contemplación y la mística con San Juan de la Cruz, Santa Teresa y sus carmelitas.

## **XI. Isabel y la gesta del Descubrimiento de América**

Es muy probable que la primera impresión que los Reyes debieron tener de Colón fue la de que se trataba de una persona un poco desequilibrada, con tanta tenacidad como fantasía. Lo que resulta indudable es que, desde el principio, Isabel se interesó más por él que Fernando. Fue el cardenal Mendoza quien en 1486 le gestionó su primera audiencia con los Reyes, para que les propusieron para su proyecto, como consecuencia de la cual se convocó a una junta de geólogos, matemáticos y teólogos. El dictamen resultó negativo.

Colón insistió una y otra vez, hasta que en 1491 se reunió una nueva junta en la Universidad de Salamanca. También ella juzgó el proyecto irrealizable. Muy desilusionado, Colón decidió trasladarse a Francia, con la intención de exponer sus planes al rey Carlos VIII, pero al pasar por el convento de la Rábida para despedirse de sus frailes amigos, éstos le pidieron que esperara, logrando que Isabel accediese a recibirlo una vez más en su campamento de Santa Fe, aquella ciudad por ella construida para asediar a Granada.

Llegó Colón a tiempo para asistir a la rendición de Boabdil, según lo referimos anteriormente. Días después mantenía una larga entrevista con los Reyes, proponiéndoles su plan, pero ahora seriamente madurado, de manera que aquéllos lo aceptaron en principio. Sin embargo, al ver que los Reyes no estaban dispuestos a concederle las mercedes, títulos y compensaciones que él solicitaba, por parecerles desproporcionadas, se irritó sobremanera, retomando su idea de encaminarse a Francia. Cuando estaba ya a dos leguas, Isabel dio orden de buscarlo, y así regresó a Santa Fe, donde las negociaciones culminarían en un acuerdo por el que se le concedía el título de almirante de Castilla, tanto a él como a sus sucesores, juntamente con otras dignidades y ventajas que no es acá el caso de enumerar.

Colón levó anclas «en el nombre de la Santísima Trinidad». No comentaremos los detalles de la epopeya. Digamos, eso sí, que al rito de «¡tierra!», Colón se preparó para descender, espada en mano, vestido con elegante traje de púrpura, y clavando en las arenas de la playa la bandera de los Reyes Católicos, luego de dar gracias a Dios, tomó posesión de esas tierras en nombre de Castilla. En un Diario destinado a los Reyes declararía:

«Vuestras Altezas, príncipes católicos amantes de la fe cristiana y su difusión y enemigos de la secta de los mahometanos y de

todas las idolatrías y herejías, han decidido enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las regiones de las Indias, para ver a los príncipes y los pueblos y las tierras y saber su disposición y las medidas que pudieran adoptarse para su conversión a nuestra santa fe».

Su vuelta y reencuentro con Fernando e Isabel trae al recuerdo los *triumfos* de los generales romanos. La comitiva, multicolor y brillante, avanzaba lentamente hacia los Reyes, entre los vítores de la multitud. Encabezaban la columna seis jóvenes indios, con taparrabos, en cuyos rostros se reflejaba el asombro que la gran ciudad les producía. Luego los marinos que habían retornado, llevando en sus manos extraños pájaros de vivos colores y objetos típicos de los indígenas. Por último, Colón, a caballo, ataviado con traje de gala, saludando al pueblo que lo aclamaba. Llegado adonde estaban los Reyes, les relató lo ocurrido, tras lo cual todos se postraron de rodillas y entonaron el *Te Deum*.

Los Reyes comunicaron la novedad al papa Alejandro VI, quien en mayo de 1493 respondería primero con la bula *Inter cætera*, y luego con otros documentos más, en los que adjudicaba a Castilla el derecho de posesión sobre las nuevas tierras, imponiendo a los Reyes el deber de enviar misioneros para evangelizar a los indígenas.

No nos referiremos a los ulteriores viajes de Colón porque ello excedería nuestro propósito, si bien es menester señalar que siempre estuvieron en relación con Isabel, la cual reiteró una y otra vez al Almirante que lo que a ella más le interesaba era la evangelización de las tierras descubiertas, la conversión a la fe cristiana de sus moradores. Con toda energía se opuso al intento de convertir en esclavos a los indios, y se preocupó incesantemente por incrementar el envío de misioneros, ahora que las Ordenes religiosas se habían ya reformado gracias a la labor de Cisneros, a fin de que allí desarrollasen una eficaz labor apostólica.

El descubrimiento de América fue una ocasión para que se pusiera más de manifiesto, si cabe, el amor cristiano de Isabel por sus vasallos, máxime cuando éstos eran tan desvalidos. Sin ninguna duda fue sobre todo ella quien infundió el sentido misional a la conquista, apadrinando juntamente con Fernando y el príncipe Juan a los indios que Colón llevó a España.

Su preocupación evangelizadora se evidencia en las normas que dio a Ovando en 1501: «Porque Nos deseamos que los indios se conviertan a nuestra santa fe católica e sus ánimas se salven, porque éste es el mayor bien que les podemos desear; para lo cual es menester que sean informados en las cosas de nuestra fe, para que vengan en conocimiento de ella; tendréis mucho cuidado de procurar, sin les facer fuerza alguna, como los religiosos que allá están les informen e amonesten para ello con mucho amor, de manera que lo más presto que puedan se conviertan».

Y en 1503 ordenó: «Por lo que cumple a la salvación de las almas de dichos indios es necesario que en cada pueblo de los que se hicieren, haya iglesia y capellán que tenga cargo de los doctrinar y enseñar en nuestra Santa Fe Católica... Otrosí mandamos al dicho Gobernador que luego haga hacer en cada una de dichas poblaciones y junto con las dichas iglesias, una casa en que todos los niños se junten cada día dos veces, para que allí el dicho capellán les muestre a leer y a escribir y santiguar y signar y la confesión y el Paternoster y el Avemaría y el Credo y Salve Regina...»

Tales son las instrucciones que daría al nuevo gobernador Nicolás de Ovando, que abarcaban, más allá del estricto campo de la política gubernativa, el ámbito de la evangelización y de la educación. Sabemos por las crónicas que la Reina en persona elegía a los religiosos que deseaba marchasen a las Indias, encomendándoles que mostrasen encendido celo en la evangelización así como prudencia en los bautismos, que nunca debían hacerse con precipitación. En 1951, refiriéndose Pío XII a las nor-

mas dictadas por «la gran Isabel para los que llamaba sus hijos de América», dijo que estuvieron siempre impregnadas «de un concepto profundamente cristiano de la vida». Según Vizcaíno Casas, en su actitud frente al hecho del Descubrimiento, alcanza la reina de Castilla sus más altas cotas de humanidad y sincera consideración de los valores espirituales.

## XII. El testamento de Isabel

Isabel se enferma gravemente. Consciente de su estado, el 12 de octubre de 1504, justamente a los doce años de la llegada de Colón a las Indias, dicta su testamento a un secretario. Se dice que eligió esa fecha por su carácter conmemorativo. El documento, que trasunta una impresionante serenidad ante la muerte, refleja de manera acabada no sólo las profundas convicciones religiosas de la Reina sino también su innegable inteligencia política. Isabel hace un repaso de su labor de gobierno y del futuro que desea para su patria. Allí habla de la unidad de España, la conservación de Gibraltar, las atenciones debidas a su esposo, la sucesión dinástica y, sobre todo, la religión y sus ministros.

Pide ser sepultada en Granada, en el convento de San Francisco, vestida con hábito franciscano; pero señala que si su marido eligiera el ser enterrado en otro lugar, su cuerpo deberá ser trasladado junto al de él, «porque el ayuntamiento que ovimos viviendo e que espero en la misericordia de Dios que nuestras almas tendrán en el cielo, lo tengan e representen nuestros cuerpos en el suelo».

Dispone una cantidad para la sustentación del Rey, «aunque no puede ser tanto como Su Señoría merece e yo deseo», y le suplica que se quiera servir de todas sus joyas, «porque viéndolas pueda tener más continua memoria del singular amor que siempre le tuve y ayn porque siempre se acuerde de que ha de morir y que lo espero en el otro siglo y con esta memoria pueda más santa e justamente morir».

En lo que toca a la sucesión, designa heredera de todos sus reinos y señoríos a la princesa doña Juana, su hija, esposa de Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, y madre de Carlos, mandando que a su fallecimiento sea reconocida como reina de Castilla y de León. Pero previendo que Juana «non pudiera entender en la gobernación» —como se sabe, su hija sufría de una enfermedad mental, por lo que la llamaban *Juana la Loca*—, nombra único regente y gobernador de los reinos de Castilla a su esposo don Fernando hasta que el infante don Carlos —el hijo de Juana la Loca— cumpla los veinte años «y venga a estos reinos para regirlos y gobernarlos». Adviértase la inteligente exigencia de que el futuro monarca —Carlos I de España y V de Alemania— venga a residir a España, con lo que su abuela se anticipa al riesgo de que, por haber nacido y haber sido educado en Flandes, pudiera no echar raíces en el país que deberá gobernar.

Tres días antes de morir, Isabel hizo algunos anexos al documento donde, entre otras cosas, encarga a Fernando y a sus sucesores, que nombren una junta de letrados y personas doctas, para que recopilen todas las leyes del reino, reduciéndolas a un solo cuerpo, donde estén «ordenadamente por sus títulos, por manera que con menos trabajo se puedan saber».

Agrega, asimismo, especiales recomendaciones en relación con el trato que hay que dar a los naturales del Nuevo Mundo, rogando al Rey y sus sucesores que pongan toda su diligencia «para no consentir ni dar lugar a que los moradores de las Indias y Tierra Firme, ganados y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes, sino que sean bien y justamente tratados y si algún agravio hubiesen recibido, se les remediase y proveyesse».

Luis Suárez resume así las últimas voluntades de la Reina: «Pieza histórica y humana de primer orden. De sus páginas emerge poderosa la fe católica que, en vida, fue el eje en torno al cual giró el entero pensamiento de la Reina».

El 26 de noviembre de 1504 expiró. Tenía 53 años, y se habían cumplido casi 30 años desde que subió al trono. La comitiva de duelo partió de Medina del Campo, mientras el pueblo, en un silencio dolorido, se agolpaba a su paso. Atravesó las tierras de Castilla, tan llenas de reminiscencias para ella. En todas partes, grandes multitudes, a pesar de las tormentas y de las lluvias. Casi un mes duró la marcha por las tierras de Castilla, hasta que por fin llegó a Granada, «esa ciudad –había escrito la Reina– que la tengo en más que mi vida».

Tal como lo deseó, fue enterrada en el monasterio de San Francisco de la Alhambra. Cuando muera Fernando, cumpliéndose otra de sus voluntades, sus restos serán trasladados a un espléndido mausoleo en la Capilla Real de la Catedral de Granada, donde hoy reposan, juntos los dos.

### Conclusión

Recapitulemos las líneas maestras del gobierno de Isabel. En lo que toca a la política de unidad nacional, comenzó ésta a fraguarse con su matrimonio con Fernando. Terminada con éxito la guerra civil, y habiendo heredado Fernando, a la muerte de su padre, la corona de Aragón, quedaba consumada la integración de los reinos españoles hasta entonces dispersos. Sólo faltaba incorporar a ellos los señoríos islámicos del Sur, sin dejar de lado el reino de Navarra, que sería anexado más tarde. Conquistado por fin el reino de Granada, ultimándose así la secular epopeya de la Reconquista, la Península quedaba prácticamente bajo una misma corona haciéndose realidad el simbolismo heráldico del yugo y las flechas. La monarquía incrementó el poderío del país, logrando España una notable proyección al exterior. Como dijo Salvador de Madariaga, España será «la primera gran nación que alcanza talla de tal».

Isabel es un arquetipo de estadista difícilmente superable. Y como mujer, madre, reina, fue sin fallas, ejemplar. Washington Irving, historiador norteamericano del siglo pasado, tenía razón al llamarla «uno de los más puros y hermosos caracteres de las páginas de la historia».

Como se sabe, su causa de beatificación está en trámites. La idea de llevarla a los altares nació a fines del siglo XIX. Durante un Congreso Mariano Hispanoamericano, celebrado en Sevilla en 1929, se planteó públicamente el asunto, y cuando se conmemoró el quinto centenario de su nacimiento, en 1951, el entonces Ministro de Educación visitó en el Vaticano a los dos sustitutos de Estado, Tardini y Montini, interesándolos por la incoación de la causa, que por fin se abrió en el Arzobispado de Valladolid, en 1958. Los trabajos históricos terminaron en 1970. En 1972 tuvo lugar la apertura canónica del proceso en la Sagrada Congregación de Ritos.

Juan Pablo II tuvo la intención de beatificarla solemnemente el año 1992, con ocasión del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Era una gran idea, y todo un símbolo. Mas una violenta campaña logró de la Santa Sede la postergación del proyecto, según se anunció en Roma el 28 de marzo de 1991, lo que inmediatamente motivó las felicitaciones del lobby judío, especialmente de la «*Anti Diffamation League of B'nai Brith*». Esta liga de antidifamación ha cometido una gran difamación frente a una de las más nobles figuras de la Cristiandad.

Sin embargo nosotros, sus hijos de América, *sus vasallos*, la seguimos considerando como a nuestra gran Reina, y nos gozamos en llamarla *Isabel la Católica*, que fue el título otorgado a ella y a su marido por una bula del 9 de diciembre de 1496, en atención a su piedad, sentido de justicia, victoria sobre los infieles, defensa de la fe, y especial celo en la protección de la Iglesia.

### Bibliografía consultada

W. T. Walsh, *Isabel, la Cruzada*, Austral, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1945.

María E. Lépori de Pithod, *Isabel, reina católica*, en «Mikael» 27 (1981) 91-100.

Fernando Vizcaíno Casas, *Isabel, camisa vieja*, 5ª ed., Planeta, Barcelona, 1988.

Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe*, Rialp, Madrid, 1990.

### A Isabel la Católica

*De San Fernando viene tu corona,  
que es venir de la sangre unida al Cielo,  
y del Cid heredaste aquel anhelo  
de alzar la Cruz donde la alfanje mora.*

*El don de imperio te entregó Castilla  
y el Sacramento, de Aragón la estirpe,  
Granada se rindió cuando fue en ristre  
tu lanza que empuñaste allá en Sevilla.*

*Con el yugo y las flechas y la espada  
–mi Señora Isabel, mi Reina Santa–  
América te aguarda en el desierto.*

*Que otra vez hace falta una Cruzada  
y bautizar al ídolo que espanta,  
quemar las naves y avanzar resuelto.*

Antonio Caponnetto

## San Ignacio de Loyola

### I. San Ignacio y el espíritu de la caballería

No vamos a relatar la vida del santo, que damos por conocida, al menos en sus líneas generales. Pero sí tratar de exponer algunas facetas de su rica personalidad – con especial miramiento a su ideal caballeresco–, que hacen de él un verdadero arquetipo para todo el que no se haya resignado a la mediocridad. La estampa de San Ignacio fue esencialmente la de un caballero durante lo que él llamó «su vida desgarrada y vana», lo siguió siendo luego de su conversión, y hasta el fin de su existencia.

#### 1. El ambiente del joven *Íñigo*

Para mejor comprender esta gran figura nos convenirá considerar el ambiente que le vio nacer y en donde transcurrió su niñez y juventud. Los Loyola pertenecían a una familia de nobles, una de las diez principales familias del país vasco, que eran llamados *parientes mayores*, lo que implicaba un derecho reconocido por escritura a que el Rey los invitase en ciertas ocasiones a la corte. Por parte de su madre, doña María Sáenz de Licona, Ignacio provenía también de una familia noble de Guipúzcoa.

Pero los Loyola no eran simplemente nobles sino también aristócratas de provincia, con lo que queremos decir que estaban en permanente contacto con la gente labriega del pueblo vasco. De ahí que la infancia y la adolescencia del joven *Íñigo* transcurrieran entre la relativa elegancia del castillo solariego o casa-torre y la alquería aldeana de Eguíbar. Hasta el fin de su vida será advertible esta influencia campesina, por ejemplo en el español defectuoso de sus cartas...

Bebió asimismo del ambiente su inclinación militar. Refiriéndose a la juventud de *Íñigo* en el castillo paterno escribiría su secretario y confidente, el P. Jerónimo Nadal: «Pronto se encendió en él una especie de fuego noble, y no pensaba en ninguna cosa, sino en distinguirse en la fama militar». Ello era, al parecer, una herencia recibida.

El P. Pedro de Leturia, excelente historiador de San Ignacio, señala que en base a las fuentes históricas que poseemos, es posible afirmar que la tradición militar de los Loyola no arranca inicialmente de gloriosas hazañas contra los moros, que jamás llegaron a sus montañas, sino de una contienda de menor nivel, casi aldeana, entre Guipúzcoa y Navarra, pueblos hermanos por sangre y religión. Cuando los Reyes Católicos suben al poder, al tiempo que se fueron extinguiendo las luchas intestinas, se encendieron ideales universalistas, ausentes hasta entonces en la tradición militar de los Loyola. Y así, a partir de 1480, la familia, trascendiendo los reducidos marcos de los conflictos pueblerinos, se dispersó en pocos decenios por el viejo y nuevo mundo.

Don Beltrán mismo, el padre de *Íñigo*, acompañó a los Reyes durante la campaña de Granada, y las fuentes le llaman «generoso caballero y gran soldado»; Juan, el hermano mayor, «perdió animosamente la vida en las guerras de Nápoles», el año 1496; un segundo hermano, llamado Bernardo, «hacia 1510 pasó a las Indias para su conquista, y falleció en Tierra firme»; Martín, el heredero por muerte del primogénito, intervino en 1512 en la batalla de Belate contra los franceses; otro hermano, finalmente, cuyo nombre desconocemos, marchó a Hungría y cayó hacia 1542 luchando contra los turcos.

Apenas es posible reflejar con más celeridad y precisión en el seno de una familia aquella profunda y heroica transformación que bajo los Reyes Católicos y Cisneros experimentaron Castilla y Guipúzcoa. Ya no más luchas de aldea sino Cruzada universalista, que recibió forma poética, dos años antes del nacimiento de *Íñigo*, en el *Romance en memoria de Alixandre*, al que pondría música el futuro párroco de Azpeitia, Juan de Anchieta. Detrás de Granada, surge ante los ojos del vate la ciudad de Jerusalén, en cuyo Santo Sepulcro espera a los Reyes nada menos que la Corona Imperial... La toma de Granada, con su prolongación mediterránea desde Orán a Argel, y aquella otra cruzada conquistadora de las tierras descubiertas por Colón que inesperadamente vino a continuarlas, mostraron durante la juventud de *Íñigo* que había algo más que ensueños en los arrestos caballerescos del poeta.

En ese ambiente de heroísmo generalizado, se explica el auge que conoció la literatura caballeresca. «El influjo y propagación, de los libros de caballerías – escribe Menéndez y Pelayo– no fue un fenómeno español sino europeo. Eran los últimos destellos de la Edad Media próxima a ponerse». Dicho género literario, nacido fuera de España, no arraigó por demasiado fantástico en Castilla hasta que, conquistada Granada y descubierta América, apareció, en 1508, la traducción española del *Amadís de Gaula*, con acomodaciones de García Rodríguez de Montalvo, en cuyo prólogo se alude a los puntos de contacto que ofrece el espíritu de la obra con el que impregna la gran gesta de la conquista de Granada. La aparición de este libro,

«uno de los que por más tiempo y más hondamente imprimieron su sello, no sólo en el dominio de la fantasía, sino en el de los hábitos sociales – como afirma el mismo Menéndez y Pelayo– con sus lances heroicos, sus luchas por mar y tierra contra gigantes y hechiceros, sus impulsos amorosos y sus laxitudes morales, mezclado todo ello con una ingenua fe religiosa, inspiró la atmósfera que respiraron los hombres de aquella época, en España y fuera de ella, lo que hace fácilmente comprensible el refloramiento del ardor militar en los hermanos de Ignacio y no menos el deseo que en él se encendió de «seguir la soldadesca».

Y así escribe el P. Nadal: «Aunque educado con distinción de noble en su casa, no se dio sin embargo a los estudios, sino movido de una suerte de ardor generoso, se entregó, conforme a las tradiciones de la nobleza de España, a merecer la gracia del Rey y de los magnates, y a señalarse en la gloria militar».

Otro de los elementos que caracterizaron el ambiente donde *Íñigo* vivió su juventud es aquella fe robusta, sencilla y como connatural del español aldeano. Más tarde, él mismo y sus más íntimos colaboradores, sospechados a veces por la Inquisición, apelaron a ella para abonar la puridad de su ortodoxia. «En mi patria no suele haber judíos», fue la respuesta que dio en Alcalá al Vicario Figueroa, cuando éste le preguntó si guardaba el sábado. Y cuando en 1554, el P. Nadal diera a conocer un escrito en defensa de los Ejercicios Espirituales afirmaría:

«Es Ignacio español, y procede de la primera nobleza de la provincia de Guipúzcoa y Cantabria, en la que tan incontaminadamente

se conserva la fe. Tal es el celo y constancia que desde tiempo inmemorial tienen por ella sus habitantes, que no permiten vivir allí a ningún cristiano nuevo, ni desde que hay memoria de cristianismo se sabe de uno solo a quien se haya notado ni de sospecha de herejía».

Tal fue el ambiente que respiró el joven Iñigo. Hugo Rahner, en un luminoso estudio que escribió sobre nuestro santo, dice que en aquella herencia cultural se encuentra ya en germen tanto el libro de los Ejercicios, como también la Compañía de Jesús.

Después de su innata lealtad al Rey Católico y sus ideales político-religiosos que abarcaban todo el mundo; después de su divagador fantasear con los personajes del Amadís que incitaba a valerosas hazañas por el Rey, se entiende fácilmente su paso al Rey Eternal, su paso a Dios, al que gustará llamar *Su Divina Majestad*, con la consiguiente invitación al *magis*, adverbio predileccionado por el santo, al *más*, que arranca al hombre de su mediocridad y lo vuelca a *señalarse* en el servicio de Dios. «Así se nos manifiesta ya por la herencia y la educación de Iñigo los contornos de su ideal futuro: el libro de los Ejercicios y la Compañía se forman desde abajo, como la obra del noble y del soldado: su ideal es el *magis* del sentimiento de un aristócrata», concluye Rahner.

## 2. De la caballería temporal a la caballería espiritual

Pero no adelantemos etapas. Iñigo se inició en la Corte, y fue allí, junto al rey Fernando, donde acabó de formarse en su alma aquel fondo de hidalguía y señorío, incoado ya junto a sus padres en la casa-torre, que depurado más tarde de toda escoria mundana, se revelaría tan palmariamente en sus cartas a nobles, obispos y príncipes de toda Europa.

En 1512, don Fernando había conquistado el reino de Navarra, y en 1515 dicho reino era incorporado a la Corona de Castilla. Pero ahora estamos ya en la época de Carlos V, quien se encuentra en guerra con Francisco I de Francia. Una de las fortalezas que había que defender era Pamplona. Y allí lo tenemos a nuestro Iñigo, decidido a luchar con ardor. Frente al ataque de los franceses, los defensores vacilan, incluido su comandante. El P. Juan de Polanco, que sería secretario y confidente de San Ignacio, así describiría la situación:

«Queriendo el dicho don Francisco [de Viamonte] salirse de la ciudad, por no le parecer que podría resistir a la fuerza de los franceses, teniendo también sospecha de los mismos de Pamplona, Iñigo, avergonzándose de salir, porque no pareciese huir, no quiso seguirle, antes se entró delante de los que se iban en la fortaleza para defenderla con los pocos que en ella estaban».

Ante su jefe que se retiraba, Iñigo trazó su propio camino de honor, acompañado de los que querían «señalarse en todo servicio a su Rey», un puñado de caballeros. Fue entonces cuando cayó herido por las esquirlas de un cañonazo, y conducido a su casa natal. Allí lo tenemos ahora a nuestro caballero enfermo, recluso en un cuarto del castillo, que sería el escenario de su conversión. Aburrido por la larga convalecencia, pidió algún libro, preferentemente de caballerías, quizás el Amadís, o su continuación, *Las Sergas de Esplandián*. Pero, al parecer, no encontraron lo que solicitaba. El mismo así lo relató en su *Autobiografía*, que dictaría en los últimos años de su vida a uno de sus primeros compañeros, el P. Luis Gonçalves de Cámara, razón por la cual está escrita en tercera persona:

«En aquella casa no se halló ninguno de los [libros] que solía leer, y así le dieron una *Vita Christi* y un libro de la *Vida de los Santos* en romances; por los cuales, leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito».

El carácter mismo del *Flos Sanctorum*, el libro de la vida de los santos, «en romances», con su pintoresca galería de héroes y heroínas de la virtud, repartidos por tierras y situaciones tan diversas, cuyas vidas se recargaban a veces con extravagantes episodios y aventuras hazañosas, a semejanza de las novelas de caballería, no dejaría de atraerle. El autor del prólogo era un tal Gauberto M. Vagad, quien en su juventud había sido alférez del hermano del rey de Aragón; de ahí el dejo militar de sus posteriores escritos, como el que se trasunta en la siguiente estrofa: «Tengo el santo sacerdocio, / la santa caballería, / común bien; / Vos el tiempo dado al ocio, / la costumbre a tiranía / y a desdén...».

El hecho es que Ignacio, luego de leer las vidas de San Francisco y de Santo Domingo, comenzó a preguntarse: «¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco o Santo Domingo?». y poco después la resolución: «Mas todo su discurso era decir consigo... San Francisco o Santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo que hacer». Es muy probable que Iñigo haya encontrado también en el *Flos Sanctorum*, en la parte donde se expone la vida de San Agustín, aquella referencia a la gran obra de teología de la historia que escribiera dicho santo, «*De Civitate Dei*», donde se lee:

«Trata San Agustín de dos ciudades, de Jerusalén y de Babilonia, y de sus reyes. Y rey en Jerusalén es Cristo, rey en Babilonia es el diablo, y dos amores son los que han edificado estas ciudades: la ciudad del diablo procede del amor propio, que llega hasta el desprecio de Dios, la ciudad de Dios procede del amor de Dios, que llega hasta el desprecio de sí mismo».

Sin duda que ya desde ahora se fue llevando a cabo el encuentro de la noble magnanimidad innata y adquirida del santo con las ideas fundamentales que formarían el núcleo de los Ejercicios. Tanto en sus lecturas como en las mociones primeras de su conversión están en germen las meditaciones del *Reino de Cristo* y de *Dos Banderas* –su visión de las *Dos Ciudades* agustinianas–, goznes esenciales de la espiritualidad ignaciana. Pero todavía se sentía perplejo, sin atreverse a dar el salto definitivo. Su imaginación alternaba pendularmente entre la vieja caballería y la nueva, «deteniéndose siempre en el pensamiento que tomaba, o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer o de estas obras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba y atendía a otras cosas».

Advirtamos cómo cuando pensaba en los santos, sentía, sí, admiración frente a aquellos arquetipos, y ansias de emulación, pero la tesitura era todavía demasiado humana, demasiado natural. Hasta que por fin entendió que todo ello debía ser «con la gracia de Dios». La expresión aparece ahora por primera vez para no abandonarlo más, ni en la vida ni en los Ejercicios. La conversión de Iñigo estaba consumada.

Agreguemos un dato curioso. De esta época nos dicen sus biógrafos que soñaba con una dama, la obligada dama de los pensamientos y dueña del corazón de todo esforzado caballero. No se sabe de cierto quién haya sido concretamente dicha dama, si la Infanta Leonor, o la Infanta Catalina, ambas hermanas de Carlos V, «la más linda cosa que hay en el mundo», se decía de esta última. Pero también aquí se dio la feliz transposición:

«Si se quiere decir quién fue la dama, a la que él incondicionalmente sirvió desde el momento de su conversión –escribe el P. Victoriano Larrañaga–, quién fue aquella para la que soñó las más grandes empresas, quién la que ocupó el primer puesto en su corazón generoso, no hay duda ninguna en afirmar que ella fue la Santa Madre Iglesia, en cuanto Cristo viviente, en cuanto Esposa de Cristo, a la que no se contentó con servir personalmente toda su vida, sino que quiso dejarle su obra fundamental, su Compañía, para perpetuar en ella un espíritu de amor y de servicio, un espíritu de sacrificio en el servicio mismo, que hacen de esta milicia su



razón de ser y su característica fundamental».

Sea lo que fuere, el hecho es que nuestro Iñigo, sintiéndose ya mejorado, resolvió dirigirse a Montserrat para velar allí sus armas en honor de Nuestra Señora. Hizo el viaje montado en su mula, marchando aprisa para llegar pronto. Iba todavía suntuosamente ataviado, con su elegante traje de caballero. En los procesos se dice que «sus vestidos eran ricos, preciosos y delicados» y que «andaba muy bien vestido al modo y talle del soldado».

Señalemos en esta peregrinación dos hechos de índole típicamente caballeresca, de los que se encuentran reminiscencias en el Amadís, y que pasaron de la Autobiografía a la Literatura y al Arte. Ante todo la aventura con el moro, que Calderón de la Barca elevaría a la categoría de drama religioso en su obra *El gran Príncipe de Fez*.

Iñigo caminaba embebido en sus propios pensamientos. Y «yendo por su camino le alcanzó un moro». La obligada pregunta de tales circunstancias acerca del lugar al que se dirigía, debió dar ocasión a que Iñigo nombrara Montserrat y a la Virgen: «Y vinieron a hablar de Nuestra Señora». Sin duda que el peregrino ha de haber dicho algo sobre la pureza de su Señora, a lo que el moro se atrevió a poner reparos: virgen antes del parto, pase, pero virgen en el parto «no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían». El enamorado de la Virgen se enredó en una disputa tenaz, tratando, de dar al moro «muchas razones».

Pero no bastaron los razones. «Y así el moro se adelantó con tanta prisa, que le perdió de vista». Esta brusca partida del jinete y el trote veloz de su mula, dejan vislumbrar que el diálogo se había ido encrespando, y que el moro, quizás a la vista del acero toledano que ceñía el vasco, y estando ya por llegar a su destino quiso evitar a tiempo irrevocables consecuencias. ¿Qué hizo Iñigo? Nos lo dice la Autobiografía:

«Y en esto le vinieron unas mociones que hacían en su ánima descontentamiento, pareciéndole que no había hecho su deber; y también le causaba indignación contra el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de Nuestra Señora, y que era obligado a volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar al moro y darle de puñaladas por lo que ha dicho. Y perseverando mucho en el combate de estos deseos, al fin quedé dubio, sin saber lo que era obligado a hacer».

Llegó, mientras tanto, a una bifurcación del camino. ¿Por cuál habría ido el moro? ¿Qué hacer? «Y así —termina el relato—, después cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto: de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría al moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar... La mula tomó el camino real, y dejó el de la villa».

El segundo hecho de índole caballeresca, con el que Iñigo dio por clausurada su peregrinación, fue la vela de armas. En referencia a ella escribe el P. Laínez: «Viniéndole a la memoria cómo los noveles caballeros se solían armar para ordenarse y dedicarse a la milicia, tomó voluntad de imitarlos en dedicarse al servicio de Dios».

Ya en las *Siete Partidas*, Alfonso el Sabio había tratado de la vela nocturna de oración a Dios que había de preceder al acto de armarse caballero. «E cuando esta oración ficiere —dice el texto—, ha menester de estar los hinojos fincados, e todo lo al en pie, mientras lo pudiese sufrir. Ca la vigilia de los caballeros no fue establecida para juegos, ni para otras cosas, si non para rogar a Dios ellos e los otros que y fuesen, que los guarde e que los enderece e los alivie, come a omes que entran en carrera de muerte». Volviendo a lo que hizo San Ignacio leemos en Nadal: «Con esta ceremonia comenzó su nueva vida, velando toda la noche y haciendo oración ante la imagen de la Virgen sacrosanta, al modo con que los que han de ser armados caballeros velan sus armas con el solemne y antiguo rito de los nobles».

Es indudable que Ignacio se inspiró asimismo en los libros de caballerías. Lo dice expresamente la Autobiografía: «Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus armas». ¿Cómo describe el Amadís esta vigilia? Se lo puede ver al término del libro

cuarto, donde relata detalladamente la vela de armas de Esplandián, el primogénito y heredero de Amadís: «Esplandián estaba entre ellos tan fermoso, que su rostro resplandecía como los rayos del sol, tanto que hacía mucho maravillar a todos aquellos que le veían fincado de hinojos con mucha devoción e grande homildad, rogándole [a la Santísima Virgen] que fuese su abogada con el su glorioso Hijo, que le ayudase y enderezase en tal manera, que siendo su servicio, pudiese cumplir con aquella tan gran honra que tomaba...»

Así estuvo toda la noche, sin que en cosa alguna fablase, sino en estas tales rogarías y en otras muchas oraciones, considerando que ninguna fuerza ni valentía, por grande que fuese, tenía más facultad que la que allí otorgada le fuese». Parece evidente que el santo se refería a este pasaje en su confidencia sobre el Amadís al P. Cámara.

El monasterio de Montserrat al que Iñigo había llegado, era, a principios del siglo XVI, uno de los centros de la restauración católica impulsada en España por la reforma de Isabel y de Cisneros. Allí nuestro santo se confesó detalladamente, repudiando toda su vida pecadora. Luego, se dice en la Autobiografía, «concertó con el confesor que mandase recoger su mula, y que la espada y el puñal colgasen en la iglesia en el altar de Nuestra Señora».

Así llegó la noche del 24 al 25 de marzo de 1522, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora y de la Encarnación del Verbo. A las primeras sombras del anochecer, se despojó de sus vestidos, y los cambió por los de un mendigo, entrando luego en la iglesia donde pasaría toda la noche, ya de rodillas, ya de pie, encomendándose a Nuestra Señora, y ofreciéndose a Cristo como caballero que se disponía a imitarlo en todo. Al llegar el alba dio por terminada su vigilia. Lope de Vega dedicaría un bello romance a esta *Vela de armas* de Iñigo, a cuyo término dice: «No se ha de preciar España / de Pelayo ni del Cid, / sino de Loyola solo / porque a ser su sol venís».

De la caballería temporal a la caballería espiritual, dijimos. De soldado del César a soldado de Cristo. La continuidad es evidente. Años después, cuando ya hubiese fundado la Compañía de Jesús, el papa Marcelo II le diría: «Tú recoge soldados y hazlos combatientes; Nos los usaremos». El caballero de Cristo ha consagrado su espada a Nuestra Señora. Sólo le faltaba una cosa: la iluminación de lo alto.

## II. El Cardoner y la Storta: dos ilustraciones desde lo Alto

Dicha iluminación se condensa en dos revelaciones principales que Ignacio recibió en el curso de su vida: la primera, poco después de su conversión, la del Cardoner, y la otra, después de haberse ordenado sacerdote, la de la Storta. Ambas contribuyeron a dar un sesgo claramente sobrenatural a su vocación caballeresca.

Describamos la primera, la del Cardoner. Tras la vela de armas en Montserrat, Ignacio se había ido a vivir como ermitaño a Manresa, donde transcurriría más de diez meses en la más severa penitencia, como purgación de su vida pecadora. Fue allí donde Dios lo ilustraría de manera deslumbrante. Refirármolo con sus propias palabras, si bien lo hace, como siempre, en tercera persona:

«Una vez iba por su devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama san Pablo, y el camino va junto al río, y yendo así en sus devociones se sentó un poco con la cara hacia al río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas.

«Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida hasta pasados sesenta y dos

años, coligiendo cuantas ayudas haya tenido de Dios y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes».

Destaquemos las expresiones: «le parecían todas las cosas nuevas», «le parecía como si fuese otro hombre», «como si tuviese otro intelecto que tenía antes». Otro nombre, otros ojos; cosas nuevas... Según se ve, le fue comunicado lo que en lenguaje moderno llamaríamos una nueva cosmovisión, un conocimiento sumario de las verdades de la fe, a modo de *compendio* de las Escrituras y de la teología. «Yo vi, sentí en lo interior y penetré con el espíritu todos los misterios de la fe cristiana», confesaría más adelante, destacando así el carácter de la gracia recibida en aquella revelación, es a saber, la visión sintética y arquitectónica de todas las verdades reveladas.

«En este tiempo de la visión del Cardoner —escribiría el P. Nadal— le dio el Señor grande conocimiento y sentimientos muy vivos de los misterios divinos y de la Iglesia. Aquí le comunicó Nuestro Señor los ejercicios, guiándole desta manera, para que todo se emplease en el servicio suyo y salud de las almas, lo cual le mostró con devoción especialmente en dos ejercicios, *scilicet*, del rey y de las Banderas. Aquí entendió su fin y aquello a que todo se debía aplicar y tener por escopo —fin— en todas sus obras, que es el que tiene ahora la Compañía». Visión sintética, decíamos, de la relación de los misterios con la Trinidad, y ello en Cristo, y ello en la Iglesia, y ello en el combate de las dos ciudades.

Bien señala Hugo Rahner que del Iñigo meramente individual ha salido el hombre apostólico. Su terrible anhelo de penitencia, no se enmarca ya en la mera consideración de los pecados propios, sino que se hace inteligible a la luz del gran drama universal que va del Génesis al Apocalipsis, y que incluye el pecado, la redención, la lucha con Satanás, la victoria de la gracia, y el más fino discernimiento de los espíritus en el alma. Manresa significó la irrupción de la gracia divina desde arriba, que se apoderó de aquel hombre, más allá de las experiencias que había tenido hasta entonces, para hacer de Iñigo, como él mismo lo diría en sus memorias, el nuevo soldado de Cristo, el hombre de la Iglesia. y ello mediante los Ejercicios, a los que consideraría su más importante arma apostólica, y que Dios le inspiró precisamente durante su estadía en la cueva de Manresa.

Juntamente con la eximia ilustración junto al río Cardoner, destaquemos otra, de gran relevancia en su espiritualidad, la de La Storta. A 16 kilómetros de Roma, en el cruce de dos vías consulares, la Cassia y la Flaminia, existía desde antiguo una estación con su hostería y su posta para el cambio de caballos, conocida con el nombre de La Storta. Durante la Edad Media se había levantado en ese lugar un pequeño oratorio. San Ignacio, viniendo de Siena hacia Roma, con sus compañeros Fabro y Laínez, se hospedó allí en 1537. Así relata el santo lo acaecido:

«Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir Misa, preparándose y rogando a Nuestra Señora le quisiese poner con su Hijo. Y estando un día, pocas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia y haciendo oración en ella, sintió tal mudanza en su ánima, y vio tan claro que Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo, que no tendría ánimo de dudar en esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo».

El contenido es claro: la súplica insistente a Nuestra Señora, la gran mudanza obrada en su alma, y en el centro del cuadro Dios Padre que lo pone con Cristo, su Hijo, y ello sin poder dudar. Ignacio recordarla todavía este momento hacia el fin de su vida, como lo dejó consignado en su Diario espiritual: «Viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo». El P. de Guibert comenta así esta revelación:

«Lo que Ignacio pedía con tanta insistencia se lo obtuviera a María, lo que el Padre le otorga con una evidencia que no le permite dudar, y con una potencia y fuerza que transforma su alma, es la gracia que constituye el objeto del triple coloquio final de la meditación de Dos Banderas: ser recibido bajo la bandera de Cristo, como compañero suyo en la pobreza y en las humillaciones.

«La visión de la Storta es ante todo la aceptación mística de esta plegaria; es en la vida del Santo un episodio análogo a los desposorios de Santa Catalina de Siena. Ignacio acaba de unirse a Cristo por la gracia del sacerdocio: este lazo que le asocia para siempre a la vida pobre y crucificada de quien será por nuevo título su Cabeza. Se explica fácilmente desde entonces cómo se ha vinculado a esta visión la elección tan firme hecha por el Santo del nombre de Compañía de Jesús: él y sus compañeros no eran compañeros de Jesús por un acto de su propia voluntad, decididos a seguirle en todo, sino que habían sido constituidos tales por voluntad y obra del Eterno Padre».

Ambas revelaciones, la del Cardoner y la de La Storta, se relacionan, pues, con los Ejercicios Espirituales. Como se sabe, la práctica de los Ejercicios tiende a suscitar en el ejercitante, luego de haber experimentado el aborrecimiento del pecado en su vida —la «vergüenza del caballero» que ha ofendido a Dios con sus reiteradas felonías—, el anhelo de acompañar al Cristo que lo invita a la conquista del mundo para Dios, a ese Cristo que por él ha vivido los misterios de su vida hasta dejarse clavar en la cruz, lo cual implica la decisión de llevar adelante una lucha abierta contra Satanás, tanto en lo que concierne al ámbito personal —morir a sí mismo— como al ámbito social —conquistar el universo entero para Dios—, todo ello concretado en una pertenencia activa a la Iglesia militante.

### III. La Compañía de Jesús: una Orden militante

Podríase decir que todo el espíritu de la Compañía de Jesús, condensado en los Ejercicios, nació de la experiencia mística de San Ignacio, particularmente en el Cardoner.

«Entonces fue Ignacio levantado sobre sí —escribe el P. Nadal— y se le manifestaron los principios de todas las cosas. En este rapto parece haber recibido el conocimiento de toda la Compañía. Por lo cual cuando se le preguntaba por qué instituyó esto o aquello, solía responder: «Me refiero a lo de Manresa». Y este don aseguraba exceder a todos los dones que había recibido». Del mismo Nadal la antigua Compañía conservó esta aseveración: «Cuando Ignacio era preguntado sobre el fundamento para las constituciones de su Orden acostumbraba aducir como última razón aquella elevada ilustración del espíritu, que Dios le había enviado como un muy grande favor en Manresa, como si entonces hubiera recibido todo de una vez en un como don arquitectónico de sabiduría —*quasi in spiritu quodam sapientiae architectonico*—. Ignacio vio en Manresa el diseño de lo que sería su obra maestra, la Compañía de Jesús.

Fue precisamente durante su estadía en Manresa, y en conexión con la visión del Cardoner, cuando San Ignacio elaboró la meditación clave de su espiritualidad, la de las Dos Banderas. La más antigua tradición, la que proviene de quienes habían conocido personalmente a Ignacio, afirma que la meditación de *Dos Banderas* con su petición de ser recibido bajo la bandera de Cristo, es la hora del nacimiento de la Compañía. En vísperas de la fundación de su Orden resumiría San Ignacio la misión de la misma: «Hacer servicio de guerra bajo la bandera de la cruz».

El P. Luis de la Palma escribe: «Yo mismo le oí decir al P. Gil González que nuestro Padre Everardo, cuarto preposito general, estando él presente, había dicho en una plática que había él oído de boca del santo padre Ignacio, que en el ejercicio de las *Dos Banderas* le había Dios descubierto este secreto, y puéstole delante de los ojos la forma y modelo de esta Compañía». Y el P. Landicio refiere, fundado en la misma tradición: «Cuando Ignacio de Loyola en los comienzos de su conversión en Manresa escribía los Ejercicios espirituales, Dios le descubrió en el ejercicio de las *Dos Ban-*

deras todo el modo de la Compañía de Jesús que se había de fundar, toda la estructura de este maravilloso edificio».

Según puede observarse, también como fundador fue San Ignacio un caballero, caballero de Dios, un soldado de Cristo que se lanza y lanza a su Orden a la conquista del mundo para Dios. Por el hecho de que la Compañía procedió de la meditación de las Dos Banderas, su ayuda a las almas se configura en la forma de un combate por Cristo que continúa viviendo en la Iglesia militante. Pero Ignacio no se engaña. La lucha exterior no será verdadera si no comienza y se acompaña por el combate interior.

En aquella meditación, la última consecuencia de la decisión de ponerse bajo la bandera de Cristo, se une inescindiblemente a la decisión de abrazarse con la cruz, con los oprobios e injurias, «por más en ellos le imitar». La línea de batalla, que mira por cierto al universo mundo, se despliega ante todo en el propio corazón, primer sector del frente donde es menester derrotar al enemigo de natura humana. Por tratarse de una lucha, el jesuita habrá de ser experto en conocer los engaños del mal caudillo, para guardarse de ellos, y el camino que indica el Sumo Capitán, que es Cristo.

No en vano la Fórmula del Instituto aprobada por Julio III comienza:

«Cualquiera que en esta Compañía, que deseamos se llame la Compañía de Jesús, pretende asentar debajo del estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo, y servir a sola su divina Majestad, y a su esposa, la santa Iglesia, el romano de Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. Persuádase que después de los tres votos solemnes de perpetua castidad, pobreza y la obediencia, es ya hecho miembro de esta Compañía la cual es fundada principalmente para emplearse toda en la defensa y dilatación de la santa fe católica, predicando, leyendo públicamente y ejercitando los demás oficios de enseñar la palabra de Dios, dando los ejercicios espirituales, enseñando a los niños e ignorantes la doctrina cristiana...

«Y todos los que hicieran profesión en esta Compañía se acordarán no sólo al tiempo que la hacen, mas todos los días de su vida que esta Compañía y todos los que en ella profesan son soldados de Dios que militan debajo de la fiel obediencia de nuestro Santo Padre».

San Ignacio era plenamente consciente de que un tipo de militancia semejante atraería necesariamente el odio del mundo. En carta a una dirigida suya, Isabel Roser, le escribe:

«Decís cuántas malicias, celadas y falsedades os han cercado por todas partes. Ninguna cosa me maravillo de ello, ni mucho más que fuera; porque a la hora que vuestra persona se determina, quiere y con todas sus fuerzas se esfuerza en gloria, honor y servicio de Dios Nuestro Señor, ésta tal ya pone batalla contra el mundo, y alza bandera contra el siglo, y se dispone a lanzar las cosas altas, abrazando las cosas bajas, queriendo llevar por un hilo lo alto y lo bajo: honra y deshonra, riqueza o pobreza, querido o aborrecido, acogido o desechado, en fin, gloria del mundo o todas injurias del siglo».

#### IV. San Ignacio, Apóstol

En el conjunto de la galería de los santos, Ignacio se destaca por el ardor de su celo apostólico, por su fuego en pro de la salvación de las almas. Tratemos de adentrarnos en su corazón de apóstol.

##### 1. Corazón magnánimo

Ignacio es, a la verdad, un hombre superior, de visión panorámica, como panorámica fue su visión del Cardener. Pero lo es porque fue magnánimo. En las Constituciones de la Compañía de Jesús, nos ha dejado un magnífico retrato de las virtudes que deben ornar al General de la Orden. Lo primero, dice, es que sea «muy

unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones», de modo que pueda llegar a ser como fuente de todo bien para el cuerpo entero. Asimismo habrá de ser un hombre libre de pasiones, o mejor, señor de ellas, de juicio sereno, exteriormente comedido, concertado en el hablar. Tendrá que saber mezclar rectitud y severidad, ser inflexible en lo que juzgue que agrada más a Dios, pero compasivo con sus hijos, de modo que aun los reprendidos reconozcan que procede rectamente en el Señor. Necesitará magnanimidad y fortaleza para acometer grandes cosas y enfrentar contradicciones, sin enorgullecerse con los sucesos prósperos ni abatirse en los adversos.

Deberá estar dotado de gran entendimiento y juicio, así en lo especulativo como en lo práctico; porque, si bien la doctrina es necesaria a quien ha de tener a su cargo tanta gente docta, también lo es la prudencia y el discernimiento. Habrá de ser imaginativo para comenzar, y decidido para llevar los proyectos a su término, sin dejarlos a y medio hacer o imperfectos. Razón tenía su compañero, el P. Pedro de Ribadeneira, cuando decía que en estos párrafos, Ignacio «sin pensar en sí, se dibujó allí al natural y se nos dejó como en un retrato perfectísimamente sacado».

Nuestro santo se caracterizó por haber poseído en grado eximio la noble virtud de la magnanimidad. De ahí su predilección por el adverbio *magis*; no un «*magis*», por cierto, desmedido, sino enmarcado en la concreción de la Iglesia.

##### 2. Corazón armónico

Ignacio, hombre magnánimo, enamorado del Verbo encarnado, supo armonizar lo humano con lo divino.

«Para comprender el carácter de San Ignacio —escribe el P. Antonio Astrain— se debe partir de su célebre divisa: *Todo a la mayor gloria de Dios*. Este pensamiento sublime, que abraza cuanto de más alto hay en el cielo y en la tierra, da a todas las empresas que resplandecen en su vida, por cuanto diversas y contrarias puedan aparecer a primera vista, su intrínseca maravillosa unidad. Todo lo que hace, lo hace para la mayor gloria de Dios; las cosas altas y las humildes, las grandes y las pequeñas, las propias y las ajenas, las temporales y las espirituales, todas dirigidas a este fin. Bien raramente se encontró un hombre así compenetrado de una idea, y bien raramente un ideal encarnado en un gran hombre produjo frutos tan sorprendentes».

Hombre de síntesis, pero de una síntesis signada por la grandeza, capaz de unir lo que los mediocres creen deber separar. Un ejemplo:

En 1549 los jesuitas se habían visto obligados a defenderse públicamente de algunos ataques, sobre todo de parte de Melchor Cano. Algunos padres recibieron poderes para presentarse ante el tribunal en nombre de Ignacio y defender el Instituto, e incluso se recurrió a personas influyentes para que intercedieran en favor de la nueva Orden. Estas medidas le parecieron a un padre, el P. Juan Alvarez, poco conformes con el espíritu evangélico y con la confianza en Dios que siempre había mostrado el fundador en las numerosas contrariedades que había sufrido. Le parecía una especie de idolatría, respecto a los medios humanos, semejante a la de los israelitas que habían doblado sus rodillas ante Baal. San Ignacio, por medio de Polanco, salió al cruce de esta opinión, escribiéndole así al P. Alvarez:

«Mirando aun en sí la espiritual filosofía, no parece vaya muy sólida ni muy verdadera; es a saber, que usar medios o industrias humanas y aprovecharse o servirse de favores humanos para fines buenos y gratos a nuestro Señor, sea “doblar la rodilla ante la imagen de Baal” (Rom. 11, 4); antes parece que quien no piensa sea bien servirse dellos y expender, entre otros, este talento que Dios da, reputando como fermento o mixtión no buena la de los tales medios con los superiores de gracia, que no ha bien aprendido a ordenar todas las cosas a la gloria divina y en todas y con todas aprovecharse para el último fin del honor y gloria divina.

«Aquel se podría decir que “dobla las rodillas ante Baal”, que de tales medios humanos hiciere más caudal y pusiese más esperanza en ellos, que en Dios y sus graciosas y sobrenaturales ayudas. Pero quien tiene en Dios el fundamento de toda su esperanza, y para el servicio suyo con solicitud se aprovecha de los dones que El da, internos y externos, espirituales y corporales, pensando que su virtud infinita obrará con medios o sin ellos todo lo que le pluguiere, pero que esta tal solicitud le place cuando rectamente por su amor se toma, no es esto «doblar las rodillas ante Baal», sino «ante Dios», reconociéndolo por autor, no solamente de la gracia, pero aun de la natura».

Merecería la pena leer aquí toda esta carta tan espléndida, en cuya segunda parte Ignacio va explicando cómo esta feliz combinación de la esperanza en la acción divina y el esfuerzo humano ha sido una constante en todos los santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, tanto en la Iglesia primitiva como en la posterior. Pero ahorémonos esa larga cita contentándonos con transcribir sus últimas conclusiones:

«Y así es determinación de los doctores escolásticos que se deben usar los medios humanos y que sería muchas veces tentar a Dios si, no tomando los tales que Dios envía, se esperasen milagros en todo, etc. Pero en esta parte baste lo dicho, que es en suma: que usar medios humanos a sus tiempos, enderezados puramente a su servicio, no es mal, cuando en Dios y su gracia se tiene el áncora firme de la esperanza; pero no usar de los tales cuando Dios, por otras vías proveyendo, los hace ser excusados, o cuando no se esperase que ayudarían para su mayor servicio, en esto todos somos de acuerdo».

### 3. Corazón católico

Corazón magnánimo. Corazón armónico. Corazón católico, es decir, universal. Desde su pequeña celda de Roma su alma vibraba y se dilataba según las dimensiones del mundo entero. Con la consigna que dio a sus compañeros: «preparados a todo», abrió a la Compañía, ya desde su nacimiento, los caminos del universo. Asombra seguir el periplo del grupo que rodeó al santo: el P. Fabro recorrió Worms, Spira, Maguncia, Amberes, Lisboa, Colonia, Valladolid, Roma, donde murió agotado cuando se disponía a ir al Concilio de Trento. El P. Laínez fue a Venecia, Padua, Brescia, Trento, Alemania, Polonia. El P. Bobadilla a Innsbruck, Viena, Praga...

¿Y qué decir de Javier? San Ignacio lo había conocido en París, como estudiante laico de la Sorbona. Al navarro no le atraía en absoluto el estilo de vida que le proponía Iñigo, e incluso se burlaba de quienes lo seguían. El soñaba con un brillante porvenir. Tenía el mundo por delante. «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si al fin pierde su alma?», le argüía Ignacio. A través de los Ejercicios acabó por convertirlo en apóstol de Cristo. ¿Quién contará las leguas que cubrió este divino impaciente, por la India, por el Japón, muriendo de cara a la costa china? Al fin ganaría el mundo, de un modo superior, y salvando su alma. Desde Roma, Ignacio seguía los pasos de cada uno de los suyos, gozando inmensamente cuando se volvía a encontrar con ellos y oír sus anécdotas, en aquella primavera generosa y aventurera de la primera Compañía.

La catolicidad de su espíritu se revela de manera particular en las normas y criterios que dejó a los suyos para la selección de ministerios. Allí se dice que los Superiores, buscando constantemente «la mayor gloria divina», envíen a sus súbditos donde «se haga siempre lo que es a mayor servicio y bien universal». Los miembros de la Compañía deberán acudir donde haya más necesidad por falta de otros operarios, donde se espere más fruto espiritual. Y en expresión magistral:

«Porque el bien cuanto más universal es más divino –*quo universalius, eo divinius est*– aquellas personas y lugares que, siendo

aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos. Así, la ayuda espiritual que se hace a personas grandes y públicas –ahora sean seculares como Príncipes y Señores y Magistrados o administradores de justicia, ahora sean eclesiásticos como Prelados– y la que se hace a personas señaladas en letras y autoridad, debe tenerse por más de importancia, por la misma razón del bien ser más universal, por lo cual también la ayuda que se hiciese a gentes grandes como a las Indias, o a pueblos principales o a Universidades, donde suelen concurrir más personas, que ayudadas podrán ser operarios para ayudar a otros, deben preferirse».

Su predilección por los Príncipes es clara, no ciertamente en prosecución de poder mundano sino por la irradiación apostólica que de allí se puede seguir. En cierta ocasión, un padre llamado Diego Mirón, a quien el rey de Portugal le había pedido que fuese su confesor, se resistía a ello pareciéndole una honra inadecuada. He aquí lo que le dice San Ignacio:

«Pues si se mira el bien universal y mayor servicio divino, desto se seguirá mayor en cuanto yo puedo sentir en el Señor; porque del bien de la cabeza participan todos los miembros del cuerpo, y del bien del príncipe todos los súbditos: en manera que la ayuda espiritual que a ellos se hace se debe más estimar que si a otros se hiciese».

Tal pareciera ser la regla suprema: el bien, cuanto más universal, cuanto más católico, es más divino.

«Para mejor acertar en la elección de las cosas para las cuales el Superior envía a los suyos –escribe el santo–, téngase la misma regla ante los ojos de mirar el divino honor y bien universal mayor, porque esta consideración puede muy justamente mover para enviar antes a un lugar que a otro».

Se ofrecerán ministerios que impliquen bienes espirituales y otros que exijan abocarse a los bienes corporales de misericordia, ministerios que miren a la mayor perfección del prójimo o a la menor, «siempre deben preferirse los primeros a los segundos –*ceteris paribus*– si no pudiesen juntamente hacerse los unos y los otros».

Conexamente con la selección de ministerios, San Ignacio no descuidó la selección de las personas a quienes habían de encomendarse dichos ministerios. En esta materia, he aquí la norma: «a lo más grande, los más grandes». Tal es la modalidad con que lanzó a sus hijos al apostolado, entendido éste no como una expresión de *activismo*, sino cual irradiación de la vida interior, del espíritu de los Ejercicios, especialmente de la meditación del Reino y de las Dos Banderas.

El corazón apostólico y universal de San Ignacio se revela asimismo en su admirable epistolario. Entre sus destinatarios desfilan importantes personajes de la política: el emperador Carlos V, el rey de Romanos Fernando, Felipe II, Juan III de Portugal, el virrey de Sicilia Juan de Vega y muchos otros nobles; también figuran varones eminentes en santidad: San Francisco de Borja, San Francisco Javier, San Pedro Canisio, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Avila; así como distinguidos cardenales y obispos.

La visión panorámica que ofrece dicho epistolario no conoce fronteras de naciones o estamentos sociales. Lo mismo escribía a Etiopía que a la India o Alemania, lo mismo a un Rey que a un humilde religioso o una buena señora. Lo mismo trata grandes problemas, como la reforma del clero en una nación herida por la herejía o la reorganización de una Universidad, como recomienda serenidad a un alma turbada. Pero sobre todo llaman la atención las cartas que dirige con el fin de urgir la conciencia de los príncipes cristianos, sobre todo del Emperador, proponiendo grandes programas de acción política y apostólica en pro de la Cristiandad, por aquel entonces particularmente amenazada.

## V. La detección del enemigo

El período histórico en que le tocó vivir a San Ignacio estuvo preñado de acontecimientos trascendentes, algunos de ellos tormentosos. En su seno actuaban fuerzas gigantescas que al parecer iban a transformar la sociedad de raíz: el Protestantismo atentaba contra la unidad de la Iglesia en la desgarradura más grave que conoció en toda su historia; el Humanismo comenzaba a bosquejar el tipo de hombre que hemos dado en llamar *hombre moderno*; en el campo más propiamente político, la amenaza de la Media Luna contra Europa, como factor negativo, y el descubrimiento y conquista de América, hecho gozoso que ampliaba insospechadamente las dimensiones del planeta y el marco de la evangelización.

San Ignacio supo encarar con inteligencia los grandes problemas de su tiempo, no sólo excogitando los medios para mejor propagar el Evangelio a través de la Orden por él fundada, sino también enfrentando con lucidez y coraje a los enemigos de Dios y de la Cristiandad, como lo revela particularmente su actitud en relación con la Media Luna, el Protestantismo y el Humanismo renacentista. Analicemos las iniciativas que tomó en estos tres campos.

### 1. San Ignacio y la Cruzada contra la Media Luna

En su Epistolario se conservan varias cartas referidas al tema de la amenaza musulmana. Dos de ellas, las más importantes, tienen que ver nada menos que con el emperador Carlos V. Propiamente las cartas las redactó el P. Polanco, según las indicaciones que le diera San Ignacio, y están dirigidas al P. Nadal, en orden a que éste hiciera llegar al Emperador un atrevido plan de acción para alejar el peligro turco en el Mediterráneo, mediante la formación de una escuadra. Ambas cartas están fechadas el día 6 de agosto de 1552, cuatro años antes de la muerte de Ignacio.

El antiguo oficial de Carlos V trazaba así, adelantándose en veinte años a la batalla de Lepanto, un plan de Cruzada donde se revela un inesperado talento estratégico, político y hasta económico, que nos asombra. En la primera de esas cartas, muy breve, leemos:

«Es el caso que, viendo un año y otro venir estas armadas del turco en tierras de cristianos, y hacer tanto daño, llevando tantas ánimas que van a perdición para renegar de la fe de Cristo, que por salvarlas murió, además del aprender y hacerse prácticos en estos mares, y quemar unos lugares y otros; y viendo también el mal que los corsarios suelen hacer tan ordinariamente en las regiones marítimas, en las ánimas, cuerpos y haciendas de los cristianos, ha venido a sentir en el Señor nuestro muy firmemente, que el emperador debería hacer una muy grande armada, y señorear el mar, y evitar con ella todos estos inconvenientes, y haber otras grandes comodidades, importantes al bien universal.

«Y no solamente se siente movido a esto del celo de las ánimas y caridad, pero aun de la lumbrera de la razón, que muestra ser esta cosa muy necesaria, y que se puede hacer gastando menos el emperador de lo que ahora gasta. Y tanto está puesto en esto nuestro Padre, que, como dije, si pensase hallar crédito con S.M., o de la voluntad divina tuviese mayor señal, se holgaría de emplear en esto el resto de su vejez, sin temer para ir al emperador y al príncipe el trabajo ni peligro del camino, ni sus indisposiciones, ni otros algunos inconvenientes...»

El listado de motivos que mueven a Ignacio a presentar al Emperador y a su hijo, el príncipe don Felipe, este plan, abarca hasta nueve capítulos en la segunda de las cartas citadas, con un estudio completo de todos los aspectos, el religioso, el militar y el político, si bien priva, como era de esperar, el argumento teológico, desde el cual se calibra todo el resto. Citemos algunos párrafos:

«Las razones que para sentir que debe hacerse [la Armada] mue-

ven, son éstas. Primeramente, que la gloria y honor divino mucho padece, llevándose los cristianos, de tantas partes, grandes y pequeños, entre infieles, y renegando muchos de los la fe de Cristo, como se ve por experiencia, con grande lástima de los que tienen celo de la conservación y adelantamiento de nuestra santa fe católica».

«La 2ª, que con grande cargo de conciencia, de quien debe proveer y no provee, se pierde tanto número de personas, que desde niños y todas edades, con fastidio de la servidumbre tan trabajosa y males sin cuenta que padecen de los infieles, se hacen moros o turcos; y de éstos hay tantos millares entre ellos, que el día del juicio verán los príncipes si debían menospreciar tantas ánimas y cuerpos que valen más que todas sus rentas y dignidades y señorías, pues por cada una de ellas dio Cristo N.S. el precio de su sangre y vida...»

«La 8ª, que sería fácil, teniendo muy potente armada y señoreando todo este mar, ganar lo perdido, y mucho más, en todas las costas de Africa y en las de la Grecia, y las islas del mar Mediterráneo; y podría ser poner el pie en muchas tierras de moros y otros infieles; y abrir gran camino para conquistarlos, y consiguientemente hacerlos cristianos; donde no habiendo armada, como se tomó Tripoli, podrían tomarse otros lugares de importancia en la cristiandad».

Después de una rápida indicación sobre la calidad de los marinos y soldados que habrán de equipar esa flota, «presupuesto que gente no ha de faltar a S.M., que la tiene por la divina gracia, mejor que príncipe del mundo que se sepa», pasa a señalar las posibles fuentes de ingreso para la Armada, como son los obispados, las órdenes de caballería, las ciudades y los príncipes. Y termina: «Dios, sapiencia eterna, dé a S.M. ya todos y en todas cosas sentir su santísima voluntad y gracia para perfectamente cumplirla».

La carta sería, de hecho, entregada por Nadal al virrey de Sicilia, Juan de Vega, quien en base al escrito se dirigió al Emperador y a su hijo, encontrando en ambos la mejor acogida; con todo, les pareció oportuno diferir su aplicación para tiempos más propicios. El éxito de las armas cristianas veinte años después, en 1571, en aguas de Lepanto, pondría de manifiesto el realismo de la visión política y militar de Loyola.

Ha sorprendido a algunos que un santo, abismado los últimos años de su vida en la más alta contemplación, como veremos enseguida, se dedicara a asuntos tan concretos como el modo de crear una poderosa flota con que pudiera el Emperador señorear el Mediterráneo y consolidar su dominio en Europa y Africa, desbaratando el poderío de los turcos. Pero era precisamente aquella *eterna sapiencia*, invocada por él al término de su carta, la que así esclarecía la inteligencia de su siervo en bien de la Cristiandad.

Otra prueba del interés de San Ignacio por la Cruzada contra los moros la encontramos en una curiosa carta suya al Ejército en Africa, escrita desde Roma con fecha 9 de julio de 1550, donde el santo, al tiempo que anima a los soldados cristianos que en Túnez estaban haciendo la guerra contra los moros, les hace saber que a pedido de Juan de Vega, virrey de Sicilia y jefe del ejército español, en que el P. Laínez era capellán, el Papa ha extendido también a ellos las bendiciones del Jubileo que por aquel entonces se celebraba en Roma. He aquí el texto:

«Ignacio de Loyola, Prepósito General de la Compañía de Jesús, a los ilustres señores, nobles y denodados caballeros, capitanes y soldados, y, finalmente, a todos los cristianos que en Africa guerrearán contra los infieles, amparo y favor de Jesucristo, y en el mismo, salud perdurable.

«Habiendo Nos [...] suplicado en nombre suyo y de todo el ejército a la Santidad de Nuestro Señor Julio III, por la Divina Providencia Papa, que el tesoro del Jubileo abierto a los fieles que vienen a Roma y visitan algunas iglesias os le franquease también a vosotros, que por la gloria de Cristo y exaltación de la santa fe estais ocupados en hacer guerra a los infieles. Su Santidad, con

pronto ánimo y según la benignidad apostólica, os concedió esta gracia –con tal que estéis contritos y confesados–, para que tanto más denodada, animosa y esforzadamente peleéis con los enemigos de la Santa Cruz, cuanto viereis más larga la liberalidad del Altísimo y de su esposa la Iglesia, y más feliz el suceso de la guerra –o vivos alcancéis victoria, o muertos, si alguno muriere, la bienaventuranza con tener perdonados todos los pecados–. Pues para significaros la impetración de tal gracia, hanos parecido en el Señor escribiros las presentes letras, selladas con el sello de nuestra Compañía».

Algunos autores han creído advertir cierta correspondencia entre la temática de la meditación del Reino y las Cruzadas contra los moros, así como la campaña en Túnez de Carlos V, y aquel plan de la Armada que Ignacio propusiera al Emperador.

Sea lo que fuere de tal hipótesis, lo cierto es que Ignacio volvió a enarbolar el estandarte de la Cruzada, el que cuatro siglos atrás había levantado San Bernardo, un proyecto casi olvidado en Europa. El santo no podía dejar de ver con dolor el hecho de que todavía estuviese en manos otomanas la Tierra Santa que él tanto amara, ya la que visitara como peregrino luego de su experiencia en Manresa. Ya en el ocaso de su vida seguiría con los ojos fijos en aquella tierra querida. Incluso trató de interesar al papa Julio III para que confiara a la naciente Compañía la evangelización de Palestina. Allí la situación se hacía cada día más insostenible, tanto que sus guardianes históricos, los franciscanos, estaban proyectando abandonarla. En 1553 el Papa, por una bula, apoyaba la idea del santo, pero dos años después moría dicho Papa, y al año siguiente el mismo San Ignacio.

## *2. San Ignacio y su lucha contra el protestantismo*

San Ignacio es la antítesis del protestantismo, la antípoda personal de Lutero. El P. Leturia ha tendido un ingenioso paralelo entre ambos, señalando hasta un cierto sincronismo entre la transformación de Ignacio y la rebelión de Lutero. No podemos detallar sus hallazgos, contentándonos con destacar la intuición. También Papini se ha referido a este curioso paralelismo. Tras recordar la época de la convalecencia de Ignacio en su castillo solariego, escribe:

«También Lutero se encerraba en aquellos meses, aunque sin heridas del cuerpo, en un castillo, el castillo de Wartburg; pero para asestar mejor, fuera de todo peligro, sus golpes contra Roma... Podrán parecer coincidencias y contrastes exteriores, pero también la cronología encierra más misterios de los que pueden sospechar los confeccionadores de cuadros sinópticos y de recetas históricas. Que los dos espíritus atormentados –de Ignacio convirtiéndose en Loyola y de Lutero encerrado en Wartburg– son los verdaderos antagonistas de la primera parte de aquel siglo, ante los que Carlos V y Francisco I parecen niños enfadados que se pegan por un juguete roto, lo muestran con evidencia razones más profundas que las fechas. Y eso, no sólo por el dique, robusto aún en nuestros días, que la Compañía de Ignacio construyó en el norte contra los luteranos, sino por el contraste absoluto que presentan el espíritu del fraile apóstata y el del caballero transfigurado».

Ignacio se va a enfrentar al protestantismo con la oración y con el combate doctrinal. Con la oración, ante todo, pidiendo a los miembros de la Compañía la plegaria incessante.

«Aunque por otros medios –escribe– cuidamos solícitamente de ello..., decretamos que todos nuestros hermanos, tanto los súbditos inmediatos, como los prepósitos y rectores que a otros gobiernan, todos, así ellos como los que les están confiados, una vez al mes ofrezcan a Dios el sacrificio de la misa, si son sacerdotes, y los que a esta dignidad no son elevados, oren asimismo por las necesidades espirituales de Alemania e Inglaterra, a fin de que el Señor se compadezca de estos y otros países infectados de herejía y se dignen reducirlos a la pureza de la fe y religión cristiana».

Y tras la plegaria, la acción. Porque San Ignacio conoció la lucha contra el protestantismo como un comba-

te primordialmente doctrinal. De ahí su insistencia en crear Colegios y Universidades por doquier. En menos de diez años, viviendo aún el Fundador, la Orden tendría a su cargo buena parte de la enseñanza de Europa.

Pero los dos Colegios predilectos soñados por Loyola en orden a aquel combate fueron el Colegio Romano y el Colegio Germánico, ambos en Roma, instituidos a modo de Seminarios para la formación del clero.

En cuanto al primero, el Colegio Romano, inaugurado en 1553, lo pensó como un baluarte de la fe al servicio directo del Papa.

El mismo nos ha sintetizado su plan: había de ser un seminario donde sus alumnos, provenientes de diversas partes del mundo, recibiesen la mejor formación intelectual y espiritual, con profesores preparados y de doctrina intachable, capaces de exponer la fe y prevenir a sus discípulos en relación con los errores que por aquel entonces circulaban. Este Colegio dará gloria al Papado, dice el santo, tan necesitado hoy de prestigio intelectual y moral; en este Colegio el Papa hallará personas hábiles y doctas, a quienes confiar luego importantes cargos y misiones para la gloria de Dios. Asimismo el Colegio servirá como modelo para que en otras partes se inspiren en él y deseen imitar su formación. Dado que 25 años después de la muerte de Ignacio el papa Gregorio IX la tomó bajo su especial patrocinio, el Colegio Romano pasaría a la historia con el nombre de Universidad Gregoriana, que tiene hasta hoy.

Juntamente con el Colegio Romano, dijimos, se inició el llamado Colegio Germánico, tan especialmente amado por San Ignacio. Si bien el santo ya había enviado a algunos de sus mejores hijos, como Fabro, Jayo y Canisio, a Alemania y Austria, para la conversión de los luteranos y la renovación de la vida católica, juzgaba que la tragedia espiritual de los pueblos germánicos reclamaba urgentemente la formación de un clero joven dispuesto a enfrentar los complejos problemas del momento.

En 1552, el P. Polanco se dirigía a don Juan de Borja en los siguientes términos: «... se trataba aquí de una obra de grande caridad para la reducción de Alemania a la fe y religión de la Iglesia Católica, haciéndose un Colegio aquí en Roma, al cual se trajesen de todas partes de aquella región, incluyendo la Polonia, y Bohemia y Hungría, mancebos ingeniosos y dotados de buenas partes naturales, y nobles entre aquellas gentes, para que antes que los hábitos viciosos de las costumbres y los errores de las opiniones heréticas los depravasen, saliendo de aquella [tierra] fuesen instruidos en sana doctrina y vida virtuosa; y saliendo idóneos operarios de la viña de Cristo, se tornasen a enviar en aquellas partes, quién con un obispado, quién con un beneficio curado, quién con un canonicato, para predicar y ayudar con la doctrina y ejemplo las gentes de su lengua, entre las cuales hay falta de fieles y buenos operarios, y mucha sobra de los malos y perversos».

Pero para atender a este problema en los países de lengua alemana no sólo proyectó el Colegio Germánico sino también una estrategia religiosa desde adentro. En Austria, el catolicismo estaba cada día más exangüe, mientras que el proselitismo protestante había tomado grandes proporciones, penetrando incluso en la Universidad de Viena, y concitando el favor de las ciudades y de los príncipes. Había que conjurar dicho peligro.

Tal fue la circunstancia que lo movió a escribir una larga carta a San Pedro Canisio, entonces Provincial de la Orden en Alemania, con precisas instrucciones. Los autores protestantes la consideran como «el manual del perseguidor al uso de los jesuitas». En ella se refleja la visión ignaciana de las responsabilidades que competen a los gobernantes, por lo que se insta al Rey de Romanos, próximo Emperador, a tomar una posición resuelta en favor del catolicismo y en contra de la herejía. La histo-

ria había demostrado hasta qué punto era decisiva la actitud de reyes y príncipes en el destino espiritual de sus dominios. La carta contiene dos partes. En la primera propone diversas medidas negativas en orden a erradicar la herejía, y en la segunda las disposiciones positivas para solidificar lo que quedaba de fe católica. De este modo lo resume al comienzo de la epístola:

«Así, pues, a la manera que en los males del cuerpo primeramente hay que apartar las causas que engendran la enfermedad, y en seguida aplicar los remedios que ayudan para recobrar las fuerzas y buena disposición de antes; así en esta pestilencia de las almas que por las varias herejías estraga las provincias del Rey, primero se ha de ver, cómo se arrancan las causas de ella, y después, cómo se podrá restablecer y robustecer en aquéllas el vigor de la doctrina sana y católica».

Citemos algunos párrafos de la famosa carta. Y primero de su parte negativa, es decir, de las medidas que hay que adoptar para extirpar la herejía: declararse claramente contra la herejía y apartar a los herejes de los cargos del Consejo Real.

«Lo primero de todo, si la Majestad del Rey se profesase no solamente católico, como siempre lo ha hecho, sino contrario abiertamente y enemigo de las herejías, y declarase a todos los errores heréticos guerra manifiesta y no encubierta, éste parece que sería, entre los remedios humanos, el mayor y más eficaz.

«De éste seguiríase el segundo de grandísima importancia: de no sufrir en su Real Consejo ningún hereje, lejos de parecer que tienen en gran estima a este linaje de hombres, cuyos consejos, o descubiertos o disimulados, es fuerza creer que tiendan a fomentar y alimentar la herética pravedad, de la que están imbuidos».

Pero ello no es todo. Será preciso controlar el personal docente de las Universidades, que tanto había influido en la rebelión político-religiosa de Alemania, así como los libros que lee la juventud

«Todos los profesores públicos de la Universidad de Viena y de las otras, o que en ellas tienen cargo de gobierno, si en las cosas tocantes a la religión católica tienen mala fama, deben, a nuestro entender, ser desposeídos de su cargo. Lo mismo sentimos de los rectores, directores y lectores de los colegios privados, para evitar que inficionen a los jóvenes, aquellos precisamente que debieran imbuirlos en la piedad; por tanto, de ninguna manera parece que deban sufrirse allí aquellos de quienes hay sospecha de que perviertan a la juventud: mucho menos los que abiertamente son herejes; y hasta en los escolares en quienes se vea que no podrá fácilmente haber enmienda, parece que, siendo tales, deberían absolutamente ser despedidos...»

«Convendría que todos cuantos libros heréticos se hallase, hecha diligente pesquisa, en poder de libreros y de particulares, fuesen quemados, o llevados fuera de todas las provincias del reino». San Ignacio incluye en esta última recomendación los libros que aunque no contengan expresas herejías, hayan sido escritos por herejes, en orden a evitar que los lectores se aficionen a sus autores. Los libreros no habrán de imprimir los libros sobredichos, ni los distribuidores introducirlos en el Reino.

El cuidado y la vigilancia tendrán que ser mucho mayores cuando se trata de los pastores de almas y de su predicación a los fieles:

«No debería tolerarse curas o confesores que estén tildados de herejía; ya los convencidos en ella habríase de despojar en seguida de todas las rentas eclesiásticas; que más vale estar la grey sin pastor, que tener por pastor a un lobo. Los pastores, católicos ciertamente en la fe, pero que con su mucha ignorancia y mal ejemplo de públicos pecados pervierten al pueblo, parece deberían ser muy rígorosamente castigados, y privados de las rentas por sus obispos, o a lo menos separados de la cura de almas; porque la mala vida e ignorancia de éstos metió a Alemania la peste de las herejías...»

«Quien no se guardase de llamar a los herejes evangélicos, convendría pagase alguna multa, porque no se goce el demonio de que los enemigos del Evangelio y cruz de Cristo tomen un nombre contrario a sus obras; y a los herejes se los ha de llamar por su nombre, para que dé horror hasta nombrar a los que son tales, y cubren el veneno mortal con el velo de un nombre de salud».

Hasta aquí las medidas negativas ordenadas a la extirpación de los errores. Desde ahora hasta el fin se refiere a las que ayudarán a arraigar la sólida doctrina de la verdad católica. Citemos algunos párrafos de esta segunda parte:

«En primer lugar, sería conducente que el Rey no tuviese en su consejo sino católicos, y que a éstos solos favoreciese y honrase en todas partes, y los agraciase con dignidades seculares y eclesiásticas y también con rentas. Asimismo, si se pusiesen gobernadores y jueces, y cuantos han de mandar y tener autoridad sobre otros, que sean católicos, y juren que lo serán siempre».

«Debería proveerse diligentemente a los dominios del Rey de buenos obispos, traídos de dondequiera, que edifiquen a sus ovejas con palabra y ejemplo. Además, sería menester cuidar de llevar el mayor número posible de predicadores religiosos y clérigos seculares, y asimismo confesores; todos los cuales con celo de la honra de Dios y de la salud de las almas, propongan fervorosa y asiduamente a los pueblos la doctrina cristiana, y con el ejemplo de su vida la confirmen; ya éstos deberían conferirse las dignidades y prebendas en las iglesias...»

«Aprovechará también que a toda la juventud propongan sus maestros uno o dos catecismos o doctrinas cristianas, donde se contenga una suma de la verdad católica, que ande en las manos de los muchachos y de los ignorantes. También ayudaría un libro compuesto para los curas y pastores menos doctos, pero de buena intención, donde aprendan las cosas que han de explicar a sus pueblos, a fin de que abracen lo que merece ser abrazado, y desechen lo que es digno de ser desechado. Valdría también una suma de teología escolástica que sea tal, que no la miren con desdén los eruditos de esta era, o que ellos a sí mismos se tienen por tales».

Y culminando sus planes de restauración católica, propone finalmente, además del Colegio Germánico de Roma, la creación de tres buenos seminarios en las mismas zonas de conflicto, donde se forme el clero selecto que tanto necesitan los países del Norte de Europa.

De modelo de prudencia —a grandes males grandes remedios— debe calificarse este documento de San Ignacio, pergeñado, por cierto, en una época muy distinta a la nuestra. Piensa uno en lo que hubiera sido de Alemania de haberse puesto plenamente en ejecución. Deploran muchos historiadores los métodos lentos, además de blandengues y contemporizadores, empleados por la Corte para salir al paso de la naciente herejía, métodos que esterilizaron en gran parte el plan de Contrarreforma trazado aquí por San Ignacio. Con todo, varios de los remedios por él propuestos fueron aplicados con gran fruto en Austria y otras provincias de Alemania, particularmente en Baviera, ya ellos se debe su preservación de la herejía.

Como acabamos de señalarlo, Ignacio no sólo promovió la creación de Colegios y Universidades, donde pudiera formarse la intelectualidad, sino también la redacción de Catecismos que presentasen la verdadera doctrina al pueblo sencillo. El Concilio de Trento haría suya esta sugerencia con su famoso Catecismo, para los niños y para los pastores. Tres jesuitas se destacarían en este menester: Canisio, Belarmino y Ripalda. Sobre todo el de Canisio, llamado *Suma de la doctrina cristiana*, con sus tres partes: el Credo, el Pater y el Decálogo, es una obra maestra, adoptado primero en Alemania, y luego en el resto de Europa. Un protestante, Enrique Bohmer, dejó escrito:

«Suele decirse que el maestro de escuela prusiano fue el que venció en Sadowa y aseguró la hegemonía de Prusia en Alemania. Con mucha mayor razón puede decirse que el maestro jesuita fue el vencedor dondequiera que sucumbió el protestantismo; fue aquél el que aseguró la supremacía de la antigua Iglesia en muchos países, conquistadas enteramente o a medias por el luteranismo. Pues el hecho de haber obtenido la Orden de los Jesuitas una especie de monopolio de la enseñanza en los países latinos, en Polonia, y también en muchos países germánicos fue la razón de que las clases rectoras y cultas, cuya voluntad decidía en la creencia de los pue-

blos, fuesen reconquistadas por el Catolicismo. El mapa confesional de la Europa moderna es en buena parte el mapa confesional de la Europa de 1550 a 1556; todavía se reconoce el día de hoy en la vida intelectual de las naciones católicas la influencia del Colegio jesuítico».

### 3. San Ignacio y su rechazo del humanismo erasmiano

Otro frente de combate llevado adelante por San Ignacio fue el del Humanismo, bandera enarbolada a partir del Renacimiento. Maritain ha expresado con acierto el estado de ánimo del hombre renacentista:

«El sentido de la abundancia del ser, la alegría del conocimiento del mundo y de la libertad, el impulso hacia los descubrimientos científicos, el entusiasmo creador y la dilección por la belleza de las formas sensibles en la época del Renacimiento, proceden de fuentes naturales y cristianas. Una especie de euforia se apodera entonces del hombre, que se vuelve hacia los documentos de la antigüedad pagana, con una fiebre que los paganos no habían conocido, que cree poder abarcar la totalidad de sí mismo y de la vida, sin pasar por el camino del desprendimiento interior; que quiere el goce sin la ascesis, la fructificación sin la poda y sin la vivificación por la savia de Aquel cuya gracia y cuyos dones pueden, únicamente, divinizar al hombre. Todo ello conducía a la escisión antropocéntrica».

San Ignacio es la respuesta a este humanismo engañosamente optimista y rusioniano antes de tiempo. Bien sabía nuestro santo que el hombre histórico nace vulnerable, o, según él mismo dice, como «alma encarcelada en este cuerpo corruptible y como desterrado entre brutos animales». Este organismo herido requerirá imprescindiblemente una radical regeneración, sólo lograda por la gracia sobrenatural.

Para colmo, la «soberbia de la vida» se une a aquella vulnerabilidad natural, impulsando al hombre a su propio endiosamiento. Frente al humanismo antropocéntrico, San Ignacio señala claramente en el Principio y Fundamento de sus Ejercicios que el hombre es un ser para, no algo que termina en sí. Y que primero deberá morir a su yo adamítico, vaciarse del mismo, y fundarse en la humildad, si desea enrolarse en las huestes del Cristo que lo invita a la conquista del mundo. Sólo así será capaz de integrar lo humano y lo creado con el orden sobrenatural, sólo así estará en condiciones de hacer «la contemplación para alcanzar amor», y acceder a su verdadera divinización.

San Ignacio vio encarnado el humanismo renacentista en un personaje concreto, en Erasmo, por quien experimentaba una repugnancia casi instintiva. La lectura de una de sus obras le produjo un raro enfriamiento espiritual. Cuenta el P. Ribadeneira que «hizo quemar todas las obras de Erasmo mucho antes que se vedasen por el Papa», y prohibió taxativamente su lectura en los Colegios y Universidades dependientes de la Compañía, orden varias veces reiterada durante los últimos cuatro años de su vida.

¿Quién era este extraño personaje? Pocos hombres han alcanzado en vida el prestigio y la influencia que el humanista holandés alcanzó durante la suya; a lo largo de cuarenta años fue para muchos el oráculo de la Cristianidad. En la misma España, quizás más que en nación alguna, encontró fervientes admiradores. Hay que poner indudablemente en su haber una enorme erudición, un ingenio de primer nivel, su buen gusto literario, su labor investigadora tanto de la antigüedad pagana como de la cristiana, sus libros de piedad, aunque al espíritu de Ignacio le pareciera fría y disecante, su vida honesta, y finalmente el haber roto con Lutero, muriendo en el seno de la Iglesia.

Sobre este último punto de su permanencia en la Igle-

sia y su alejamiento del luteranismo, algunos lo han atribuido a su carácter indeciso, su espíritu burgués, su temor de las audacias. El mismo Lutero lo atribuyó a falta de decisión, como se lo hizo notar en una de las cartas que le escribió:

«Seguramente el Señor no te proveyó todavía de la energía y el sentido necesario para agarrarte a la garganta de un monstruo, libre, valientemente, y no pienso exigir de ti lo que está por encima de tus fuerzas... Si es que careces de valor, vale más servir a Dios dentro de los límites que El te haya impuesto».

A pesar de la afirmación de Erasmo de que él no había favorecido *ni tantulum*, ni un poquito, a Lutero, la realidad es que fue él quien abrió las puertas al luteranismo. Resulta conocida aquella expresión de que Erasmo puso «el huevo de la Reforma». El gran humanista Ginés de Sepúlveda no vacilaría en escribir:

«Crean muchos que sin las quejas y burlas de Erasmo jamás hubiera venido el luteranismo. Ofende a Erasmo la muchedumbre de los monasterios; Lutero los demuele todos. Hace el primero alguna indicación contra el culto de los Santos; Lutero los execra en absoluto. Quiere el uno poner tasa a las ceremonias, cantos y fiestas; el otro las suprime todas, etc.».

El mismo Lutero lo reconoció casi con crueldad: «No hay artículo de fe de que no se sepa burlar Erasmo». Por lo que parece, Erasmo nunca llegó a comprender a fondo el misterio del cristianismo. Este era para él una buena conducta, una filosofía de Cristo. Su única fuente era la Biblia, interpretada con bastante libertad. Valoraba a los Padres de la Iglesia, pero en forma dialéctica, contraponiéndolos a la despreciable escolástica. Cuando lo invitaron a atacar a Lutero en vez de resaltar los lunares de la escolástica, respondió: «Saco más provecho de leer una sola página suya, que leyendo a todo Santo Tomás».

Su estilo era crítico, irónico, plagado de reticencias, frases ambiguas, dudas, vacilaciones... Y así, en momentos en que estaban en causa los valores más irrenunciables de la Iglesia, careció del coraje necesario para ser capitán de cualquiera de los dos bandos que se estaban enfrentando. No tuvo, como Lutero, la audacia para ser un hereje, pero tampoco para constituirse en el abanderado de la ortodoxia. Nada tiene, pues, de extraño que en aquella lucha gigantesca entre el protestantismo y el catolicismo tratara de mantenerse hasta que pudo en un imposible término medio, no rompiendo puentes con ninguno, cual si se tratase de una contienda pasajera entre teólogos. Lo más que se le ocurrió para remediar la situación, fue exhortar una y otra vez a la *moderación*, como si las grandes batallas, una vez empeñadas, pudieran resolverse con sonrisas diplomáticas.

Su biógrafo Huizinga ha señalado en él ciertas características psicológicas patológica: alzaba la voz cuando se sentía amparado por los poderosos, o cuando calculaba inferiores las fuerzas de sus adversarios; en momentos en que se imponían actitudes claras y decisiones netas, se empeñó en mantenerse sin tomar partido, entre dos aguas. No llegó a abrazar el protestantismo, pero mantuvo excelentes relaciones con los jefes de la Reforma. No dejó de pertenecer a la Iglesia, e incluso hay que creerlo sincero cuando hace expresas declaraciones de fe católica, pero no quiso poner su pluma de una manera categórica en contra de los protestantes, como se lo solicitaron varios Papas. De hecho, quedó completamente desbordado por los acontecimientos, abandonado por sus amigos de ambos bandos. Calderón Bouchet ha descrito al personaje con certeras pinceladas:

«Desde que la tolerancia ocupó el sitio de las cuatro virtudes cardinales, Erasmo se convirtió en una suerte de santón laico, para uso exclusivo de los grandes equidistantes... Erasmo amaba la paz



pero no logró pacificar nada. Todo lo contrario: se las ingenió para que los bandos en pugna se volvieran contra él y no lo hallaran maravillosamente ecuánime sino repugnantemente neutro».

Como se ve, estamos, también aquí, en las antípodas de San Ignacio, cuya vida y cuyos Ejercicios constituyen el gran mentís y refutación del humanismo renacentista. Se comprende bien aquella instintiva repugnancia que experimentara frente a Erasmo.

«En una Europa desgajada por el Protestantismo –escribe el dominico Guillermo Fraile–, y en una Iglesia rabiosamente perseguida por los poderes públicos de Inglaterra y Alemania, lo que se necesitaba en aquel momento no eran precisamente literatos ni poetas, ni bellos latines, sino la gallardía de soldados y cruzados de Cristo, que enarbolaran valientemente la bandera de la Cruz. Ante los tortuosos concordismos, ante la moral equívoca y ante las creencias ambiguas de los pretendidos reformadores, era necesario hacer resonar con limpio tañido de ortodoxia el metal de la campana del dogma, de la moral, en el sentido íntegro, recio, austero y varonil del Evangelio. Esto es lo que significa San Ignacio frente a Erasmo, frente al humanismo paganizante y frente al protestantismo. Y esto es lo que significa aquella repulsa instintiva que el recién convertido capitán de Loyola experimentó ante el libro de Erasmo que le ofrecieron en su convalecencia, cuando todavía su formación teológica no era suficiente para hacerle comprender ni apreciar el verdadero carácter de su doctrina».

## VI. San Ignacio, vida mística

En un momento de su vida, nuestro santo quiso cambiar su nombre original, Íñigo, por el de Ignacio –Íñigo es un nombre propio usado por los vascos, e Ignacio no es la traducción de Íñigo–. ¿Por qué habrá elegido llamarse Ignacio? Se dice que fue probablemente por el especial afecto que sentía por San Ignacio de Antioquía, el enamorado del nombre de Jesús. Cuando estaba enfermo, a raíz de la herida de Pamplona, había leído en el *Flos Sanctorum* que los verdugos romanos, al arrancar el corazón de aquel santo, habían allí encontrado las letras *IHS* –sigla de *Iesus Hominum Salvator*, Jesús Salvador de los hombres–. Ribadeneira nos refiere que Ignacio elegiría ese anagrama para sello y escudo de armas de su Compañía por reverencia a Ignacio de Antioquía, y agrega:

«En su interior ardía la llama del amor al santísimo Nombre de Jesús, que según leemos, ardía también en el pecho del obispo mártir Ignacio. Y nuestro Padre Ignacio quiso asemejarse a este Santo no sólo en el nombre, sino todavía más en las obras».

San Ignacio tenía alma de místico. Con facilidad y soltura se elevaba de la contemplación de las creaturas a la contemplación del Creador: «La mayor consolación que recibía –escribe de sí mismo– era mirar el ciclo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con ello sentía en sí muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor». Su mirada se había vuelto sobrenatural. y así aconsejaba a los suyos, cuando los enviaba a ministerios, que al tratar con las personas no las mirasen humanamente «sino como bañadas en la sangre de Cristo, e imágenes de Dios, templo del Espíritu Santo».

### 1. Su *Diario Espiritual*

De no haberse conservado las admirables páginas de su *Diario espiritual* –del 2 de febrero de 1544 al 27 de febrero de 1545–, hubiese quedado oculto para siempre el aspecto más sublime de la espiritualidad ignaciana, sin que jamás hubiéramos ni siquiera barruntado las altísimas cumbres hasta donde el Señor condujo a esta alma privilegiada.

Todavía ofrece otra ventaja no pequeña este documento. A diferencia de lo que sucede en los demás relatos,

por ejemplo los consignados en su *Autobiografía*, no se nos cuenta aquí ninguna acción externa, ningún hecho que distraiga la atención de lo que fue la intimidad del santo. El desconocimiento del *Diario* ha sido quizás la causa de que, a pesar de la abundancia de testimonios que quedan de la santidad de Ignacio, se haya tardado tanto en trazar su verdadera silueta. Los estudiosos, sobrecogidos por la grandiosidad de las obras que realizó, sólo resaltaban sus dotes de organizador, de estrategia espiritual. Pensemos que mientras escribía este *Diario*, despachaba sus negocios corrientes, hacía visitas, escribía cartas, dirigía la Orden.

Afirma el P. Larrañaga que el *Diario* de nuestro santo, escritor en la misma lengua que el *Castillo Interior* o *Las Moradas* de Santa Teresa, y el *Cántico espiritual* o *Llama de amor viva* de San Juan de la Cruz, revela en cada página los tres rasgos principales de la oración infusa, en que convienen los teólogos: vista simple e intuitiva de las cosas divinas, sin multiplicidad de conceptos ni razonamientos; experiencia de la presencia y de la acción de Dios en el alma; pasividad completa del conocimiento y del amor infusos, dados y retirados por Dios con soberana independencia de todos nuestros esfuerzos. Revélase asimismo el estado de unión consumada, conocida con el nombre de *matrimonio espiritual*: unión casi ininterrumpida del alma con Dios, aun en medio de las ocupaciones externas; transformación de las facultades superiores en cuanto a su modo de obrar; y visión intelectual de la Santísima Trinidad. Dice de San Ignacio uno de sus más íntimos confidentes, el P. Nadal:

«Recibió de Dios singular gracia para contemplar libremente el misterio de la Santísima Trinidad, y descansar en él. Porque, en efecto, unas veces era arrastrado por esta gracia de la contemplación de toda la Trinidad Santísima, y era impelido hacia ella, y con ella se unía de todo su corazón, con grandes sentimientos de devoción y gusto espiritual. Contemplaba otras veces al Padre, otras al Hijo, otras al Espíritu Santo; y la gracia de esta contemplación la recibió muchas veces y con mucha frecuencia, pero singularmente en los últimos años de su peregrinación por la tierra.

«No sólo recibió nuestro Padre Ignacio –grande y extraordinario privilegio– este modo de oración, sino que además en todas sus cosas, en todas sus acciones y conversaciones, y en todos sus actos, tuvo también la gracia de sentir la presencia de Dios y el afecto a las cosas espirituales, siendo contemplativo aun en medio de su acción: cosa que él solía explicar, diciendo que en todo había que hallar a Dios.

«Tuvimos ocasión de contemplar esta gracia y luz de su alma en cierto como resplandor de su rostro y en cierta como claridad que brotaba de todas sus acciones; y al verlo, sentíamos, con no pequeño consuelo, grande admiración y pasmo, y, a la vez, como que se derivaba no sé qué de su gracia sobre nosotros».

En las páginas de su *Diario* se advierte una constante presencia de los santos, los ángeles, la Santísima Virgen y el mismo Cristo. Pero fueron sobre todo las visiones de la Trinidad las que tendrían suspendida en la contemplación a esta alma privilegiada, pasando ante sus ojos atónitos los misterios más insondables de Dios, como la misma esencia divina, las tres Divinas Personas en unidad de naturaleza y distinción de personas, las procesiones trinitarias, la circuminsesión, y otros misterios íntimos de Dios. Así leemos, por ejemplo, el 6 de marzo de 1544:

«Al *Te igitur* sintiendo y viendo, no en oscuro, mas en lúcido, y mucho lúcido, el mismo ser o esencia divina en figura esférica un poco mayor de lo que el sol parece, y de esta esencia parecía ir o derivar el Padre, de modo que al decir: *Te, id est, Pater*, primero se me representaba la esencia divina que el Padre, y en este representar y ver el ser de la Santísima Trinidad sin distinción o sin visión de las otras personas, tanta intensa devoción a la cosa representada, con muchas mociones y efusión de lágrimas, y así en adelante

pasando por la misa, en considerar, en acordarme, y otras veces en ver lo mismo, con mucha efusión de lágrimas y amor muy crecido y muy intenso al ser de la Santísima Trinidad».

Resulta llamativo advertir cómo este despliegue de visiones se desarrolla principalmente en torno a la Santa Misa, que era para Ignacio el sol que asomaba cada mañana en el horizonte de su alma, y alrededor del cual giraba el entero sistema de su vida mística. Era en la Misa donde recogía energías y orientaciones para su labor diaria. Jamás tomaba ninguna resolución importante, sin considerarla reiteradamente delante de Dios en el sacrificio de la Misa, a veces por espacio de semanas enteras; sólo se decidía cuando estaba cierto que era la voluntad de Dios. Al respecto escribió el P. Gonçalves da Câmara:

«El modo que el Padre guardaba cuando las Constituciones era decir misa cada día y representar el punto que trataba con Dios y hacer oración sobre aquello». El problema que llevaba adentro lo debía resolver a la luz y al calor del trato íntimo con el Señor.

Y junto al Cristo eucarístico, Nuestra Señora. El 15 de febrero de 1544, durante la consagración, experimenta la presencia de María, lo que expresa con esta frase realmente notable: «No podía que a Ella no sintiese o viese... mostrando ser su carne en la de su Hijo...»

Destaquemos el lugar que ocupó en su vida mística el don infuso de las lágrimas. Así escribe el mismo 15 de febrero: «Muchas y muy intensas lágrimas y sollozos, perdiendo muchas veces la habla». Pocos días antes, el 5 de febrero, corren tan abundantes que siente dolor en los ojos: «Antes de la misa, en ella y después de ella..., y dolor de ojos por tantas». Por cierto que sus lágrimas no provenían de un temperamento blando y sensible a las emociones –el temperamento de Ignacio era colérico–, sino de puro amor divino.

En cierta ocasión, el P. Ribadeneira le preguntó al P. Laínez cuál era la fuente de esta superior ternura de San Ignacio, y aquél le dijo «que en las cosas de Nuestro Señor se había más *passive que active*, que éstos son los vocablos que usan los que tratan de esta materia, poniéndole por el más alto grado de contemplación, a la manera que el divino Dionisio Areopagita dice de su maestro Hieroteo, que *erat patiens divina*».

A través de lo sensible, Ignacio se elevaba más allá de lo sensible, percibiendo algo de las armonías celestiales. El P. Cámara señala un dato concreto.

«Una cosa con que mucho se levantaba en la oración era la música y canto de las cosas divinas, como son Vísperas, Misas y otras semejantes; tanto que, como él mismo me confesó, si acertaba a entrar en alguna iglesia, al celebrarse estos Oficios cantados, luego parecía que totalmente se transportaba de sí mismo».

## 2. El elemento místico de los Ejercicios

El P. Brémond dice que los Ejercicios son «un manual de heroísmo o de caballería cristiana», pero también «una mística de elección». Hay, por cierto, elementos místicos en los mismos, como se advierte, por ejemplo, en la contemplación de los misterios de Cristo, propios de la segunda semana, en los que se pide «conocimiento interno» del Señor, asistiendo a dichos misterios «como si presente me hallase». Lo mismo en las contemplaciones de la tercera y cuarta semanas: «dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado», «gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor». «Este gozo –comenta el P. Luis de la Palma– no puede nacer sino de amistad; porque la amistad de tal manera inclina a la persona amada y causa unión con ella, que la imaginación la aprehende, como si fuera otro yo». Nada digamos de la «contemplación para alcanzar amor», en la quinta semana; esta

contemplación terminal es como el umbral de la vía unitiva, en que los Ejercicios introducen al tiempo que culminan.

El ejercitante es exhortado a detenerse «cuando halla» fervor, gusto, consuelo, sabor, deleite espiritual. Estas «demoras» son pequeños «actos de contemplación», y su reiteración va engendrando en la voluntad «el hábito de contemplar». Contienen asimismo elementos místicos y contemplativos los ejercicios llamados «repeticiones», «resúmenes» y la denominada «aplicación de sentidos». Como enseña el mismo P. de la Palma:

«Toda la materia de la meditación lo puede ser también de la contemplación; pero en diferente manera. Porque la meditación busca, la contemplación goza de lo que ha hallado la meditación; la meditación discurre, la contemplación descansa en el fin y término de la carrera; la meditación anda como preguntando a todas las cosas, para que le den nuevas de la verdad, la contemplación, después de hallada, la mira simplicísimamente». Destaquemos a este respecto la frase tan típicamente ignaciana: «No el mucho saber harta y satisface el alma sino el sentir y gustar de las cosas internamente».

Pareciera extraño hablar de un San Ignacio místico. Santa Teresa, que le fue contemporánea, si bien no llegó a conocerlo personalmente aunque sí a través de los Ejercicios, hacia el fin de las *Quintas Moradas*, lo asocia con Santo Domingo y San Francisco:

«Yo os digo, hijas, que he conocido a personas muy encumbradas y llegar a este estado, y con la gran sutileza y ardid del demonio tornarlas a ganar para sí, porque debe de juntarse todo el infierno para ello; porque, como muchas veces digo, no pierden un alma sola, sino gran multitud. Ya él tiene experiencia en este caso; porque si mirarnos la multitud de almas que por medio de una trae Dios a Sí, es para alabarle mucho los millares que convertían los mártires, una doncella como Santa Ursula. Pues ¡las que habrá perdido el demonio por santo Domingo, y san Francisco y otros fundadores de Ordenes, y pierde ahora por el padre Ignacio, el que fundó la Compañía».

## Conclusión

Hemos tratado de bosquejar la gigantesca y fascinante figura de San Ignacio. A veces se le ha intentado presentar como un voluntarista, como un hombre que parecía contar exclusiva o principalmente con las solas fuerzas humanas. Nada más lejos de la realidad. Refiriéndose a los Ejercicios, la obra que mejor lo manifiesta, ha escrito A. Steger: «Toda la actividad individual exigida por San Ignacio: recogimiento, ejercicios preparatorios, observación continua de sí, *agere contra*, etc., no son sino medios. El fin es dar lugar en el alma al trabajo de Dios. Quien desconoce esta finalidad consecuente, ordenada hacia la gracia, no comprende nada en el *Libro de los Ejercicios*». Y otro autor, el P. Ch. Boyer: «Al hombre pide el esfuerzo; pero a Dios le pide la gracia para hacer el esfuerzo».

San Ignacio se nos presenta como un auténtico arquetipo para nuestra época. Tanto su persona como su doctrina responden acabadamente a los grandes problemas de la actualidad. Resulta consolador recordar que numerosos jesuitas participaron, como veremos, de modo continuado e intenso, en la Evangelización de América. Incluso uno de sus sobrinos, el franciscano Martín Ignacio de Loyola, fue obispo de la diócesis del Río de la Plata, con sede en Asunción, durante el gobierno de Hernandarias, su gran amigo. Hemos asimismo señalado la relación que une a San Ignacio con Santa Teresa, dos figuras señeras de la hispanidad. Gregorio Marañón los ha reunido en el recuerdo:

«Los verdaderos héroes nacen sometidos a la dramática renuncia a todo lo que no sea superarse. Y en los grandes santos, como la

superación es la identificación con Dios, el heroísmo alcanza dimensiones sobrehumanas. Yo no sé si algún santo da esta impresión de heroísmo tan clara, casi tan punzante, como San Ignacio. Tal vez sólo su par en la hora crítica de su existencia histórica y en la excelsitud de la pasión: Santa Teresa. Quizás nos lo parece así, porque ambos santos nacieron cuando aún estaba vivo el prototipo del heroísmo terrenal, el del Caballero Andante, que es como una armadura bruñida y centelleante que da a quienes la visten un prestigio romántico inigualado».

Para Menéndez y Pelayo, San Ignacio es «la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro». Cuando se celebró el cuarto centenario de la muerte del santo, el 31 de julio de 1956, afirmó Pío XII, trayendo a colación la frase recién citada:

«Y es que era justo que la gran patria española mostrase su estima y su afecto a uno de sus más preclaros hijos, en quien ve encarnado lo más escogido de su espíritu y en uno de sus tiempos mejores. Aquel adolescente apuesto y generoso; aquel joven fuerte, prudente y valeroso, que hasta en sus desviaciones habría de conservar siempre sus aspiraciones hacia lo alto; aquel hombre maduro, animoso y sufrido, de gran corazón y de espíritu naturalmente inclinado a cosas grandes; y, sobre todo, aquel Santo, en cuyo pecho se diría que entraba el mundo entero; encarnaba sin saberlo lo mejor de los valores y de las virtudes de su estirpe, y era, como muy bien se ha dicho, “la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro”, por su nobleza innata, por su magnanimidad, por su tendencia a lo fundamental ya lo esencial, hasta superar las barreras del tiempo y del espacio, sin perder nada de aquella riquísima humanidad, que le hacía vivir y sentir todos los problemas y todas las dificultades de su patria y de su siglo, y en el gran cuadro general de la historia de la Iglesia y del mundo.

«Lo que maravilla en los arrobos más sublimes de los místicos españoles de su mismo tiempo; lo que se puede admirar en los grandes teólogos que entonces brillaron; lo que encanta en las páginas inmortales de los escritores que todavía hoy son modelo de una lengua y de un estilo; lo que tantos gobernantes, políticos y diplomáticos, supieron poner al servicio de aquel Imperio, donde el sol no se ocultaba; de todo ello hay un reflejo en el alma de Ignacio al servicio de un ideal muy superior, sin que por ello pierda lo que tiene de propio y de característico. Era, pues, conveniente que la España de hoy, hija legítima de la España de ayer, aclamara en este momento a uno de sus hijos que más la han honrado».

### Bibliografía consultada

*Obras Completas de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid, 1963.

**Ignacio Casanovas**, *San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, Balmes, Barcelona, 1944.

**Pedro de Leturia**, *El gentilhomme Iñigo López de Loyola*, 2. ed., Labor, Barcelona, 1949.

**Hugo Rahner**, *Ignacio de Loyola y su histórica formación espiritual*, Sal Terrae, Santander, 1955.

**Victoriano Larrañaga**, *San Ignacio de Loyola. Estudios sobre su vida, sus obras, su espiritualidad*, Hechos y Dichos, Zaragoza, 1956.

**Ricardo García-Villoslada**, *Ignacio de Loyola. Un español al servicio del Pontificado*, 3. ed., Hechos y Dichos, Zaragoza, 1961.

**Cándido de Dalmases**, *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, BAC, Madrid, 1980.

### Ignacio de Loyola

*Era un cargado acento circunflejo  
sobre la tierra con violencia extraña:  
nube de sombra y luz en la montaña,  
águila audaz desde el torreón bermejo.*

*Un santo de volcánico entrecejo,  
caballero a su modo y al de España,  
paciente como el hilo de la araña,  
victorioso en la luz como el espejo.*

*Así, con un silencio intransitable,  
por una incontenible primavera  
y en ímpetu de amor inimitable,  
pasó la antorcha de hábito y gorguera,  
el señor de la hueste innumerable,  
el alférez de Dios y su bandera.*

Luis Gorosito Heredia

7

### Santa Teresa de Jesús

El 28 de septiembre de 1970, el papa Pablo VI declaró a Santa Teresa, Doctora de la Iglesia Universal. No fue un acto que llamase en exceso la atención a no ser por el hecho de haberse elegido por vez primera a una mujer para esa dignidad.

Decimos que no fue extraño por cuanto en la praxis de la Iglesia ya era considerada como una auténtica maestra del espíritu, la *Doctora mística*, según se la llamaba. La misma oración de su fiesta litúrgica nos invitaba a «alimentarnos de su doctrina celestial». En 1922, la Universidad de Salamanca le había conferido el Doctorado honoris causa en Teología, y la reina Victoria, esposa de Alfonso XIII, había colocado en su estatua una insignia y birrete académicos, como ya aparecía ornada en no pocas imágenes suyas. Antes incluso, en 1910, San Pío X, en una carta al General de los Carmelitas, le había hecho notar que lo que los Padres de la Iglesia enseñaban confusamente y al margen de cualquier tipo de sistema, esta santa lo había reducido con suma maestría y elegancia a un cuerpo de doctrina, llegando a decir el mismo Papa en 1914:

«Fue tan a propósito esta mujer para la formación cristiana, que en poco o en nada cede a Padres y Doctores de la Iglesia».

Como se ve, la resolución de Pablo VI por la que entronizó a Santa Teresa en la galería de los Doctores de la Iglesia no resulta nada chocante. En la homilía de la Misa en que la proclamó tal, dijo que su acto se unía al reconocimiento general que le había conferido el pueblo cristiano a lo largo de siglos:

«Todos reconocíamos, podemos decir que con unánime consentimiento, esta prerrogativa de Santa Teresa de ser madre y maestra de las personas espirituales... El consentimiento de la adición de los santos, de los teólogos, de los fieles y de los estudiosos se lo había ganado ya. Ahora lo hemos confirmado Nosotros, a fin de que, nimbada por este título magistral, tenga en adelante una misión más autorizada que llevar a cabo dentro de su Familia religiosa, en la Iglesia orante y en el mundo, por medio de su mensaje perenne y actual: el mensaje de la oración».

Pareció, pues, un merecido broche de oro cuando, en la ceremonia oficial, luego que un Prelado español leyó las alabanzas que Santa Teresa había recibido de Papas y maestros, Pablo VI agregó: «Por lo tanto, declaramos a Santa Teresa de Jesús, virgen de Avila, Doctora de la Iglesia Universal».

¿Qué significa el título de *Doctor de la Iglesia*? La Iglesia llama así a los escritores eclesiásticos que, no solamente en razón de su vida santa y de su acrisolada ortodoxia, sino también y sobre todo por causa de su ciencia considerable y de su profunda erudición, han sido honrados con tal título mediante una aprobación solemne de la autoridad eclesiástica. La iluminación de los fieles gracias a la ciencia que brilla en ellos con un resplandor fuera de lo común, constituye la nota particular de su misión en la historia. Una vez declarados tales, la Iglesia les confiere un rango especial en la liturgia, con Misa y Oficio propios.

Curiosa esta Doctora, que no supo de filosofía, aunque sí supo de la Verdad. Dios le concedió «entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades», como ella misma nos dejó dicho en su Vida. Y en otro lugar: «Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad». No la conoció, ciertamente, en categorías filosóficas, si bien confesó que le hubiera gustado hablar con alguien entendido en filosofía para que pudiera explicarle aquello que ella misma no era capaz de expresar con propiedad: «Mucho valiera aquí poder hablar con quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello y no lo sé decir, y aun por ventura no lo sé entender». Y así nuestra santa accedió a la verdad *puenteando* la filosofía. ¡Qué bien lo dijo Unamuno: «Santa Teresa vale por cualquier *Instituto*, por cualquier *Crítica de la razón pura*!»

Al principio, se resistió a poner sus ideas por escrito. Cuando uno de sus confesores, el P. Jerónimo Gracián, le pidió que escribiera algo, Teresa le respondió: «Mejor que lo hagan los letrados», los que han estudiado, porque ella era una tonta y no sabía lo que decía, que usaría una palabra en vez de otra y lo haría mal. Que ya había muchos libros sobre las cosas de oración. Que la dejasen libre, porque lo que ella quería era que le permitiesen cumplir con sus compromisos de religiosa. Sólo se resolvería a escribir en el caso de que sus confesores se lo mandasen expresamente. Podríase decir que Teresa es una Doctora inculta, espontánea. No una profesora que se sienta a dar cátedra. La da, sin embargo, a pesar suyo. De ella escribiría fray Luis de León:

«En la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que la regía la pluma y la mano; porque así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que encienden sus palabras en el corazón que las lee».

Esto es rigurosamente exacto. Pero hay que decir más. Santa Teresa no sólo posee autoridad doctrinal, sino que sus escritos han sido también *camino de perfección* para los que de ellos se alimentaron. Su influencia en la vida espiritual de la Iglesia a lo largo de los siglos ha sido inmensa, al punto que su magisterio iluminador se ha

consumado en una maternidad fecunda. Teresa es verdaderamente *madre*, madre espiritual. Hasta en nuestros días, un Charles de Foucauld recurriría a ella como autora de cabecera, frecuentando sus obras a modo de *lectio* continua; en diez años, nos asegura, la leyó no menos de diez veces.

Así, pues, la decisión de Pablo VI de proclamarla Doctora de la Iglesia significa el reconocimiento oficial de un magisterio que desde siempre ha ejercido con sus escritos, y la confirmación solemne de la especial gracia carismática que el Espíritu Santo derramó sobre ella para edificación de la Iglesia.

## I. Santa Teresa, doctora española

Hemos elegido a Santa Teresa para integrar la galería de arquetipos en este curso que estamos dictando sobre la Hispanidad. Porque si bien es ella Doctora de la Iglesia Universal, lo es con una modalidad específica: es una Doctora española, españolísima. Ella viene a ser la flor más preciosa que haya brotado en el jardín de la espiritualidad española. Si para Taine, el misticismo español representa un momento superior de la especie humana, «de ese instante supremo Santa Teresa fue el motor esencial», como acota Marañón. Así lo reconoció Pablo VI en la homilía de la Misa en que le confirió el Doctorado:

«No queremos pasar por alto el hecho de que Santa Teresa era española, y con razón España la considera una de sus grandes glorias. En su personalidad se aprecian los rasgos de su patria: la reciedumbre de espíritu, la profundidad de sentimientos, la sinceridad del alma, el amor a la Iglesia. Su figura se centra en una época gloriosa de santos y de maestros que marcan su siglo con el florecimiento de la espiritualidad».

El español –el buen español, por cierto, no el español decadente– se caracteriza por la fortaleza de su alma, por su espíritu heroico. Así fue Teresa, esa santa con temple de soldado. Ya desde pequeña, nos confiesa ella misma, le encantaban los libros de caballerías e incluso llegó a componer con su hermano Rodrigo un libro de ese género. Lástima que dicho escrito no haya llegado hasta nosotros; quizás destruyó el manuscrito, ya que luego exageraría el mal efecto que le producía ese tipo de literatura.

Cuenta María, su hermana mayor, que una noche iban las dos caminando de vuelta de Maitines, por las oscuras callejuelas de Avila, y de pronto Teresa exclamó: «Hermana, si supieras qué caballero nos escolta, quedarías encantada. ¡Es Nuestro Señor Jesucristo llevando su cruz!». ¿Fantasía o realidad? La cosa es que ya veía a Aquel que luego tanto amaría, pero éste se le presentaba con el atuendo de un hidalgo. Quizás fue la lectura del libro de Amadís lo que la predispuso para percibir a Cristo en forma de caballero que acompaña a su dama, un caballero que lleva la cruz. Toda la España del siglo XVI está en aquella exclamación de Teresa.

No en vano nuestra santa pertenecía a una familia de soldados. Prácticamente todos sus hermanos varones fueron tales. Uno de ellos, Rodrigo, se enroló en la expedición que el Adelantado Pedro de Mendoza emprendiera para el Río de la Plata, a donde vino juntamente con otro vecino de Avila, Juan de Osorio. Cuando se embarcó, hizo a Teresa heredera de todos sus bienes, caso de no retomar, como de hecho sucedió, ya que murió combatiendo en el Perú, junto con otro de sus hermanos, Antonio. Llevaba, pues, Teresa, la caballería en la sangre, ella que luego exhortaría a «ayudar a llevar la cruz a Cristo, como buenos caballeros que sin sueldo quieren servir a su Rey»; ella que pretendería que sus religiosas fueran de temple varonil:

«No querría yo mis hermanas pareciesen en nada mujeres, sino varones fuertes, que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres».

Un rasgo típico de la santa, que confirma su fuste espiritualmente varonil, fue su inocultable predilección por la inteligencia, incluso prefiriéndola a la piedad, en la que también fue tan eximia. Le gustaban de manera extraordinaria las personas inteligentes. Decía que una monja no inteligente sólo resultaba útil para sí misma; en cambio la inteligente podía ser puesta a cargo de otras. ¿La razón? «Un buen entendimiento, si comienza a aficionarse al bien, ácese a él con fortaleza, porque ve es lo más acertado». También en sus confesores, apreciaba por encima de todo la inteligencia y la sabiduría, al tiempo que experimentaba una gran desconfianza por los santos que eran tontos.

Teresa se destaca en la historia por haber sido una excelente escritora, flor del siglo de oro español. Redactaba con tanta fuerza como claridad, y muy rápidamente, casi sin tachar nada, subrayando cada tanto una que otra palabra. En toda su autobiografía sólo hay catorce correcciones, y no todas son de ella. Su letra era recta y firme, sin vacilaciones, como de quien sabe exactamente lo que hay que decir, sin concesiones a veleidades literarias, sin siquiera puntuación. El encanto de su estilo es que no tiene ninguno. Porque escribía como hablaba.

Ello se advierte de manera especial en su *Vida*, uno de los libros más preciosos que se hayan escrito, en el que frases admirables se intercalan con expresiones pueblerinas y comparaciones caseras. De esta obra afirmó Menéndez y Pelayo:

«No hay en el mundo prosa ni verso que basten a igualar, ni aun de lejos se acerquen, a cualquiera de los capítulos de la *Vida*, autobiografía a ninguna semejante, en que con la más peregrina modestia se narran las singulares mercedes que Dios le hizo, y se habla y discurre de las más altas revelaciones místicas con una sencillez y un sublime descuido de frases que deleitan y enamoran... Santa Teresa habló de Dios y de los más altos misterios teológicos como en plática familiar de hija castellana junto al fuego».

Escribió el libro de su *Vida* en invierno, sentada en el suelo de su celda, apoyando el pergamino sobre la cama, frente a una ventana sin vidrio, olvidada de sí misma. «Al pensar en eso —escribe T. Walsh—, al visitar hoy esa habitación tan despojada y estrecha, que es ahora un oratorio, y al acordarse de la alegría, el buen humor y la agudeza de ingenio que en su obra revela, uno acaba por entender lo que es la santidad».

Bien española la santa, una española salerosa. No le gustaba la gente triste, ni lo era, ni soportaba que lo fuesen quienes vivían con ella. «¡Libreme Dios de los santos encapotados!», solía decir con frecuencia. Sentido del humor, gracia superior y sabrosa, que se trasunta en tantas expresiones suyas, como por ejemplo, cuando hablando del progreso espiritual de unas personas por ella conocidas dice: «Vuelan como águilas, no las hagan andar como pollo trabado». O en salidas geniales como cuando respondió a aquella hermanita cocinera, asombrada al ver cómo Teresa, siempre tan mortificada, estaba comiendo perdices: «Las penitencias son penitencias y las perdices son perdices». Gracia, humor, realismo. Caminaba, sí, con su cabeza a la altura de las estrellas, pero sus pies estaban siempre sólidamente asentados en tierra, en lo concreto.

La gracia de Dios hizo de ella una santa, mas las almas de los santos son preparadas por una larga y secular prosapia, así como por el trabajo secreto de mil influencias providenciales. Se puede decir que una familia, una ciudad, una raza entera han colaborado para engendrar a Santa Teresa. Santa la más española que existe. Mujer excelsa, que concitó el cariño de toda España, tan bien expresado en lo que de ella dijera uno de sus confesores,

el P. Pablo Hernández: «La madre Teresa de Jesús es muy grande mujer de las tejas abajo, y de las tejas arriba muy mayor».

A su muerte, literatos como Lope y Cervantes, nobles, reyes, obispos, todos se unieron para pedir a Roma su ascensión a los altares. Fue Gregorio XV quien la canonizó en 1622, juntamente con otros tres santos españoles: San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Isidro Labrador. Era, en cierto modo, la canonización de la España católica. Ulteriormente Teresa sería proclamada segunda patrona de España, tras el patrono principal, Santiago apóstol.

En este capítulo consideraremos la figura arquetípica de Santa Teresa desde un punto de vista particular, es a saber, su ejemplaridad en relación con los problemas de nuestro tiempo. Porque quizás hoy más que nunca se hace evidente la actualidad de esta santa. Ella es *actual* no precisamente porque *agrade* al espíritu de nuestra época. Recordemos lo que decía Chesterton hablando de los santos, al afirmar que en cada recodo de la historia, Dios suscita a aquel cuya persona misma y su espiritualidad sirven de correctivo a los males de sus contemporáneos.

Así San Francisco de Asís apareció precisamente cuando en las ciudades comenzaba a surgir la burguesía con su ínsita tendencia al hedonismo. Y San Juan María Vianney, desde el pueblito perdido de Ars, por su sencillez y simplicidad se convirtió en un punto de referencia inobviable en el seno de un mundo hinchadamente racionalista. Por nuestra parte podríamos añadir que los santos son redescubiertos precisamente en los siglos que más los necesitan. Quizás suceda así en nuestro caso. Porque Santa Teresa está en las antípodas de las preferencias inmanentistas del mundo moderno.

## II. Santa Teresa y el primado de Dios

En una sociedad tan secularizada como la nuestra, que omite la relación religiosa y cultural con Dios, a quien en el mejor de los casos considera como algo vaporoso y lejano, o reductible a una dimensión puramente horizontal, cual perfeccionador del hombre o de la historia, nada mejor que el testimonio de los místicos, quienes insisten con tanto verismo en la realidad absoluta de Dios, en el primado de Dios y de las cosas de Dios.

No es que Teresa olvide lo horizontal, lo cotidiano. Pero no se instala en ello, como si fuera lo definitivo, sino que le sirve de trampolín para remontarse a Dios. En una ocasión dijo a sus religiosas que cuando la caridad con el prójimo o la obediencia «las trajere empleadas en cosas exteriores, entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior». Para ella, no cabía oposición entre lo horizontal y lo vertical. La armonía de la caridad bipolar —amor a Dios y amor al prójimo— no queda destruida por la especificación objetiva de cada dimensión. Esa armonía constituye la garantía de la autenticidad de ambas.

Es aquí el lugar para referirnos a sus experiencias místicas. Desde que era pequeña sintió predilección por las cosas de Dios, por la contemplación. Nos cuenta en su *Vida* que se puso entonces a buscar en los alrededores de su casa algún sitio propicio para rezar a solas, sobre todo el rosario y que con su hermanito Rodrigo empezó a levantar ermitas en varias partes del jardín y a organizar a los chicos de la vecindad en comunidades de pequeños frailes y hermanas. Juegos infantiles, por cierto, pero que van delatando una clara inclinación.

Esta tendencia inicial de su alma culminaría luego, ya como religiosa, en sus admirables arrobamientos místicos. A veces, cuando conversaba con otro, y éste le nombraba a Dios, fácilmente entraba en trance. Debía dominarse para proseguir la conversación. Naturalmente esto le sucedía con más frecuencia durante la oración.

Una vez, mientras recitaba el Oficio Divino, sintió que se levantaba por el aire, e inmediatamente se tiró de bruces al suelo. En otra ocasión, empezó a elevarse durante un sermón, extasiada por lo que oía decir al predicador; sus religiosas, cumpliendo las instrucciones que previamente les había dado para una coyuntura semejante, le tiraban del hábito, sujetándola para que permaneciese en tierra. Otra vez, mientras esperaba su turno de recibir la comunión, debió aferrarse a las barras del comulgatorio para no elevarse. Esto, al mismo tiempo que le producía un gozo casi infinito, la hacía sufrir, porque le dificultaba el trato con los demás. Así le escribía a su hermano Lorenzo, que por aquel entonces vivía en Quito, Ecuador:

«Me han tornado los arrobamientos y hanme dado pena, porque es –cuando han sido algunas veces– en público, y así me ha acaecido en maitines. Ni basta resistir, ni se puede disimular. Quedo tan corridísima que me querría meter no sé dónde. Harto ruego a Dios se me quite esto en público; pídaselo vuestra merced que trae hartos inconvenientes y no me parece es más oración. Ando estos días como un borracho, en parte».

Nos impresiona esta polarización de toda ella en Dios. Aun en medio de su actividad fundacional, cuando estaba estableciendo los nuevos monasterios de su Orden, fácilmente entraba en raptos de éxtasis. Se nos cuenta que en cierta ocasión una monjita compañera suya cantó una sencilla copla: «Véante mis ojos, / dulce Jesús bueno; / véante mis ojos, / muérame yo luego».

Al oírla Teresa, impresionada, quedó yerta y como sin vida, sintiendo al mismo tiempo una alegría enorme y un gran dolor por la lejanía de Jesús. Confesaría luego que hasta entonces no había entendido lo que era la angustia. Y como resultado de dicha experiencia, escribió esa célebre poesía suya que comienza: «Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero».

Teresa estaba *entusiasmada*, no en el sentido psicológico de la palabra sino en su sentido originario, que supera lo psicológico, *entheos*, endiosada, polarizada en Dios. Todo lo veía desde Dios y hacia Dios. Ella fue, por así decirlo, una suerte de encarnación del primer mandamiento: el amor de Dios era para ella el todo, ese amor total de Dios que no se contenta con que lo amemos más o menos, un poquito, con algo de nuestro ser, sino que exige la totalidad: amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

Sería vano atormentar el espíritu para determinar el sentido específico de cada una de estas palabras: corazón, alma, fuerzas. Lo que se quiere decir es que, siendo el lenguaje humano demasiado endeble para explicar lo que debe ser nuestro amor a Dios, el mismo Señor se ha encargado de juntar todas las redundancias para hacernos entender que ya no le queda al hombre nada que pueda reservarse para sí, sino que todo lo que tiene de amor y de fuerza para amar debe dirigirlo a El. Así lo amaba Teresa, con un amor totalizante. «Sólo Dios basta», «todo es nada», decía, porque para ella el mundo entero era una pamplina en comparación con el Señor amado.

En su autobiografía, la santa nos dejó relatada una de las mercedes más eximias que Dios le hiciera en el curso de su vida: Se le apareció un ángel con una flecha de oro

en las manos, y al cabo de la flecha un poco de fuego. El ángel le hundió el dardo varias veces en su corazón, hasta las entrañas;

«al sacarla –dice–, me parecía que la llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios... Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento». Después de su muerte se notó que en el centro de su corazón había una hendidura, como traspasado por una flecha. Hoy ese corazón se conserva íntegro e incorrupto en Alba de Tormes.

Un dato interesante de la vida mística de Teresa es que con frecuencia sus arrobamientos le sobrevenían después de haber comulgado. Por eso enseñaba a sus monjas que se dispusieran lo mejor posible para recibir al Señor sacramentado. Les decía que después de comulgar, cerrasen los ojos del cuerpo y trataran de abrir los del alma, mirando hacia el interior de sus corazones. Si obraban así, Cristo no se les presentaría disfrazado; deseándolo tanto, se les descubriría completamente. Resulta aleccionadora esta relación entre la Eucaristía y la mística. La unión eucarística, la fusión nupcial con Cristo, se revela como el fundamento de la unión mística, dos se hacen una carne. Una anécdota que tiene que ver con la Sagrada Eucaristía pinta a Teresa de cuerpo entero.

En cierta ocasión, llegó a la ciudad de Medina del Campo para iniciar allí una fundación. Medina era, por aquel entonces, una ciudad comercial, pululando en sus calles mercaderes de Francia, Inglaterra, Países Bajos, muchos de ellos, sin duda, herejes. Teresa había recibido para esta fundación una casa bastante destaralada, y ordenó que se la reparase. Pero he aquí, pensó, que mientras se hacen estos arreglos, irremediablemente el Santísimo Sacramento, ya expuesto en uno de los cuartos, sería visto desde fuera.

«¡Oh, válame Dios! Cuando yo vi a Su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, ¡qué fue la congoja que vino a mi corazón!».

Tanto se preocupó de que alguno, a su paso por allí, pudiera ofender de palabra o de hecho al Señor, que trataba de acompañarlo lo más posible. Incluso contrató a algunos hombres para que montaran guardia durante la noche. Pero aun eso fue poco. Temiendo que pudieran quedarse dormidos, ella misma vigilaba por una ventana, ya que había luna clara, nos dice, y podía ver bien a su Señor. Admirable delicadeza, que tanto contrasta con el poco respeto que hoy se muestra por las cosas sagradas y por el Santísimo Sacramento.

Por tener el sentido de Dios y de Cristo, tuvo Teresa también el sentido del pecado. Ya que si bien es cierto que sus faltas fueron levísimas, como las veía a los ojos de Dios aparecían magnificadas, contrastando con El de manera repugnante.

Una vez, nos dice, le pareció entender claramente «cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí... Cosa espantosa me fue en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es ansí que, cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar; y ansí quedé entonces tan avergonzada que no sabía, me parece, adónde me meter».

Santa Teresa es un testigo relevante de lo sobrenatural. Dios la invitó a seguirlo hasta la cumbre de la unión, y ella aceptó. Lo cual no significa que desde el comienzo quedara transformada. Para alcanzar la gloria de la resurrección, el sabor de lo eterno, el alma debe pasar por la angustia de Getsemaní en donde el mismo Dios parece abandonarla. También esto experimentó Teresa. Nuestra

santa conoció la tentación, conoció al demonio. Los demonios del infierno, no como figuras retóricas sino en su actualidad más siniestra, lucharon furiosamente contra su alma que anhelaba elevarse al bien que ellos habían perdido.

Uno de los males de nuestra época es la pérdida no sólo del sentido de Dios sino también del sentido del demonio. El demonio hoy ha pasado a ser *un pobre diablo* que, para colmo, estaría de vacaciones; y esto último quizás sea cierto, en parte, porque el demonio ya domina sobre no pocos. Y cuando ha llegado a dominar a alguno, éste tal siente la *paz*, una paz horrible, es claro, un adelanto de la paz del condenado. Por eso, tales personas ya no son capaces de percibir la presencia demoníaca, ni sus astucias. Y por eso creen que no existe.

Teresa fue testigo de que el proceso de santificación tiene carácter dramático, es un drama, porque tuvo experiencia, como decíamos, de la acción del demonio. Ella veía las realidades que para nosotros permanecen ocultas tras las penumbras de la fe. Su propia persona se convirtió en escenario de la lucha entre Dios y el demonio. A veces las monjas de su comunidad escuchaban terribles golpes que parecían caerle encima a Teresa. Mucho tiempo después sucedería algo semejante con el santo Cura de Ars, en pleno siglo XIX, el siglo escéptico. Hay un hecho en su vida, que constituye una especie de testimonio físico de lo que acabamos de afirmar.

En 1577, Teresa volvía a su Avila natal, al monasterio de San José. La víspera de Navidad, al dirigirse hacia el coro para rezar Completas, subió por una escalera alumbrándose con una pequeña lámpara de aceite, mas al llegar a lo alto, resbaló, y cayó rodando hasta abajo, por lo que se fracturó el brazo izquierdo. Luego insistiría siempre que aquello había sido obra del demonio. De hecho, cuando llegó abajo, había exclamado: «¡Dios me socorra! ¡Quería matarme!». Y oyó una voz que le dijo: «Pero yo estaba contigo». Su dolor fue muy intenso, y ninguno de los que andaban por allí estaba en condiciones de componerle el hueso roto. A pesar de los cuidados ulteriores, apenas si pudo servirse de su brazo, de modo que hasta el día de su muerte no le fue posible vestirse sin que alguien la ayudase.

Antes de cerrar este punto, recordemos una de sus visiones más famosas, cuando le pareció estar metida en el infierno. «Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado y yo merecido por mis pecados», dice. Cuenta que fue por brevísimo tiempo, pero que nunca lo podría olvidar: sintió fuego en sus entrañas, un agonizar del espíritu, un apretamiento, un ahogo, «un estarse siempre arrancando el alma», se sentía quemar y desmenuzarse. Metáforas para describir su terrible visión. Y asegura que desde entonces experimentó un celo ardiente por la salvación de las almas.

Experiencia de Dios. Experiencia del demonio. Experiencia personal de la lucha entre Dios y el demonio con el alma como escenario de la misma. Teresa se nos ha revelado como una experta de lo sobrenatural, una maestra que tiene tanto que enseñar a este mundo secularizado, que pretende haber demostrado la posibilidad de vivir prescindiendo de Dios, como si Dios no existiese. A través de sus sufrimientos, de sus noches oscuras, Teresa experimentó y entendió como nadie lo tremendo de la inutilidad del hombre, del absurdo del hombre, cuando se oculta Dios.

Ella sintió en sí el drama del hombre moderno: en sus angustias, en ese «apretamiento interior de manera tan sensible e intolerable, que yo no sé a qué se puede comparar, sino a los que padecen en el infierno», el Señor le hizo experimentar lo que es el alejamiento de Dios. El

Papa la declara Doctora de la Iglesia en un tiempo en que tanto los individuos como las sociedades han marginado a Dios, instalándose en la más absoluta y radical inmanencia.

### III. Santa Teresa y el «menosprecio del mundo»

Otra característica del hombre moderno es su rechazo del dolor, del sufrimiento, en cualquiera de sus formas, y su abrazo con el mundo, con el espíritu del mundo. Reiteradamente han señalado los últimos Papas que tales ideas y actitudes se han introducido también en la Iglesia, con la vana esperanza de inventar un cristianismo sin dolor, un cristianismo desposado con el mundo, y por consiguiente incapaz de martirio. También aquí se nos muestra nuestra santa como eficaz correctivo. Porque Teresa fue una *enamorada de la cruz y del martirio*.

En su Vida nos cuenta que cuando tenía seis años, mantenía con su hermano Rodrigo, cuatro años mayor que ella, en el patio y el jardín de su casa, largas y serias conversaciones, aspirando a morir por el Señor que primero había muerto por ellos. Cuando cumplió los siete, se puso de acuerdo con su hermano: este mundo no valía la pena, a no ser que murieran mártires y así se presentasen a Dios para estar siempre con El. Teresa cuenta que le gustaba repetir una y otra vez con su hermano: «¡Para siempre, siempre, siempre!», y tomaron una decisión. Todos los días los moros mataban cristianos en Africa. «Parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios», escribiría después. Y así concertaron «irnos a tierras de moros, pidiendo por amor de Dios, para que ellos nos descabezasen». Vamos a Gibraltar, se dijeron, tomemos allí una barca...

Tratábase, evidentemente, de un aventura infantil. Pero qué delicada y cuán expresiva de lo que sería toda la vida de Teresa. Hay perfecta coherencia entre esa pueril iniciativa y esto otro que escribió muchísimos años después:

«Parecíame a mí que quien de veras comienza a servir a Dios, lo menos que le puede ofrecer –después de dada la voluntad– es la vida nonada. Claro está que si es verdadero religioso, o verdadero orador y pretende gozar regalos de Dios, que no ha de volver las espaldas a desear morir por él y pasar martirio. Pues, ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida del verdadero religioso, o del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio?».

Teresa aprendió por experiencia que quien se entrega a Cristo debe estar dispuesto a abrazar su propia cruz. Es el precio en esta vida de los amigos del Señor, a la vez que la prenda de una alegría formidable en el Cielo. «Tengo entendido –escribiría en una de sus cartas– que no quiere el Señor tenga en esta vida sino cruz y más cruz». Y en verdad que lo comprobó fehacientemente –cruces externas y cruces interiores–; pero ello en modo alguno la sumió en la turbación ya que estaba convencida de que era el único camino que conducía a la identificación con Cristo. Ella misma lo dejó dicho en una frase que nunca me cansaré de admirar: «Terriblemente trata Dios a sus amigos; a la verdad, no les hace agravio, pues se hubo así con su Hijo». La cruz de Teresa es prolongación de la cruz de Cristo. «Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos a la cruz y confiar en El que en ella se puso».

Este amor a la cruz, este asirse a la cruz, tuvo su contrapartida en la relación de Teresa con el mundo. Ya sabemos que la palabra *mundo* conoce dos acepciones en la Sagrada Escritura. Existe un *mundo bueno*, el creado por Dios, el mundo del Génesis, el mundo de las plantas, de los animales, de los hombres, de los ángeles, del arte...; pero también existe un *mundo perverso*, o mejor, pervertido por el hombre, el mundo mundano, podríamos decir, signado por la triple concupiscencia, «puesto todo él bajo el Maligno». Acá no nos referimos tanto al *mundo malo*, del que Santa Teresa estaba a años luz, sino al

*mundo bueno*, en sentido positivo. Teresa sabría apreciar debidamente las cosas de este mundo. Pero entendiendo que en comparación con Dios no son sino *nonadas*.

Destaquemos ante todo lo primero, es a saber, su aprecio franco y cordial por todo lo que es bueno en el mundo. Supo, por ejemplo, gozar con la naturaleza: «Aprovechábame a mí también ver campo o agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y recogían y servían de libro». Amaba, asimismo, la vida cotidiana, la vida fraternal. Acostumbraba decir que Dios andaba entre los pucheros igual que en todas partes.

Un día que estaba en la cocina con una sartén en la mano, dispuesta a freír unos huevos para la comunidad, una hermana notó que de pronto se quedaba inmóvil y su cara se embellecía e iluminaba de manera extraordinaria. Temerosa de que pudiera caerse, ya que en ocasiones semejantes perdía la conciencia de sí, la monja la tomó por el brazo para sostenerla, y en el acto, se sintió ella también como electrizada por una misteriosa influencia divina, ambas arrobadas, como estatuas, en presencia de la comunidad absorta. Todo a partir de unos sartenes. Todavía se conserva la pequeña cocina en el convento de San José de Avila.

Teresa amaba la vida, la naturaleza, lo cotidiano. También gustaba mucho el arte, particularmente las pinturas, porque le ayudaban a imaginar a Cristo y a los santos. No podía tolerar el ataque que los protestantes llevaban contra las imágenes sagradas: «¡Desventurados de los que por su culpa se pierden este bien! Bien parece que no aman al Señor, porque si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien».

Especialmente le atraían las imágenes del Niño Jesús. Se nos cuenta que un día, en la fiesta de la Circuncisión del Señor, salió de su celda llevando en los brazos una de esas imágenes, y comenzó a bailar pausadamente, como incitada por una música inefable; las otras monjas, al verla, se unieron a ella, y danzaron con ella, como antaño lo había hecho David ante el Arca de la Alianza.

Según puede, Teresa estaba a mil leguas de todo lo que pueda oler a espíritu jansenista, rígido, incapaz de eutrapelia. Sin embargo su adhesión a la vida, su amor al mundo y a las cosas buenas del mundo no la llevó a la adoración del mundo. Lo que nos permite pasar a considerar cómo Teresa supo asimismo *menospreciar* al mundo, es decir, dar menos valor al mundo que a Dios. Porque el mundo, a raíz del pecado original, ya no es del todo inocente, y sus objetos, aunque no estén pervertidos, se encuentran signados por una especie de ley de la gravedad, en sentido espiritual, fácilmente tiran para abajo. Y así Teresa comenzó a experimentar cierta ambigüedad en su vida, un tironeo que no la dejaba en paz. Nos lo cuenta en autobiografía:

«Pasaba una vida trabajosísima, porque en oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas cosas de Dios, teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual y contentos, gustos y pasatiempos sensuales». Y más adelante: «Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordándome lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años».

Poco a poco Teresa fue intuyendo lo que Dios esperaba de ella. Con la ayuda de lo alto advirtió que el Señor la llamaba a algo demasiado grande para quedarse en cosas tan baladíes como son las del mundo.

«Somos peores que bestias —escribe en una de sus cartas—, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y cómo la apocamos con cosas tan apocadas como son las de la tierra». Al experimentar el peso del mundo, aquella ley de la gravedad de que hablábamos hace poco exclama: «¡Somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra!»; y en otro lugar: «Vamos muy cargados de esta tierra de nuestra miseria».

Pero Teresa era fiel a la gracia, y ayudada por iluminaciones especiales, acabó por vislumbrar, aunque fuese a ratos, el vacío del mundo en comparación con Dios:

«Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era avemaría; mas quedaba con unos efectos tan grandes que, con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía al mundo debajo de los pies, y así me acuerdo que había lástima a los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas».

Al tiempo que Teresa se iba adentrando en el conocimiento del amor de Dios, descubría cómo dicho amor no sufre comparación con los amores que ofrece el mundo. Ya su corazón humano comenzaba a experimentar la invasión del amor divino; ése sí, escribe, «merece nombre de amor, no estos amorcitos desastrados baladíes de por acá aun no digo en los malos, que de éstos Dios nos libre». Es, por cierto, el lenguaje de un místico. No es que Santa Teresa no valore el amor humano cuando es legítimo; pero ella se ha enamorado perdidamente de Dios y habla el lenguaje de los enamorados. Ella se ha entregado a Dios; ya no le interesan las cosas del mundo; y quiere ser ajena a ese «desatino que se usa en el mundo, que me desatina».

Trasladando su experiencia a su comunidad, dispuso la santa que sus monjas reformadas prestaran la menor atención posible a las cosas del mundo exterior. Para ella, la exigua casa de Avila era todo el mundo, más que el mundo: era el paraíso, el paraíso en la tierra. Y que sus monjas no tuviesen complejos por estar separadas del mundo.

«¡Oh miserable mundo! —les dice—. Alabad mucho a Dios, hijas, que habéis dejado cosa tan ruin adonde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus reñeros y vasallos. Cosa donosa es ésta para que holguéis en la hora de la recreación; que éste es un buen pasatiempo: entender en qué ciegame se pasan su tiempo los del mundo».

Reiterémoslo una vez más, para que no haya malentendidos: es el lenguaje propio de un místico. Lo que Santa Teresa quiere señalar es que en comparación con Dios nada valen, son cosas menudas, «nonadas», que no pueden llegar a satisfacer del todo. En este sentido, su testimonio es universal, sirve para todos.

#### IV. Santa Teresa y la reforma católica

La experiencia polarizante de nuestra santa no quedó recluída en su castillo interior, sino que de algún modo se exteriorizó mediante la reforma de la gloriosa Orden del Carmelo, que en aquel entonces pasaba por un momento, si no de relajamiento, si al menos de tibieza.

Santa Teresa recibió con alegría la reforma instaurada por el Concilio de Trento, cuyo cumplimiento urgiría Felipe II en todos sus dominios. Pero comprendió enseñada que no era reductible a meras disposiciones exteriores y materiales, a un puro cambio de estructuras que dejase intacta la interioridad de los hombres. Ella tendría por misión mostrar ese algo espiritual que había de ser el fundamento de la verdadera reforma, antítesis de la falsa reforma protestante. A la negación proclamada por Lutero de la importancia de las buenas obras, Teresa opondría su vida en Cristo, sus «buenas obras». Sin dejar de admirar el coraje que mostraba Felipe II en su lucha contra los herejes, sobre todo en los Países Bajos, ella comprendió que «las fuerzas humanas no bastan a atajar este



fuego», como decía. Ellas y sus monjas se convertirían en la contrapartida vital de los decretos de Trento. Y no sólo mediante la oración sino también con una acción cuyos efectos aún perduran.

Porque nuestra santa estaba atravesada por el amor de Dios. Según asegura fray Luis de León, experimentaba verdadero dolor físico cuando oía contar las atrocidades que los protestantes cometían contra los monasterios ingleses o alemanes. El pecado que hería a Cristo la hería a ella también. «¿No están hartos, Señor de mi alma –decía–, de los tormentos que os dieron los judíos?». Ella quería cargar sobre sí el dolor del Cristo místico, cubrir con sus sufrimientos lo que falta a la pasión de Cristo. Para ello debía tender seriamente a la perfección, llegar a ser lo más perfecta posible. Tal fue el fundamento eclesial de la reforma que proyectó y llevó a cabo.

«Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan y que en nada de lo de acá se detengan –como veo es todo burla–, en especial letrados; que como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que éstas me afligen tanto que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena, y así no hago sino encomendarlos a Dios porque veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza».

Acicateada por estos santos deseos, abocóse Teresa a su gran reforma carmelitana. Por eso será siempre una maestra insuperable de lo que debe ser una auténtica reforma católica, especialmente en una época de crisis como la nuestra. Decimos *auténtica reforma*, ya que hay otras pretendidas reformas que no son tales, sino dirigidas por criterios mundanos o intereses bastardos. La de Teresa estuvo pendiente de los deseos de Dios, de la Iglesia, en contacto con los santos de su época y los teólogos de segura doctrina. Todo ello quedaría plasmado en sus constituciones y en su espiritualidad.

Lo primero que hizo fue establecer monasterios más estrictos. Le parecía que los otros no ayudaban suficientemente a la santidad; más aún, ponían en peligro la salvación eterna de los que en ellos entraban. He aquí un texto impresionante a este respecto:

«Para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios el Señor con muy particulares mercedes tuyas no me hubiera sacado de este peligro; y ansí me parece lo es grandísimo, monasterio de mujeres con libertad, y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines que remedio para sus flaquezas. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieren mirar a poner sus hijas adonde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca a su honra y quieran más casarlas muy bajamente que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas, y plega a Dios aproveche, o se las tenga en su casa; porque si quiere ser ruin, no se podrá encubrir sino por poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor, y no sólo dañan a sí, sino a todas; y a las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan.

«Y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer, ni remediar; que la mocedad y sensualidad y demonio las convida e inclina a seguir algunas cosas que son del mismo mundo, ve allí que lo tienen por bueno, a manera de decir. Parécenos como los desventurados de los herejes, en parte, que se quieren cegar y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen ansí sin creerlo, porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo».

Un día, después de haber recibido la comunión, entendió con inequívoca claridad que Cristo le encomendaba la reforma. Tan pronto dio a conocer su proyecto, numerosas fueron las monjas que se resistieron y la comenzaron a atacar, porque aquello les parecía un grandísimo disparate: «Estaba muy malquista en todo mi mo-

nasterio, porque quería monasterio más encerrado; decían que las afrentaba, que allí podían también servir a Dios...». Pero ella estaba cierta de lo que Dios le pedía. Y tan pronto se lo concedió el Señor, obediente a sus directores espirituales, se dio por completo a fundar nuevas casas reformadas.

«A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé qué trabajos, por grandes que fuesen, se habían de temer, a trueco de tan gran bien para la Cristiandad; que aunque muchos no lo advertimos estar Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, como está en el Santísimo Sacramento en muchas partes, gran consuelo nos había de ser».

La reforma de Teresa fue realmente *católica*. No como quien mira a la Iglesia desde fuera, al modo de los luteranos, sino desde las entrañas de la Iglesia, como hija de la Iglesia. En todos sus trabajos fundacionales, Santa Teresa quiso siempre obrar como hija de la Iglesia, no como hija del mundo y censora de la Iglesia. Es sintomático que al sentirse morir, tan sólo se le ocurriera dar fervorosas gracias a Dios por haber sido hija de la Iglesia, y por poder morir en su seno, repitiendo una y otra vez: «En resumen, Señor, soy una hija de la Iglesia..., soy una hija de la Iglesia».

Tanto valoraba la obediencia que, según cuenta Gracián, con frecuencia le había sucedido tratar con ella de un asunto y ser de opinión contraria, y luego por la noche cambiar de propósito y volver para decirle que se haría como ella había pensado. Entonces Teresa se sonreía, y al preguntarle por qué lo hacía le contestaba que, habiendo tenido una revelación de Nuestro Señor de que debía hacerse como ella había dicho, aunque el prelado le hubiese dicho lo contrario, ella le decía a Nuestro Señor que si quería que aquello se hiciese, «moviera el corazón de su prelado para que él se lo ordenase, porque ella no podía desobedecerle». Tal es la prueba de la autenticidad de una reforma dentro de la Iglesia: la confrontación del propio carisma con la autoridad.

En cierta ocasión le dijeron a Teresa que tuviera cuidado, que podían acusarla ante la Inquisición: «A mí me cayó esto en gracia y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me ponía yo a morir mil muertes; y dije que de eso no temiesen, que harlo mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar».

## V. Contemplación y acción

Santa Teresa fue contemplativa en grado eminente. Pero también la necesidad la obligó a dejar en ocasiones el convento, particularmente cuando tenía que hacer fundaciones o diversos trámites con ellas relacionados. De manera realmente admirable supo juntar en sí, como ella misma lo dice, a María y a Marta, convencida de que si quería llevar a cabo la obra para la que Dios la había elegido, debía, por cierto, renunciar al deleite de la contemplación quieta y serena, pero aún así, la contemplación no dejaba de subsistir,

«que aunque es vida más activa que contemplativa, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María; porque en lo activo, y que parece exterior, obra la interior, y cuando las obras activas salen de esta raíz, son admirables y olorosas flores, porque proceden de este árbol del amor de Dios y por sólo El, sin ningún interés propio».

De allí sacó toda la savia de su apostolado tan peculiar, de la oración mental, «que no es otra cosa la oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama».

Porque Teresa estaba transida de celo por la santificación de las almas, que es la forma más elevada del amor al prójimo. En última instancia, es el mismo amor que rebosa, que se derrama, como de un vaso repleto, por los bordes, hasta la base. Bien decía Santo Tomás que se da un signo de mayor amor cuando el que ama no se contenta con dedicarse a la persona del amigo, sino que se preocupa también por los intereses de su amigo. Lo afirma hablando de la santidad que debía caracterizar a los obispos:

«Aunque sufren algún detrimento en la dulzura de la contemplación por el hecho de tener que ocuparse de cosas exteriores para servir al prójimo, esto mismo da testimonio de la perfección de su amor a Dios. Porque es evidente que ama más aquel que por amor está dispuesto a carecer por algún tiempo del gozo de la presencia del amado para ocuparse en su servicio, que si quisiera gozar siempre de su presencia».

Fue en este sentido que Teresa se vio llevada, si así puede hablarse, del amor a Dios al amor al prójimo, del celo por la gloria de Dios al celo por la salvación del prójimo.

### *I. La logística de los apóstoles*

Sin embargo, Santa Teresa concibió el espíritu apostólico que debe caracterizar a la carmelita de una manera muy diversa de la que es propia, por ejemplo, de los religiosos de vida mixta. El espíritu apostólico de una carmelita no la impele a salir del monasterio –el caso de Teresa es singular y excepcional–, sino que se ejerce desde el claustro. El interior de la carmelita debe hacerse fuego, encendido en esa hoguera ardiente de caridad que es el Corazón de Cristo, y a su vez presionar sobre ese Corazón mediante el don total de sí, para poder influir en orden a la salvación y santificación de las almas. La carmelita busca entrar en la intimidad de Dios, y luego servirse de esa intimidad para conferir a toda su vida interior una impostación netamente apostólica. Teresa ama a la Iglesia porque ama a Cristo, ama a la Esposa en el Esposo.

Ella comprendió como pocos el significado de aquellas palabras del Señor a San Pablo en el camino de Damasco: «¿Por qué me persigues?». Ella, como el Apóstol, penetró en el misterio de la Iglesia: perseguir a la Iglesia es perseguir a Cristo, hacer bien a la Iglesia es hacer bien a Cristo, amar a Cristo es amar a la Iglesia de Cristo. Ello explica por qué la mera presencia de Teresa, su conversación despreocupada en el locutorio, ya resultaba de por sí apostólica.

Relatan las crónicas que siendo aún joven religiosa, se confesaba con un sacerdote que instintivamente le provocaba repugnancia. Pero como siempre hay algo de irresistible en una santidad como la suya, comenzó a producirse un cambio en sus mutuas relaciones, como si ella se hubiera convertido en el confesor y él en el penitente. Ella, que parecía vivir siempre en presencia de Dios, vino a ser para ese sacerdote como un espejo en donde a él le fue posible ver la tremenda carga de su alma manchada. Y se convirtió.

Ya hemos dicho cómo la vida de Teresa transcurrió en una época de aguda crisis. El protestantismo arrancaba jirones del cuerpo místico de Cristo, dejando al vivo los muñones de la poda. La Iglesia sangraba por un montón de heridas. Contentando al Señor, quería ganar su Corazón, y entonces sí que sus plegarias y las de su comunidad adquirirían fuerza apostólica.

«Páreceme –escribe la santa– que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que veía perder; y como me vi mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es que, pues tiene [Dios] tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos; y ansí determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo... y así podría yo contentar al Señor en algo».

Pero Teresa no se quedaba en generalidades. Ella sabía bien que la crisis de su época era ante todo doctrinal y consiguientemente pastoral. Los maestros retaceaban la enseñanza, disimulando a veces la verdad; los pastores no vigilaban el rebaño, sino que dejaban venir al lobo y confraternizaban con el enemigo, un poco al estilo de Erasmo. Nuestra santa se indignaba cuando advertía el poco amor que mostraban por Cristo sus presuntos seguidores. «¿De dónde vienen estas fuerzas contra Vos y tanta cobardía contra el demonio?», decía. A veces los enemigos de Cristo muestran más celo –celo diabólico– que sus amigos, desviviéndose por hacer triunfar el error y la mentira.

Teresa no podía consentir que sus monjas fueran menos que ellos, fuesen cobardes, remolonas, perezosas en el combate. Las quería «todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores y letrados que la defienden», y, de esta manera, «ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío». Desde el rincón del claustro, ella y sus religiosas velarían con el fin de que Dios derramara sus gracias sobre los que combatían en medio de los peligros del mundo:

«Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios: la una, que haya muchos, de los muy muchos letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester, como he dicho, para esto; y que si no están muy dispuestos y les falta alguna, los disponga el Señor, que más hará uno perfecto que muchos imperfectos; y la otra, que después de puestos en esta pelea que, como digo, no es pequeña batalla, sino grandísima, los tenga de su mano para que sepan librarse de los peligros y atapar los oídos, en este peligroso mar, del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por El; y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón».

Bien sabe Teresa cuán importante es que el que predica tenga ante todo buena doctrina, pero también sepa proclamar la verdad y denunciar el error, máxime en épocas de crisis. Por eso fija su atención primero sobre los teólogos y luego sobre los predicadores.

Teresa no está, por cierto, en el frente mismo de batalla, pero quiere ser –ella y sus monjas reformadas– la logística de los que están en las trincheras. Ella sabía que la verdad había de ser predicada a los que la ignoraban, sostenida frente a los que la atacaban, e incluso defendida por la espada contra los que pretendían derribarla por la fuerza.

Pues bien, no pudiendo, ella y sus compañeras, ser predicadores, ni apologistas, ni soldados, comprendió que su tarea en la Iglesia consistía en comunicar a los demás luz y vigor, mediante oraciones, ayunos y lágrimas, de suerte que predicasen con el predicador, argumentasen con el doctor y combatiesen con el soldado, extendiendo así la fe católica. Por austeridades que hiciesen, no cumplirían su vocación ni lo que Dios requería de ellas, si no tenían un cuidado particular de ayudar a los que se encontraban en pleno campo, sudando y batallando por la gloria de Dios y por la defensa y acrecentamiento de la Iglesia.

Quizás se podría decir que así como el apostolado individual debe brotar de la abundancia de la contemplación, todo el apostolado de la Iglesia encuentra una fuente

privilegiada en la abundancia de los monasterios contemplativos. ¡Cuánto necesita la Iglesia de los contemplativos! Siempre los ha necesitado, pero hoy más que nunca, con verdadera urgencia. Desde los días de Teresa, el número y la malicia de los enemigos de Dios y de Cristo han aumentado considerablemente. A los protestantes se han agregado los católicos que tratan de estar a la vez en la Ciudad de Dios y en la Ciudad del Mundo, bajo la bandera de Jerusalén y la de Babilonia. Teresa es arquetipo para los católicos de nuestro tiempo ¿Alguna vez ha sido Nuestro Señor tan rudamente tratado por los hombres, por sus amigos, incluso, como lo es hoy? Puesto que tiene tantos enemigos y tantos falsos amigos, que al menos los contemplativos sean buenos, y muy buenos; puesto que tiene tantos adversarios, que sus defensores sean más valientes que nunca.

## 2. *Espíritu militante*

Santa Teresa anhelaba, es cierto, que sus monjas viviesen en el recogimiento del monasterio. Pero como esa vida escondida en Cristo las ponía, según dijimos, en especial comunión con la vida de la Iglesia, ella misma deseaba que sus monjas estuviesen al corriente de las pruebas, de las necesidades, de los sufrimientos de quienes militaban por la Iglesia. Quería que les doliese la Iglesia, y las heridas de sus guerreros, como en propia carne. Sin esto no serían las hijas del Carmelo, las hijas de Teresa, les faltaría aquello que, al decir de la santa, es «lo principal para que el Señor nos juntó en esta casa».

Teresa es una santa con pasta de guerrera. Se sabía miembro de una Iglesia que no en vano ha gustado llamarse «militante». De ahí su exhortación: «Todos los que militais / debajo de esta bandera, / ya no durmais, / no durmais, / pues que no hay paz en la tierra». De ningún modo hubiera aceptado religiosas que vegetasen en sus monasterios, que creyesen que porque no ha estallado la guerra reina la paz, confundiendo la paz de Cristo con la paz del mundo. La lucha interior que Teresa soñaba para sus carmelitas, la lucha por alcanzar la santidad, debía integrarse en la lucha universal y permanente de la Ciudad de Dios contra la ciudad del mundo.

Una carmelita que renunciaba a la lucha, que huía de la cruz, a sus ojos había desertado, traicionando a su Esposo divino. La verdadera carmelita no teme, como Cristo, adelantarse hacia el Calvario, para enfrentar a Satanás, para encarnar en su propia existencia singular, la gran lucha teológica universal, ser como el campo de batalla donde se enfrentan con extrema energía Dios y Satanás. Santa Teresa no se cansaba de exhortar a las suyas a esa gran guerra santa:

«Creed, hermanas, que los soldados de Cristo... no ven la hora de pelear»; «siempre estamos en guerra, y hasta haber victoria no ha de haber descuido»; «estando encerradas, peleamos por El»; «como soldados esforzados, sólo miremos a dónde va la bandera de nuestro Rey para seguir su voluntad». Y en expresión aún más vigorosa: «Pelead como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estais aquí a otra cosa sino a pelear». Naturalmente que este espíritu de lucha no es fruto del odio, sino de la caridad, y de la caridad más intensa: «Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado, con gozo y deleite que no puede tener fin».

Nuestra santa concebía sus monasterios como los castillos de la resistencia frente al espíritu del mundo.

«Viendo yo ya tan grandes males —dejó escrito— que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego... hame parecido que es menester como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra y, viéndose el señor de ella perdido, se recoge a una ciudad, que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios y ser tales los que están en el castillo,

como es gente escogida, que pueden más ellos a solas, que con mucho soldados, si eran cobardes, perdieron; y muchas veces se gana de esta manera victoria».

La monja debe ser, dice la santa, como el alférez que, si bien no combate en el frente, no por eso deja de estar en gran peligro

«y en lo interior debe trabajar más que todos; porque como lleva la bandera, no se puede defender y aunque la hagan pedazos no la ha de dejar de las manos. Así los contemplativos han de llevar levanta-da la bandera de la humildad y sufrir cuantos golpes les dieran sin dar ninguno, porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no dejarla de las manos por peligros en que se vean, ni que vean en él flaqueza en padecer; para eso le dan tan honroso oficio. Mire lo que hace, porque si él deja la bandera, perderse ha la batalla».

En un sermón que el cardenal Pie pronunciara en un monasterio de carmelitas, entre otras cosas les dijo, aludiendo al escudo de la Orden:

«Es preciso que a través del velo virginal que cubre la cabeza de la carmelita, se vea salir un brazo, empuñando una espada desnuda, en cuya hoja resplandezcan estas palabras de Elías y de Teresa: *Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum*, he ardido de celo por el Señor Dios de los ejércitos.»

Frente al actual *pacifismo*, que hipócritamente proclama el mundo —la paz del mundo—, y que con frecuencia se introduce en la misma Iglesia, se yergue la figura combativa y militante de Teresa, la guerrera de Dios. El rehusarse a tener enemigos significa, lisa y llanamente, renunciar al Cristo que nos ha dicho: «Si a Mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán. No es el discípulo mayor que su Maestro. Si el mundo os odia sabed que primero me odió a Mí».

La carmelita, tal como la soñó Santa Teresa, anhela ser la más odiada del mundo, la despreciada, la burlada, la considerada zángano de la sociedad. ¡Temibles estas carmelitas! Si el mundo —el mundo mundano— supiera quiénes son en verdad, cuál es su papel en esta lucha cósmica que va del Génesis al Apocalipsis, sabría ver en ellas a sus enemigos más temibles.

Un día Stalin preguntó irónicamente con cuántas divisiones de ejército contaba el Papa. He ahí las carmelitas, podía haber respondido el Papa, he ahí las mejores divisiones de la Iglesia, decididos guerreros se esconden tras el humilde velo de las monjas de Teresa. Hay que aprovechar que la estulticia del mundo haya llegado al extremo de ignorar dónde están sus peores enemigos.

Fue Joseph de Maistre, ese gran luchador del siglo pasado, quien en una de sus obras ubicó a Santa Teresa entre «los grandes hombres» de la historia. Quizás no se daba cuenta de que, hablando así, empleaba el mismo lenguaje que la santa, la cual en repetidas ocasiones expresó su deseo de que las hijas del Carmelo no fuesen mujeres, sino hombres, hombres por la energía de su corazón, hombres por la intrepidez de sus almas.

Ya hemos citado aquel notable texto suyo: «No querría yo mis hermanas pareciesen en nada sino varones fuertes, que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres».

El mensaje de Teresa llega hasta nuestros días, en una época en que faltan hombres, aun entre los pretendidos hombres, en una época en que aquella frase del filósofo que recorría en pleno día las plazas de Atenas con una linterna mientras decía: «Busco a un hombre», parece más apropiada que nunca. En este siglo de tantas traiciones y felonías, donde hay tan pocos hombres, que al menos la Iglesia se gloríe de poseerlos aún en la descendencia de Teresa.

Tales eran las monjas que soñaba nuestra santa, monjas panorámicas, de convento y no de «conventillo», monjas nada pusilánimes, signadas por aquella hermosa virtud tan olvidada de la magnanimidad. «No entendemos la gran dignidad de nuestra alma –escribía Santa Teresa a su hermano Lorenzo– y como alma apocamos con cosas tan apocadas como son las de la tierra». Así lo predicaba a las de su monasterio:

«¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudádme a suplicar esto; para esto os juntó aquí el Señor; éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones; no, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar, hasta que roguemos a Dios por negocios y pleitos por dineros, a los que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos. Ellos buena intención tienen, y allá lo encomiendo a Dios por decir verdad, mas tengo yo para mí que nunca me oye. Estáse ardiendo el mundo, quieren tomar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, a tendríamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías; no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia».

### 3. Su participación en los hechos de la época

Santa Teresa se desveló por todo lo que decía relación con la victoria y la propagación de la fe. Sin embargo, no limitó su interés al «cristianismo», olvidándose de la «cristiandad», o sea, del recto orden temporal. Y así no vaciló en preocuparse por los problemas históricos del momento, aunque siempre desde la óptica de los intereses de Dios y de la Iglesia.

Ubiquemos a nuestra santa en el contexto de los acontecimientos de la época. Cuando ella nació –en 1515–, hacía 23 años que los Reyes Católicos habían dado término a su Cruzada contra los moros con la conquista de Granada, el mismo año del descubrimiento de América. Hacía 11 años que había muerto la reina Isabel, y 9 desde el deceso de Colón. Carlos V tenía 15 años. Era también la época del Greco. En 1515, Lutero tenía ya su cartuchera teológica cargada de explosivos. Así como se ha intentado un paralelismo –por oposición– entre San Ignacio y Lutero, así podríamos trazarlo entre éste y Santa Teresa. A semejanza de San Ignacio, a quien ella tanto admiraba, toda la vida de Teresa es el antídoto y la expiación de la defecación de Lutero.

Por otra parte, España no quedó del todo inmune del error protestante. La historia nos relata que un doctor un tanto fanfarrón, detenido y condenado por la Inquisición, declaró que si hubieran tardado cuatro meses más en perseguirlos, hubieran sido tantos como los católicos, y en seis meses hubieran sido ellos los perseguidores. Tiempos difíciles, por consiguiente, los de Teresa. O como ella dice: «Andaban los tiempos recios». Eran tiempos conciliares y postconciliares. Tiempos de crisis y de renovación, parecidos al nuestro.

En esa sociedad concreta le tocó vivir a nuestra santa, desbordando sobre ella los tesoros de su contemplación, y ejerciendo así un importante influjo en los asuntos de su tiempo, particularmente sobre personas de cuya actuación dependía no pocas veces el curso de los acontecimientos. Fue notable, por ejemplo, su relación con Felipe II. Un día, mientras la santa oraba, recibió una revelación que se refería a dicho monarca.

Aquel año había sido el más desgraciado en la vida de Felipe, el año en que empezó a sufrir la enfermedad de la gota; el año en que don Carlos, su único hijo, falleció en un calabozo; el año en que murió también su tercera esposa, Isabel de Valois. Como si esto fuera poco, se agregó otra desgracia: para poder pagar a los soldados que combatían en Flandes bajo el Duque de Alba, Felipe debió pedir prestado a Génova muchos cientos de miles

de ducados, con intereses usurarios. Una vez conseguidos, los mandó por mar, pero he aquí que uno de los banqueros internacionales que había prestado dicho dinero reveló el secreto al gobierno inglés el cual, a pesar de la amistad que decía profesar a España, se apoderó del oro y nunca más lo devolvió; con lo que el Duque de Alba, a pesar de sus brillantes victorias, quedó en una situación tal que se vio obligado a establecer impuestos, cosa nada agradable, por cierto, a los súbditos de los Países Bajos.

Además, por Navidad, los moriscos de Granada asesinaron en masa a numerosos cristianos, sacerdotes y laicos, hombres, mujeres y niños. Finalmente, desde Constantinopla llegaron rumores de que el Gran Turco, cediendo a las influencias de los enemigos tradicionales de España en Holanda y otras partes, se proponía desencadenar la gran ofensiva al año siguiente contra la Cristiandad.

Abrumado el rey Felipe ante tantas desgracias, intrigas y enemigos, en la Semana Santa de 1569 se retiró a un monasterio para meditar en la Pasión del Señor. Aquel fue el momento decisivo de su vida. A partir de allí, el Rey se retomarí, abocándose seriamente a la vida espiritual, y progresando en ella hasta su muerte, acaecida a fines de aquel siglo.

Pues bien, en una visión que tuvo Teresa, Cristo le dio a entender que Felipe corría grave peligro de perder su alma, y que El quería que se salvase. Le mandó que escribiera una esquila notificándolo así a la princesa Juana, hermana del Rey, que residía en Madrid. Teresa obedeció, entregó la nota a la princesa, y siguió su camino. De tal carta no queda, por desgracia, sino un fragmento, en el que prevenía al Rey diciéndole que recordase que también Saúl había sido ungido como monarca y sin embargo resultó rechazado. Felipe quedó asombrado al leer la misiva: preguntó quién era esa mujer, dónde estaba, que quería hablar con ella. Pero Teresa ya iba camino a Toledo.

La cosa es que, a partir de ese momento, la santa entró en contacto más frecuente con el Rey. Reiteradamente se refirió a él, llamándolo «mi amigo, el rey». Y pedía a sus monjas que rezasen por él. Sin duda que Felipe II sería beneficiario de tantas y tan fervorosas oraciones. Santa Teresa le había escrito:

«Y el día que su alteza fue jurado, se hizo particular oración. Esto se hará siempre; y así mientras más adelante fuere esta Orden, será para vuestra majestad más ganancia».

Felipe II sería el gran adalid de la Iglesia. El, que había facilitado tanto la reunión del Concilio de Trento, dio un magnífico ejemplo a los demás soberanos pidiendo al Papa que enviase alguien a España que obligase a los conventos a cumplir las disposiciones de dicho Concilio. Quizás por eso le escribiría Teresa: «Su Divina Majestad le guarde tantos años como la Cristiandad ha menester. Harto gran alivio es que, para los trabajos y persecuciones que hay en ella, que tenga Dios nuestro Señor un tan gran defensor y ayuda para su Iglesia como vuestra majestad es».

Un día, en el año 1577, cuando ya Teresa era anciana, se encontró frente a frente con el gran Rey en el Escorial. Ella, con su hábito de carmelita remendado; él, vestido de etiqueta, con traje negro, y una cadena de oro colgando al cuello. Los ojos azules del Rey se fijaron en los ojos negros de la santa. Dice Teresa que quedó un poco confundida ante una mirada que parecía penetrar en el alma, y que bajó los ojos. Pero al levantarlos, vio que el Rey ya se había dulcificado. Grande rey este Fe-

lpe II a quien Teresa consideró siempre como el principal protector de su obra reformadora, y del cual dice Yepes –quien lo oíría en confesión en su lecho de muerte–, que fue siempre el padre de la justicia y de la verdad, así como el campeón de la reforma y de la virtud.

No sólo sobre Felipe II influyó Teresa. También el Duque de Alba, ese gallardo soldado y astuto político, leyó la Vida de la santa en la prisión de Ubeda, donde Felipe II lo tuvo encerrado por un tiempo. Tanto la admiró que, una vez liberado por el Rey, y enviado a su siguiente campaña contra el Portugal, llevó consigo una imagen de Cristo que Teresa le había hecho llegar, y frente a ella hacía meditación aun en medio del fragor de la batalla.

Además Santa Teresa rogó por los súbditos de España en las Indias. Fue a raíz de la visita que un día le hiciera un Padre franciscano que acababa de llegar de América, donde le contó que había allí millones y millones de seres humanos que vivían en el paganismo y la degradación. Teresa se sintió casi aplastada por el dolor y rogó a Dios en favor de ellos. Ella comprendía el bien que España podía hacer llevando allí el evangelio. Pero al mismo tiempo creyó que el descubrimiento de América la ponía en peligro de prosperar demasiado. Estaba convencida de que la maldición de España era la ambición de enriquecerse desmedidamente por los negocios.

En este sentido le escribió una vez a su hermano Lorenzo diciéndole que sería mucho mejor para él si cultivaba la tierra y no criaba ovejas en orden a hacer negocios, legando de tal suerte a sus hijos honores en vez de riquezas. Vemos aquí cómo una contemplativa es capaz de opinar incluso en los llamados asuntos prácticos de los hombres y de los pueblos. Si la mayoría de los hidalgos hubiese seguido el consejo de Teresa, sin duda que España no habría sufrido la decadencia que sufrió.

¡Figura inagotable la de esta santa! La hemos visto abrazada a la cruz, enamorada del martirio, separándose del mundo, por una parte, pero a la vez comprometida, como se dice, en los problemas de su tiempo. A esta rara mezcla de contemplación y acción se refirió también Pablo VI en la ocasión aludida: «Ella tuvo el privilegio y el mérito de conocer los secretos de la oración por vía de experiencia, vivida en la santidad de una vida consagrada a la contemplación y al mismo tiempo comprometida en la acción».

A lo largo de los siglos nuestra santa seguiría influyendo en la historia de su patria. Se cuenta que en la época de la última guerra civil, los que asesinaban sacerdotes y monjas, y baleaban crucifijos, llegaron un día a Avila para atacarla. De pronto vieron venir a su encuentro a una mujer vestida con el hábito de carmelita, que exclamó: «No os atrevaís a tocar a mi ciudad». Algunos gritaron: «¡Es Santa Teresa!», y huyeron. Al parecer, Teresa sigue «comprometiéndose» en la historia de su amada España. Esperemos que no deje de hacerlo también ahora. Hemos comenzado este capítulo, e incluso la hemos mechado, con textos de Pablo VI, tomados de su homilía durante la Misa en que declaró a Santa Teresa Doctora de la Iglesia. Cerrémoslo con uno más:

«Este mensaje [de la santa] llega a nosotros, hijos de nuestro tiempo, mientras se va perdiendo no sólo la costumbre del coloquio con Dios, sino también el sentido de la necesidad y del deber de adorarlo y de invocarlo. Llega a nosotros el mensaje de la oración, canto y música del espíritu penetrado por la gracia y abierto al diálogo de la fe, de la esperanza y de la caridad, mientras la exploración psicoanalítica desmonta el frágil y complicado instrumento que somos, no para escuchar las voces de la humanidad dolorida y redimida, sino para escuchar el confuso murmullo del

subconciente animal y los gritos de las indomables pasiones y de la angustia desesperada».

Al declararla Doctora, el Papa ha querido que viésemos en ella un remedio para la crisis de nuestra época, por contraposición con las tendencias que la animan; al mismo tiempo ha querido indirectamente justificar una vez más y aprobar a las monjas contemplativas, que ocupan un lugar preeminente en el Cuerpo Místico.

Tal es esta mujer, esta española, esta santa, esta mística, esta doctora. Se cumple en ella lo del introito de la misa del común de los Doctores: «En medio de la Iglesia abrió su boca y y el Señor la llenó de espíritu de sabiduría y de ciencia». Esta mujer, en la cual parecen desposarse de manera tan extraordinaria lo divino y lo humano es realmente, al decir de la antifona de Vísperas del Oficio de Doctores, «luz de la Santa Iglesia».

## Bibliografía consultada

**Santa Teresa de Jesús**, *Obras Completas*, BAC, 4ª ed., Madrid, 1974.

**Giorgio Papásogli**, *Santa Teresa de Avila*, Studium, Madrid, 1957.

**William Thomas Walsh**, *Santa Teresa de Avila*, Espasa-Calpe, 4ª ed., Madrid, 1968.

**Marcelle Auclair**, *Vida de Santa Teresa de Jesús*, Cultura Hispánica, Madrid, 1970.

**Maximiliano Herraiz García**, *Sólo Dios basta. Claves de la espiritualidad teresiana*, Ed. de Espiritualidad, 3ª ed., Madrid, 1982.

## Santa Teresa la Grande

*Monja andariega y abadesa andante  
Que en el servicio de Nuestra Señora  
Alanceabas molinos y carneros;  
Tú, princesa y fregona y mendicante,  
Tú, que sabías acertar la hora  
En que Dios fiscaliza los puchereros;  
Tú, que después, hablando mano a mano,  
Te quedabas con El de sobremesa.*

*Y era casi tu hermano  
Aquel que te llenaba la cabeza  
De angelerías y de fundaciones.*

*Y luego te partías  
A predicar canciones y razones  
Como jugando a las postrimerías;  
Teresa de Jesús, tú que supiste  
Sobrellevar el éxtasis y el dardo,  
Glorioso el pecho y la mirada triste,  
Trémula el alma y el andar gallardo;*

*Tú, la de la Divina  
Paloma que al oído te dictaba  
Sus lecciones de amor y de doctrina  
Y de consuelo musical, en tanto*

*La nube dibujaba  
Un aril de marfil para tu canto;  
Tú, señora de toda gentileza,  
Acógeme a tu abrigo,  
Teresa de Jesús, Madre Teresa,  
No me dejes estar solo conmigo.*

**Ignacio B. Anzoátegui**